Eva M. Soler - Idoia Amo



El lado equivocado del cielo

Chicklit

El lado equivocado del cielo

Segunda edición: marzo 2022
©2018 Eva M. Soler, Idoia Amo.
Registro: LgnkWkPc-2023-03-16T08:49:41.633

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL).

Contenido

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Epílogo

Capítulo 1

Asheville, dos meses antes.

«Cuenta hacia atrás, Liv… cuenta hacia atrás».

Diez.

No debería haberse tomado esa copa. Ni la que vino después. Pero las tres últimas semanas se había aficionado a beber después del trabajo por culpa de su nueva compañera, Helenka. Aquella rusa de dos metros y melena rubia reluciente estaba llena de vida, y era difícil no dejarse arrastrar por su entusiasmo rutilante, pero existían dos puntos que Liv no había tenido en cuenta: uno, que ella estaba en el extremo opuesto a «llena de vida» y dos, que no aguantaba las copas como una rusa experta.

Nunca había sido amiga de la vida nocturna y aún no entendía cómo casaba eso con el trabajo que llevaba desempeñando desde hacía un año, crupier en el Gold City Casino de Asheville, ciudad donde vivía. No era lo que había imaginado, al menos durante los años de universitaria donde exprimía su cerebro en las clases de periodismo, pero era lo que había. Durante mucho tiempo tuvo el trabajo perfecto, sí. Y un marido al que amaba. Hasta que todo se había evaporado y las fuerzas la abandonaron, siguiendo el mismo camino que su inspiración. La capacidad de crear reportajes, de hacer magia con letras, de emocionar a los lectores, de transportarlos a lugares con encanto… todo aquello reposaba en un cajón cerrado con llave en algún lugar de su corazón.

Pero por mucho que la pasión se esfumara, las facturas no desaparecían. El trabajo de crupier era perfecto, porque le permitía trabajar de noche y ocultarse de día. Barajar no suponía el menor problema, ya que se había criado en una familia adicta a los juegos de cartas, y hasta los días que se encontraba en estado zombi podía recitar las frases de rigor sin necesidad de que sus neuronas tuvieran que conectar entre ellas.

La banca pierde. La banca gana. ¿Cartas?

Nueve.

Por supuesto, todo lo que sabía de juego le resultó útil para conseguir el trabajo, aunque después de contratarla, su jefe le confesó que la hubiera aceptado igualmente porque sentía debilidad por las mujeres pecosas de ojos azules.

El comentario era machista, pero hacía tiempo que Liv había perdido las ganas de pelear y lo dejó correr. Agarró su informe y la tarjeta de fichar, y soportó dos cursos para cazar todo tipo de trucos de los jugadores que pretendían robar. Conocía al dedillo todas y cada una de las cámaras del recinto, y en su mesa nadie podía esconder una ficha sin que ella se diera cuenta. Pero lo mejor de todo era que en ese trabajo no tenía que pensar en nada, podía dejar la mente en blanco y seguir siendo de las mejores del casino.

La banca pierde. La banca gana. Oh, mala suerte.

Cada noche salía cerca de las dos de la mañana y, cada noche, rechazaba invitaciones para ir de fiesta o tomar una copa tranquila. En el casino, no había separación de grupos en razón de sexo, raza ni edad, sino que todos formaban una especie de piña donde resultaba sencillo encajar si querías.

Liv no quería. Conducía hasta su apartamento, donde se desvestía sin encender la luz y se deshacía la coleta que usaba para trabajar. Después de cepillarse los dientes, caía entre las sábanas vestida tan solo con la ropa interior. A veces, si tenía suerte, se quedaba dormida en pocos minutos. Otras, en cambio, se limitaba a contemplar el techo hasta que el tictac del reloj se escuchaba tan fuerte que lograba silenciar las voces de su cabeza.

Las noches se sucedían entre cartas, copas y charlas banales; los días eran una amalgama grisácea de dormitar en el sofá con el zumbido de una televisión que no miraba.

Helenka apareció una noche sin más, y en personal le dieron un uniforme con una placa. Ocupaba la mesa más cercana a la de Liv y enseguida quedó claro que era un imán para atraer jugadores a su zona. Hablaba demasiado alto y no respetaba del todo el protocolo, pero hacía chistes sin parar y su acento tenía algo que enganchaba. Solo llevaba tres días cuando se acercó a Liv al terminar el turno y le preguntó si quería beber con ella.

«Dos camaradas tristes no tienen necesidad de hablar».

Liv aceptó. No tenía ni idea de por qué aquella mujer había decidido catalogarla como «triste», pero con aquel comentario la convenció. Pronto se volvió costumbre, al principio una copa, después dos. Un local, dos, tres. Helenka tenía sus propios problemas también, y aunque a veces se los contaba, Liv no poseía la suficiente energía para concentrarse en ellos.

La banca gana, la banca pierde.

Ocho.

Esa noche, sin embargo, había salido sola. Su compañera de copas permanecía en la cama con gripe, o al menos esa era la información que había llegado al trabajo. La primera intención de Liv había sido irse a casa nada más terminar, pero, una vez en el coche, la idea de llegar a un hogar oscuro para meterse en una cama vacía se le hizo insoportable. Además, las copas la ayudaban a dormir mejor y más rápido, mantenían los sentimientos a raya.

Sin embargo, esa noche no fue bien desde casi el principio, cuando el camarero se equivocó y le sirvió un vaso con Jägermeister en lugar del Martini que había pedido. Y ella terminó de arreglarlo decidiendo bebérselo en lugar de pedir que se lo cambiaran. Total, el alcohol era alcohol, se llamara como se llamara, así que daba lo mismo una bebida que otra.

Llevaba tres copas y dos rechazos de amables desconocidos a pagarle la siguiente cuando escuchó cierto jolgorio en una de las mesas del local. Fijó su mirada en el espejo de la barra y constató que un hombre acababa de arrodillarse frente a una mujer con un anillo metido en una caja que le ofrecía. Una estampa romántica y no muy habitual en aquel tipo de locales que fue coreada por unos cuantos aplausos y vítores de los asiduos.

Liv sintió que algo se rompía dentro de ella y se pasó la mano por el bolsillo de la cazadora para tocar su teléfono móvil.

«¿Qué estás haciendo, Liv? Deja el teléfono. Recuerda lo que dijo la terapeuta».

Ella permaneció rígida, sin apartar los ojos del espejo y de la escena de amor que se desarrollaba a sus espaldas. Durante los últimos meses, había mantenido a raya el dolor, lo que fuera necesario para que todo el mundo dejara de preocuparse por ella y prestarle atención. La peor era su hermana Maddy, quien no dejaba de darle un discurso tras otro sobre la necesidad de pasar página del todo y mirar hacia delante.

Qué bonita era la teoría. Qué fácil se veía todo desde una zona segura donde las cosas iban

bien, donde nadie te abandonaba dejando un agujero difícil de cerrar. Maddy, con un marido que aún continuaba a su lado, le daba lecciones sobre cómo volver a ser feliz.

Siete.

La joven volvió a acariciar el móvil por encima de su ropa, luchando contra un deseo cada vez más fuerte de sacarlo. Era muy sencillo: bastaría con marcar el número y podría escuchar su voz, solo eso. No le parecía tan grave y, de hecho, lo había hecho con bastante frecuencia el primer año y medio sin Hayden hasta que Madeleine se había enterado y había puesto el grito en el cielo. La obligó a acudir a una terapeuta, y esta, a pesar de su amabilidad y comprensión, estuvo de acuerdo con su hermana.

—No marques ese teléfono, Liv. —Fue su recomendación—. No le dejes mensajes. Esto te hace más mal que bien.

Liv se esforzó. Quería hacer caso a las dos, seguir adelante y salir del pozo. Lo intentaba con todas sus fuerzas, pero no era tan sencillo como lo pintaban los demás.

Durante un tiempo, el interés por mejorar fue sincero. Luego, aquello empezó a volverse una especie de cuesta interminable que nunca conseguía coronar. Todos los días eran grises para ella, sin una sola mota de un azul leve que le diera algo de color. La terapeuta empezó a preocuparse de que estuviera a punto de caer en una depresión, pero Liv logró convencerla de que simplemente estaba triste. Por aquella época, ya había abandonado su trabajo como reportera especializada en viajes y el hecho de haberlo dejado no ayudaba a que su familia estuviera más tranquila. Liv no quería tenerlos todo el día encima dándole la lata, de manera que consiguió un trabajo de crupier para volver a tener ingresos y tranquilizar a sus padres, que ya se la imaginaban todo el día metida en la cama llorando.

No se veía demasiado con ellos ni con su hermana, pero cuando lo hacía terminaba agotada de fingir lo bien que se encontraba. Era mucho más sencillo hacer eso que explicarles la realidad: no tenía una depresión, pero estaba en una época en que le parecía ver pasar la vida como si estuviera sentada en un cine. No tenía la sensación de estar viviéndola, solo de ser una mera espectadora, una jugadora en el banquillo que esperaba el momento de reincorporarse.

Seis.

Para evitar hacer aquella llamada y romper la mejoría de los últimos seis meses, pidió otras tres copas y bebió hasta que estuvo borracha de manera oficial. El camarero no quiso servirle la séptima porque, palabras textuales: «recordaba haber visto cómo aparcaba su coche».

La banca casi siempre ganaba, pero a veces perdía.

Liv se levantó del taburete y abandonó la barra para ir hasta su coche con calma. Al camarero no le faltaba razón, pese a la irritación que le causaba su negativa a seguir sirviéndole copas.

Bueno, no pensaba conducir de manera inmediata, claro, no estaba del todo loca. Subió al vehículo, abrió la ventanilla para que entrara el aire nocturno y se frotó la frente mientras ponía la radio. La petición de matrimonio del bar seguía en su cabeza, martilleando.

Ella tenía veintidós años cuando Hayden le había pedido que se casara con él. En realidad, no era ninguna locura teniendo en cuenta que se conocían desde niños, cuando Liv acababa de aterrizar en Asheville con tan solo siete años y los vecinos habían forzado a su hijo pelirrojo a acompañarla a jugar con los otros niños. El Hayden niño no estaba muy interesado en pasar tiempo con chicas, pero el Hayden adolescente no había tardado en caer rendido a los pies de aquella joven que soñaba con recorrer el mundo escribiendo sus experiencias. Aún no tenía diecisiete cuando se enamoró de las pecas de su rostro, de aquellos ojos grises, de su sentido del humor, de su carácter firme pero dulce, y de su talento para encontrar las palabras justas para describir cualquier cosa. De cómo trataba siempre de apaciguar los ánimos si estos se exaltaban,

incluso de su absurda manía de buscar luciérnagas cuando encontraban algún lugar donde existía la posibilidad de verlas.

Por su parte, Liv amaba su paciencia infinita, las ganas de comerse el mundo incluso aunque tuviera que seguirla a ella en sus viajes, la generosidad que le hacía regalar su último billete a quien él creía que lo necesitaba, incluso la melancolía que siempre estaba presente en su mirada azul. Pero si algo siempre había tenido claro él, era lo sincero de sus sentimientos.

Sabía quererla y la quiso… hasta que dejó de hacerlo.

Cinco.

Liv abrió el bolso, sacó la cartera y escarbó en uno de los compartimentos hasta que encontró una foto semiarrugada. Una instantánea de Hayden cuando rondaba los veintisiete años y aún tenía el pelo más pelirrojo que Liv había visto en su vida. Cuando se hizo esa foto llevaban cinco años casados, cinco años muy felices.

—Eres un puto cabrón de mierda —dijo, en la soledad del coche—. ¿Cómo pudiste dejarme así?

«Tienes que dejar de hacer esto y seguir adelante. Por favor, aún eres muy joven».

—No te atrevas a decirme qué debo hacer. No tienes ningún derecho —suspiró ella—. Además, no estás aquí. Solo en mi cabeza.

«Exacto, y la terapeuta dijo que no deberías hacer esto tampoco».

—La terapeuta, la terapeuta… —murmuró Liv, arrastrando las palabras.

Vació el bolso en el asiento del copiloto y frunció el ceño ante la avalancha de cosas que aterrizaron junto a ella. El monedero diminuto, con un billete que había quedado atrapado entre la cremallera. Una barra de labios, el lápiz de ojos. Las llaves y la documentación del coche, su cartera negra con una cereza roja cosida a mano, regalo de Maddy.

Apartó objetos aquí y allá hasta que encontró lo que buscaba, el móvil. Lo apretó contra su pecho con un jadeo, con la sensación de estar haciendo algo prohibido, algo que no se permitía hacer hacía muchos meses.

«No me llames, por favor. Sabes que no te devolveré esa llamada».

Lo sabía perfectamente, pero aun así encendió la pantalla y deslizó el dedo por ella hasta encontrar su nombre, todavía guardado en la lista de contactos.

Hayden Monroe. Observó con fijeza su nombre hasta que las letras bailaron ante sus ojos y después pulsó encima de su nombre mientras se recostaba en el asiento.

Con los ojos cerrados, contó los tonos al mismo tiempo que sonaban: cinco antes de que saltara el contestador: se lo sabía de memoria.

«¡Hola, soy Hayden! No puedo coger el teléfono, estaré trabajando o quizás en las Bahamas o Capri, ¡deja tu mensaje y yo me pongo en contacto contigo lo antes posible!».

Hacía tantos meses que no escuchaba su voz que notó que se quedaba sin aire durante unos segundos. Dios, cómo dolía. Ahora recordaba por qué todos le decían que no podía continuar haciendo eso, que no era bueno para ella. La revolvía de arriba abajo, desde el primer cabello del pelo hasta los dedos de los pies. Le hacía desear retroceder dos años atrás y lograr que el tiempo se detuviera allí, porque habían transcurrido veinticuatro meses y seguía sin comprender nada.

El tiempo para dejar un mensaje se agotó sin que Liv hubiera logrado articular palabra. Consideró volver a marcar, pero se contuvo mientras las lágrimas se deslizaban por su rostro. De no haber bebido tanto quizás la reacción hubiera sido menos visceral, pero estaba borracha, dolida y muerta de miedo. Muerta de miedo por no saber si conseguiría superar aquello y volver a ser feliz, algo que deseaba más que nada en el mundo.

Cuatro.

Liv se secó las lágrimas con gesto apresurado, subió la ventanilla y agarró las llaves del coche. No más llamadas: había sido un gran error ceder al impulso. Si había mejorado algo los meses pasados, estaba segura de que acababa de estropearse.

«¿Ahora vas a conducir en ese estado, Liv? Por favor, no lo hagas. Podrías tener un accidente».

—Estoy bien. Estoy bien —respondió ella, arrancando el motor.

Fue repitiendo aquellas dos palabras mientras se incorporaba a la carretera, aún con el corazón doliendo en el pecho. Las señales de tráfico aparecían borrosas, al igual que los demás coches que circulaban a su alrededor. Trató de leer la matrícula del que llevaba delante y fue incapaz, a pesar de parpadear repetidas veces. Le apetecía cerrar los ojos.

Un pitido la despejó durante unos segundos, justo cuando se aproximaba a un túnel. Se dio cuenta de que no llevaba las luces y le hizo un gesto de disculpa al conductor, que la adelantó después de lanzarle una mirada furibunda con motivo. En el asiento trasero, viajaba una niña de unos diez años que la saludó al pasar.

Liv cruzó su mirada con la de aquella pequeña rubia y entonces fue consciente de que no debería estar al volante. En su estado, podía provocar un accidente. Podía chocar con otro coche y matar a alguien como esa niña.

Entró en el túnel desviándose del carril despacio hasta quedar en el arcén, donde quitó las llaves del motor y apagó las luces. Cerraría los ojos solo unos minutos para recuperarse y luego volvería a casa, eso era todo. Solo unos minutos.

—¿Señorita?

Unos golpes sordos se abrieron camino a través del duermevela en el que había caído. Liv se incorporó en el asiento y abrió los ojos para encontrarse con una luz potente al otro lado de la ventanilla. Miró a su alrededor, confusa. Acababa de parar, no llevaba ahí ni dos minutos…

—Señorita, baje la ventanilla, por favor. —La voz llegó alta y clara.

Obedeció, consciente de que el alcohol no había desaparecido de su organismo en el breve tiempo que había permanecido parada.

Un agente de policía se agachó para enfocarla con la linterna, casi deslumbrándola. Examinó el interior del vehículo y después la observó.

—¿Ha tenido un accidente o pinchado una rueda? —preguntó.

La joven pensó en alguna excusa que poner, pero no logró coordinar los pensamientos adecuados para ofrecer algo creíble.

—No, yo… no. Solo quería cerrar los ojos un minuto, agente.

—¿Un minuto? Hace un rato largo que nos han llamado varios conductores para denunciar que había un coche quieto en mitad del túnel. Es un milagro que no la haya embestido ninguno.

¿Un rato largo? ¿En mitad del túnel? Pero si había metido el coche en el arcén. Vale que eso tampoco era correcto, y menos en un túnel, pero…

—Yo… —empezó.

—¿Ha bebido, señorita? —preguntó el policía.

Liv se frotó la frente, tratando de centrarse. El maldito Jägermeister le había jugado una mala pasada, no cabía duda. Esa noche, su aspecto inocente y dulce no iba a sacarla del lío.

—Por favor, salga del coche —le ordenó—. Voy a hacerle la prueba.

Obedeció. No tenía sentido negarse. Entonces se dio cuenta de que, en efecto, había dejado el vehículo en mitad del túnel, por mucho que pensara que se había deslizado hasta el arcén para no molestar. Aquel hombre tenía razón: era un milagro que nadie hubiera chocado con ella.

—Perdone, agente —dijo, hablando despacio—. He bebido, es verdad. Por eso he detenido mi

coche, para no provocar ningún accidente. Creí haberlo dejado más apartado.

Él le sostuvo la mirada unos segundos.

—Es lo que tiene el alcohol, señorita. Que confunde las cosas.

—¿Me van a arrestar?

—Sí, me temo que sí —confirmó el policía—. Esta noche la tendrá que pasar en comisaría. ¿Quiere que llame a alguien? ¿A su marido, por ejemplo?

La joven hizo una mueca.

—Buena suerte con eso. A mí no me responde…

Tres.

—Hola, soy Madeleine Holmes, he venido a buscar a Liv Monroe. ¿Dónde…?

Maddy había entrado como un huracán en la comisaría. Liv estaba sentada en uno de los bancos y desde allí tenía una buena visión de su hermana pequeña. Había acudido a pagar la fianza y recogerla, y Liv sabía que aquello le costaría una reprimenda de las gordas. No solo había hecho que faltara al trabajo, también estaría decepcionada con ella.

Maddy era tan responsable y recta que a veces parecía la hermana mayor. Era ese tipo de persona que nunca dudaba de nada, siempre tenía claro el camino a seguir y todas las cosas le salían bien. Nunca flaqueaba, en eso se parecía a su madre. De hecho, era su vivo reflejo.

Entonces Maddy la vio y fue directa hacia ella, con los labios apretados en un rictus preocupado.

—Dios mío, tienes un aspecto terrible —farfulló, abrazándola.

Liv la estrechó contra sí. Sabía que la preocupación es esfumaría en breve para dar paso a la cólera, así que aprovechó esos minutos que tenía para sentir el amor de su hermana.

—Estoy bien, Maddy. De verdad.

Maddy la soltó y se alejó para volver a mirarla.

—¿Seguro que estás bien? ¿Te han tratado mal o algo?

Se aseguró de usar un tono de voz lo bastante alto como para que la escucharan todos los presentes. Maddy era abogada y muchos agentes de policía cambiaban su actitud cuando sabían que tenían un letrado ante ellos.

Liv aún recordaba con orgullo el día que su hermana había terminado la carrera. La pequeña Maddy, rubia y bajita, pero con un genio y pasión tan grandes que la llevarían hasta donde ella quisiera llegar. Años después, la pasión había disminuido, pero continuaba manteniendo el genio, sin duda.

—Me han tratado perfectamente, te lo prometo. Ha sido todo culpa mía.

—Sí, eso me han dicho. Arreglo los papeles y vamos a desayunar, así podrás contarme qué demonios has hecho.

Si alguien le hubiera dado a elegir entre esa charla o la extirpación de un riñón en directo, Liv no habría dudado en escoger la segunda opción. Pero como no tenía otra salida más que aceptar la merecida reprimenda, se acercó mientras Maddy solucionaba el papeleo en el mostrador, usando un tono condescendiente con la mujer encargada de atenderla.

Aguardó, cambiando el peso de un pie a otro, avergonzada no solo por su aspecto, sino por el comportamiento que la había llevado hasta allí. ¿Cómo había podido ser tan irresponsable? ¿Y qué iba a pasarle, tendría que ir a juicio?

—Muchas gracias. —La voz de Maddy dio fin a sus pensamientos—. Que tengan un buen día.

Cogió la carpeta que la mujer detrás del mostrador le tendía y se dio la vuelta. Salió de comisaría con paso decidido mientras Liv iba tras ella, dando vueltas a lo que iba a decir. No

tenía forma de maquillarlo, eso seguro, pero debía valorar hasta dónde contar.

—Sube al coche —ordenó Maddy, haciendo un gesto con la cabeza—. Iremos a Cherry's. Tienen buenos desayunos.

—Yo no sé si…

—Sube al coche, Liv.

El tono de su hermana no admitía réplica alguna, así que Liv obedeció. Aquello pintaba peor de lo habitual, aunque al menos no había avisado también a sus padres, lo cual era de agradecer. Podía imaginar la cara de su madre poniendo el grito en el cielo, por no hablar de su padre, que la miraría como si le hubiera dado por montar un tiroteo en una guardería. No, mejor que aquel asunto no se hiciera público, si para eso debía apechugar con su hermana, lo haría.

Maddy condujo hasta Cherry's, la cafetería donde habían desayunado tantos y tantos domingos, cuando vivían con sus padres y cuando habían dejado de hacerlo.

Ocuparon la mesa más discreta que pudieron encontrar, al fondo del local, y un minuto después apareció un chico de unos dieciocho años con una libreta entre las manos.

—Hola, chicas —saludó, con una sonrisa—. ¿Qué tal estáis? ¿Todo bien en la familia Holmes?

—Sí, muchas gracias, Nate —respondió Maddy, con una sonrisa deslumbrante.

Cómo iba a ir algo mal en la familia Holmes, pensó Liv. En su familia, todo lo malo se escondía bajo una alfombra tan brillante como los dientes de Maddy.

—¿Qué tal el señor y la señora Holmes?

—Muy bien. ¿Y tus padres?

Liv desconectó mientras duraba la charla de ascensor. Permaneció ausente hasta que sintió un pellizco leve en la mano y alzó la mirada: Maddy la contemplaba como si acabara de preguntar algo.

—¿Sí? Perdón, me he distraído unos segundos.

—¿Qué te apetece?

—En realidad no tengo mucha…

—Veamos —Maddy la interrumpió sin rubor alguno y pasó a dirigirse al muchacho, como si Liv no estuviera allí—. Trae café, huevos revueltos y tostadas para las dos.

—Por supuesto —asintió él, mirando de reojo a Liv—. Enseguida.

Una vez el camarero hubo desaparecido en dirección a la cocina, Maddy se encogió de hombros.

—Tienes que comer. Me prometiste que recuperarías algo de peso, pero no lo has hecho. ¿Cuántas comidas haces al día?

—No lo sé. No las cuento.

Maddy ignoró su tono y abrió la carpeta que le habían entregado en comisaría. Empezó a pasar una hoja tras otra mientras Liv aguardaba a que dijera algo, cualquier cosa. Le pareció que pasaban horas antes de que la rubia resoplara y alzara la vista.

—En fin —comentó—. Te has metido en un buen lío, hermanita. Me temo que esto va a llegar hasta el juzgado.

—¿Qué?

—Has dado positivo en la prueba de alcohol. Además, detuviste tu coche en mitad de un túnel, sin las luces ni ninguna forma de señalización. ¿En qué estabas pensando? Podías haber provocado un accidente en cadena. Podías haber matado a alguna persona.

Cerró la carpeta malhumorada. Por su rostro, Liv sabía que estaba haciendo un auténtico esfuerzo por no ponerse a gritar allí. Al final, no había sido tan mala idea ir a un sitio público, al

menos Maddy no podría desatar su ira en toda su magnitud.

—¿No puedes arreglarlo? —preguntó.

—No lo sé. Hay que esperar a ver qué juez te toca, no todos se toman los casos de igual forma… cuando sepamos quién es veré si puedo hacer un trato. No obstante, como no tienes antecedentes lo más probable es que la condena sea leve y no pises la cárcel.

—¿Lo más probable? Oh, Dios mío.

A Liv no se le había pasado por la cabeza que pudiera terminar en la cárcel, solo oír esa palabra hacía que se echara a temblar.

—Bueno, ¿y qué esperabas? Es lo que pasa cuando uno quebranta la ley y comete imprudencias, hermanita.

Iba a añadir algo, pero entonces regresó Nate con el café y las tostadas. Aseguró que los huevos no tardarían y volvió por donde había venido.

—No puedo ir a la cárcel, Maddy —susurró Liv, con rostro acongojado.

—Cálmate. Ya te he dicho que es muy poco probable que eso ocurra. —Maddy sirvió café en las dos tazas y le arrimó una—. Es un delito menor y no ha habido heridos. Te retirarán el permiso de conducir y te pondrán una multa, tal vez tengas que hacer servicios a la comunidad.

Lo de la multa tampoco era una buena noticia. Dio un sorbo al café, pensando en cómo se las arreglaría para pagarla si era muy alta. Cuando trabajaba como periodista podía permitirse muchas cosas, incluido tener un buen colchón para imprevistos, pero como crupier no ganaba lo mismo. Aunque aquello sonaba mejor que ir a la cárcel, desde luego.

Dos.

—Me ocuparé de tu caso y de hablar con el juez que te toque, haré lo posible porque la condena sea lo más leve posible.

—Gracias.

—Vas a tener que darme algo más que las gracias —respondió Maddy, empujando el plato con la tostada hacia ella—. Para empezar, come.

Liv tenía resaca y más náuseas que hambre, pero era lo bastante lista como para saber que si quería a Maddy de su parte debía ceder. Obedeció, dando pequeños bocados para que su estómago no se revolviera.

—Mira, Liv —empezó Maddy, mirándola con fijeza—. Esto se tiene que acabar. Sé que llevas una época muy mala, pero… han pasado dos años, cariño. Tienes que empezar a vivir otra vez.

El discurso no era nuevo, pero sí la mirada decidida de Maddy. De cualquier modo, Liv se sintió irritada al escucharla. ¿Qué se creía, que a ella le gustaba estar así? ¿Haber pasado de ser una persona feliz y una periodista de éxito a una criatura llorona e irresponsable que no sabía cuidar de sí misma?

—Debes salir del pozo.

—¿Cómo se hace eso? —farfulló.

—Desde luego, llamando al contestador de Hayden no —respondió Maddy, impasible a su rostro dolido—. Y no me digas que no lo has hecho, porque sé que no es verdad.

—Llevaba seis meses sin hacerlo.

—Pero anoche rompiste ese récord. ¿O me equivoco? —Maddy interrumpió sus palabras para permitir que el camarero depositara los huevos revueltos sobre la mesa—. Gracias. Mira, Liv —dijo, agarrando a su hermana por las muñecas—. Te quiero. Mamá y papá también, y estamos todos muy preocupados por ti. Sabemos que no terminas de superar esto.

—Lo intento —protestó ella.

—Pues no es suficiente y lo sucedido anoche no hace más que darme la razón. Has tocado fondo, ¿no lo entiendes? No solo te pusiste en peligro tú, también al resto de gente. Podía haber ocurrido una desgracia y lo sabes… Conduciendo borracha, Liv. Sinceramente, no te reconozco.

Ya eran dos, pero a Liv no se le ocurría nada que decir, porque no existía justificación. Maddy tenía razón y ojalá le diera la fórmula mágica para sacar al menos los brazos del pozo, que ya se ocuparía ella de sacar el resto del cuerpo.

—Esto debería ser un punto de inflexión en tu vida —insistió Maddy—. Mira, tal vez tengas que plantearte varios cambios.

—¿Por ejemplo?

—No lo sé. Quizás otro trabajo menos deprimente, ¿no te gustaría recuperar tu antiguo puesto? Estoy segura de que Celia te recibiría con los brazos abiertos, y a ti te encantaba lo que hacías, ¿no? Y quizás, volver a la consulta de la doctora Jameson.

Más terapia. Liv no estaba segura de que eso fuera a salvarle la vida, al igual que volver a hacer escapadas para una revista. Coincidía con Maddy en que la noche anterior había tocado fondo y que su vida pedía un cambio, pero no estaba segura de cómo llegar hasta ese cambio. Todo parecía tan difícil…

Maddy observó su rostro confuso, triste, desesperado, y le apretó la mano con cariño.

—Empieza por un solo cambio, uno pequeño. El resto vendrán seguidos.

—¿Como cuál?

—Come —respondió su hermana, empujando el plato hacia ella con una sonrisa.

Liv lo atrapó con un gesto mecánico, pero obedeció. No tenía claro que comer unos huevos revueltos fuera el primer paso para sentirse mejor, pero si tenía que hacerlo para tener contenta a Maddy y que así fuera su abogada, lo haría.

Uno.

Capítulo 2

Raleigh, una semana antes.

—¡Se abre la sesión! —informó el ujier, en voz muy alta y sobresaltando a los presentes — . ¡Preside la honorable jueza Lucrecia Prescott!

Todas las personas que se encontraban en la sala se levantaron a la vez mientras se abría una puerta lateral para dar paso a la jueza, una mujer negra de aspecto sobrio, voluminosa y cuya sola presencia imponía respeto.

Ocupó su asiento sin levantar la vista e hizo un gesto con la mano hacia el ujier, que de nuevo alzó la voz:

— ¡Pueden sentarse!

La jueza se colocó sus gafas de leer y cogió el primer expediente del montón que tenía sobre su mesa.

— ¡Asociación de afectados contra Shawn Bennett! — gritó el ujier.

Ella lo miró por encima de sus gafas y volvió a mover la mano, esta vez haciendo gestos hacia abajo. Él afirmó con la cabeza.

— Puede dar comienzo el proceso — susurró el hombre.

Lucrecia miró al techo, pero no dijo nada. Jeremiah Jackson, el ujier, llevaba allí más años que ella; a veces Lucrecia se preguntaba si ya estaría allí trabajando cuando se construyó el edificio cien años atrás, y su sordera era algo conocido por todos. El tiempo no había hecho sino agravarla, y aunque el hombre debería haberse jubilado unos años atrás, no iba a ser ella quien insistiera en el asunto. La mujer de Jeremiah tenía cáncer desde hacía tiempo y gracias al seguro de salud de aquel empleo podían costearse el tratamiento, ya que estaba cubierto por el mismo. Pero en el momento en que el anciano dejara de trabajar, también perdería el derecho al seguro y no podrían pagar las abultadas facturas del hospital. El sistema de salud no era justo, eso bien lo sabía Lucrecia, pero, por desgracia, en ese asunto poco podía hacer aparte de mantener a Jeremiah en su puesto. Por ese tipo de injusticias y otras que veía a diario en su juzgado, era especialmente sensible en los casos como el que tenía en aquel momento ante ella: un grupo de personas que había llevado a los tribunales a un bróker, acusándolo de dejarlos sin ahorros y engañarlos con unas inversiones que no eran como él las había descrito.

En sus manos, tenía los informes de la acusación, folios y más folios repletos de datos, números y gráficos que había ojeado en su despacho, por lo que tenía una idea bastante clara de lo que había ocurrido. Por el contrario, la defensa no había entregado aún ningún tipo de reporte.

Dejó los informes a un lado y miró el montón de papeles que tenía, por si acaso había algo nuevo, pero no: todo era de los siguientes casos.

Miró hacia la sala, de nuevo por encima de sus gafas. En la zona de la acusación, los asientos del público estaban llenos, supuso que todos ellos eran los afectados por el tal Shawn Bennett.

Gente de todas las edades, de aspecto normal, trabajadora y que, por lo que había leído, muchos se habían quedado sin nada por aquellas inversiones. Los abogados, una pareja, tenían montones y montones de papeles que estaban revisando, haciendo comentarios entre ellos. Claramente, en aquel caso no iba a haber falta de pruebas.

Dirigió la vista hacia la defensa. Y se bajó aún más las gafas. O ella veía peor de lo que pensaba, o allí solo había una abogada. El traje que llevaba y el maletín de cuero indicaban que no era de oficio sino todo lo contrario: Lucrecia pondría la mano en el fuego (y estaba segura de no quemarse) a que aquella mujer era de algún bufete de al menos dos apellidos. De aquellos con placas doradas en las oficinas y tarjetas de papel nacarado.

Al ver que la estaba observando, la abogada se levantó estirándose la chaqueta del traje.

—Si me permite, señoría. —Carraspeó—. Pido la palabra.

Lucrecia elevó una ceja.

—¿Y su defendido? ¿No está aquí?

—Sí, por supuesto. Ha ido al baño.

—¿Se encuentra indispuesto?

—Algo así. —Carraspeó de nuevo—. Vendrá enseguida.

—Señorita…

—Landon. De Landon, Croops & Cochrane. —Al decir el primer apellido, pareció incluso inflarse—. Estoy segura de que cinco minutos no afectarán al desarrollo de…

—Señorita Landon, el tiempo no es negociable en mi sala. Si su cliente no está, empezaremos sin él y, sintiéndolo mucho, continuaremos sin él. No me gustan las interrupciones y una vez comienza la vista, no entra ni sale nadie. ¿Me ha entendido?

—Sí, claro, por supuesto, pero… —Un guarda de seguridad ya se estaba dirigiendo hacia las puertas de acceso a la sala—. Tiene que entender, era un asunto urgente y el señor Bennett no tardará en…

Las puertas se abrieron de golpe, justo cuando el guarda llegaba a ellas, y el hombre tuvo que esquivarlas para no verse golpeado por una de las hojas. La atrapó y fulminó con la mirada al chico que las había abierto. Este no se inmutó, sino que lo miró de arriba abajo y al momento apartó la vista, mostrando de esa forma que no tenía ni el menor interés en la persona uniformada que se encontraba frente a él.

Shawn Bennett se ató un botón de su carísimo traje a medida, sonrió mostrando unos blanquísimos y perfectos dientes y avanzó por el pasillo sin mirar a los lados. Su objetivo estaba frente a él: la jueza encargada de su caso. Todos los demás que había allí no le interesaban, ni siquiera el grupo que lo había acusado, porque no eran más que un montón de paletos que no tenían ni idea de nada. Si no sabían cómo funcionaban los negocios, no era su problema.

Vio que la jueza se quitaba las gafas y lo observaba, lo cual le hizo pensar que había logrado parte de su objetivo: tenía su atención, así que pensaba aprovecharla.

Llegó a la altura de su abogada y cuando estaba a un paso hacia la jueza, esta levantó la mano para indicarle que se detuviera.

—¿Dónde cree que va? —preguntó la mujer.

—A hablar con usted, señoría.

—Para eso está su abogada, señor Bennett. —Hizo un gesto con la cabeza hacia la susodicha —. Siéntese para que podamos empezar.

—No lo entiende, señoría. Ella no es mi abogada.

—¿Perdón?

—Señor Bennett —susurró la chica, inclinándose hacia él—. Su padre me ha contratado y…

—Voy a representarme a mí mismo.

—No me diga. —Lucrecia se reclinó en el asiento. Vaya, aquello iba a ser divertido—. ¿Es usted abogado?

—No, señoría. Empecé la carrera y…

—¿Sabe que si renuncia a su representante legal, luego no podrá reclamar su ayuda o colaboración?

—No será necesario. —Miró a la señorita Landon con condescendencia—. Cualquiera puede hacer su trabajo, sin ofender. Mi caso está claro. Puedes irte.

¿Sin ofender? La chica se estiró sulfurada y cogió su maletín. ¿Que cualquiera podía hacer su trabajo? No le pagaban trescientos dólares la hora por nada. El señor Bennett le había advertido que a su hijo le gustaba hacer las cosas a su manera e incluso le había pagado por adelantado, pero si él creía que no la necesitaba, pues buena suerte. Tenía cosas más importantes que hacer que pasar el tiempo con un caso perdido como aquel. Al menos, no afectaría a su reputación porque si algo tenía claro cuando había aceptado era que el chico era culpable y que la única salida era un acuerdo, que estaba segura satisfaría a ambas partes. Lo había preparado con esmero y el beneplácito del padre de Shawn, que parecía tener más cabeza que su descendencia.

—Queda registrado que este tribunal ha aconsejado al acusado no renunciar a su abogado defensor y él ha rechazado dicha recomendación.

—Que sí, lo he entendido —dijo Shawn—. Gracias por venir… señorita abogada.

—Señorita Landon. De Landon, Croops & Cochrane. Suerte, señor Bennett. Va a necesitarla.

Shawn sacudió la cabeza y esperó a que la chica saliera para ocupar su lugar en la mesa. Desde luego, cómo de creído se lo tenían aquellos abogados. En un caso claro como el suyo, tener un abogado era una tontería. Con el semestre que había estudiado le bastaba y le sobraba.

Se tocó la barba perfectamente recortada, satisfecho con el tacto. Había tenido que ir al baño a darle la crema especial que la hidrataba porque se le había olvidado hacerlo aquella mañana y claro, no podía presentarse ante un tribunal con aspecto descuidado. Había acudido a su barbero y a su peluquero el día anterior para asegurarse de que no tenía un solo mechón de su cabellera rubia o pelo de barba fuera de sitio, si algo tenía claro era que el aspecto decía todo de una persona y ningún juez condenaría a alguien con un porte como el suyo. Siempre había ido con el pelo muy corto y afeitado, hasta que había comenzado la moda hípster y había descubierto que era el *look* perfecto. Claro que tenía que dedicarle horas, casi más que antes, pero para él aquello era tiempo bien invertido. Aquel día hasta se había echado unas gotas en sus clarísimos ojos azules para darles un brillo especial. ¡Seguro que la jueza tenía en cuenta todo aquel esfuerzo! Y si no, tenía su plan B, pensó, palpando un bolsillo de su chaqueta. B de billetera, por supuesto, algo que siempre funcionaba.

—¿Quiere hacer algún alegato inicial? —preguntó Lucrecia—. ¿Ha traído algún documento para su defensa que quiera que examine este tribunal?

Aunque veía que el chico no llevaba nada en las manos y sabía la respuesta de antemano, era su obligación preguntar.

Shawn le mostró las palmas de las manos con despreocupación.

—Nada, señoría —contestó. Se llevó un dedo a la sien—. Todo lo que necesito está aquí.

Lucrecia casi sintió pena, porque era como ver a un corderito dirigirse al matadero. Casi, porque con lo que había leído, mucho se temía que las pruebas de la defensa eran abrumadoras y aquel chico, más que un corderito, era un lobo.

—Bien, pues entonces puede comenzar la defensa.

La chica se levantó, con varios papeles en la mano.

—Señoría, estamos aquí para demostrar que el señor Bennett ha estafado de forma inequívoca y con conocimiento a todos nuestros representados, veintitrés personas en total. Veintitrés familias afectadas, veintitrés hombres y mujeres…

—¡Protesto! —exclamó Shawn.

—¿Sobre? —preguntó Lucrecia.

—¿Es necesario que repita tantas veces veintitrés? Lo pone en la denuncia, ya sabemos todos cuántos son. Creo que es una maniobra de la acusación para irse por las ramas porque no tiene nada en mi contra.

—Denegada. —Hizo un gesto a la abogada—. Continúe.

—Gracias, señoría —contestó ella—. Como decía, veintitrés hombres y mujeres trabajadores que han visto cómo sus ahorros desaparecían en manos del señor Bennett. Aquí tenemos las pruebas. —Agitó los papeles—. Y ellos mismos contarán sus experiencias en ese estrado. Si le parece, llamo al primer testigo: la señora Pryor.

Una mujer mayor se levantó de entre el público y subió al estrado. Fue en ese momento cuando Shawn se dio cuenta de que todos los que estaban sentados eran los mismos que habían sido sus clientes y que lo habían llevado hasta allí… ¿En serio iban a declarar todos? ¡Aquello iba a ser eterno! Suspiró fastidiado, pensando que debería haber cogido un café antes de entrar. No de la máquina, eso ni loco, sino de su cafetería gourmet favorita a un par de calles de allí. Bueno, pediría un receso en un rato para salir a por uno. Eso seguro que no podía negárselo la jueza.

Apoyó la cabeza en una mano con gesto aburrido mientras la abogada hablaba con la señora Pryor y confirmaba sus datos.

—¿Cómo conoció al señor Bennett? —preguntó la abogada.

—Mi hijo estudia en la universidad y vio un anuncio en un foro interno sobre un bróker personalizado. Yo no entiendo de eso, pero estaba buscando qué hacer con mis ahorros y me dio el teléfono. Lo llamé y así nos conocimos.

—¿Cuánto dinero invirtió?

—Unos veinte mil dólares. Todos mis ahorros.

—¿Y cuánto ha visto devuelto?

—Algunos dólares unos meses aquí, otros allá… Nada fijo. El señor Bennett me explicó que así funcionaba la bolsa, pero me pareció extraño porque no me dijo nada de que estuviera vendiendo o comprando o qué estaba haciendo con mi dinero.

—¿Qué pasó cuando pidió recuperarlo?

—Que me dijo que no se podía.

—¿Por qué?

—Porque no lo tenía.

—¿Le dijo dónde lo tenía?

—Me dijo que tenía más clientes y que tenía que esperar a que tuviera nuevos.

—Eso es todo, señoría.

Regresó a su sitio y Lucrecia miró a Shawn.

—¿Quiere interrogar a la testigo?

—Claro, por supuesto.

Shawn se tocó el pelo por si acaso se le había movido y se levantó, mostrando de nuevo su mejor sonrisa antes de acercarse al estrado. La señora Pryor no le devolvió el gesto, pero eso no lo amilanó.

—¿Qué tal se encuentra, señora Pryor?

Le guiñó un ojo y ella se removió en el asiento, enrojeciendo un poco.

—Bien, gracias, Shawn.

—¿Cómo hemos llegado a esto? —Le lanzó una mirada de cachorrito perdido—. Sabe que su dinero iba a volver tarde a temprano, que siempre he estado ahí para apoyarla.

—Ay, si es que eres un chico tan majo… —Miró por encima de su hombro hacia el público, donde estaba su hijo haciéndole gestos, y sacudió la cabeza—. No, no, no, esto no puede ser. —Miró a Lucrecia—. Ay, señora jueza, si es que mírelo. Tiene esa cara de buen chico, y es tan agradable y simpático que… nos confunde. A todos, lo sé, sé que a todos nos pasa lo mismo. Empieza a hablar y con ese encanto natural que tiene…

—Gracias por los piropos, señora Pryor —dijo Shawn—. Creo que este asunto se ha salido de madre y…

—No, que no me enredes. —Se tapó los ojos con las manos—. Quiero mi dinero y tú no me lo has dado, y ya está.

—Pero si ya expliqué que lo devolvería.

—Señor Bennett —interrumpió Lucrecia—. ¿De qué modo va a devolverlo? No me ha aportado nada para respaldar esa… supongo que podríamos llamarla defensa.

—Claro, es sencillo: cuando tenga más clientes.

—Desarrolle ese argumento, por favor.

—Muy fácil. Yo he invertido todo lo que mis clientes me han dado. Hasta que reciba beneficios, reparto el porcentaje que he prometido sacándolo de esas cuentas.

—¿Cómo?

—No invierto todo, claro, voy dejando parte para pagar esos intereses.

—En una cuenta a su nombre pero que no reporta beneficios.

—Eso es.

—Lo que me está describiendo, señor Bennett, es una estafa piramidal.

—No, de estafa nada porque les pago.

—Pero no les paga con inversiones. Les paga con dinero de gente nueva que entra.

—Exacto. —Aplaudió y miró al público—. ¿Veis? Ella lo ha entendido a la primera.

Lucrecia se quedó unos segundos mirándolo, sin poder creer lo que estaba oyendo. ¿Pero es que no se daba cuenta de lo que acababa de admitir?

—Señor Bennett…

—Señoría, si ellos reciben su beneficio, no hay estafa por ningún lado.

—¿Y puede decirme dónde tiene invertido todo el dinero o la mayoría?

—Claro. En acciones en un par de empresas y el resto en gastos de representación.

—¿Disculpe?

Shawn sacó su móvil y se acercó a Lucrecia mientras trasteaba con él. Una vez hubo abierto una galería de fotos, se lo pasó.

—Ahí tiene.

Lucrecia se colocó las gafas y miró la pantalla. Se las quitó y las limpió por si acaso pero no, cuando se las volvió a poner, las imágenes que iba pasando eran las mismas.

Un Lamborghini.

Una oficina con amplios ventanales y sofás de cuero.

Trajes.

Paquetes de cremas.

Colonias.

Dejó las gafas a un lado y se pellizcó el puente de la nariz. Aquello era peor de lo que

pensaba.

—¿Esto es lo que considera gastos de representación?

—Por supuesto. Todo eso lo deduciré de mi declaración fiscal el año que viene. ¿Ha visto qué oficina tengo? Decorada al estilo feng shui, por supuesto.

Alargó la mano, pero Lucrecia no le devolvió el móvil.

—¿Y las acciones? —preguntó ella.

—Ah, están a mi nombre, claro. Así yo recibo los beneficios y los voy repartiendo. ¿Me devuelve el móvil?

—No, creo que me lo quedaré como prueba.

—Puedo pasarle las fotos si quiere.

—No es necesario, incluso el móvil en sí mismo es una prueba. ¿Cuánto le ha costado?

—Nada, unos dos mil dólares.

Se oyó un murmullo generalizado en la sala. Shawn tenía la sonrisa congelada, porque estaba seguro de que no había hecho nada ilegal, pero notaba malas vibraciones por todas partes y aquello no era bueno. Tendría que ir después a equilibrar sus *chakras*, ya lo estaba viendo.

—Señor Bennett, creo que no es consciente de todos los delitos que ha cometido —continuó Lucrecia—. Vuelva a su sitio, por favor.

—Pero…

—Tengo que escuchar el testimonio del resto de testigos y podrá interrogarlos si quiere, aunque tengo una idea bastante clara del asunto.

—Pero no puedo ir a sentarme así.

—Así, ¿cómo?

—Sin mi móvil. ¡Es como si estuviera desnudo!

Lucrecia levantó una ceja y le hizo un gesto a uno de los guardas de seguridad.

—¿Quiere que lo ayuden a sentarse? —preguntó.

Shawn vio al hombre acercarse y retrocedió hacia su sitio esquivándolo.

—No, no, que me puede arrugar el traje —replicó—. Ya me siento.

Se apresuró a regresar a su sitio. Lucrecia indicó a la señora Pryor que podía regresar a su lugar entre el público y la abogada del grupo llamó al siguiente testigo.

Shawn había perdido parte de su buen humor y se quedó en su sitio con los brazos cruzados y gesto enfurruñado. ¿De verdad iba a tener que escuchar a veintitrés personas contando milongas? Aquello no tenía ningún sentido.

Pero para su desgracia, tras dos testigos más, se dio cuenta de la jueza Prescott tenía intención de escuchar a todos y cada uno de ellos.

Antes de que subiera el cuarto, se levantó para hablar.

—Solicito un receso —dijo.

—¿Para qué? —preguntó Lucrecia.

—Para ir a buscar un *cafenelato*.

—¿Perdón?

—Un café con canela. ¿Quiere que le traiga uno?

—No, nadie va a ir a por café a ninguna parte que no sea la máquina de fuera. —Miró el reloj —. Y solo llevamos aquí media hora así que no hay receso aún.

Dio un golpe con su martillo y pidió que subiera la siguiente testigo. Shawn echó mano de su bolsillo en un acto reflejo para comprobar sus mensajes y sufrió un microinfarto al no encontrar el móvil, durante el par de segundos que tardó en darse cuenta de que aún seguía en manos de la jueza. Refunfuñó para sus adentros y se acomodó en la silla, mientras los testigos se iban

sucediendo uno tras otro.

No supo cuánto tiempo había pasado hasta que un martillazo y un grito del ujier anunciando un descanso lo sacaron de su ensimismamiento.

Salió apresurado al pasillo, buscando aquellas máquinas de las que habían hablado, pero cuando las encontró tuvo que esperar a que unas cuantas personas sacaran su bebida antes de que le tocara a él. Algo a lo que tampoco estaba acostumbrado: en las oficinas que había alquilado había unas máquinas de cápsulas que hasta él sabía utilizar, aunque normalmente el café se lo hiciera su asistente. Por eso, cuando se encontró de frente con la máquina, se quedó sin saber qué hacer. Según las instrucciones que había, tenía que meter dinero, pero lo máximo que admitía era billetes de diez y cuando sacó su tarjeta para mirar, no tenía nada menor de veinte, ni siquiera monedas. Él estaba acostumbrado a pagar todo con tarjeta, ¡aquellas máquinas eran antediluvianas! Se dio la vuelta con un billete de cien dólares en la mano.

—¿Alguien tiene cambios? —preguntó.

—Gracias a ti, ni cambios ni completos —dijo el hombre tras él, a quien reconoció como uno de sus clientes—. Deja sitio para la plebe, que lo mismo te envenenas con este café de origen desconocido.

—Uy, pues eso no estaría mal. —Una señora lo adelantó y metió un billete de dólar—. Dale, Shawn, dale, disfruta del café.

Él miró la máquina y a la cola que había tras él, indeciso. A ver si lo del veneno iba en serio y le habían echado algo… Pero le pudo la necesidad de cafeína y pulsó el botón que indicaba café solo largo.

Cogió el vaso con dos dedos, primero por temor a quemarse y segundo, porque no quería tocar demasiado aquel plástico que ni siquiera era ecológico, como estaba de moda, y se apartó para que avanzara la cola. Olisqueó el líquido y no notó nada extraño, aparte de que solo olía a café y ningún aditivo a los que estaba acostumbrado. Se llevó el vaso a los labios… y con el primer trago a punto estuvo de escupir. Aquello era lo más amargo que había probado en su vida. ¿Se habría olvidado de echar azúcar? Cogió el palito de plástico que lo acompañaba y removió, notando los granos en el fondo, aunque cuando volvió a probar no notó mucha diferencia. Pero entonces salió el ujier de los gritos a anunciar que acababa el descanso, así que se lo bebió de un trago, quemándose ligeramente la lengua, y regresó a la sala maldiciendo el juzgado, los clientes que lo habían acusado y al inventor de las máquinas de café de pago.

El tiempo se le hizo eterno mientras seguían desfilando los testigos uno tras otro, hasta que por fin escuchó que la jueza pedía las alegaciones finales.

La abogada ni le dirigió la mirada mientras se levantaba y se acercaba al estrado, quedándose a medio camino.

—Señoría, poco tenemos que añadir a lo ya declarado por los veintitrés denunciantes.

—Y venga con el numerito… —murmuró Shawn.

—El señor Bennett ha engañado a todos y cada uno de ellos. En los contratos que firmaron, se les garantiza un dos por ciento de beneficio mensual de intereses y el reembolso inmediato de lo invertido si el cliente lo reclamaba, lo cual ya hemos visto que no se ha producido. Además de admitir que el dinero no se encuentra invertido en diferentes empresas o fondos de inversión, ni siquiera en cuentas de ahorro o algo mínimamente legal. No, se les ha ido pagando con lo aportado por otros clientes. Por lo tanto, reclamamos que todas las posesiones del señor Bennett sean requisadas y vendidas para pagar a nuestros clientes sus inversiones originales, más los intereses generados, más una indemnización por daños y perjuicios. Gracias.

Regresó a su asiento y Shawn se levantó con parsimonia. Lo tenían claro. ¿Indemnización? Él

era quien debía ser indemnizado, por todo el tiempo que había invertido con ellos.

—Señoría —empezó—, todo esto es absurdo. Cualquiera sabe que una empresa, para funcionar, necesita invertir en activos. Y ahí en mi móvil, que espero me devuelva pronto, tiene la prueba de que todo lo que he comprado era necesario para el buen funcionamiento de la misma.

—¿Un Lamborghini? —preguntó ella.

—¿Cómo voy a desplazarme, si no? Además, como ya he dicho, se les ha ido pagando el porcentaje acordado. Todos ellos firmaron los contratos sin coacción, así que no pueden decir que no sabían lo que firmaban porque lo leyeron conmigo. En todo caso, el que pide una indemnización soy yo, estas horas aquí perdidas deberían serme pagadas. Gracias.

Se giró para ir a su asiento, pero la voz de Lucrecia lo detuvo.

—Quédese de pie. Ya tengo mi veredicto. —Los dos abogados de la acusación se levantaron —. Señor Shawn Bennett, queda declarado culpable de estafa.

La sala se llenó de aplausos mientras Shawn se sintió tentado de frotarse los oídos. ¿Cómo que culpable? Ni hablar, eso no podía ser.

—Se hará un inventario de sus posesiones para proceder a subasta y pagar a los denunciantes según sus demandas. Además, lo condeno a…

—Un momento, un momento. —Shawn se apresuró a correr hacia el estrado y acercarse a ella —. ¿Puedo hablar con usted?

—No, pero ya veo que lo está haciendo.

—Dígame cuánto.

—¿Perdón?

—Cuánto quiere para declararme inocente. Llamaré a mi padre y le pagará lo que sea.

Lucrecia no daba crédito a lo que estaba escuchando. ¿En qué mundo vivía ese chico? O, mejor dicho, hombre, porque ahora que lo observaba de cerca, no era ningún chaval recién salido de la universidad.

—¿Cuántos años tiene, señor Bennett?

—Treinta y nueve. —Se echó un poco hacia atrás, mosqueado—. ¿Por qué? ¿Me está echando los tejos?

—¿Qué? Madre mía, pero ¿qué tiene usted en la cabeza? ¿Sabe que intentar sobornar a un juez está penado por la ley?

—No es soborno, es un pago por un favor.

Lucrecia movió la cabeza. ¿Cómo lo habían educado para tener esa clase de pensamientos? Había pensado enviarlo a la cárcel, pero mucho se temía que allí no aprendería nada: su padre enviaría dinero, le pondrían trato especial y el tiempo se pasaría volando. No, mejor algo más terrenal, algo que lo hiciera espabilar.

—Su padre no puede hacer nada por usted, señor Bennett. Quiero que sea consciente de lo que ha hecho y asuma sus errores.

—¿Qué errores?

—¿Cómo ha llegado a ser bróker?

—Bueno, he estudiado un montón de carreras.

—¿Cuántas ha terminado?

—Ninguna, es que ninguna me convencía y por eso sé un poco de todo. Mi padre me ha tenido en varios puestos en sus empresas y al final, decidí instalarme por mí mismo. Es lo que este país necesita, emprendedores como yo.

—Sí, justo es lo que necesitamos, más gente como usted.

A Shawn no se le escapó el tono sarcástico y frunció el ceño. ¿Qué estaba pasando? Aquella mujer era inmune a sus encantos, a su billetera, a su labia… ¿qué le quedaba? ¿Echarse al suelo de rodillas y suplicar?

—¡Un momento, un momento! —exclamó.

—¿Qué quiere ahora?

—¡Mi abogada! Si me deja el móvil llamaré y…

—No, renunció a ella y el caso está cerrado, acabo de dictar sentencia. No tiene nada que hacer.

—¡Pues recurro!

—Rechazado. Y pienso enviar un informe totalmente claro sobre este asunto que impedirá cualquier recurso, así que no se haga ilusiones. Sin embargo, no irá a la cárcel.

—¡Genial!

—Quedará asignado a un programa de reeducación de doce semanas en Hendersonville.

—¿Dónde está eso?

—Aquí, en el interior de Carolina del Norte.

—¿Qué? ¿El interior? ¡No! ¡Eso es el tercer mundo!

—Deberá realizar el programa completo de principio a fin. El mismo incluye actividades complementarias que espero que realice, porque pediré un informe detallado de sus progresos y si no me satisface, entonces sí que ingresará en prisión por un período no menor a un año.

Shawn abrió y cerró la boca como un pez fuera del agua, asimilando aquella información. ¿Seguro que aquello se podía hacer, enviarlo al fin del mundo a un pueblo perdido de la mano de Dios a hacer quién sabía qué?

Tenía que hablar con su padre a cualquier precio. Pero no se sabía su número, ni el de nadie, ya puestos. Sin su móvil, estaba totalmente perdido.

—¡Tengo derecho a una llamada! —exclamó de pronto, recordando aquello que había oído en mil películas.

Lucrecia suspiró y le pasó el móvil.

—Una sola. —Dio un golpe con el mazo—. Los demás pueden retirarse, caso cerrado.

Ignorando las expresiones de júbilo tras él, Shawn buscó el número de su padre y marcó. Se apartó un poco hacia una esquina y casi dio un salto de alegría cuando su progenitor cogió el teléfono.

—Papá, no tengo mucho tiempo.

Sin dejarlo hablar, le contó atropelladamente lo que había ocurrido y la ridícula sentencia a la que había sido condenado. Cuando paró para tomar aire, se quedó paralizado al escuchar las palabras de su padre:

—¿Y qué quieres que haga yo?

Shawn tragó saliva. ¿Acaso su padre no pensaba sacarlo de aquel lío, como había hecho siempre?

—Sácame de aquí.

—No puedo. Lo siento, Shawn, pero esto escapa a nuestro poder. Tendrás que cumplir esa sentencia. ¿Cómo se te ocurre despedir a la abogada que pagué para ti?

—¡Yo qué sabía!

—Ese es el problema, que nunca sabes ni aprendes. En fin, a ver si con esto espabilas y cuando termines, te decides a hacer algo de utilidad porque está claro que como empresario tampoco funcionas. Llámame cuando acaben esas semanas.

Y le colgó. Shawn se quedó, literalmente, pasmado. Ni siquiera reaccionó cuando el ujier le

retiró de nuevo el móvil y el guarda de seguridad lo esposaba para llevárselo de la sala.

¿Qué iba a pasar con él?

Y peor aún, ¿dónde demonios estaba Hendersonville? Porque «interior» había mucho…

Capítulo 3

Hendersonville, primera semana de junio.

El frenazo del coche devolvió a Derek a la realidad de manera estrepitosa. Casi dos horas de viaje eran tiempo más que suficiente para dar vueltas a la cabeza, algo tan inevitable como inútil. Pero siempre había sido de esas personas que no dormían si tenían preocupaciones, y desde el «incidente» no pegaba ojo.

—La casa no está nada mal. —Escuchó decir a Kate—. ¿Aquí es donde te vas a alojar?

Derek asintió, ausente. En efecto, no es que la casa no estuviera mal, sino que era digna de aparecer en alguna portada de revista. No era moderna ni preciosa de esa manera que vendía el lujo, sino auténtica. Rural, pero con magia. Un tono cálido impregnaba la fachada, incluso en las diminutas vallas blancas que rodeaban el porche, y poseía montones de ventanas en las dos plantas que se apreciaban. Ni quería calcular el coste de mantener esa vivienda en buenas condiciones, seguro que no era poco.

Echó otro vistazo alrededor, pero no había mucho más. Hacía unos quince minutos que habían dejado atrás una hilera de chalés adosados y, desde entonces, solo habían visto pasar terreno y más terreno. Una buena parte de él pertenecía, sin duda, al dueño de la casa. Los jardines que la rodeaban aparecían perfectamente cuidados y llenos de flores cuya gama de colores hacía del lugar uno de los más coloridos que Derek había visto en su vida.

Hendersonville estaba ubicada en el condado de Henderson, y Derek no tenía mucha idea acerca del lugar donde, al parecer, iba a pasar el verano por obra y gracia de la jueza Morris. Todavía no se podía creer que lo hubieran condenado, pero allí estaba, delante del que iba a ser su hogar durante los próximos tres meses.

—Venga, no es tan malo —insistió Kate—. Seguro que tendrás mucho tiempo libre.

—Sí, ya se ve que por aquí hay mucho que hacer —observó, sin poder evitar la ironía.

Kate hizo una mueca que venía a decir que estaba molesta y Derek se arrepintió al momento del comentario. Bastante con que su exmujer se había ofrecido a llevarlo hasta allí, todavía le tocaba hacer otras dos horas de regreso y él se lo agradecía poniéndose gruñón e inmaduro.

—Perdona, no estoy enfadado contigo.

—¿Qué crees, que no te conozco? Anda, vamos. —Le dio una palmadita amistosa en el brazo y quitó las llaves del motor antes de bajar del vehículo.

Derek la imitó desde el lado del copiloto mientras estudiaba el cielo, libre de nubes y de un color azul brillante. Empezaba junio y se adivinaba otro verano húmedo y caluroso en Carolina del Norte, algo a lo que, si bien estaba acostumbrado, no terminaba de convencerlo cuando el plan era pasarse tres meses dándole a una pala. O puliendo madera, no tenía muy claro cuál iba a ser su expiación por haber quebrantado la ley. No era que le asustara el trabajo físico, pero le seguía pareciendo de lo más injusto todo.

Fue hasta el maletero para sacar su equipaje, que consistía en una maleta grande y una bolsa de tamaño medio, la cual dejó caer al suelo. Cuando cerró, se encontró con los ojos directos pero amables de Kate, que lo miraba cruzada de brazos.

—¿Qué tal si empiezas con otra actitud? —sugirió—. Las cosas no van a cambiar, al menos en un corto espacio de tiempo. Y ya sé que lo que te ha pasado no es justo, pero pegaste a un policía, Derek. Tienes suerte de que haya quedado solo en servicios a la comunidad.

Él pareció contrariado. Explicado así sonaba peor de lo que había ocurrido en realidad, pero ¿para qué perder el tiempo tratando de hacer que Kate lo comprendiera? No podía olvidar que había estado casada con él años atrás y sabía mucho sobre su carácter impulsivo. Era un buen tipo el noventa por ciento de las veces, pero existía un diez en el que no lo era. Asomaba poco a la superficie, pero ahí estaba, creando problemas de cuando en cuando.

Apenas se habían casado cuando descubrió que había sido un error. Kate no era compatible con él en absoluto: mientras ella llenaba su agenda de planes que incluían las palabras «hijos», «veranos en Luisiana» y «reuniones familiares», Derek estaba más ocupado tratando de sacar a flote un negocio de limusinas. Ni siquiera había cumplido los veinticinco cuando se metió hasta el cuello, tratando de ascender. La placidez de la vida que Kate ansiaba chocaba de lleno contra su ambición, y durante los siete años que permanecieron casados, las discusiones eran constantes. Derek trabajaba todas las horas del mundo para tratar de mantener sus sueños arriba, pero al mismo tiempo ella se marchitaba. Veía que su idea de vida se esfumaba como el humo de un cigarrillo se desvanecía en el ambiente porque, ¿cómo tener hijos si tu marido apenas encontraba tiempo para dormir contigo? El negocio de las limusinas no sabía de horarios.

Durante un tiempo, funcionó. Derek tenía más trabajo del que podía tolerar y una plantilla de casi quince chóferes a su cargo. Todo fluía a las mil maravillas y abandonaron su apartamento de tres habitaciones para comprar una casa de dos plantas con jardín.

Kate la decoró con esmero y llenó el jardín de columpios para esos niños que nunca llegaban. Dedicó todas sus energías a crear un hogar, hasta instaló una piscina. Quería a Derek más que a cualquier cosa en el mundo, pero cuando se despertaba por las mañanas y lo encontraba dormido encima de su ordenador con un documento sobre las cuentas de la empresa abierto sentía ganas de estrangularlo con sus propias manos. Entonces se sentaba, lloraba y le suplicaba que se tomara unas vacaciones, que necesitaban pasar algún tiempo juntos. Derek prometía hacerlo, pero eso nunca ocurría y Kate comenzó a apagarse lentamente.

Unos meses después, el negocio iba de maravilla y Derek encontró a su mujer en la cama con otro hombre. Quizás lo más lógico era que se hubiera puesto furioso. Haber sacado a aquel tipo de la cama a tirones y largarlo de su preciosa casa a patadas. Zarandear a su mujer mientras le gritaba en la cara «por qué».

Pero él sabía por qué. Kate se lo había dicho muchas veces. Sencillamente, nunca tendría que haberse casado, ni con ella ni con nadie.

Nunca le reprochó los cuernos y el divorcio fue amistoso. Se abrazaron frente al juzgado cuando todo terminó: ella le pidió disculpas por haberlo engañado y él por haber sido un pésimo marido.

Tenía treinta y dos años cuando se encontró divorciado y dueño de un negocio próspero. Volcó todo su tiempo en crecer, algo que logró. A los treinta y seis sufrió un infarto que lo llevó derecho al hospital, donde un doctor de lo más competente le recomendó tomarse la vida con calma. Kate estuvo a su lado durante el susto y le hizo la misma recomendación. Ahora ella llevaba el cabello muy corto, estaba casada con aquel otro tipo, alguien llamado Tim, y resplandecía. Por fin tenía la vida soñada, la que Derek no había podido darle, y sus horas

transcurrían llevando a dos gemelos de extraescolar en extraescolar.

A partir de ese incidente, Kate y él comenzaron a charlar con regularidad y ella recuperó su rol de amiga, alguien que lo conocía bien y en quien podía confiar.

Cuando apareció un inversor dispuesto a adquirir el setenta y cinco por ciento de la empresa, Derek cedió. No le quedaba mucho para cumplir los cuarenta, y un divorcio más un infarto eran motivos sobrados para aflojar el ritmo. El otro veinticinco por ciento le pertenecía y decidió trabajar en el equipo como chófer, ya que conducir era algo que siempre se le había dado bien. Lo relajaba y también hacía sentir cómodo al nuevo jefe, que sabía que de ese modo el resto del equipo no se dedicaría a vaguear.

Kate lo felicitó por su decisión. Aún era joven, dijo. Podía rehacer su vida y buscarse una buena chica (o dos) con la que pasar los años que le quedaban. No todo en la vida era trabajar, añadió.

Porque sin ser jefe, Derek descubrió que le sobraba mucho tiempo. Y él no tenía *hobbies*, nunca había tenido tiempo para desarrollarlos. Sí, acudía al gimnasio, como era lógico… algo muy predecible en hombres cercanos a la cuarentena. Ojeaba coches sin parar, tratando de llenar los minutos con algo que pudiera interesarle.

La mayor parte de su grupo de amigos tenía familia, pero aún quedaban dos o tres que seguían solteros y a veces salían a tomar copas, a ver partidos de *rugby* y cosas por el estilo, pero el vacío seguía presente: los deportes nunca le habían interesado del todo y los locales de moda lo sobrepasaban. Nunca había sido fiestero, ni el típico ligón de bar. Kate fue primero su mejor amiga y después su mujer, algo alejado de cualquier relación en exceso pasional.

Y no porque le faltara atractivo. Su altura y complexión atlética no pasaban inadvertidos, pero lo que de verdad atraía a las chicas eran sus ojos azules y aquellos hoyuelos que se le marcaban cada vez que sonreía. A pesar de ello, Derek se sentía desconectado… como si hubiera perdido un tren o algo así, como si fuera demasiado mayor para volver a empezar la ardua tarea de buscar una media naranja y al mismo tiempo, demasiado joven para rendirse.

Se sentía cansado y solo le faltaba un mes para cumplir cuarenta.

—¿Otra vez en tu mundo? —La voz de Kate lo sacó de sus pensamientos—. No cambiarás nunca… Vamos, te ayudo con eso.

Derek agarró la maleta a regañadientes y se aproximó hasta la verja, donde se encontraba un pequeño aparato con un timbre. Kate lo pulsó, soplándose el flequillo para apartarlo de la cara y sin dejar de recorrer el lugar con la mirada.

—Oh, tienen una mecedora colgante en ese lado del jardín —comentó.

—Sería más útil una piscina, con el maldito calor que hace aquí.

—Siempre quise una —repuso ella, como si no lo hubiera escuchado.

Pobre Kate. Mientras estuvo casada con el marido que ganaba dinero a espuertas no tuvo hijos con los que dormitar durante las tardes de verano en una mecedora colgante, y ahora que tenía el marido ideal además de hijos, debía vivir en un apartamento sin jardín y sin posibilidades de tener mecedora. Estaba claro que la vida no solo era injusta con él.

—¿Sí? —respondió una voz femenina ligeramente ronca.

—Soy Derek Gray —contestó él, sin dar más explicaciones.

¿Qué iba a decir? ¿«Soy Derek Gray, condenado a realizar servicios sociales»? No lo veía necesario, y al parecer la voz del otro lado estuvo de acuerdo con él, porque la verja se abrió con un chasquido sin hacer más preguntas.

El hombre se detuvo y tendió la mano hacia la bolsa que sujetaba Kate.

—¿No quieres que entre contigo? —ofreció ella.

—No te preocupes más, Kate. Muchas gracias por traerme, no me hacía gracia tener que dejar mi coche aparcado aquí durante tres meses.

—Puedes llamarme si necesitas algo, lo sabes, ¿no? —Él asintió—. Incluso hablar.

—¿Lo que me estás diciendo es que dé señales de vida de vez en cuando?

—Sí, algo así —sonrió ella, acercándose para abrazarlo—. Todo va a ir bien, Derek. Antes de que te des cuenta volverás a estar en casa.

Él respondió a su abrazo de forma sucinta, para terminar con unas palmaditas amistosas en el hombro. La vio retroceder hasta su coche y dedicarle un último saludo con un gesto de cabeza que agitó su melena corta. Segundos después, desaparecía dejando un leve rastro de polvo en el suelo. Derek atravesó la verja, que se cerró a su espalda al momento.

Cargó la bolsa en el hombro y agarró la maleta hasta llegar a la entrada, justo en el instante en que se abría la puerta y aparecía una mujer unos cuantos años menor que él.

—¡Hola! —saludó, con la misma voz ronca que había oído momentos antes, pero al mismo tiempo usando un tono jovial—. ¿Eres Derek? Encantada de conocerte, soy Adeline.

Le extendió la mano, que estrechó con fuerza. Pasa ser sinceros, con más de la que había esperado Derek, pero no hizo el menor comentario al respecto. La chica iba sin maquillaje alguno y con el cabello rubio recogido en una coleta, amén de una camiseta de manga corta y un mono vaquero que había conocido años mejores. Una belleza sencilla y natural donde lo más destacado era su enorme sonrisa, de esas que contagiaban buen humor, algo que generó una simpatía momentánea hacia ella por parte de Derek.

—Lo mismo digo —contestó.

—Vaya, solo dos bultos, no está nada mal. Entra y te enseñaré tu habitación, ¿asustado? —Se echó a reír mientras avanzaba sin mirar atrás—. Tendremos que andar, la casa es grande.

Derek controló su lengua para no soltar ningún otro sarcasmo, la gente que lo rodeaba no tenía la culpa de que hubiera terminado dando con su culo allí. Porque por muy grande que fuera la jaula, no dejaba de ser una jaula. Y aquella iba a ser la suya hasta el final del verano, solo saldría para ir a trabajar y poco más… ¿Cómo había terminado metido en semejante lío? ¿Por qué había tenido que meterse donde nadie lo llamaba?

Siguió a la chica mientras esta subía unas escaleras y de pronto se encontró en la segunda planta, recorriendo un pasillo interminable lleno de puertas a ambos lados.

—El esqueleto es antiguo, pero está remodelada —comentó Adeline—. Era la casa de mis abuelos, así que tiene valor sentimental.

—¿Y cómo te las arreglas para cuidarla? —preguntó Derek, por decir algo.

—Con mucho trabajo y un poco de ayuda. —Sonrió ella, deteniéndose—. Bien, aquí está tu habitación. Te será fácil de recordar, está justo al lado de uno de los lavabos.

Derek recorrió el pasillo con la mirada, contando puertas.

—Hay seis habitaciones y dos baños en esta planta. Pero vais a ser siete en total, así que he tenido que adaptar la que era la sala de coser de mi difunta abuela. De todas maneras, nadie entraba allí, así que…

—¿Siete?

Al ver su expresión, soltó una carcajada.

—Tranquilo, no tendrás que compartir cuarto. Eso ya lo hemos organizado con vuestro supervisor, al que aún no conozco, por cierto… No sé si se pasará luego o cuando hayáis llegado todos.

Él parecía confuso.

—¿Nadie te lo explicó? —quiso saber la chica, con una mirada risueña en sus ojos castaños

—. Bueno, en un trabajo de restauración como este necesitamos muchas manos, ¿tú vienes dispuesto a trabajar?

Como si tuviera otra opción, pensó Derek, alzando una ceja. Si estaba allí era porque la jueza había sido comprensiva al no tener antecedentes y le había ofrecido rebajar la multa si prestaba aquel servicio concreto de restauración. Derek había aceptado, no tanto por el dinero sino por el hecho de desaparecer unos días. El *shock* había aparecido después, cuando al calcular bien descubrió que no se trataba solo de «unos días». Maldita la manía de los jueces de hablar en horas y no en meses.

—No hace falta que respondas. —Adeline empujó la puerta de su futuro cuarto—. Cuando estéis todos haremos una reunión para comentar las reglas.

—¿Reglas?

—Claro, unas normas básicas de convivencia mientras viváis aquí. Y también respecto a los servicios comunitarios, los extras, los permisos… Vendrá vuestro supervisor para dejar todo claro al respecto.

—¿Y eso cuándo será?

—Entre mañana y pasado está previsto que lleguéis todos, pasado mañana habrá una comida conjunta con él. —Le hizo un gesto para invitarlo a entrar—. Te dejo que te instales y descanses un poco, la hora de comer es a la una.

Adeline no añadió más, limitándose a desaparecer por el largo pasillo tras hacer un gesto de despedida.

Derek cerró la puerta tras de sí, dejando su equipaje en el suelo. Lo primero que hizo fue ir directo a la ventana para abrirla, necesitaba fumar sí o sí. Una vez hubo dado tres caladas se sintió mejor y observó el paisaje: no había tenido suerte, eran vistas privilegiadas a la parte delantera de la casa. Podría ver de primera mano las llegadas en coche del resto de inquilinos, al igual que los balanceos de la mecedora colgante que tanto ansiaba su exmujer.

Desconocía el motivo, pero se había hecho a la idea de que sería él solo en los servicios comunitarios, y saber que había otras seis personas más lo descolocaba. Quién sabía los motivos de que estuvieran allí, ¿y si los delitos cometidos eran muy graves?

Sacudió la cabeza. Ningún delito grave escapaba con servicios comunitarios, así que serían del estilo al suyo o incluso menos severos.

Buscó un cenicero con la mirada y encontró uno guardado en un cajón de la cómoda, así que apagó el cigarrillo y decidió deshacer sus maletas. No era el tipo de hombre que rehuía las tareas básicas del hogar, de forma que colgó y guardó toda su ropa sin remolonear.

Fue hasta el lavabo para valorar si podía dejar sus cosas y allí encontró una estantería donde alguien había colocado un cartel con un nombre en cada balda junto a un juego de toallas limpias. El suyo estaba en el estante superior, así que dedujo que en el otro baño estarían los demás, seguramente calculado en función de la cercanía de las habitaciones. Alguien había previsto todo con mucha diligencia, así que dejó allí su neceser. No había más, por lo que imaginó que era el primero en llegar, al menos de «su zona».

Tampoco le importaba, no le apetecía confraternizar y menos con un grupo de…

Regresó a su habitación sabiendo que aquel pensamiento no era justo, él mismo podía incluirse en ese «grupo de…». La cama era amplia y cómoda, el armario espacioso, las paredes tenían un tono vainilla suave y relajante y hasta había una radio en una de las mesillas de noche junto a un jarrón con flores frescas. Parecía que Adeline, o quien quiera que se ocupara de la casa, deseaba que se sintieran cómodos.

Tenía calor, así que decidió quitarse la ropa que llevaba y ponerse otra más liviana, porque la

temperatura empezaba a subir. Ya veía que se pasaría el verano en camiseta de tirantes o sin ella, porque pese a estar acostumbrado a los veranos húmedos y calurosos de Carolina del Norte, si encima el trabajo era físico sería mucho peor. De verdad echaba de menos una piscina en esa propiedad, la veía bastante más útil que la dichosa mecedora.

Se dejó caer en la cama y contempló el techo mientras su mente retrocedía en el tiempo hasta la noche fatídica en la que había terminado arrestado.

Era viernes, su turno acababa de terminar y aunque salir con Parker no era el plan más emocionante del mundo, era lo habitual. Se dio una ducha rápida y salió, por lo que llegó pronto al sitio donde quedaban siempre para tomarse unas copas y a veces jugar al póker.

Parker le envió un mensaje diciéndole que tardaría unos veinte minutos, así que Derek se acomodó en la barra y pidió un *gin-tonic*. Dos crías en una mesa le lanzaban miradas disimuladas que él recibía por el espejo, pero las ignoró: demasiado jóvenes, quizás ni siquiera eran mayores de edad. No deberían estar allí.

Solo había dado un sorbo a su bebida cuando apareció el grupo de chicos jóvenes: eran tres y hacían mucho ruido, voceando y riendo entre ellos mientras ocupaban una mesa alejada. Una vez allí, llamaron a gritos a la camarera, que les llevó varias jarras de cerveza.

Eran ruidosos y molestos, como cualquier grupo de chavales, pero Derek no le dio la menor importancia. Al fin y al cabo, todos habían pasado por esa etapa.

Y entonces la noche se había torcido.

Se incorporó de golpe, decidiendo no volver a dar vueltas sobre el mismo tema. Ya no tenía sentido pensar qué hubiera pasado en caso de actuar de otra forma. Había hecho lo que había hecho y ahora debía pagar por ello, punto.

¿Podría salir de su habitación, o se suponía que las horas que no estuviera trabajando o comiendo tenía que permanecer encerrado?

Solo existía un modo de averiguarlo, así que se levantó de la cama y salió, cerrando la puerta a sus espaldas. Menos mal que no llevaba nada de valor, la puerta tenía cerradura, pero no veía la llave por ninguna parte. Ese detalle no lo convencía, pero imaginaba que cuando se hablara de las reglas se enteraría mejor.

Después de recorrer el pasillo y corroborar las seis habitaciones oficiales, la improvisada y el baño de la zona B, decidió bajar a la planta principal. Le llegaba música desde algún lugar, pero fue incapaz de determinar de dónde surgía.

La planta baja era tan espaciosa e impresionante como la segunda. La decoración era sencilla, pero no carecía de cierto encanto rural. Encontró un comedor con una mesa tan larga que cabían más de veinte comensales, y un salón cuyos sillones podían albergar a más de cuatro personas cada uno, amén de las butacas individuales. Por el contrario, la televisión no era tan grande como cabría esperar, indicativo de que la dueña no la veía demasiado.

Encontró otro baño, un cuarto pequeño que parecía ser utilizado como despensa, y la luminosa cocina, donde una joven que no aparentaba tener más de dieciocho años se afanaba ante los fogones mientras apretaba el nudo de su delantal.

Derek abandonó la cocina sin decir nada y salió al porche, decorado como si hubiera salido de una película americana. Había sendos bancos de madera a cada lado de la entrada y lo primero que pensó fue que ese sería el lugar donde fumaría justo antes de acostarse, en ese momento en que corría el aire fresco de la noche y solo habría paz y el sonido de los grillos a su alrededor.

La música llegaba de la parte trasera, así que bajó las escaleras y se encaminó hacia allí. Encontró a Adeline y una mujer que no había visto antes sentadas en la mecedora, con una caja abierta entre ambas. La primera alzó la mirada al verlo, pero no pareció molesta ni incómoda,

limitándose a sonreír.

—¿Has descansado suficiente? —preguntó.

—La verdad es que solo han sido un par de horas de viaje, yo vivo en Charlotte —explicó, acercándose con precaución.

No se imaginaba qué podían pensar ellas de alguien condenado por agresión, pero comprendía que pudieran tener recelos.

—Oh, me encanta Charlotte —comentó la otra mujer—. Siempre vamos en las ocasiones especiales, ya sabes… Navidad o vacaciones.

—Derek, te presento a Leeta. Me ayuda en las tareas de la casa y se ocupa de la cocina junto con su hija, Jolene. Es casi como si fuera la guardesa, ¿verdad? Porque yo paso bastantes horas en el trabajo.

—Hola —saludó ella, alargando su mano para estrecharla—. ¿Le gusta la habitación y las flores que puse en el jarrón?

Leeta estaba cerca de los cincuenta y a pesar de su vestimenta seria, compuesta de una especie de buzo verde de corte militar, tenía expresión amable.

—Sí, gracias, está todo perfecto.

—Leeta y su hija viven allí. —Señaló una pequeña casa de invitados a la izquierda de la entrada en la que Derek no se había fijado—. Se ocupa del mantenimiento de la casa, así que cualquier cosa que necesites, como una silla rota o un grifo que gotea, puedes comentárselo.

—¿Y del jardín quién se encarga? —preguntó él, señalando con la cabeza la cantidad de árboles y flores que brindaban aquella rica estampa de colores.

—Yo —contestó Adeline, restando importancia con un gesto—. Adoro mi jardín y me encanta tenerlo lleno de flores, creo que la vida es mucho más divertida con un poco de color. Eso son magnolias de hoja ancha, típicas de esta zona, y aquello orquídeas. Las orquídeas son una maravilla.

Derek pensó que el trabajo de mantener semejante jardín debía ser bárbaro, pero a la joven se le iluminaba la cara al hablar de ello, así que dedujo que tenía tiempo y energía para cuidarlo.

—¿Entiendes de semillas, Derek? —preguntó Leeta, agitando la caja de cartón.

—No, excepto que me ponen nervioso las que flotan por el aire.

Ambas sonrieron al oírlo.

—Está claro que eres un hombre de ciudad —comentó Adeline, y en aquel momento algo se agitó en su bolsillo, zumbando—. Perdonad.

Sacó el móvil y respondió, mientras Derek miraba a su alrededor para constatar que, en efecto, si existía el entretenimiento, desde luego no se encontraba allí.

—Estamos a las afueras de Hendersonville —explicó Leeta, pareciendo adivinar sus pensamientos con solo ver su mirada—. Allí hay opciones. Tiendas, restaurantes… no es Charlotte, pero tampoco el desierto.

Derek sonrió. Le caía bien aquella mujer, era breve y clara. Tan clara que se quedó pasmado cuando ella se levantó y le miró a los ojos directamente.

—Tengo una hija de diecisiete años —explicó.

A él se le encogió el corazón. ¿Eso era lo que le esperaba, gente que tuviera miedo en su presencia? ¿Que pensaran que podía representar cualquier peligro para sus hijos? Ni siquiera veía el modo de justificarse, pero no fue necesario. La mujer meneó la cabeza, con una mueca en el rostro.

—Sabemos lo que habéis hecho todos —dijo—. Aunque sean delitos menores, están obligados a ponerlo en conocimiento del personal del alojamiento.

—Ya imagino.

—Tengo una hija de diecisiete años —repitió la mujer—. Hiciste bien.

Agarró la caja de cartón y se encaminó hacia las escaleras para entrar en la casa, dejando a Derek con cara de sorpresa. Bueno, eso sí que no lo esperaba, pero le hacía sentir aliviado. Lo último que quería era llevar a cuestas la fama de liante, o de ser el tío que iba metiéndose en peleas, o del tío que agredía a agentes de la ley.

Adeline regresó, cerrando el teléfono.

—Bueno, el supervisor acaba de confirmarme que vendrá pasado mañana a comer, así que digamos que será la comida de presentación oficial. El propio señor Morgan os explicará todo. ¿Tienes hambre? —preguntó la joven, consultando su reloj.

—Me muero de hambre —asintió él.

—No esperamos a nadie más hasta la tarde, así que podemos comer y luego tienes tiempo para vaguear hasta aburrirte. Y te aconsejo que lo disfrutes, porque en un par de días eso va a cambiar.

Él hizo ademán de seguirla, pero Adeline se giró de golpe.

—¡Ah! Otra cosa —comentó—: nada de fumar dentro de la casa, ¿entendido? Por mucho que haya ceniceros, prefiero que si tienes que fumar lo hagas en el porche.

—Vale, entendido. Nada de fumar dentro —aceptó Derek.

La siguió otra vez al interior de la casa, pensando que la idea de fumar fuera se había convertido en obligatoria, pero tampoco molestaba. Total, aquello iba de obedecer normas, poco importaba una más en la lista.

Casi era de noche cuando el ruido de unas ruedas frenando llamó su atención e hizo que se levantara de la cama para echar un vistazo. Al final iba a tener que dar las gracias y todo porque le hubiera tocado ese cuarto, las horas habían transcurrido con tanta lentitud sin nada que hacer que una llegada parecía el acontecimiento más emocionante del día.

Se acomodó en el alfeizar para observar una furgoneta y al conductor bajando de un salto de ella.

—Pero qué demonios… —murmuró.

El conductor abrió las puertas traseras y comenzó a descargar el equipaje, compuesto de cuatro maletas y dos bolsas de viaje gigantes. Derek alzó la ceja. Pero ¿qué personaje había dado con sus huesos allí, la reina de Inglaterra? Dudaba que todo aquello le entrara en la habitación; no estaba mal, pero los armarios no daban mucho de sí.

Vio bajar a un hombre que rondaría su misma edad y aquello aún lo dejó más atónito. Pero no, no veía mal: era alto y de complexión fuerte, con una de esas barbas que se habían puesto de moda el año anterior.

No pudo ver más porque el hombre se encaminó a toda prisa hacia la entrada, dejando que el chofer acarreara con todos sus bultos. Se alejó de la ventara para acercarse hasta la puerta, pero podía habérselo ahorrado porque el recién llegado tenía una voz lo bastante estridente como para que lo oyeran en un par de estados.

—No, gracias, nada de cenas. Me acostaré, si no, no llego a mis diez horas de sueño. Raúl, las maletas… ¿cómo? Ah. Gracias, guapa, encantado. Yo soy el señor Bennett, ya mañana hablamos un poco, que estoy agotado.

Y acto seguido, lo oyó trotar escaleras arriba seguido de una serie de resoplidos que seguro provenían del tal Raúl. Derek lo escuchó subir y bajar varias veces hasta que terminó con las maletas, y entonces soltó una exclamación airada.

—¡Tacaño!

—¡Despedido!

—¡De eso nada, renuncio yo!

Le respondió el sonido de un portazo y Derek resistió el impulso de salir para darle unas palmaditas de ánimo al pobre conductor, que se acababa de pegar la paliza de su vida por una propina de mierda.

El recién llegado trasteaba en su cuarto y en el baño, lo sabía porque podía escucharlo abriendo el grifo y sacudiendo cojines. Por lo visto, estaba en «su zona», solo esperaba que no monopolizara el lavabo… tenía toda la pinta de dedicar horas a su aspecto, el «señor Bennett».

Capítulo 4

El día resultó de lo más agitado en la casa, algo que no sorprendió en absoluto a Adeline. En realidad, parte de las llegadas estaban programadas para el anterior, pero estaba avisada sobre cambios de última hora. De cualquier modo, mientras estuvieran todos para la comida del día siguiente con el supervisor no existía problema.

Derek se había presentado puntual al desayuno, al contrario que el hombre de las mil maletas que había aparecido a última hora de la tarde y que ni siquiera se había molestado en bajar a cenar alegando que necesitaba sus horas de sueño.

Es más, dudaba que bajara al desayuno; por lo poco que había visto de él, era de los que necesitaba una jarra de agua fría para despegarlo de las sábanas… algo que a ella no le importaría en absoluto hacer, ya puestos. Era una mujer cuya educación había sido estricta y la falta de etiqueta le desagradaba, además de que ninguno estaba allí de vacaciones. Cuanto antes lo entendiera aquel sujeto, mejor.

—¿Está bueno el café?

La voz de Leeta la sacó de sus pensamientos. La miró, extrañada de que le preguntara aquello (Leeta dosificaba su amabilidad con tanto esmero que era raro verla interesándose por nadie), pero entonces se dio cuenta de que le hablaba a Derek. Estaba claro que el hombre le había caído en gracia, lo que tampoco era de extrañar… la combinación de aquellos ojos azules más los hoyuelos que marcaba al sonreír eran un combo ganador, sin duda. Sin embargo, él se comportaba como si no fuera consciente de su atractivo, lo que le hacía sumar puntos a ojos de Adeline. Ella nunca se había preocupado en exceso por el físico, en buena parte gracias a la educación neutral de su padre, al que jamás se le ocurrió hacer diferencia alguna por su sexo. La había educado exactamente igual que si hubiera sido un chico: pantalones, ausencia de maquillaje, béisbol, poca peluquería y… trabajo en el jardín, trabajo en la obra y trabajo en la casa. Adeline no era una mujer como las demás, pero tampoco deseaba serlo. Dedicar horas al cabello o rostro le parecía una pérdida de tiempo, al igual que pasear durante horas por una tienda buscando ropa que conjuntara. Ni siquiera tenía un par de zapatos de tacón, no hubieran sido útiles en su vida diaria.

—Está perfecto, Leeta, gracias. No sabes el tiempo que hace que no probaba el café de puchero.

Adeline alzó la mirada de su taza y sonrió. Ah, Derek sí que era consciente de su atractivo, y encima sabía usarlo a la perfección.

—Espera. —Leeta le rellenó la taza sin esperar, toda amabilidad y sonrisas.

Adeline suponía que el historial del hombre ayudaba también. Recordaba la tarde que habían pasado juntas leyendo todos los casos, su guardesa ligeramente preocupada por los delitos cometidos y cómo se había solidarizado al momento con el caso de Derek. Y aunque Adeline pensaba que con cuarenta años debería tener un poco más de control sobre sí mismo, no dejaba

de comprender lo sucedido.

—Aquí lo hacemos todo a la vieja usanza —siguió Leeta, escogiendo con cuidado la tostada de mejor aspecto para ponérsela en el plato—. Esto es como un pequeño rincón donde la civilización no ha llegado del todo.

—Eso parece —comentó él, aunque Adeline no supo descifrar si lo decía con pesar o no—. ¿Tu niña no se aburre?

—Pues claro —intervino Adeline con una sonrisa—. No hay nada interesante aquí para una chica de diecisiete años.

—Soy consciente —contestó Leeta—. Por eso mismo la mando durante el verano al extranjero. Me cuesta una fortuna, pero necesita ver mundo, y también disfrutar un poco.

No sin ciertas dudas, Leeta había decidido que Jolene se esforzaba mucho entre los estudios y su trabajo en la casa, de forma que le había regalado la oportunidad de pasar el verano en Francia, en una casa con varios jóvenes de su edad. Podría pulir su francés y conocer otra cultura diferente, además de escapar del terrible calor de Hendersonville.

—¿Cuándo se marcha? —preguntó Adeline.

—En un par de días —explicó Leeta, con una mezcla de emoción y tristeza—. Menos mal que por aquí vamos a estar entretenidos y no tendré tiempo de echarla de menos. No sé cómo me voy a apañar con todo.

Adeline le frotó el brazo.

—Por eso no te preocupes, habrá ayuda de sobra.

De hecho, Adeline lo tenía todo organizado. Una de las condiciones que había puesto para aceptar que el grupo se alojara allí era que todos colaboraran en las tareas del hogar. Sí, el proyecto de restauración se lo habían encargado a ella, pero no el equipo. El hecho de que estuviera compuesto por personal condenado a servicios comunitarios era nuevo.

Adeline era jefa de obra. Por norma general, cuando aceptaba un proyecto solían dejarle libertad a la hora de contratar y llevar el trabajo, pero en este caso, al ser algo que venía directamente del Estado, había llegado con ciertas condiciones.

La restauración de la villa Coral Conch llevaba tiempo en marcha, pero había sufrido varios problemas. Al ser patrimonio cultural, el Estado se veía en la obligación de restaurarla y no permitir que se cayera a trozos, pero encontrar un buen jefe de obra que quisiera pasar el tiempo suficiente en aquel lugar perdido del país no era tan sencillo.

Después de un par de intentos fallidos en conseguir a personas importantes que llevaran a cabo el proyecto, finalmente recurrieron a Adeline. Aún se les hacía raro que fuera a encargarse una mujer, pero al menos vivía allí y no le supondría un problema porque no debía trasladarse, eso evitaría muchos gastos como kilometraje, hotel y dietas.

Adeline siguió todos los pasos habituales, desde planificar y organizar la obra a preparar los plazos. El hecho de que fuera un proyecto para el Estado arreglaba el problema de permisos y certificados, pero aún quedaba tramitar pedidos y coordinar a los trabajadores, y en cuanto hizo el comentario le dieron la noticia.

Según la explicación que recibió, el hecho de que su equipo fuera gente sin experiencia y que además había cometido diversos delitos no era relevante. Al parecer, era relativamente habitual que el Estado usara a los responsables de delitos menores para ese tipo de servicios comunitarios. Adeline lo sabía, pero pensaba que se dedicaban a recoger basura o limpiar jardines de ancianos. Cosas bastante más simples que un trabajo que iba a suponer un esfuerzo físico considerable, además de ciertas habilidades como lijar, clavar o pintar. Pero ella no era nadie para subestimar a los demás, era optimista por naturaleza y había sufrido en primera persona los prejuicios por ser

una mujer en terreno de hombres, de modo que confiaba en que pudieran desempeñar el trabajo. Tendría que, eso sí, llevar un control férreo de seguridad y salud.

Una vez cerrado ese tema, apareció el problema del alojamiento. Todos los hoteles estaban en Henderson o más lejos, y el grupo era grande, lo que suponía un gasto considerable. Ofrecer su casa había salido de la propia Adeline, siempre que le permitieran poner normas y, por supuesto, leer todos los expedientes de primera mano para saber qué clase de delitos habían cometido. Tendría el poder de tirar a quien ella considerara peligroso, aunque al final no había descartado ningún historial. Derek era el único que le había preocupado un mínimo al incluir su historial una pelea, pero una vez leído y releído lo ocurrido descartó cualquier inquietud.

El Estado no solo le pagaría el trabajo de restauración, sino también el alojamiento. Además de proporcionarle un supervisor que haría visitas semanales para asegurarse de que todas las normas se cumplían, y al que Adeline debía llamar al momento si surgía cualquier problema. De hecho, era la persona que esperaban para comer, allí dejaría todo claro respecto al trabajo.

—¿No tienes hijos, Derek?

Adeline regresó a la realidad al escuchar otra vez la voz de Leeta. Vaya, no recordaba haberla visto hablar tanto desde…

—No —contestó él.

—Pero estarás casado, seguro.

—Estoy divorciado. Soy un poco desastre como marido. —Derek le dedicó una sonrisa a la mujer.

—Ya será menos —respondió Leeta, incorporándose para recoger las tazas y platas del desayuno mientras sacudía la cabeza—. Es una pena, ¡un chico tan guapo!

Derek sonrió por ser llamado «chico» y miró a Adeline, que a duras penas lograba contener las risitas.

—¡Jolene, ven a echarme una mano! —gritó la mujer, sacando la cabeza por la ventana de la cocina para ser oída—. ¡Hoy tenemos mucho que cocinar!

—¡Mamá, pero si me voy en dos días! —Llegó la débil protesta desde fuera.

—¡Pero hasta entonces tienes trabajo que hacer, señorita!

Cerró la ventana para no escuchar la posible respuesta y comenzó a abrir y cerrar grifos, lo que Adeline reconoció como la señal para que abandonaran la cocina.

—Leeta, si el hombre que llegó anoche aparece…

—… que se aguante. La hora del desayuno es la misma para todos, lo siento. Esto no es un hotel —dictaminó la mujer, ya dedicada a su trabajo y sin girarse.

Adeline salió de la cocina después de intercambiar una mirada con Derek, que volvía a sonreír.

—Ella es así —se disculpó la rubia, meneando la cabeza.

—Es genial.

—Bueno, admito que es mejor cuando hay más gente alrededor, así puede repartir su genio entre varios. Desde luego, tú has empezado con buen pie, no como el señor Bennett, que se va a quedar sin desayunar.

—¿No vas a despertarlo?

—Probablemente necesitaría tirarle una jarra de agua fría, y no sé si eso sería un buen comienzo. Pero puedes probar, si quieres —bromeó—. ¿A qué te dedicas, Derek? Puedo llamarte Derek, ¿verdad? —Sonrió, recordando el saludo del «señor Bennett».

Él asintió, echando un vistazo por encima al salón. Tenía una librería enorme con un pequeño sillón junto a la ventana, todo ello separado de los sofás gigantes y la televisión. Paseó la mirada

al azar por los títulos, sorprendido ante la variedad que había allí.

—Llevo una limusina —comentó.

—¡Oh! Vaya, eso suena divertido, seguro que alguna vez has llevado a algún famoso.

—Ya sabes, siempre hay alguien —contestó Derek y giró la cabeza para mirar el lomo de un libro—. «Manual práctico del encargado de obra». No es el tipo de libro que suele haber en las casas, ¿verdad?

—Es mi trabajo, así que trato de no quedarme obsoleta.

—¿Eres jefa de obra? —La vio asentir—. Qué curioso, creo que nunca había conocido a una chica que se dedicara a eso.

—Sé que no es lo habitual, pero…

Un claxon interrumpió la conversación.

—Empiezan a llegar los demás —comentó—. Perdona, tengo que ocuparme de ellos. Puedes coger el libro que te apetezca.

Adeline abandonó el salón para atravesar el porche y llegar hasta la verja, donde pulsó el botón para que esta se abriera. Un monovolumen azul acababa de detenerse y había dos mujeres hablando en voz baja mientras una sacaba algo del maletero.

—Hola. —Se acercó, sonriendo para relajar el ambiente y causar una buena impresión—. Soy Adeline, la dueña de la casa.

—Ah, hola. —La mujer más bajita y rubia le estrechó la mano—. Maddy, es un placer. Esta es mi hermana Liv.

Señaló con la cabeza a la otra mujer, que le dedicó una sonrisa y apretó su mano. Adeline la recordaba del historial, pese a que la foto no le hacía justicia. Era alta y guapa, aunque no ese tipo de belleza exuberante que hacía sentir incómodas a otras mujeres, y por sus pecas podía haber pasado por irlandesa de pura cepa, de no ser porque su cabello largo y oscuro rompía esa idea. Adeline siempre se sentía poca cosa cuando estaba ante mujeres elegantes que parecían de plástico, pero Liv Monroe no pertenecía a ese grupo. Además, aunque sus labios sonreían, su mirada permanecía cautelosa.

—Es un placer —dijo, tratando de que se sintiera cómoda—. ¿Qué tal el viaje?

—Vivimos a media hora de aquí, así que ha sido rápido —explicó Maddy.

Cerró el capo y se giró hacia su hermana, de modo que Adeline se apartó un poco para dejarles cierta intimidad. Por lo que recordaba del historial, aquella mujer alta y guapa era irresponsable, pero no peligrosa. Se había subido a su coche con bastante alcohol encima y después lo había detenido para no provocar ningún accidente, aunque en un mal lugar.

Bueno, tampoco era un crimen, aunque el juez no había sido tan compasivo: la multa ascendía a más de nueve mil dólares, aparte de los servicios sociales. Y Liv, como el resto de su equipo, formaba parte de los que habían aceptado los tres meses de trabajo intensivo para reducir tanto la multa como la condena.

Observó cómo la rubia la abrazaba y después regresaba a su coche. Tras pitar como despedida, atravesó el camino y se alejó hasta que se perdió de vista.

La recién llegada se quedó allí quieta, dudando sobre lo que venía a continuación. Parecía nerviosa y sobrepasada por la situación, algo comprensible si era la primera vez, y aquello hizo que Adeline sintiera una simpatía inmediata hacia ella.

—¿Chica de ciudad o de campo? —preguntó.

Liv se giró para observar la casa y los alrededores. Paseó los ojos por el terreno cuidado sin saltarse las flores, y de nuevo la miró a ella.

—Cuando era pequeña me moría por vivir en la ciudad —comentó Adeline—. Mi madre me

llevaba mucho, pero luego murió y como mi padre tiraba a ermitaño, dejamos de ir. Fue bastante difícil siendo niña, pero ahora no lo cambiaría por nada. Esta paz…

Liv no las tenía todas consigo. No era que no le gustara la tranquilidad, pero cuando una tenía tiempo libre terminaba por darle vueltas a la cabeza, y no era eso lo que necesitaba. Más bien, quería estar ocupada durante las horas que permaneciera despierta. Acostarse agotada, si era posible.

—¿Vienes dispuesta a trabajar? —preguntó Adeline, una vez se pusieron en marcha hacia el porche.

—Bueno, no sé exactamente en qué consiste el trabajo, pero haré todo lo posible por estar a la altura.

—Mañana vuestro supervisor os explicará todo.

—¿Tenemos supervisor? Vaya. Cierto, se me olvida que ahora somos medio criminales…

Adeline sonrió al oírla y la ayudó a meter la maleta en la casa.

—¿Soy la primera en llegar?

—Hay ya un par de personas más, aunque uno aún duerme. Para la hora de la cena debería haber llegado todo el mundo. Vamos a subir y… —De nuevo, el sonido de un claxon interrumpió su frase y miró hacia atrás, para ver acercarse un taxi—. Vaya, viene más gente. Escucha, sube y te vas instalando. Según llegas arriba, giras a la derecha y verás puertas a ambos lados: una es el baño y el resto son las habitaciones, la tuya es la tercera a la izquierda. ¡En un rato nos vemos!

Y salió rápidamente haciendo gestos al taxi. Liv cogió la maleta con dificultad y miró el tramo de escaleras, que, aunque no eran muchos, con aquel peso parecían no tener fin.

—Vamos, tú puedes —murmuró.

Subió el primer escalón y se detuvo, tanto para arrastrar la maleta y equilibrarla, como para quedarse pensando en las indicaciones de Adeline. ¿Izquierda, derecha…?

«Al centro y adentro».

—Chist, ahora no quiero hablar, necesito concentrarme.

Frunció el ceño y agarró de nuevo la maleta. Bueno, ya la encontraría, tampoco sería aquello un laberinto.

Tras coger un libro y llevarlo a su habitación, Derek se dirigió al baño para lavarse los dientes. Nada más entrar y mirar su balda, se encontró con que su neceser estaba arrinconado en una esquina. El resto del sitio lo ocupaba un neceser cuyos logos le parecieron conocidos, aunque él no era un experto en marcas. Pero no solo esa balda estaba llena, también la de abajo, con varios utensilios de afeitado que examinó sin dar crédito. Además de las cuchillas, cepillos pequeños y maquinillas, encontró un par de botes que cogió para examinar, curioso: cera y crema especial para barbas. Sacudió la cabeza devolviendo los objetos a su sitio y vio que el tal Shawn Bennett había escrito su nombre en todas las baldas. Al menos no había tachado el suyo, como sí había hecho con el del otro chico que aún no había llegado.

Desvió la mirada a las toallas… y todas estaban en un montón a punto de caer, también junto al nombre de Shawn.

«¿Este tío de qué va?», pensó Derek.

No iba a entrar en una guerra por el espacio, ni que aquello fuera el instituto… Pero entonces vio una jarra de plástico junto a la ventana y su niño interior no pudo resistirse. Sin pensarlo, la cogió, la llenó y salió con ella en la mano. Atravesó el pasillo sin hacer ruido y, al llegar a la puerta de la habitación del tal señor Bennett, cogió el pomo y lo giró con toda la lentitud de la

que era capaz.

La puerta se abrió con un chirrido que lo sobresaltó. Se quedó quieto sujetando la jarra con ambas manos para que no cayera el agua, temiendo que el otro se hubiera despertado, pero por suerte no escuchó nada.

Se asomó y entonces se dio cuenta de que no había sido suerte. La habitación estaba iluminada por el sol que entraba a raudales por la ventana, pero el durmiente llevaba un antifaz en los ojos y abrazaba la almohada alrededor de su cabeza. Ni un terremoto podría despertarlo.

Con una sonrisa maliciosa, Derek se metió en el cuarto y avanzó hacia la cama, disfrutando con antelación de lo que iba a ocurrir. Se iba a enterar el ocupa-baldas de lo que valía un peine, ja.

Pero cuando estaba a un par de pasos de la cama, se oyó un extraño zumbido y se detuvo, mirando confuso a su alrededor.

El chico se movió en la cama, remoloneando, y tras un par de vueltas se dio un golpe en algo que llevaba en la muñeca.

«Vaya, un cacharro de esos que controlan todo», pensó Derek.

—No puede ser —murmuró el chico, bostezando mientras se quitaba el antifaz—. No pueden haber pasado ya las diez ho… —Vio a Derek y pegó un bote—. ¿Quién eres tú?

Ya que estaba allí, Derek pensó que no iba a desperdiciar el agua, así que avanzó para arrojársela, pero el chico con pinta hípster era más ágil de lo que parecía porque saltó de la cama por el otro lado y lo esquivó con facilidad.

—¿Estás chalado? —exclamó Shawn, sin entender nada.

—Venía a despertarte.

—¿Qué?

—¡A despertarte!

—¿Qué?

—¡¿Pero estás sordo o qué te pasa?!

—Ah, que no oigo. —Se llevó las manos a los oídos y se quitó los tapones—. Ya. Y ahora fuera de aquí antes de que llame a alguien.

Derek volvió a avanzar y Shawn corrió en dirección contraria, con la vista fija en la puerta. ¿Qué clase de loco era aquel? Salió al pasillo y miró a su alrededor, sin recordar por dónde había que salir.

—¡Socorro! —gritó—. ¡Me persigue un loco con una jarra de agua! —Echó un vistazo a Derek, que ya iba de nuevo hacia él—. ¡Agua del grifo, seguro, quiere estropearme el pelo o yo qué sé!

Echó a correr por el pasillo, en dirección contraria a la escalera, hasta que se dio cuenta y se dio la vuelta. Derek ya le estaba apuntando con la jarra, y al verlo girar, decidió tirársela… justo mientras se daba la vuelta él también y encontrándose con que el agua (del grifo, por Dios), caía sobre una chica que un minuto antes no estaba ahí, mojándola de la cabeza a los pies.

Derek se quedó mudo, mientras Shawn corría escaleras abajo, pero el hípster roba-toallas ya no era su prioridad. Abrió la boca para disculparse, pero solo le salió un suspiro. Hacía tiempo, años incluso, que nadie lo dejaba sin aliento, pero era así como se sentía en aquel momento frente a aquella chica. Parecía algo más joven que él, tenía unas pecas encantadoras y una melena larga y morena que él se había encargado de empapar. Así como su ropa, que se le pegaba ahora al cuerpo como una segunda piel.

La chica lo miró con unos ojos tan claros que le daba la sensación de que podía ver a través de ellos y sintió como si le dieran un golpe en el estómago, una especie de conexión hacia ella que

le hacía querer abrazarla para borrar esa tristeza que podía sentir a su alrededor.

En cambio, cogió la jarra con más fuerza entre las manos y retrocedió un paso.

—Perdón —se disculpó—. No quería mojarte. Quiero decir, ni te había visto ahí. Iba a por él. Es que se ha dormido.

Liv parpadeó y se pasó una mano por el pelo, apartando unas cuantas gotas de agua y aprovechando así para dejar de mirar a aquel desconocido que, sin mediar palabra, le había tirado una jarra de agua helada por encima. Vale, estaba claro que había sido un accidente mientras perseguía a otro que apenas había visto, aunque sí que iba medio desnudo. ¿Serían parte del programa, como ella?

Aunque lo que más le preocupaba era lo aturdida que se sentía en aquel momento. Podía achacarlo al agua, al frío que comenzaba a sentir mientras su ropa se iba empapando, pero se estaría engañando a sí misma. Al mirarlo y ver su expresión aturullada, cuando sus cuerpos se habían chocado, una extraña sensación le había recorrido el cuerpo y no había sido un escalofrío por el agua.

Era otra cosa, algo que no sentía desde…

«Yo».

—No, no puede ser porque…

Se calló al ver que estaba hablando en voz alta.

—Un accidente —terminó—. ¿Es eso lo que ibas a decir?

—Sí.

Derek sonrió aliviado, y aquello descolocó del todo a Liv. Porque un hombre tan guapo como aquel no podía tener hoyuelos, era demasiado.

—Mejor voy a mi habitación.

—Claro.

Derek se hizo a un lado y ella dio un paso… para detenerse de nuevo.

—¿Sabes cómo están distribuidas? —preguntó.

—Ah. —Él miró el pasillo, confuso—. Bueno, esa es la mía y esa la del que ha salido corriendo. Aquello es nuestro baño y esa puerta el de las chicas, así que será una de estas. ¿Te ayudo con la maleta?

«Dile que sí».

—No, estoy bien, ya la encontraré.

—Vale… voy a ver si encuentro al prófugo.

Y le dedicó otra sonrisa que Liv se obligó a ignorar, mirando al suelo como si se le hubiera perdido algo y avanzando hacia la primera puerta.

Derek, por su parte, se dio cuenta de que se había quedado como un pasmarote en medio del pasillo, así que se obligó a reaccionar y a dirigirse hacia las escaleras, a ver si pillaba al señor Bennett… aunque no lo había mojado, sí que había logrado despertarlo, así que el objetivo estaba cumplido.

En la entrada, Adeline sonrió a la chica que se bajó del taxi. De piel oscura, con tatuajes en los brazos y una gorra cubriendo su pelo negro y rizado. La joven la examinó, sin dejar de masticar chicle y con gesto de pocos amigos.

—¿Y quién se supone que eres tú? —preguntó—. ¿Mi niñera?

Adeline abrió la boca para contestar, pero la chica se había dado la vuelta para ir a la parte de atrás del taxi, donde el conductor había abierto el maletero.

—Quieto, yo me ocupo —le espetó, echando mano de su maleta—. No soy una mujercita

delicada.

El hombre no dijo nada, cogió el pago por el trayecto y se marchó.

—Machistas —murmuró ella.

—Bueno, parte de su trabajo es llevar las maletas… —empezó Adeline.

—Seguro que pensaba que me iba a romper una uña o algo. Todavía no me has dicho quién eres.

—No es que me hayas dado oportunidad, pero no vamos a empezar discutiendo. —Extendió la mano—. Adeline Hayes, la encargada de todo esto.

—O sea, mi niñera.

—Imagino que eres Zazzie Harris. Tu historial te describe bastante bien.

La chica le estrechó la mano sin mucho interés y miró por encima de su hombro, señalando la casa con la cabeza.

—¿Dormiré ahí?

—Sí, te enseñaré…

Y entonces Shawn salió corriendo de la casa. Se detuvo en el porche, mirando a ambos lados como si buscara un lugar a donde huir de lo que fuera que estaba persiguiéndolo.

—Vaya. —Zazzie silbó—. Hombres semidesnudos para dar la bienvenida. Al final no va a estar tan mal este sitio.

Adeline no daba crédito a lo que estaba viendo. La noche anterior, cuando el tipo había llegado, apenas si lo había visto porque había pasado a su lado como una exhalación diciendo una estupidez sobre horas de sueño o algo así. En cambio, ahí lo tenía, enseñándole demasiado. Porque solo llevaba unos bóxeres, ni siquiera zapatos. Y desde luego que, sabiendo su historial y la clase de vida que llevaba, lo último que había esperado ver en él eran aquellos cuadraditos y esos bíceps. Genial: si era capaz de hacer pesas en un gimnasio, podría acarrear ladrillos y empujar una carretilla.

—¡Ah, la jefa! —exclamó él, al verla. Se acercó mirando hacia atrás un par de veces—. Tienes que ayudarme, guapa. Me persigue un chiflado con una jarra de agua.

—¿Perdona?

—¡Una jarra de agua del grifo!

—Vaya, del grifo ni más ni menos —repitió Zazzie, con tono burlón.

—¡Exacto!

—No entiendo…

Derek llegó a la puerta. Al verlo, Shawn se apresuró a colocarse detrás de las dos chicas, señalándolo con el dedo.

—¿Lo veis? ¡Ese loco me persigue con una jarra!

El aludido se dio cuenta de que todavía llevaba la jarra de plástico en la mano, así que la ocultó en su espalda, como si aquello fuera a librarle de… lo que fuera que Adeline decidiera hacerle.

—No lo he mojado —se apresuró a decir.

—Pero iba a hacerlo —replicó Shawn—. Habrá que castigarlo o algo, ¿no? Conozco mis derechos.

Adeline se pellizcó el puente de la nariz, preguntándose si estaría viendo visiones porque aquello no le parecía ni medio normal. ¿Acaso Derek había ido a despertar al bello durmiente con agua? Bueno, ella lo había medio sugerido, pero no esperaba que se lo tomara al pie de la letra, desde luego. Tampoco era un delito propiamente dicho… además, el chico estaba seco, así que no había nada de lo que acusarlo. ¿No?

—Sí, esto va a ser divertido —dijo Zazzie, pasando la mirada de Shawn a Derek.

Adeline dio un par de palmadas y se puso entre los dos hombres, mirándolos alternativamente.

—Bien, sea lo que sea lo que ha pasado, se acaba aquí —sentenció, con tono firme—. Derek, si has mojado algo, sécalo.

Él no contestó, pensando en ese «algo». No pondría pegas a secarla, desde luego, pero no creía que fuera lo más apropiado. Se dio media vuelta y desapareció en el interior de la casa.

—Shawn…

—Señor Bennett.

—Shawn, ve a vestirte. Ya te has saltado el desayuno, así que espero verte a la hora de comer.

—Esto es increíble. —Se cruzó de brazos, marcando aún más sus músculos—. ¿No has oído que me perseguía con agua del grifo? ¡A saber qué haría eso en mi pelo! Y, por otro lado, soy el señor Bennett, guapa.

—Vamos a ver si te queda claro, «guapito». —Se cruzó de brazos también para enfrentarse a él—. Aquí todos somos iguales, así que no hay señor ni señora que valga, ¿entendido? Yo soy Adeline y tú Shawn. El agua de estos grifos es probablemente mucho más sana que la embotellada que bebas tú, es de manantial. Y como vuelvas a llamarme guapa, te hago levantarte a las cinco de la mañana durante una semana. ¿Me has entendido?

Shawn estaba estupefacto. Nadie le había hablado así en… ¿nunca? ¿Qué pasaba con todo el mundo últimamente? Primero la jueza injusta, ahora esa chica… ¿Había perdido su encanto natural? Aquello no podía ser.

Adeline se hizo a un lado y señaló el edificio.

—Adentro. —Miró a Zazzie—. Tú también, te enseñaré tu habitación.

—Encantada. ¿Vienes, barbitas?

Shawn se llevó la mano a la cara, preguntándose si aquel comentario iba en plan bien o mal. Pero las dos chicas ya se alejaban, así que las siguió a la casa y escaleras arriba.

Adeline le señaló a Zazzie su puerta.

—La comida es a la una —dijo, mirando intencionadamente a Shawn—. No hay turnos: el que no llegue, se la pierde. Sed puntuales.

Shawn emitió un resoplido y se metió en el cuarto de baño. Necesitaba ducharse, arreglarse el pelo, la barba, darse crema… aquel aire iba a acabar con su piel, como si lo viera. Tampoco estaba muy de acuerdo con aquellos horarios tan estrictos, pero seguro que cuando hablara con el supervisor podría llegar a un acuerdo. Frunció el ceño al recordar que, con la sentencia, le habían congelado las cuentas hasta que terminara los servicios sociales, así que una propina generosa no podría ayudarlo. Ni tampoco su padre, al que no podía llamar porque no tenía móvil y el cual ya le había dejado claro que se las tenía que apañar solo. Así que solo quedaba su palabrería, que esperaba que funcionara. Entre una cosa y otra, se tiró casi dos horas dentro del baño, por lo que cuando salió tuvo que bajar corriendo para no perderse la hora de comida. Su hambre superaba al orgullo en aquel momento, así que entró puntual en el comedor con gesto digno.

Allí estaba su atacante, la chica detrás de la que se había escondido, y la que le había contestado con malos modos. ¿Adelaida, había dicho que se llamaba?

Sin mirarla, se sentó en la silla más alejada de todos ellos. Entonces salió una mujer de la cocina con una cazuela, que dejó en el centro de la mesa.

—Huele genial —le dijo Derek, con una sonrisa amable.

—Perdón.

Todos se giraron hacia la voz femenina. Liv estaba en la puerta, y Adeline le hizo un gesto

para que entrara.

—Llegas justo a tiempo —le dijo—. Os presento. —Les señaló alternativamente—. Liv, Shawn, Zazzie y Derek.

Liv hizo un gesto de saludo con la cabeza y fue a sentarse junto a ella, evitando mirar a Derek, mientras Shawn se cruzaba de brazos enfadado. Vaya, así que lo de la puntualidad no era igual para todo el mundo. Otra cosa que comentar al supervisor.

—¿Alguien puede pasarme la carta? —preguntó.

—¿Qué carta? —preguntó Adeline.

—De comida.

—Esto es lo que hay y, si no te gusta, no comas —replicó Leeta, que había vuelto con un cesto de pan.

—Esto ni me lo acerques, no como pan.

Adeline le tocó un brazo a Leeta al ver que la mujer empezaba a ponerse roja, señal de que iba a estamparle el cesto de pan en la cabeza, como mínimo.

—Ya me como yo el suyo —intervino Derek—. Nada como un pan casero.

—Menos mal que hay gente normal y con gusto por aquí.

Le dejó un par de trozos bien grandes y depositó el cesto en el centro. Entonces se marchó, momento en el que Shawn se dio cuenta de que, encima, tenían que servirse ellos mismos. Se mantuvo en un silencio obstinado mientras los demás hablaban del tiempo, el jardín y de que podían coger libros de la casa para entretenerse, como si algo de aquello fuera interesante.

Aunque claro, cuando se encontró después en su habitación sin nada que hacer, ni móvil con el que pasar el tiempo, pensó que quizá un libro no era tan mala idea. Pero ya se había tirado sobre la cama y pensó en lo que tendría que madrugar para poder desayunar, así que se colocó el antifaz y se quedó dormido: cualquier momento era bueno para recuperar sueño.

Tras una tarde tranquila en la que algunos como Derek pasearon por los alrededores de la casa o se entretuvieron con la televisión, como Zazzie, llegó la hora de la cena y se encontraron todos de nuevo. Liv había salido también a recorrer los jardines, pero al ver a Derek a lo lejos había optado por buscar un libro y quedarse descansando en la habitación.

—Mañana vendrá el resto de la gente y vuestro supervisor —informó Adeline, cuanto terminaron de cenar—. Así que aprovechad el día para descansar. Os recuerdo que el horario de desayuno es a las ocho, la comida a la una y la cena a las ocho. Volveré a repetir las normas mañana para el resto, pero la convivencia es lo más importante así que cada uno deberá cuidar su habitación y el cuarto de baño. Por otro lado, los móviles están prohibidos. Os los he dejado porque todavía no ha comenzado el tiempo de servicios sociales, pero mañana a mediodía debéis entregarlos.

—Yo no tengo —refunfuñó Shawn, aunque le alegraba ver que no iba a ser el único sin móvil —. Me lo quitó la jueza injusta.

Derek sacó el suyo de su bolsillo, le envió un mensaje a Kate, lo apagó y se lo pasó a Adeline deslizándolo por encima de la mesa.

—No lo necesito más —aseguró.

Zazzie sacó el suyo y se levantó. Tenía mucha vida en las redes sociales y no podía entregarlo así como así, necesitaba dejar claro que se ausentaba pero que volvería.

—Yo te lo doy mañana.

Se fue corriendo a su habitación. Liv palpó su bolsillo, insegura. Por Maddy no había problema, seguro que hasta le parecía bien, porque si no tenía el teléfono no llamaría a Hayden…

Se mordió el labio, metiendo la mano para sentir el tacto metálico del móvil en la mano. Quizá solo un mensaje, una última llamada antes de entregarlo…

«No lo cogeré, ya lo sabes».

Liv inspiró profundamente y lo sacó. Envió un mensaje a Maddy y se acercó a Adeline para entregárselo. El esfuerzo le costó más de lo que había pensado, notó una opresión detrás de los ojos y se fue del comedor sin decir nada, por si acaso se derrumbaba.

Los pasos la llevaron en dirección contraria a la escalera y se encontró en la entrada de la casa, donde el sol ya se ocultaba y reinaba un silencio solo roto por los sonidos propios de la naturaleza: algunos grillos, el rumor de las hojas meciéndose por el viento… Se fijó en el columpio, apenas alumbrado por unas luces tenues que había en el porche, y fue hacia él. Se sentó recogiendo las piernas y miró hacia el cielo, donde comenzaban a salir las estrellas. Vaya, hacía tanto que no las miraba que había olvidado lo bonitas que eran. No eran luciérnagas, pero servía.

Entonces se abrió la puerta de la casa y vio que salía Derek. Sintió un escalofrío y se dijo que la próxima vez se sentaría allí con una manta, aunque algo le decía que no había sido provocado por la ligera brisa que notaba en el lugar.

Derek se detuvo para encender un cigarrillo y, al levantar la vista para ir al columpio, se dio cuenta de su presencia. Se quedó indeciso unos segundos. No quería molestarla, parecía que ella había salido para estar sola, pero no podía volver al interior con el cigarrillo en la mano ni tampoco iba a meterse en los jardines a fumar a oscuras, que a saber qué bichos habría por allí.

—Hola —saludó, al final.

—Hola. —Liv le sonrió, haciéndole un gesto con la cabeza—. ¿Prohibido fumar dentro?

—Exacto. ¿Te importa si me siento?

Liv se sobresaltó al pensar que iba a ocupar el espacio que quedaba libre junto a ella, hasta que se dio cuenta de que él se refería a los escalones del porche justo debajo. Negó y Derek se sentó en los dos últimos, dando una calada a su cigarrillo.

—Hacía tiempo que no miraba a las estrellas —comentó, con la vista en el cielo.

—Son cosas en las que no nos fijamos normalmente.

—No, no tenemos tiempo, ¿verdad? Siempre hay cosas más importantes.

—Sí, supongo.

Liv siguió la dirección de su mirada y, justo entonces, una estrella fugaz atravesó el firmamento. Los dos se miraron, sin decir nada, y así continuaron un rato, sentados observando las estrellas en un silencio cómodo y agradable, como si llevaran haciendo aquello semanas.

Capítulo 5

—¡Oh, Dios mío!

Una voz estridente y aguda se abrió paso hasta Zazzie y la arrancó de los brazos de Morfeo donde tan a gusto se encontraba. Abrió un ojo para ver si aquel rebuzno formaba parte del sueño y se encontró con el rostro de una chica a la altura del suyo, mirándola.

Se incorporó de golpe como un resorte, abriendo los ojos de par en par y conteniendo a duras penas un grito. ¿Había alguien en su habitación? Pero ¿qué demonios era aquello?

La joven permanecía atónita, como si ella tampoco diera crédito a lo que veían sus ojos. Tenía rasgos orientales, ojos castaños y un cabello largo, negro, brillante y liso como si alguien le hubiera pasado una plancha varios millones de veces, no había un solo cabello fuera de lugar.

Zazzie la recorrió con la mirada, desde su impoluto (y recargado) maquillaje hasta el conjunto de traje y minifalda color azul celeste y amarillo que remataba con unos mocasines y calcetines blancos. ¿De qué palacio se había escapado aquella especie de Rapunzel coreana?

—¿Qué coño haces aquí? —espetó, rabiosa.

—Perdona, pero esta es mi habitación.

—No, chata, es la mía.

—No —la joven insistió, sin modular su voz chillona, aunque en apariencia parecía serena—. La mujer de abajo me ha dicho claramente que este era mi cuarto.

Zazzie frunció los labios. ¿Acaso esa voz era la suya habitual? Bueno, daba igual, en aquel momento lo único que deseaba era dejar de oírla.

Apartó las sábanas y bajó de la cama de un salto, profiriendo una sarta de improperios antes de abrir la puerta y salir del cuarto. La recién llegada trotó tras ella, pero se quedó al pie de las escaleras observando la situación.

Adeline casi soltó la taza de café que tenía entre las manos al ver aparecer a Zazzie en la cocina, vestida con una simple camiseta que apenas le tapaba la ropa interior. Allí ya estaban Derek y Liv, que alzaron la mirada y se quedaron alucinados también.

—¿Puede alguien decirme por qué hay un puto dibujo animado en mi habitación? Me ha dado un susto de muerte, joder, ¡esa no es manera de despertar a las personas! La prefiero a lo de la jarra de agua, pero… —Miró a Derek como disculpándose y volvió su atención a Adeline.

—¿Y qué tal si te vistes y hablamos del…? —empezó esta.

—¡Oh, por Dios! —exclamó Zazzie exasperada—. No vaya a ser que alguien se desmaye por ver un culo, ¿no? Son nuestros cuerpos, no hay por qué avergonzarse.

Leeta desplegó una servilleta y corrió a enrollársela por debajo de la camiseta, como si fuera una especie de minifalda.

—Zazzie, de verdad que quisiera oír menos tacos en…

—¡Una subnormal se ha metido en mi cuarto sin avisar! Por cierto, ¿qué pasa con las llaves, ya puestos? Porque eso de dormir con las puertas sin cerrar no lo veo.

Derek y Liv asintieron al mismo tiempo, dándole la razón, pero una sola mirada de Adeline hizo que se concentraran en sus respectivos cafés.

—Lo primero, tendréis llaves, solo que hay que esperar al supervisor —espetó—. Y lo segundo, siento mucho que te hayan despertado así, pero pensé que estarías levantada y a punto de bajar a desayunar.

—No desayuno. Hago ayuno hasta la hora de comer, gracias, ¡y eso no explica quién es ese teleñeco de mi cuarto!

—Tu compañera.

—¿Qué?

—Ha dicho «tu compañera» —repitió Derek, y de la mirada que le lanzó Zazzie volvió a callarse.

—¿Compañera de qué?

—De habitación, compañera-de-habitación —Adeline repitió la frase despacio, para que así fuera penetrando en el cerebro de Zazzie.

La muchacha se cruzó de brazos como si no comprendiera nada. Sí, cierto era que en su habitación había literas, pero no había sospechado que fuera porque debía compartirlo con otra persona. Pensaba que, simplemente, era que allí tenían las literas y listo.

—¿Vosotros compartís cuarto? —preguntó, girándose hacia la mesa.

Tanto Derek como Liv negaron, de modo que la muchacha volvió a mirar a Adeline de manera interrogante. Esta lanzó un suspiró y la sujetó por el codo, empujándola con cuidado de regreso al pasillo mientras se aseguraba de que la servilleta la tapaba.

—A ver, Zazzie —dijo, en tono conciliador—. Comprendo el enfado, en serio, pero alguien tenía que compartir cuarto. No tenía suficientes para todos, de hecho, esa era la sala de estar de mi abuela antes de morir.

—¡Ah, genial! O sea que encima estoy en la habitación de una muerta.

—Esperaba que lo entendieras, si os he puesto a vosotras dos juntas es porque sois las más jóvenes de todo el grupo y tenéis más cosas en común.

—¿Pero tú has visto al personaje de ahí arriba?

Señaló a la chica oriental, que aguardaba en las escaleras escuchando toda la conversación. Adeline estaba de acuerdo en que era todo un personaje, porque entre el modelito imposible que llevaba y la voz de pito dudaba que fuera a congeniar con nadie. Pero ¿qué podía hacer ella? Alguien debía compartir cuarto. No imaginaba que fueran Derek y el señor de los cuatro neceseres de baño, menos después del incidente de la jarra. Dos chicas veinteañeras, aunque una fuera ocho años mayor que la otra, deberían tener cosas en común.

—Por favor, te pido un esfuerzo —rogó Adeline y tiró de ella escaleras arriba, hasta que las dos jóvenes estuvieron juntas—. Mira, esta es Kumiko. Kumiko, te presento a Zazzie.

Zazzie negó con la cabeza mientras miraba hacia otro lado, y parecía que Kumiko estaba de acuerdo con ella, porque comenzó a protestar.

—Yo necesito un cuarto para mí sola, ¿entiendes? No puedo meter mi ropa en ese armario, y no duermo en una litera de noventa desde los diez años, ¿entiendes? Además, no tiene baño.

—Los baños son esos. Chicas y chicos. —Adeline los señaló.

—¿Baños comunitarios? Dios mío, esto es peor que un *glamping*. No me puedo creer que tenga que vivir en esta pocilga. —Kumiko examinó paredes y pasillo con una mueca de asco y se recolocó el enorme bolso que llevaba colgado—. Puede que necesite unos guantes antes de tocar nada, ¿entiendes?

Aquello terminó con la paciencia de Adeline, quien señaló el cuarto con la cabeza. Zazzie

tenía genio, pero la recién llegada… le daba ganas de sacudirle una bofetada, a ver si así salían volando los pompones y desaparecía esa insolencia.

—Esto es lo que hay, chicas. Os sugiero que os ignoréis para mantener la paz, y si no estáis de acuerdo siempre podéis poner una queja formal para que os saquen de este programa. Seguro que os meten en otro, aunque sea más largo e implique recoger basura.

Ambas permanecieron en silencio, enfurruñadas.

—Perfecto, nos entendemos. Ahora bajad a desayunar cuando estéis presentables. Tú vístete. —Miró a Zazzie y vio que abría la boca—. ¡Pantalones! En esta casa usamos pantalones, aunque sean cortos. Y tú, sácate ese disfraz de repollo y ponte algo más cómodo.

—Toda mi ropa es así —respondió Kumiko, con voz remilgada.

—Lo que nos vamos a reír —comentó Zazzie en tono burlón, antes de volver de regreso al cuarto—. Más vale que esperes ahí mientras me cambio, teleñeco.

—O podrías esperar tú.

—O podrías abrazarte a ti misma y con toda esa ropa inflada que llevas te convertirías en una especie de pelota gigante que echaríamos a rodar escaleras abajo.

—O podrías peinarte esos rizos asquerosos de pordiosera.

—O podrías lavarte el tuyo, que parece que ha bajado una vaca a chuparte la cabeza…

—¡Basta! —gritó Adeline—. Bajad a desayunar ya. Vamos, voy detrás de vosotras, ¡rápido!

Las dos echaron a andar, Zazzie todavía vestida con la servilleta a modo de minifalda y Kumiko con su ropa y sus enaguas. Adeline iba a seguirlas cuando cayó en la cuenta de que «el señor Bennett» aún no había salido para bajar al comedor. Qué pesadez, por Dios, ahora comprendía por qué Derek había terminado agarrando la jarra de agua para tirársela por encima, a ella misma le daban tentaciones.

Fue hasta la puerta y empezó a aporrearla con todas sus fuerzas, a pesar de que, en efecto, aún no había repartido llaves, no quería irrumpir a la fuerza.

—¡Hora del desayuno! ¡Despierta!

No recibió respuesta, así que insistió hasta que escuchó a Shawn bostezar y posteriormente unos pasos perezosos.

La puerta se abrió con un crujido y apareció él, con todo el pelo revuelto y despeinado, cara de sueño y una camiseta de tirantes que dejaba apreciar los músculos de los brazos. La joven hizo un esfuerzo por mirarlo a la cara.

—¿Qué pasa, guapa?

—¡Y dale con lo de guapa!

—No lo digo en serio, tranquila, es solo una manera de hablar.

Ella se quedó mirándolo de manera fija, hasta que Shawn se dio cuenta de lo que acababa de decir.

—Perdón, no pretendía decir que eres fea. Me refería a que es una forma de hablar, algunos hombres utilizan el «nena», pero yo…

—Vístete y baja a desayunar. ¿O quieres que vuelva con la jarra de agua?

—No, no, en un minuto estoy. Voy al baño y bajo.

Adeline abandonó la puerta para regresar a la cocina, donde Zazzie había ocupado su sitio en la mesa. Tanto Derek como Liv miraban a Kumiko como si fuera una extraterrestre, algo que desde luego parecía: con su ropa de tonos chillones, los zapatos con borlas de peluche, los calcetines bordados y el bolso extragrande en forma de concha, parecía haberse escapado de una tienda de disfraces después de ponerse todas las existencias encima.

—Shawn baja en un minuto —informó, tomándose un minuto para coger aire.

Derek emitió un «hum» leve, pero no añadió nada más. Leeta terminó de repartir el café que tenía entre manos la primera vez que Zazzie había aparecido gritando. Acto seguido, le puso a Derek dos tostadas en su plato y dejó el resto en el medio para que los demás se sirvieran.

—¿Y este enchufe? —le susurró Liv, divertida.

—Se ve que tengo gancho con las cincuentonas —respondió él en el mismo tono y con cuidado de que Leeta no lo oyera.

Liv disimuló una sonrisa y volvió su atención a la mesa, donde Zazzie permanecía con el ceño fruncido mientras untaba la mantequilla como si en realidad deseara apuñalarla.

—¿Café? —ofreció Leeta a la recién llegada.

—No tomo café, gracias. ¿Zumo de pitaya natural?

Leeta se incorporó, fulminándola con la mirada.

—Mira tú, otra como el de la carta. ¿Dónde creéis que estáis, en un hotel de cinco estrellas? No puede pedir un zumo de naranja, ¡no! ¡Pitaya! Cómo si supiera que diantres es eso.

—Agua entonces —repuso Kumiko.

—Bien, de eso tenemos. —Leeta llenó un vaso del grifo y se lo puso delante de malos modos —. Hale, ahí tienes, agua. ¿Para comer también agua?

—Leeta…

—Este agua no me sirve. —Kumiko apartó el vaso con tranquilidad—. Solo bebo agua vaporizada y destilada con electrolitos añadidos.

Todos la miraron sin dar crédito.

—¿Qué? —preguntó Adeline.

—El agua del grifo es, ya sabes, del grifo, ¿entiendes? Está llena de bacterias, virus y cosas así, ¿entiendes? ¿No conocéis la Smart? Su sabor está inspirado en las nubes, puro y fresco. Tiene un sistema de vapor que…

Derek y Liv seguían la conversación con idéntica cara de póquer, mucho mejor que la que tenía Leeta, que abría los ojos como si en realidad pensara que la estaban grabando con una cámara oculta. Adeline se frotó la frente, comenzando a desesperarse. Entre el genio y los tacos de Zazzie, la tontería de Shawn y el pijerío de Kumiko, solo esperaba que los dos que faltaban resultaran un poco más normales. Porque no se veía restaurando nada con semejante personal, a excepción de Derek y quizás Liv…

Dios mío, iba a ser un verano de lo más largo y estresante, no podía perder los papeles tan pronto, así que decidió coger aire y expulsarlo unas cuantas veces.

—Y el barbitas sigue sin bajar —comento Zazzie.

—Ha dicho que iba al baño y venía ya.

—¿El baño donde tiene cuatro neceseres, ese baño dices? —comentó Derek.

—Se estará arreglando los pelos de las axilas —siguió Zazzie, lo que provocó risas en la mesa a pesar de la desesperación de Adeline.

La joven iba a añadir algo referente al orden cuando escuchó un claxon. Genial, ¡otro! ¿Cuándo iban a dejar de llegar?

Se levantó murmurando una disculpa y salió a toda prisa para ir hasta la entrada, donde un taxi acababa de aparcar. Una mujer descendió de la parte trasera y se recolocó bien la ropa antes de hacer un saludo educado y girarse al taxista, que ya depositaba el equipaje en el suelo. La mujer estaba más cercana a Leeta en el rango de edad que al resto del grupo, pero como Adeline se había leído todos los expedientes no la cogió por sorpresa. Se aproximó hasta ella con una sonrisa amable en el rostro.

—Hola, ¿Mary Sue?

—Sí, querida. Es un placer, ¿cómo te llamas?

—Adeline.

—Oh, un nombre precioso. —Sonrió la mujer, sin dejar de observar su rostro—. Como tú, que ya se ve que eres encantadora. Y la casa también es muy bonita.

Ella miró hacia atrás y asintió. Lo era, cierto, aunque en ese momento no podía decirse que le apeteciera estar allí dentro… pero no tenía tiempo para eso, se suponía que en unas tres horas llegaría el supervisor y debía echar una mano a Leeta y a su hija para preparar la comida de todos. De forma que repitió la sonrisa y agarró ella misma la maleta.

—Vamos, justo estamos en el desayuno y así podrás conocer al resto.

Mary Sue le dio una propina al taxista y le deseó buen viaje antes de decidirse a seguirla hasta el interior de la casa. La mujer era de estatura pequeña, figura regordeta y rostro sonriente, justo como Adeline imaginaba que debía ser la abuela perfecta. Muy diferente de la suya, ya puestos, que no toleraba ninguna tontería y no regalaba chocolate así como así si no habías hecho alguna tarea primero. Pero tampoco podía dejarse engañar, aquella mujer estaba allí por cometer un delito, como todos. Que fuera más o menos serio era otro tema.

En la cocina, Leeta permanecía apoyada contra la encimera de brazos cruzados y con los ojos fijos en el grupo, atenta a que no hubiera más peleas entre Zazzie y Kumiko.

—Os presento a Mary Sue —anunció Adeline, y con una palmadita la hizo adelantarse—. Mary Sue, empezando por la derecha…

Liv oyó cómo la dueña de la casa enumeraba nombres a la recién llegada, una mujer de aspecto bonachón que sonreía de manera cálida. ¿En serio pensaban poner a esa mujer a trabajar en una restauración? Bueno, no era que pensara que sería inútil total, pero ni siquiera se veía a ella misma haciendo según qué trabajos… una mujer que tenía edad para ser su madre, ¿cómo terminaba dando con sus huesos en servicios a la comunidad? ¡Con lo dulce que parecía!

Aún lo estaba pensando cuando Mary Sue se sentó a su lado.

—He comido algo antes de venir, pero me tomaría un café —comentó—. Huele maravillosamente, se nota que aquí se hace el café como antes, de los de verdad.

Sonrió mirando a Leeta, que se relajó y le devolvió la sonrisa antes de servirle una taza. Mientras en la mesa se reanudaba el desayuno, la mujer dio un sorbo a su bebida y se giró hacia Liv sin dejar de sonreír para darle conversación.

Adeline subió la bolsa de la mujer hasta su cuarto por cortesía (por suerte no pesaba mucho) y la dejó sobre la cama. Consultó la lista que llevaba en el bolsillo, consciente de que faltaba una persona por llegar, y consideró la idea de llamar para preguntar si al final iba a formar parte del equipo. Porque tenía que estar presente en la comida, aquello iba a ser como para pasar lista en clase, y el que no estuviera tendría una falta.

Bueno, todavía quedaban unas horas, horas en las que ella tenía que ponerse a trabajar, así que lo mejor sería terminar con el desayuno y repartir a la gente para que no molestara. Regresó al comedor y dio unas palmadas.

—Terminad el desayuno, que hay que empezar a cocinar.

Al momento hubo revuelo mientras todos terminaban sus cafés de un trago y recogían tazas y platos para dejarlos en el fregadero doble.

—¿Quieres ayuda? —preguntó Liv, dirigiéndose a Leeta.

Notó que Derek se había quedado junto a ella, pero tampoco le extrañó. Aunque se hubieran conocido mediante una ducha de agua fría, el rato que habían pasado la noche anterior en silencio hacía que al menos lo conociera un poco más que al resto. Y suponía que a él le ocurría lo mismo. Además, no veía con quien más podría congeniar: el tipo idiota de la barba y los

neceseres ni siquiera había bajado a desayunar, Zazzie era muy hostil, Kumiko extraterrestre y la mujer recién llegada, empalagosa. Derek era quien más se asemejaba a ella pero, por otro lado, no estaba muy segura de que fuera lo más sensato hacer migas con él. Ni siquiera sabía el motivo de su presencia allí, suponía que no era grave porque solo se aceptaban delitos leves, pero aun así tenía dudas.

—Podemos echarte una mano con todo esto —comentó él, señalando con la cabeza la pila de platos y tazas.

Leeta ablandó su expresión al escucharlo, lo que divirtió a Liv. Recordó lo que Derek había dicho durante el desayuno sobre su éxito con las cincuentonas, y eso que Leeta no parecía el tipo de señora que trataba a todo el mundo como si fuera su nieto favorito.

—Ni te preocupes —aseguró la mujer—. Jolene me echará una mano. A partir de mañana las cosas cambiarán respecto a las tareas, pero por hoy, sois libres. Salid a aprovechar el sol.

La hija apareció en la cocina, dispuesta a ayudar a su madre, así que los dos decidieron seguir las órdenes de la mujer y aprovechar el tiempo que les quedaba vagueando.

—¿Por qué tengo la sensación de que esto va a ser muy duro? —comentó ella.

—Bueno… nos han ofrecido liquidar toda la condena en tres meses, así que fácil no va a ser.

Iban a abrir la puerta cuando vieron bajar a Shawn, que los miró con desconfianza para después recorrer la entrada con mirada inquisitiva. Por supuesto, su cabello aparecía peinado a la perfección, al igual que su barba, y llevaba una camisa blanca con un pantalón que seguro era la parte de debajo de un traje chaqueta. Derek estaba deseando verlo en pleno trabajo vestido de aquella manera; allí no iba a aburrirse, eso seguro.

—Bajaba a desayunar —comentó, dando un par de pasos hacia Liv porque seguía sin confiar en Derek.

—Pues llegas tarde —le respondió este—. Ya ha terminado.

—¿Qué? —exclamó Shawn indignado—. ¡Pero yo necesito mi café!

—Entonces, respeta los horarios —dijo Adeline, apareciendo en la puerta de la cocina—. Y ahora no molestéis, la cocina permanecerá cerrada hasta la hora de comer.

Shawn pareció frustrado y molesto, pero nadie le prestó atención, algo que estaba claro no le sucedía a menudo. Derek y Liv abandonaron la casa para salir un rato fuera, donde pudieron ver que Kumiko estaba tumbada en el jardín tomando el sol en bikini. Mary Sue pasaba las páginas de una libreta, apuntando algo en ella con toda su concentración y, varios metros alejada del resto, estaba Zazzie con un pañuelo que cubría su melena rizada y unas gafas de sol que le ocupaban toda la cara. Escuchaba música con su iPod sin prestar atención a nadie.

—¿De cuánto era tu condena?

Liv se giró al escuchar la pregunta, para ver que Derek se había sentado en el banco que había ocupado ella la noche anterior. No quería parecer cobarde o mojigata, así que se acomodó a su lado, más cerca de lo que hubiera querido, porque con tanta proximidad era consciente de lo atractivo que era. Ni siquiera tenía alguna pequeña arruga incipiente que asomara con timidez, ningún signo de que la edad le estuviera pasando factura.

—Si te digo la verdad, el día del juicio estaba tan aturdida que casi no recuerdo las palabras del juez —contestó—. Mi hermana es abogada y se encargó de negociar. Yo me fiaba de ella por completo, así que… —Dejó de hablar, pero entonces alzó la mirada y vio que Derek aguardaba algo más—. Esos días fueron una locura, no sé. Cuando pienso en ellos no veo más que un remolino. Raro, ¿verdad?

—Y yo rojo.

—¿Qué?

—Lo veo rojo, en lugar de un remolino. Supongo que es porque ninguno tenemos ganas de recordarlo.

Liv asintió, aliviada de comprobar que lo había entendido. Desde luego, ella no tenía ninguna gana de rememorar la noche que la había llevado allí, en absoluto. Cada vez que se acordaba, se daba una colleja mental. Qué idiota, qué irresponsable. Qué desgracia podía haber ocurrido por su inestabilidad, si hubiera provocado un accidente…

Otra vez se preguntó qué habría hecho él, pero no tenía confianza para verbalizarlo.

«¿Por qué no? La confianza tiene que empezar por alguna parte. Nuestra historia comenzó yendo juntos al colegio por las mañanas».

—No es lo mismo —susurró Liv.

«Pero os habéis caído bien, a pesar de esa jarra de agua. Y vais a pasar algo de tiempo aquí juntos, sin mucho que hacer excepto charlar. Es una buena oportunidad».

—¿Quieres callarte?

—No he dicho nada —dijo Derek, mirándola de reojo con expresión confundida.

—Perdona, no me hagas caso. Hablo sola —confesó Liv, ligeramente ruborizada—. Cogí esa costumbre en mi antiguo trabajo y ya no he sido capaz de abandonarla.

—¿A qué te dedicabas?

—Era periodista. Reportera de viajes.

—Joder, ese es un trabajo de ensueño, ¿no? ¿En qué consiste exactamente?

—La redacción me ofrecía varios destinos que había que vender. Debía viajar allí y pasar una semana recorriendo las zonas comerciales, porque luego esperaban un reportaje completo de cara al turismo. Ya sabes, hoteles, entretenimiento, compras, comida…

—¿Y cuál era la parte amarga? Porque todos los trabajos de ensueño la tienen, ¿verdad?

Liv no respondió a eso, porque hablar de su antiguo trabajo la transportaba hacia un lugar donde no quería ir. Al principio, Hayden siempre la acompañaba, fuera cual fuera el destino. Después empezó a quedarse en casa de forma ocasional, alegando cansancio. Liv lo creía, no veía el motivo para no hacerlo. Al final, cerca del momento en que todo se había roto, le resultaba imposible convencerlo de que fuera con ella, ya no de viaje, sino a cualquier sitio.

La punzada de dolor llegó sin avisar y sintió la necesidad de llamar, pero entonces recordó que había tenido que entregar su teléfono. Su primer impulso fue tener un momento de pánico, pero se obligó a coger aire y expulsarlo: ya no estaba sola y no podía comportarse así. Estaba allí para trabajar y pagar su deuda con la justicia, bastante le costaba simular que era una persona normal para ponerse a dar un espectáculo.

—Te has puesto pálida —observó él—. ¿Estás bien?

—Será mejor que vaya a la sombra. —Liv se levantó a toda prisa—. No te preocupes, estoy bien. Nos vemos luego en la comida.

Y antes de que Derek pudiera reaccionar, fue directa a la casa. Necesitaba esconderse un rato largo en su cuarto para así poder pasar el mal rato a solas… y tampoco quería que él pensara que estaba como un cencerro. Una cosa era hablar sola, algo más o menos aceptado socialmente, y otra deshacerse en llanto sin motivo y sin aviso. No, ya tendría tiempo más adelante de comprobar hasta dónde estaba dañada, pero todavía era muy temprano.

Derek sacó un cigarrillo, aún confundido por la reacción de la chica. O le había dado mucho el sol o lo esquivaba con total descaro: apostaba por la segunda opción. Pues sí que se le daban mal las aproximaciones, aunque fueran amistosas…

—No deberías fumar, jovencito. —Escuchó decir a sus espaldas.

—¿Perdón?

—Tranquilo, estás perdonado. —Mary Sue le quitó el cigarrillo de la boca, aún sin encender, y lo partió por la mitad—. De nada sirve un bonito exterior si por dentro tenemos los pulmones negros.

Y con un apretón afectuoso, siguió su camino hacia la casa mientras él, aún estupefacto, se decía que allí estaba lo mejor de cada casa. Vio que Zazzie se estaba riendo de él, así que frunció el ceño y decidió buscar otro sitio donde sentarse, a ser posible donde nadie decidiera quitarle las cosas de la boca para romperlas.

Adeline, Leeta y Jolene estuvieron toda la mañana a pleno rendimiento: asaron patatas, prepararon ensaladas y el plato que mejor dominaba la tercera: el arroz con guisantes, cebolla y tiras de panceta tan popular por la zona. Mientras se terminaba de hacer, las dos primeras abrieron la mesa del comedor para que entraran todos y colocaron manteles, servilletas, platos y cubiertos. Una vez decorada con un par de jarrones llenos de flores frescas, Adeline se llevó las manos a la cintura resoplando.

—Está perfecto. —Leeta le dio una palmadita—. Todo irá bien, ya verás. El contrato de trabajo no depende de esta comida, así que tranquila. Ve a refrescarte y yo iré haciendo limonada.

La mujer asintió. No le quedaba tiempo para cambiarse de ropa, así que su mono vaquero tendría que servir, al igual que la coleta desarreglada: de cualquier forma, su trabajo consistía en ser eficiente, no una muñeca.

Después de lavarse la cara con una maravillosa agua fría, recogió la carpeta que tenía en su cuarto y bajó al primer piso, preguntándose donde estaría el chico que faltaba. Pero no pudo dedicarle mucho tiempo a eso, porque un frenazo seco llamó su atención.

Salió fuera, por si acaso era la persona que faltaba, pero en cuanto vio el coche supo que pertenecía al supervisor. Elegante, impoluto y con pinta de caro, exactamente igual que su dueño: alto, delgado, vestido con un traje de verano claro y con el pelo bien cortado. Se quitó las gafas de sol y le estrechó la mano mientras con la otra sujetaba una enorme carpeta contra sí.

—¿La señorita Hayes? —preguntó.

—Llámeme Adeline, por favor. ¿Y usted es…?

—Aaron Morgan.

—Es un placer, gracias por haber venido.

—No tienes que darlas, es mi trabajo.

El hombre recorrió el jardín y la casa con la mirada, y Adeline notó que era un poco bizco, algo que la ponía nerviosa, pues no sabía bien hacia donde enfocaba.

—Dentro hace menos calor y tenemos limonada —comentó—. Iré avisando a todos para que entren.

—Estupendo, gracias.

Obedeció mientras ella reunía al grupo como si se tratara de un rebaño de ovejas. Solo esperaba que se comportaran más o menos, para ello lanzó varias miradas de advertencia tanto a Zazzie como a Kumiko, pero ninguna pareció impresionada.

Una vez dentro, suspiró de alivio al ver que Shawn estaba presente y dando conversación al supervisor, quien lo escuchaba al mismo tiempo que se acariciaba la barbilla.

—Le presentaré al equipo —dijo, pensando que sería lo más sensato cortar esa charla antes de que Shawn dijera alguna tontería de las suyas—. Ella es Liv Monroe, él…

Aaron abrió su carpeta y la revolvió hasta dar con una ficha. La miró por encima y después posó sus ojos sobre la morena, haciendo que esta se sintiera incómoda.

Aquello no hizo gracia a Adeline. Todos sabían que no estaban allí por hacer obras de caridad, pero tampoco le parecía necesario emitir juicios, aunque fueran silenciosos.

—¿Cómo estás, Liv? —saludó él, apretando su mano—. ¿Cómoda?

—Sí, gracias —murmuró ella, liberándose del estrujón.

Estuvo a punto de pasarse la mano por el pantalón vaquero, pero detuvo ese impulso y retrocedió, suplicando que no le hiciera ninguna pregunta. No podía ponerse a hablar de su expediente delante de todos, ¿no? El temor a que aquello ocurriera hizo que se le pusiera un nudo en la garganta.

Por suerte, Adeline encaminó al hombre hacia Derek. Aaron repitió el numerito del expediente con todos, dedicándoles la misma pregunta educada que había usado con Liv, aunque sonaba a mera cortesía, y en el caso de las mujeres, teñida de una breve insinuación.

Adeline frunció el ceño, pero entonces las presentaciones terminaron y él miró su lista.

—Falta uno. Carter Rivera. —Recorrió el salón, por si acaso algo hubiera escapado a su invasiva mirada.

—No ha llegado todavía.

—Entiendo. —Aaron tachó el nombre al momento—. Bueno, entonces el equipo se compone de seis si quitamos a esta persona. ¿Quieres que te enviemos a alguien para sustituirlo, o crees que será suficiente?

—Segura que llega hoy y no hay pro…

—Para algo están los horarios. ¿Entonces con estos será bastante?

—A ver —respondió ella, ligeramente molesta—. Tendré un grupo de obreros de verdad, de los profesionales que se dedican a ello. Son los que harán parte del trabajo, esta gente no está preparada para según qué cosas. Así que sí, me apañaré con seis.

Cómo lo hiciera era harina de otro costal, pero había decidido que no compartiría ninguna impresión o confidencia con aquel tipo.

—Como quieras. —Él anotó algo.

—Hora de comer —anunció Leeta, saliendo de la cocina con dos enormes jarras de limonada.

Todos ocuparon sus asientos mientras Jolene repartía ensaladas y bandejas de patatas asadas, así como el arroz. Una vez estuvo todo en su sitio, la guardesa y su hija se despidieron para dejarlos a solas.

—Bueno, vayamos al grano —dijo Aaron, después de colocarse la servilleta encima de las piernas con cuidado—. No hace falta explayarse demasiado. Todos estáis aquí por sanciones de justicia penal dictaminada por algún juez, y en muchos casos para evitar una sanción mayor de tipo económico o de tipo penal. Es decir, sois delincuentes. Leves, pero delincuentes.

Se hizo un silencio que ni siquiera Shawn se atrevió a interrumpir con alguna incoherencia. Estaba claro que a Aaron Morgan no le preocupaba resultar simpático o comprensivo, y aquel recordatorio innecesario era una buena muestra de ello.

—El juez que dicta la sentencia ordena servicio comunitario como condición para la libertad condicional, especificando la cantidad de horas de trabajo y el período de tiempo en que debe cumplirse la orden. Todos tuvisteis condenas diferentes en cuanto a horas y multa, pero al ser este proyecto algo que requiere de cierta urgencia, se os ofreció cumplirla aquí. Todo perfecto, sin olvidar lo que significa libertad condicional. ¿Lo tenéis claro?

De nuevo se hizo el silencio, y uno a uno fueron asintiendo. A Adeline todo aquel numerito le parecía innecesario, estaba claro por qué estaban allí y todos sabían el significado de servicios comunitarios. ¿Por qué tantas ganas de recordarles que estaban siendo castigados?

—En este tipo de programas solo se acepta a delincuentes no violentos para garantizar la

seguridad del resto. Aquí hay una pequeñísima excepción, debido a que la falta cometida sí tenía violencia, pero el juez pertinente no lo consideró peligroso para nadie más, sino que lo vio como un hecho aislado.

Derek se mantuvo tenso en su sitio, pensando si a aquel cabrón se le ocurriría mencionarlo. De hecho, él no era violento por naturaleza, o eso creía hasta que había conocido al gilipollas de las gafas de sol. Ganas le daban de hacer que salieran volando.

Al menos, que la jueza no lo considerara peligroso lo consolaba un poco, pero eso no exculpaba que el supervisor considerara necesario preocupar al resto del grupo. Ahora todos se devanarían los sesos pensando quién sería esa persona, o peor, si descubrían que era él lo mirarían con temor, seguro.

—Si por algún motivo no se cumplen las normas, delincuente, coordinador de programa y funcionario de libertad condicional se reunirán a fin de conversar sobre las razones de esto y algún medio alternativo para facilitar el cumplimiento del servicio. Lo mismo si alguien de los presentes decide que prefiere otros servicios o lo que sea, basta con que me lo comente de manera personal y le asignaremos algo diferente.

Zazzie clavó su tenedor en una patata asada y se la echó en el plato, ante la mirada sorprendida del resto. La joven hizo una mueca hacia el coordinador, sin parecer preocupada en absoluto, y luego se metió un trozo en la boca.

—Yo me quedo —comentó—. Prefiero hacer tres meses intensos que nueve eternos.

Aaron observó como todos asentían, dando la razón a la joven, así que se encogió de hombros.

—Perfecto. Las normas son muy claras: acatar los horarios de trabajo que imponga la jefa de obra, Adeline, sean las que sean —puntualizó, mientras probaba el arroz—. Respetar el toque de queda, por supuesto, que será a las once. Nada de drogas, alcohol o comportamientos inadecuados, vuelvo a recordar que estáis en libertad vigilada.

—Había pensado que quizá los días libres podríamos hacer alguna salida —comentó Adeline —. Si van a mi cargo sería posible, ¿verdad?

—Si se respeta la hora límite y no salen del condado de Henderson, sin problema. Coméntalo primero conmigo y listo.

—Perfecto.

—Voy a dejar una lista con actividades extras que podéis hacer para así reducir la multa —siguió Aaron, apartando el plato donde aún quedaba la mitad de su comida intacta—. Comedores sociales, limpiar carreteras, remodelar parques, comedores benéficos… todo suma. Si trabajáis duro, no dais problemas y no os importa mancharos las manos, acabará antes de lo esperado.

El grupo permaneció callado, asimilando sus palabras. Adeline se dio cuenta de que el hombre no pensaba comer más y se incorporó.

—¿Ya ha terminado…?

—Sí. Lo siento, es que no me sobra mucho tiempo, así que…

Ella empezó a asentir cuando escuchó el timbre de la puerta. Sorprendida, se acercó a abrir para encontrarse a un chico alto y delgado en el umbral, que la miró con expresión angustiada.

—¡Lamento el retraso! Hubo un accidente en la carretera y el taxista me llevó por un camino más largo, lo siento mucho.

—Entra. —Ella se hizo a un lado, justo cuando Aaron aparecía con su chaqueta puesta—. Oh, señor Morgan, ¿es que ya se marcha? ¿No quiere tomar café? Así puede conocer al chico que faltaba por llegar, él…

—Ya lo he tachado de la lista —respondió el hombre.

—Pero… —empezó él, negando con la cabeza.

—Llamaré a tu coordinador para gestionar otro servicio.

—No, no puede hacer eso, me ha costado mucho conseguir la excedencia en mi trabajo para poder venir aquí —explicó el joven.

—Lo siento —dijo Aaron, ajustándose la corbata.

Adeline miró el rostro desesperado del recién llegado y tocó al supervisor en el brazo.

—¿Podemos hablar un momento en privado?

Le señaló la cocina. El hombre la estudió unos segundos antes de encogerse de hombros y meterse dentro. Adeline cerró la puerta para no ser oída y se aproximó a él.

—Creo que no hace falta ser tan rígido, ¿no le parece? Ha llegado tarde por un problema de tráfico, no porque haya querido. ¿No podría ser un poco flexible?

—Quizá.

—¿Quizá?

Aaron la contempló sin el menor disimulo, de arriba abajo. Adeline no estaba acostumbrada a escrutinios así y notó que el color subía a sus mejillas como una llamarada furiosa.

—Hagamos una cosa —dijo Aaron, con voz serena—. Yo le dejo quedarse y tú me invitas a un café en mi siguiente visita.

—¿Un café? Puedo ofrecérselo ahora mismo, si quiere.

—Un café sin espectadores, Adeline. —Le guiñó un ojo—. ¿Te parece bien?

El rubor se intensificó en el rostro de la chica. ¿Estaba insinuando lo que ella creía? No podía ser posible, ¿verdad? Un supervisor del estado no hacía esas cosas, debía ser ella malinterpretando sus palabras.

—¿Se refiere a un café normal?

—No conozco otro. —Aaron sacó el papel de la carpeta y volvió a escribir el nombre del joven que acababa de llegar—. Bien, ya está de nuevo en tu programa. Ha sido un placer conoceros a todos, Adeline. Nos veremos pronto.

Y le guiñó el ojo antes de salir de la cocina. La joven se cruzó de brazos, dejando que los calores se fueran calmando antes de volver al comedor con los demás.

No comprendía por qué estaba tan molesta si solo quería charlar un rato con ella a solas. Quizás porque había sonado a insinuación. ¿Y esa era la persona que se encargaba de que se cumplieran las normas?

Se frotó la frente, pensando en que tenía mucha imaginación. Lo más probable era que el hombre tuviera un sentido del humor un poco raro y hubiera aceptado igualmente a Carter, con café o sin él. Y tampoco se iba a morir por compartir una taza, si no tenía más remedio. Tampoco era que ella fuera la belleza local número uno para que los hombres se volvieran locos por pedirle una cita.

Más tranquila, se llevó las manos a la cara para descubrir que volvía a estar normal. Era hora de regresar al comedor para hablarles de las normas de la casa.

Capítulo 6

El reloj que Shawn llevaba en la muñeca comenzó a vibrar, despertándolo de golpe. Le dio un manotazo y levantó un poco el antifaz para mirar la hora. Estuvo a punto de volver a dormirse al ver que eran las siete de la mañana, pero recordó que había puesto la alarma pronto para no perderse de nuevo el desayuno, así que, con un suspiro de resignación, se sentó en la cama y se quitó los tapones y el antifaz.

Estaba seguro de que hacer madrugar así a la gente era ilegal en algún estado, ¡si ni siquiera había salido el sol! Con un bostezo, se puso en pie y salió de su habitación para ir al baño, de donde no salió hasta media hora después, perfectamente peinado y con una toalla alrededor de la cintura.

—¡Buenos días!

Shawn se giró hacia la voz femenina, encontrándose con Adeline, que lo recorrió con la mirada antes de cruzarse de brazos y carraspear.

—¿Recuerdas las normas? —preguntó.

—Sí, claro. Por eso he madrugado, no quería perderme el desayuno.

—Me refería a las de andar sin ropa por la casa.

Shawn se miró. Vale, sí que les había dicho que no podían pasear por la casa ni alrededores en ropa interior, pero él iba camino de su habitación.

—Acabo de echarme crema —contestó—. No puedo vestirme ahora, la piel necesita tiempo para absorberla y…

—No me vengas con excusas. Pero mira, no te voy a poner falta porque tengo que ir a hacer unas compras y me vienes genial. Me ayudas y me olvido de lo que he visto. Vístete y vamos.

—¿Qué? No, no, yo voy al comedor que no quiero perder el turno.

—Pues sin leche no hay desayuno, y es una de las cosas que voy a comprar.

—¿Por qué no lo pides por internet?

—¿Por internet?

—Claro, y te lo traen. ¿Nunca has probado?

La miró como si estuviera loca, pero ella también lo estaba mirando así, lo cual lo descolocó.

—Es muy cómodo —añadió, por si ella no lo entendía.

—Seguro que sí, pero aquí no hay.

—¡¿No hay internet?! Pero ¿qué pueblo es este?

—Hay internet, lo que no hay son supermercados con servicio a domicilio, aquí cada uno va a buscar lo que necesita.

—Pero… pero… ¿me lo estás diciendo en serio? ¿Hay que ir en persona a comprar las cosas?

—Que sí, que no me mires como si viviéramos en el tercer mundo. Vístete, que se nos va a hacer tarde. Te veo abajo en cinco minutos, el tiempo de coger mis cosas y nos vamos.

Con esos minutos a Shawn no le daba tiempo a que se absorbiera la crema hidratante que se

había dado por todo el cuerpo ni a la segunda crema de día facial, pero no podía estar otro día más sin desayunar y con Adeline seguro que lo conseguía, así que batiendo un récord impropio de él, se metió en su habitación, se pasó la toalla por el cuerpo y se puso unos pantalones y una camisa a todo correr. Todavía estaba asimilando el hecho de tener que moverse para ir a un sitio a comprar, cuando él tenía todo a un clic de distancia y conseguía cualquier cosa en una hora o menos.

Bajó las escaleras, pero Adeline no estaba esperándolo. Escuchó ruido en la cocina, así que fue allí. Leeta estaba preparando café y cortando pan, mientras que Adeline se encontraba recortando un periódico. Sobre la mesa había un montoncito de papeles, sobre los que colocó el que acababa de recortar.

—Buenos días, Leeta —saludó Shawn, con su tono más amable y seductor—. Qué bien huele el café. Estoy deseando probar esas tostadas.

—Pues ya veremos si llegan para todos. —Fue la seca respuesta de Leeta.

—Ah, ya estás aquí —dijo Adeline, reprimiendo una sonrisa al ver su cara de circunstancias. Cogió los papeles y se los metió en un bolsillo—. Listo, podemos irnos.

Shawn la siguió al exterior, hasta un lateral de la casa donde había aparcada una *pick up* más bien destartalada, con unos cuantos rayones y a la que desde luego no le sobraría una mano de pintura. Miró a ambos lados, pero no había más vehículos a la vista y Adeline ya estaba abriendo la puerta del conductor. Se subió y, mientras ella arrancaba, examinó su puerta.

—¿Qué buscas? —preguntó Adeline.

—El botón para bajar la ventanilla.

—No hay, es a manivela.

Shawn bajó la vista y, efectivamente, allí había una manivela. Algo que jamás había visto en su vida, ¿qué clase de coche era aquel? Lo mismo era una pieza de museo… Miró al salpicadero, alargando la mano, pero sin llegar a tocar nada.

—¿Qué buscas?

—El ordenador de a bordo.

—No hay, así que no te molestes.

—¿Qué? ¿Y cómo funciona el coche?

—Como todos.

Shawn echó mano de la manivela, pero no se movía. Intentó empujarla, pero tampoco era hacia dentro.

—¡Aquí no corre el aire! —exclamó.

—Ya abro mi ventanilla, exagerado. Si además todavía no hace calor, ¿cuánto aire necesitas?

—¿El normal para respirar? Solo falta que me digas que el climatizador no tiene filtros de polen ni de CO2.

—Mira, eso no te lo voy a decir.

—Menos mal.

—Porque no hay climatizador, así que…

Y pisó el acelerador de forma que el coche salió disparado hacia la carretera principal. Aquello y la forma en que Adeline cogía las curvas, como si la estuviera persiguiendo alguien, lo tuvo callado todo el trayecto. Bastante tenía con agarrarse a la puerta, seguir intentando mover aquella manivela, respirar con cuidado por si se intoxicaba y rezar porque no les saliera un ciervo o un *bigfoot* (que en aquel lugar perdido a saber) como para hablar, además.

Con un frenazo que hizo chirriar las ruedas y a Shawn rebotar contra el asiento, Adeline detuvo la *pick up* y se bajó.

Shawn consiguió encontrar la manilla para abrir la puerta tras varios intentos y se bajó de un salto. Una vez a salvo en la acera, miró a su alrededor, preguntándose dónde estaría el centro comercial o donde fuera que se compraban allí las cosas. Porque todo lo que veía parecía sacado de un decorado de cine: los edificios eran pequeños, de no más de tres plantas.

—Cualquiera diría que nunca has visto una calle —comentó Adeline, acercándose a él.

—¿Dónde vamos a comprar?

—Al supermercado.

—¿Y dónde está? ¿En la calle principal?

—Esta es la calle principal. El súper está ahí.

Señaló un edificio a unos pocos metros de distancia. Shawn la siguió preguntándose si le estaría tomando el pelo, pero cuando llegaron a las puertas vio que, efectivamente, ponía supermercado en el exterior. Parecía que la definición de «super-» era diferente en aquella parte del país, visto el tamaño de aquel sitio.

En el interior, Adeline cogió un par de cestas y le dio una a él, que miró los pocos pasillos que había sin dar crédito. Allí no iban a encontrar nada, menuda pérdida de tiempo.

—Yo voy a por leche y alguna cosa más, tú coge cereales y mantequilla.

—Vale.

—Cereales Golden Graham dorados sin azúcar añadido, no los integrales, ¿de acuerdo? Dos cajas.

—Eh… sí, vale.

—Y mantequilla sin sal Darigold. Tres unidades.

Shawn afirmó con la cabeza, aunque cuando se fue hacia el pasillo de los cereales ya no se acordaba exactamente de qué le había dicho Adeline. Encontró varios tipos de Golden Grahams, cogió un par de cajas y las echó al cesto.

Después tuvo que recorrer un par de pasillos donde no encontró la mantequilla, pero al final acabó por casualidad en la zona de refrigerados y la vio allí. Cogió cuatro envases y ya con la cesta llena, volvió sobre sus pasos para buscar a Adeline.

Ella salía de uno de los pasillos, con su cesto también a rebosar.

—Vaya, qué rápido —le dijo.

—Ni que fuera a perderme en cuatro pasillos.

Adeline no contestó a eso, aunque era precisamente lo que había pensado. Le señaló una de las cajas y fueron allí a descargar los cestos.

—¡Espera! —exclamó, sobresaltándole.

—¿Qué? —Se quedó inmóvil con una caja de cereales en la mano—. ¿Qué pasa?

—Te he dicho dorados, no tostados. —Señaló la mantequilla—. Y Darigold, no Kerrygold. Tres, no cuatro.

—¿Qué más da? Mejor de más que de menos, ¿no?

—No, cuatro no me vale, tienen que ser tres.

Shawn suspiró fastidiado y se fue con el cesto a devolver lo que había cogido y sustituirlo por lo que ella decía. A él, desde luego, le daba igual una cosa que otra, no entendía a qué venían aquellas manías. Ni que estuvieran hablando de cremas para la piel, eso sí era importante. Pero ¿mantequilla?

Regresó con las cosas y las dejó en la caja. La chica empezó a pasar la compra, hablando con Adeline sobre alguien que acababa de tener un niño y otro alguien que estaba enfermo, todo lo cual a Shawn le interesaba entre poco y nada. Él lo que quería era terminar cuanto antes y volver a la casa, necesitaba un café y ya mismo. Con lo que había madrugado, como para perdérselo.

—Sesenta y siete dólares —dijo la chica.

—Espera, que tengo cupones.

¿Cupones? ¿Era eso lo que estaba recortando? Shawn pensaba que aquello solo se veía en las películas o series de televisión, pero entonces Adeline sacó la mano de su bolsillo y empezó a rebuscar entre el montón de papeles que tenía allí. Miró su reloj, impaciente, porque veía que el tiempo pasaba y se iban a perder el desayuno.

—Aquí tienes un cupón de dos por uno para los cereales —indicó Adeline, al cabo de unos minutos y entregándole el papelito a la chica—. Este es para la mantequilla, un treinta y tres por ciento de descuento por coger tres unidades. Por aquí tengo… sí, este, tres dólares de descuento por superar los cincuenta de compra. Y aquí está el de la leche. —Le entregó todos y sacó un cartoncito rojo—. Y aquí me pones las pegatinas para coger los cuchillos, que solo me quedan cinco. Seguro que para la próxima lo lleno.

La chica pasó todos los papeles y le puso un par de pegatinas en la cartulina, que Adeline se guardó con gesto satisfecho.

Con todo metido en bolsas de papel, regresaron al coche y Adeline le indicó que metiera todo en la parte de atrás.

—¿Llegaremos para el desayuno? —preguntó Shawn, comprobando de nuevo la hora con desánimo.

—Ay, vamos tarde —contestó ella, mirando su móvil para ver qué hora era—. Bueno, no pasa nada, tomamos café aquí, ¿vale?

—Perfecto.

Justo al lado del supermercado había una cafetería y Shawn se giró hacia allí, pero Adeline tiró de su brazo para impedir que entrara.

—Ahí no.

—¿Qué pasa, está malo el café?

—No, pero tengo un vale para aquella. —Señaló al otro lado de la calle y le enseñó otra cartulina con casillas—. ¿Ves? Me queda uno por marcar y el otro es gratis.

Shawn no daba crédito a lo que veía y oía. ¿Cuántos papelitos de esos llevaba encima aquella mujer?

—Pero si estamos aquí al lado… —empezó.

—Que no, ¿estás loco? Los vales hay que aprovecharlos. ¿Tú te haces idea de cuánto se ahorra al año?

—Pues no, tampoco creo que sea para tanto.

Adeline movió la cabeza mirándolo con cierta pena.

—¿No eres economista o algo así?

—Estudié un año, sí. Pero esto no estaba como asignatura.

—Pues no sabes lo que te pierdes —dijo.

—No, pero sí que sé que quiero café, así que donde quieras, pero lo necesito ya.

—Pues vamos a por el último sello. —Se frotó las manos—. ¡Me encanta cuando llego al último!

Shawn se preguntó por un segundo si no estaría mejor en la cárcel que en manos de una loca que se emocionaba por un mísero café gratis, pero esa misma comparación le hizo imaginarse el café de la cárcel… o lo que fuera que sirvieran allí. No, no sobreviviría en un sitio así, seguro.

Así que fue con Adeline a la cafetería de los sellos, a la cual la chica entró con la cartulina en la mano y una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Bridget, dos cafés largos! —le pidió a la camarera, plantándole la cartulina delante—. Y

como ves, ¡me toca el gratis!

—¡Felicidades!

Le plantó un sello y se dio la vuelta para poner los cafés. Adeline pidió también unas tostadas y se sentaron en una mesa, donde les llevaron todo cinco minutos después.

Shawn dio un sorbo al café y emitió un suspiro de satisfacción.

—Por fin —murmuró.

—¿Está bueno?

—Le falta algo de cuerpo y… —Ella levantó una ceja—. Me vale así.

—De nada.

Él se estaba llevando la taza a los labios de nuevo, pero se detuvo a medio camino.

—¿Perdona?

—Digo que de nada.

—No te he dicho gracias.

—Lo sé. Pero así sabes cuándo deberías hacerlo. Por ejemplo, si te invitan a desayunar.

—Pero si el café te ha salido gratis.

—No, perdona, que yo me he tenido que tomar nueve antes para que tú tuvieras uno gratis y además te he cogido tostadas. Así que, de nada.

Shawn dio un mordisco a una tostada sin contestar, enfurruñado. Ni que aquel fuera el desayuno del siglo. Además, la había ayudado con la compra, qué menos que invitarlo. ¿Encima tenía que agradecérselo? Ni loco.

Adeline cogió su tostada, pensando en el expediente del chico. No entendía mucho de finanzas, pero sí que estaba condenado por estafa, así que tampoco le extrañaba que no diera las gracias o que ocupara el baño entero; una persona que se aprovechaba de otras tenía que ser egoísta por naturaleza. En fin, seguro que no le vendría mal un poco de trabajo duro y en equipo, algo aprendería.

Terminaron de desayunar y regresaron a la casa. Ya hacía algo de calor y se notaba con intensidad en el interior del coche. Shawn tiró de la manivela de la ventanilla de nuevo, pero nada.

—Me has tomado el pelo, ¿verdad? —preguntó.

—¿Con qué?

Adeline arrancó de forma brusca y salió disparada hacia la carretera, por lo que el chico tuvo que sujetarse de nuevo y tardó unos segundos en contestar, mientras se aseguraba de no salir volando.

—¡La ventanilla! ¿Cómo se baja?

—Ah, es que la tuya no funciona.

Shawn la miró con odio reconcentrado, pero no dijo nada porque el coche dio un bandazo al tomar una curva y le preocupaba más su integridad física, por lo que dedicó todas sus energías a agarrarse. Cuando por fin llegaron de vuelta, Shawn se bajó en cuanto ella echó el freno de mano y dijo que se iba a la planta de arriba a darse otra ducha.

—De eso nada —le contestó Adeline, poniéndole una bolsa de papel en los brazos—. Primero llevamos esto a la cocina y después vas a la entrada, que hay reunión para asignaros las tareas.

A su pesar, Shawn obedeció. Mientras dejaban todo, Leeta avisó a los demás y cuando terminaron de descargar las bolsas, ya estaban todos en el porche. Se colocó junto a Derek, que lo miró de arriba abajo.

—Vaya, ¿te has despeinado? —preguntó.

—¿Qué? —Shawn se llevó una mano al pelo—. No, no puede ser, si me he lavado el pelo esta

mañana y me he echado mascarilla. Tendré que…

—Chist —siseó Liv—. Adeline ya viene.

Preocupado y tocándose el pelo cada dos segundos, Shawn se calló. Necesitaba mirarse en un espejo y arreglar el desaguisado que tuviera, pero también quería saber qué tareas del demonio le iban a tocar.

Adeline se colocó delante de ellos con una libreta y un bolígrafo.

—Bien, ahora os voy a llevar a la mansión que vamos a restaurar. Obviamente, no vais a tener tareas muy complicadas ni críticas que puedan comprometer la seguridad del resto de trabajadores o de la propia casa, así que no debéis preocuparos en ese sentido. Pero sí que trabajaréis duro, eso os lo puedo asegurar. Trabajaréis en equipo, os voy a colocar por parejas para luego distribuiros en habitaciones de la casa o áreas de trabajo según sea el plan del día. Así que… —Los miró y colocó la libreta para escribir—. Bien, Derek. Como llegaste el primero, te dejo elegir.

Él miró a sus compañeros, aunque tenía bastante claro con quién no quería. Ni loco escogería a Shawn. Con Carter y Mary Sue apenas si había intercambiado dos palabras, Zazzie y Kumiko lo volverían loco y Liv…

—Con Liv, si ella está de acuerdo.

Ella lo miró sorprendida, pero no protestó, sino que sonrió a medias. Bueno, con él tenía cierta afinidad, al menos.

—Perfecto. —Adeline escribió en su cuaderno—. Kumiko y Zazzie, juntas. —Las dos resoplaron—. Ya sé que compartís habitación y que no congeniáis, pero seguro que el trabajo os une.

—Ya, algo así decían los nazis —gruñó Zazzie—. *Arbeit macht frei*. «El trabajo libera». Y una mierda.

—¿Cómo?

—No, nada, que genial. —Levantó dos pulgares con una sonrisa total y absolutamente falsa —. Encantada de trabajar con el Pokémon aquí presente.

—Pokémon lo serás tú.

—No empecéis —interrumpió Adeline.

—Si con esa ropa no puede ni andar sin que se le mueva algún pompón —replicó Zazzie.

—Por eso no hay problema, os daremos unos trajes de trabajo para que estéis cómodos, ya que algunos no tenéis ni vaqueros.

Miró intencionadamente a Shawn, que bajó la vista a sus pantalones de pinzas. ¿Qué tenían de malo? Eran la mar de cómodos, valían para cualquier situación.

—Bien, seguimos —continuó Adeline—. Mary Sue…

—Yo con este chico tan majo —contestó ella, cogiendo a Carter del brazo—. Estoy segura de que nos vamos a llevar muy bien.

Adeline dudó unos segundos. Había pensado que Carter y a Shawn trabajarían bien juntos, pero vista la cara del primero, dedujo que estaba de acuerdo con aquella elección y que no quería juntarse con el señor neceseres. Bien pensado, quizá fuera mejor que ella misma se encargara de vigilarlo. Con lo «delicado» que era, seguro que no quería coger un martillo para no estropearse las manos y necesitaría más vigilancia que el resto. No tenía tampoco mucha fe en Kumiko, pero por esa misma razón la había colocado con Zazzie. Teniendo en cuenta cómo se llevaban, seguro que esta se encargaba de azuzarla.

—De acuerdo, os apunto así.

—¿Y yo qué? —preguntó Shawn—. Porque no me parece normal que nadie me elija. Esto es

como cuando no te elegían para jugar en gimnasia.

—Tú trabajarás conmigo —contestó Adeline.

Vaya faena. Con la jefa detrás, no podría escaquearse de nada. Levantó la mano y ella lo miró enarcando una ceja.

—¿Sí?

—He estudiado arquitectura, así que puedo hacer cosas con los planos.

—¿Cosas con los planos?

—Sí, lo que sea trabajo de oficina, vamos. Nada manual.

—No es necesario, la casa tiene la estructura bien. —Shawn volvió a levantar la mano y ella puso los ojos en blanco—. ¿Y ahora qué?

—También he estudiado diseño de interiores. Así que también podría hacer eso.

—Pero ¿cuántas carreras tienes?

—Muchas. O bueno, ninguna, he empezado muchas porque…

—Seguro que es una historia muy interesante, pero ahora tenemos que irnos. Y todos, sin excepción, haréis trabajos manuales. Vamos, iremos en mi coche.

—¿En esa cápsula del infierno? Yo ahí no me vuelvo a montar.

—No pasa nada, puedes ir detrás. De todas formas, no cabemos todos dentro. —Hizo un gesto a los demás—. Vamos, seguidme.

Shawn se quedó el último, sin poder creer que fueran a ir todos en aquel armatroste. Cuando llegaron a él, Adeline abrió las puertas para sacar asientos en la parte trasera y bajó la parte de atrás del maletero descubierto para que subieran.

Liv y Derek se miraron.

—¿Dentro? —preguntó él.

—Creo que sí, fuera no me da mucha seguridad.

—Pues dentro no hay filtro de polen… —advirtió Shawn.

—Sobreviviremos sin eso, gracias por avisar —le contestó Derek.

Él y Liv se sentaron en la parte delantera. Carter ayudó a Mary Sue a subir detrás, donde Zazzie se apresuró a meterse también.

—¡No pienso ir ahí sentada! —exclamó Kumiko, señalando el maletero.

—Pues no queda más sitio. —Adeline le dio un empujoncito para que subiera y señaló el sitio con la cabeza a Shawn—. Venga, que aquí vas a tener aire de sobra.

Precisamente eso era lo que le preocupaba. Si Derek le había dejado caer que estaba despeinado, a saber lo que le ocurriría a su pelo viajando al aire libre. Aunque la alternativa de morir ahogado tampoco le atraía. Eso, y que ya no había sitio, no le dejó más opción que subirse atrás con Kumiko.

Adeline les indicó cómo sentarse en las esquinas y dónde agarrarse para ir más seguros antes de ponerse al volante.

Si dentro del coche su forma de conducir hacía que todos se movieran, para Kumiko y Shawn el trayecto fue lo más parecido a un viaje en una atracción de feria tipo platillo girador, todo aderezado con una estridente canción que Adeline no dejó de tararear.

Cuando se detuvo, los dos se bajaron a toda velocidad, ella recolocándose los pompones varios y Shawn el pelo, aunque ver que el resto salía del coche con los rostros ruborizados por el calor le reconfortó un poco. Al menos no era el único que lo había pasado mal.

—Bien, pues ya estamos aquí. ¿Qué os parece la casa? No me digáis que no es preciosa.

Todos se quedaron mirando la mansión que se alzaba ante ellos. Tenía tres plantas, con el tejado de pizarra negra y las paredes blancas, columnas que subían hasta el último piso y un

enorme porche con una valla de madera que en algún momento había sido blanca y que rodeaba toda la casa. Había un andamio en un lateral y trabajadores aquí y allá, cargando con herramientas y maderas o botes de pintura.

—Estamos arreglando el tejado, que tenía goteras, y pintaremos las paredes exteriores también. Pero vosotros trabajaréis en el interior de momento, como os he dicho —siguió Adeline. Señaló a un lado del jardín, a una pequeña edificación—. Esa es la casa de invitados, está acondicionada para que los trabajadores y vosotros os podáis cambiar de ropa. Hay dos habitaciones como vestuarios, una para chicos y otra para chicas, allí encontraréis vuestra ropa. También tiene un baño y una pequeña cocina para algún refrigerio.

Los acompañó hasta allí y abrió la puerta para que entraran.

—Os espero aquí, no tardéis —dijo.

Se separaron en las habitaciones según estaba indicado. Dentro había taquillas, cada una con un nombre fuera para que cada uno supiera cuál era la suya.

Shawn sacó los pantalones y la camiseta que había dentro y las soltó al momento.

—¿Qué pasa? —preguntó Derek, que estaba quitándose su ropa—. ¿Algún bicho?

—Está áspera. No puedo ponerme eso, seguro que me da alergia.

—Alergia al trabajo es lo que tú tienes. —Se puso la camiseta—. Espabila, que seguro que si tardamos nos quitan puntos o algo.

Shawn se agachó para cogerla con la punta de los dedos. Quizá si se la ponía por encima… moriría asfixiado, pensó al momento. Con el calor que hacía allí, una doble capa no era una opción.

Después, sacó unos guantes que no podían ser más antiestéticos, pero a eso no le puso pegas. Mejor proteger sus manos, ya gastaba bastante en manicuras y tratamientos como para que se le estropearan con el trabajo que fueran a hacer.

Y, por último, unas botas. Las examinó como si fuera un ser extraterrestre, porque no había visto nunca nada así. Suela gorda y dura, cordones gruesos… y cuando se las apretó, notó que la puntera no era nada flexible.

—Esto no me lo puedo poner —dijo—. No voy a poder andar.

—¿Por qué? ¿No son de tu talla?

—No, no se doblan.

—Ya te darán algo de sí. Son duras por protección, por si te cae algo en el pie

Shawn lo miró asustado. ¿De qué estaba hablando? ¿Qué podía caerle en el pie que necesitara protección? En los trabajos, nadie había hablado de peligro.

—Venga, que vamos a ser los últimos —comentó Carter.

Shawn se dio cuenta de que los otros dos estaban preparados, así que se quitó la ropa y se puso la de trabajo como si le quemara, esperando que aquello fuera parte de la condena y le quitara horas de sentencia.

Mientras tanto, en la otra habitación, Kumiko también había tirado la ropa al suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó Liv—. ¿Una araña?

—No, pero no puedo ponerme eso. ¡Ese color no se lleva!

—No creo que venga ningún policía de la moda a ponerte multa —intervino Zazzie, cogiendo la camiseta del suelo y tirándosela para que la cogiera—. Ah, que ya te han puesto por la tuya, ¿no?

—Qué graciosa, ja, ja, ja.

—Venga, que no es para tanto —dijo Mary Sue, ya vestida y con tono maternal—. Piensa que es como un campamento de verano y es el uniforme.

—Pues vaya asco de uniforme.

Se vistió refunfuñando. Encontraría la forma de coserle un parche de colores o un pompón, o algo para darle un poco de alegría, porque si no, aquella ropa tan sosa apagaría su buen humor.

Una vez todos estuvieron vestidos, salieron al exterior donde Adeline los esperaba. Sonrió satisfecha al verlos. Al menos tenían apariencia de trabajadores, aunque Shawn no paraba de moverse como si le molestara la ropa y Kumiko no parecía nada contenta.

—Vamos, que como es el primer día empezaremos por lo fácil.

Los llevó hasta el interior de la casa. La entrada se abría hacia una enorme escalera central cuyos escalones estaban incompletos y a la que le faltaban trozos de barandillas. Los suelos, también de madera, tenían tablas estropeadas y zonas con agujeros; las paredes estaban llenas de telarañas y desconchadas en muchas partes. Del techo colgaba una enorme araña de cristal que Adeline señaló.

—La bajaremos para restaurar, es una pieza preciosa.

—¿Está segura? —preguntó Shawn, mirándola con desconfianza.

—No se ha caído en doscientos años, no creo que vaya a hacerlo ahora.

Siguió caminando y todos la siguieron, aunque tras las palabras de Shawn, esquivaron la zona justo bajo la lámpara. Adeline los llevó hasta una habitación, donde señaló las paredes y el suelo.

—Hay que quitar todo el papel que hay. Después lijaréis las paredes, cambiaréis el suelo y pondréis nuevas láminas de madera. La idea es que sea un despacho.

—¿Y cómo lo hacemos? —preguntó Zazzie, metiéndose un chicle en la boca—. ¿Tirando sin más?

—No, no, mirad.

Se acercó a un cubo que había en una esquina y cogió un rodillo para humedecerlo. A continuación, lo pasó por un trozo de papel y tiró un poco.

—Primero se moja con esto, es un producto especial para despegarlo. No tiene que quedar nada, vais metiendo todo en esas bolsas y… —Su *walkie-talkie* crepitó en aquel momento y escuchó que la llamaban—. Tengo que ir a revisar una cosa, podéis ir empezando. Cada pareja en una pared. Shawn, ponte que yo vuelvo enseguida.

Los dejó solos y Shawn se colocó delante del resto, dando una palmada para llamar su atención.

—Bien, ya la habéis oído. Coged los rodillos y empezad a trabajar, yo me quedo con el lado de la ventana.

—Claro, el que menos papel tiene, no te fastidia —gruñó Kumiko.

—El reparto de paredes lo podemos echar a suertes —sugirió Liv—. La zona de la puerta también tiene menos.

—Que no, que se hace lo que yo digo —insistió Shawn.

—Pero a ver, ¿a ti quién te ha puesto al mando?

Derek dio un paso hacia él, con el ceño fruncido, mientras Shawn retrocedía la misma distancia.

—Pues ella —dijo, preguntándose por qué Derek parecía tenerle manía. No iba a admitirlo, pero el tipo le imponía bastante—. Lo ha dicho, que fuera empezando.

—Sí, a trabajar, no a mandar.

—Esta es una discusión absurda —intervino Carter, poniéndose entre los dos—. Ahora volverá y veremos quién tenía razón, no hace falta ponerse nerviosos.

Shawn pensó en insistir y ponerse más firme, pero la forma en que lo miraban le quitó la idea de la cabeza. Era como cuando habían escogido las parejas: todos contra él.

Adeline regresó pocos minutos después y, al contrario de lo que esperaba, se encontró con que estaban todos quietos de pie y con caras largas. Miró los rodillos y los baldes, aún intactos. ¿No se habría explicado bien?

—¿Por qué no habéis empezado? —preguntó.

—Eso decía yo. —Shawn los señaló—. No quieren trabajar.

—No, no queremos que tú nos mandes —corrigió Derek.

—Aquí solo mando yo —sentenció Adeline—. Así que ya estáis tardando. Cada pareja una pared y…

—Yo he dicho que la ventana —interrumpió Shawn.

Ella levantó las cejas.

—Vaya, me sorprendes —le dijo—. Esa es la peor parte, hay que restaurar la ventana también. No esperaba esa iniciativa de ti, pero me alegro de que estés colaborando. Bien, Liv y Derek ese lado, Kumiko y Zazzie el otro y Mary Sue y Carter la zona de la puerta. ¿Comenzamos?

Derek fue a coger un balde y dos rodillos, riendo por lo bajo al pasar junto a Shawn, que se había quedado boquiabierto.

Adeline se acercó a él y le tendió un rodillo.

—Aquí hay demasiada humedad —murmuró él, todavía anonadado por lo que había pasado —. Debería trabajar en otro lado, mi pelo se estropeará.

—Pues recógetelo o si quieres te llevo a cortártelo.

Shawn retrocedió tocándose el pelo de forma protectora, como si ella lo estuviera amenazando con unas tijeras de podar.

—Me faltan unos centímetros para poder hacerme una coleta decente y desde luego que no voy a cortármelo.

—Pues tú mismo. —Le plantó el rodillo en el pecho y él no tuvo más remedio que cogerlo—. Venga, que no tenemos todo el día.

—Realmente sí que lo tenemos, ¿no?

—¿El qué?

—Todo el día para trabajar, por desgracia… —Adeline lo fulminó con la mirada—. Vale, vale, ya me callo. Cuánta animadversión.

Se dio la vuelta para ir hacia la ventana. No había terminado de mojar su rodillo cuando notó algunas gotas en su cabeza. Se incorporó como un resorte y miró a su alrededor, pero todos estaban muy concentrados en sus paredes, o eso parecía.

Se pasó la mano sin dejar de vigilarlos, preocupado por su pelo. Aquella humedad se lo dejaría encrespado y no brillante, además de apelmazado, lo cual tiraba por tierra todo el tiempo habitual que le dedicaba. Tendría que hablar con el supervisor, seguro que si le explicaba todos los problemas de salud que aquella obra podía causarle, lo escucharía y decidiría cambiarlo de sitio. ¿No había explicado durante la comida que si alguien quería cumplir sus servicios comunitarios en otra parte podía pedirlo? Pues en su próxima visita le suplicaría un cambio.

Seguro que era un hombre razonable.

Capítulo 7

Nada más abrir los ojos, Liv se incorporó de golpe al ver que la luz entraba a raudales por la ventana. Sobresaltada, buscó el móvil por la mesilla para comprobar si se había dormido y llegaba tarde al turno, pero no lo encontró. Permaneció confusa unos segundos hasta que logró salir del sueño para recordar que había entregado su teléfono.

No sabía qué hora era, y tampoco tenía manera de averiguarlo porque hacía años que no utilizaba relojes de pulsera. En la mesita de noche no encontró nada excepto la lámpara, al igual que las paredes, que permanecían sin decoración alguna.

Salió de la cama para aproximarse hasta la ventana y abrirla con cuidado. El silencio que reinaba fuera le reveló que, fuera la hora que fuera, era temprano. Tampoco oía gritos en el piso inferior, y bien sabía que allí cuando Adeline se levantaba todos se enteraban.

Sábado. Era sábado, eso pasaba. No tenía que trabajar.

Aliviada, volvió a tumbarse sobre la cama, obviando taparse con la sábana. Cerró los ojos e hizo un recorrido del tiempo que llevaba allí, casi una semana. Decir que estaba siendo duro era ser amable: nunca habría imaginado que restaurar una casa llevara tanto trabajo, y del minucioso. Quitar papel de las paredes resultaba tedioso y no tan sencillo como lo había vendido Adeline, ya que muchas partes eran antiguas y estaban tan adheridas que resultaba imposible sacarlas. Por suerte, tenía el mejor compañero de todo el grupo, el único con algo de experiencia en trabajos de aquel tipo. Mientras los demás rascaban como podían, Derek había salido unos minutos para regresar después con papel de lija, Liv suponía que prestado de los «obreros de verdad», como los habían bautizado. Lo distribuyó en todos los grupos y después resultó más sencillo, aunque igual de cansado. Una no sabía cuánto podían doler los brazos hasta que le tocaba lijar una pared enorme durante horas. O más, porque si pensaba que iban a terminar con esa tarea pronto, estaba muy equivocada: necesitaron los cinco días para dejar las paredes lisas e impolutas. Además, aunque Adeline se incluía en el equipo, pocas veces estaba con ellos porque debía atender al resto de equipo y a los problemas que iban surgiendo, con lo que Shawn trabajaba solo y a una lentitud exasperante. El hombre sacaba de quicio a todo el grupo con sus continuas quejas y protestas, y Liv se preguntaba quién sería el primero en perder la paciencia. Recordaba, además, que el supervisor había mencionado un incidente con violencia en una de las personas que se encontraba allí. Sabía que no era ella, pero no tenía datos de los demás… Hasta ese momento, nadie se había sentado a charlar ni habían sacado ningún tema personal en la mesa o en el rato que Adeline les permitía estar en el salón viendo la televisión. Zazzie comía y se encerraba en su cuarto, Shawn pasaba todo el tiempo posible en el baño rindiendo culto a su cuerpo, Mary Sue prefería pasear por el jardín. Kumiko se sentaba delante de la televisión, apoderándose del mando y por consiguiente del poder, mientras que Carter iba aquí y allá sin que Liv supiera realmente qué hacía. Derek apenas podía aparecer por la planta inferior sin que Leeta lo secuestrara con cualquier pretexto, aunque él siempre la trataba con mucha amabilidad.

—Su hija acaba de irse a Francia a pasar el verano —le explicó un día, después de haberla ayudado un rato largo a preparar la cena—. Solo quiere charlar un poco.

Liv lo creía, pero estaba segura de que la cincuentona era una espabilada. No recurría a Mary Sue para cocinar, no, pese a que esta había comentado que se dedicaba a eso de manera profesional y hubiera sido lo más coherente. Tampoco a Carter, que ni mojado debía pesar sesenta kilos, era larguirucho y con una nariz demasiado grande, por no hablar de Shawn, al que no soportaba ni a dos milímetros.

—Esa vieja es más lista que el hambre —comentó Zazzie, un día que acababan de poner la mesa y aguardaban en el porche a que la comida estuviera lista—. Nadie se preocupa de las señoras mayores, las ven inofensivas y como si necesitaran protección… ya sabes, hacen la conexión maternal o lo que sea. Y ellas se aprovechan de eso.

—¿En serio?

—Son mayores, no ciegas. Si alguien les dijera algo se harían las escandalizadas y colaría, parece que la sociedad prefiere creer que a partir de cierta edad a la mujer dejan de interesarle los orgasmos.

Liv la observó de reojo, sorprendida de que una chica de su edad hablara de aquella manera. Por norma general, la gente joven no hacía semejantes elucubraciones, aunque ya advertía que Zazzie no era una chica normal.

—No digo que sea consciente, ni que pretenda ligar con hombres más jóvenes, aunque si así fuera me parecería cojonudo. Solo digo que tiene un tío guapo al lado y se aprovecha de que él siempre va a ser amable, si no, ¿por qué no recurre a Carter o Mary Sue?

Aquello coincidía con sus propios pensamientos, así que soltó una risita.

—Seguro que con la historia de que su hija se ha marchado y se siente sola… —Zazzie meneó la cabeza, uniéndose a sus risas.

—¿Qué tal van las cosas con Kumiko?

—Es la tipa más absurda que he conocido en mi vida —dictaminó la joven sin dudar—. Ha llenado el armario de mierda de colorines, sin olvidar esos zapatos con borlas. El otro día casi me quemo con sus planchas, ¿sabes que se plancha el pelo cien veces todas las noches?

—¿Qué?

—Lo que oyes. Se planta frente al espejo y cuenta en voz baja mientras se pasa ese chisme una y otra vez hasta que llega a cien. Ahora entiendo por qué es tan boba, se le está friendo el cerebro poco a poco a ritmo de plancha.

Liv no quería reírse, pero Zazzie tenía mucha gracia. ¿Cómo alguien tan listo e ingenioso terminaba en un sitio como aquel?

—¿Estás casada?

La pregunta le llegó como un disparo, distraída como estaba en sus pensamientos. Quería responder, pero algo se atascó en su garganta y no lo hizo, tampoco sabía bien qué decir.

—No llevas anillo, pero dudas en responder. ¿En proceso de divorcio, tal vez?

La voz de Leeta llamándolas para comer la salvó de tener que dar explicaciones o mentir. No estaba preparada para contestar ese tipo de preguntas, no todavía. Derek había hecho un par de intentos de darle conversación antes y también los había esquivado, sentía que era muy pronto para ponerse a hablar sobre su vida.

«¿Pronto, después de dos años?».

—Déjame tranquila —susurró, sin alzar la voz, aún con los ojos cerrados.

«¿Quieres que me vaya? Lo haré. Estoy deseando hacerlo, de hecho. Estaría bien que me dejaras ir de una vez».

Liv volvió a abrir los ojos. Si se despedía de él, no le quedaría nada. Solo pensamientos inconexos y un apartamento vacío, solo el sentimiento de culpabilidad y un montón de diapositivas mentales de lo que había perdido.

No, no iba a dejarlo ir. Esa voz en su cabeza llevaba demasiado tiempo con ella, de esa manera sentía que no había perdido a Hayden del todo.

Aun así, no quería escucharla más, de forma que se levantó para vestirse. Bajaría a tomarse un café. Al ser el primer sábado, no tenía ni idea de si tenían que hacer algo o les darían el día libre. Estaba cansada, pero la idea de pasarse el día dando vueltas por la casa o tirada en la cama tampoco le apetecía mucho, ¿les permitirían salir a alguna parte? Creía recordar que el señor Morgan había dicho que no, a menos que estuviera Adeline. Menudo rollo, eran todos bastante mayorcitos como para que los vigilara una niñera.

Entró al lavabo para lavarse la cara y los dientes, y estudió su cabello, decidiendo dejarlo suelto. Una vez le pareció que el espejo le devolvía un aspecto aceptable, abrió la puerta para salir y encontró a Derek al otro lado, con el pelo revuelto y cara de sueño.

Se le hizo un nudo en el estómago. Así que ese era su aspecto recién levantado… pero aquel hombre, ¿con quién había pactado? Por lo que había escuchado, ya tenía cuarenta años, aunque no se le notaran por ningún lado.

Le caía bien, muy bien de hecho, y le parecía un hombre interesante, pero también se sentía un poco incómoda cuando estaba con él. Podía portarse de manera distante para alejarlo, pero tampoco quería eso. Era muy raro todo en general.

—Uy, has madrugado —murmuró él.

—No soy de dormir mucho —contestó Liv, apartándose para cederle el paso. No mentía. Es más, si dormía cuatro o cinco horas por noche podía darse por satisfecha—. ¿Y tú, por qué tan pronto?

—Mejor que me duche ahora, antes de que el señor neceseres se encierre aquí seis horas.

—¿Será pronto para un café? No quiero que Leeta se enfurruñe por usar algo sin que esté ella —preguntó la chica, sonriendo ante su comentario.

—Está libre hasta el lunes, los fines de semana descansa —contestó Derek, guiñándole un ojo antes de cerrar la puerta.

Liv bajó hasta la cocina, donde encontró a Adeline sentada en la mesa, con una taza de café a su derecha y un papel que garabateaba.

—Buenos días —saludó ella—. ¡Qué bien, estás despierta!

La recién llegada no sabía por qué era un motivo para celebrar, pero se acercó hasta la cafetera para servirse una taza y después se sentó junto a ella.

—¿Y eso? —preguntó.

—El sábado es día de limpieza.

—Ah, qué bien.

Bueno, pues ahí estaba, nada de pasarse el día tumbada en la cama o dando vueltas. Adeline estaba preparando otro maravilloso rato en el infierno, seguro que también por parejas, a juzgar por los recuadros con nombres dentro que podía leer en el folio.

—El día de descanso es el domingo —aclaró Adeline, al ver su expresión—. Además, lo veo justo. Somos demasiados y no puedo dejar que Leeta se mate limpiando.

—Tienes razón. Entre todos no será para tanto, ¿no?

—¿Sabes cocinar? Había pensado ponerte conmigo aquí. Igual me precipito, pero los chicos no creo que controlen mucho la cocina, igual que Zazzie y Kumiko.

—¿Y Mary Sue? Tengo entendido que se dedica a ello.

—Dejemos a Mary Sue fuera de la cocina por ahora —respondió Adeline—. Ya sabes, es mayor y somos unos cuantos. Pensaba darle algo más ligero.

Liv asintió, encontrándolo razonable. No era una cocinera experta, sobre todo los últimos dos años, que se había limitado a subsistir a base de verduras crudas, sándwiches y café, pero conocía lo básico. Y lo prefería a dejarse la piel frotando ventanas o lo que fuera que tuviera en mente Adeline, que adivinaba no sería «ligero».

La observó escribir y tachar, unir líneas y quedarse pensativa mientras mordisqueaba el bolígrafo.

—O sea, que solo vives con Leeta —comentó.

—Sí. Mi madre murió cuando yo era pequeña, así que me crio mi padre hasta que hace unos años también falleció.

—Oh, lo siento…

—Bueno, fue hace tiempo, ya sabes. Hay que alzar la cabeza y mirar hacia delante, ¿no? Todo eso forma parte del ciclo de la vida.

Garabateó un nombre más antes de dejar el bolígrafo y dar un sorbo al café.

—Seguro que piensas que pobrecita de mí, sola en una casa tan grande. La solterona que vive con su empleada y que pasa las horas hablando con las plantas del jardín.

La morena pareció sorprendida.

—¿Es eso lo que te dicen?

—Eso y cosas peores. Puede que sea por no haber seguido el camino lógico que siguen todas las mujeres, tanto las que se dedican a la vida hogareña como a las que trabajan en puestos normales.

—A mí me parece genial que seas jefa de obra —comentó Liv.

—Y a mí también —añadió Zazzie, entrando en la cocina en ese momento—. Las mujeres tenemos que empoderarnos. Estamos capacitadas para hacer cualquier trabajo que se nos ponga por delante, más allá de cuidar del hogar, los retoños o ser secretarias en minifalda.

Tanto Adeline como Liv sonrieron al escucharla.

—¿Siempre eres así de reivindicativa? —preguntó la segunda.

—¿Por qué crees que estoy aquí? —Zazzie se encogió de hombros y se sentó junto a ellas con una taza llena de café y una manzana robada del frutero—. Destrozar una especie de monumento público escribiendo «Abajo el patriarcado» con espray negro tiene consecuencias, sobre todo en una mierda de pueblo como Etowah.

—¿Eres de Etowah? —quiso saber Adeline, sorprendida—. ¡Pero si eso está a unos quince minutos de aquí!

Zazzie afirmó con pesar, como si la idea le resultara insoportable.

—Como no es la primera vez que me detienen —explicó con lentitud, como si reflexionara al mismo tiempo que lo decía—, en fin, el *sheriff* creyó que me hacía falta una especie de escarmiento. Juntaron un montón de pequeñas cosas y me mandaron derechita a un juez, que por supuesto, era hombre.

—¿Y qué pasó? —siguió Adeline, aunque la respuesta era obvia.

—Pues que me tocó un señor cercano a la jubilación al que no le hizo ninguna gracia mi actitud y que tampoco la comprendía. Pero como era un delito leve, aquí estoy, cumpliendo servicios a la comunidad por tratar de luchar por los derechos de la mujer.

—¿Y tú crees que hacer una pintada es luchar por los derechos de la mujer?

—Es hacer visible el problema —respondió la chica—. Todo lo que ayude a visibilizar sirve, lo creas o no. Aunque en un sitio pequeño de mentes pequeñas no lo comprenda nadie.

Liv le dio unas palmaditas comprensivas en el hombro, tratando de animarla. Entendía su frustración. Estaba claro que aquella joven debería estar viviendo en un sitio más acorde a sus ideas. No se podía generalizar, claro, pero por norma general los pueblos pequeños no parecían la mejor opción para que salieran adelante sus reivindicaciones. A ella, viajar a sitios tan distintos le había abierto la mente hacía mucho, aunque ahora estuviera fuera de servicio.

—¿A qué te dedicas?

—Soy camarera. Un trabajo fascinante, como puedes ver… —Estaba claro que Zazzie se veía atrapada y sin salida—. Ojalá pudiera largarme muy lejos. En Etowah no hay nada para mí, la mayor parte de las veces siento que desperdicio mi vida.

Adeline frunció los labios. Ella siempre había sido feliz en aquel lugar, tan pequeño como del que procedía Zazzie, y eso que sus decisiones tampoco resultaron fáciles de aceptar en general. La muchacha llevaba razón y ella mejor que nadie lo sabía: aún podía recordar todas las burlas de las que había sido objeto. Primero, por no dedicar horas a vestirse y maquillarse como se esperaba de ella, y segundo, por el trabajo que había elegido. Aún en el siglo en que vivían, encontraba montones de hombres que no se sentían cómodos recibiendo órdenes de una mujer, menos en un campo donde su género era una excepción.

Iba a añadir algo cuando escucharon a alguien bajar por las escaleras. Zazzie bebió parte de su café y todas cortaron la conversación cuando entró Derek.

—Buenos días —saludó Adeline—. Voy a despertar al resto, tengo que repartir los trabajos y si los dejo dormir más no nos dará tiempo a todo.

—Vale —repuso él, cediéndole el paso. Se sentó junto a las chicas—. ¿De qué habla?

—Sábado de limpieza —suspiró Liv, recibiendo dos caras largas como respuesta—. Como el fin de semana Leeta descansa, nos toca a nosotros hacer todo hoy.

—Vaya mierda —murmuró Zazzie—. ¿Ni siquiera el fin de semana podemos descansar? No sé vosotros, pero yo estoy molida. Me duelen los brazos de tanto arrancar papel y lijar paredes.

—Exacto, ¿cuántas habitaciones tiene esa maldita casa? —añadió Liv.

—Ni idea, pero solo hemos hecho la primera planta —comentó Derek, regresando con la cafetera para depositarla sobre la mesa—. Y tiene dos más, así que creo que va para largo.

—Ríete tú de los servicios comunitarios —continuó Zazzie—. Ves una película y hay dos adolescentes estúpidos pinchando papeles en un parque y encima tienen tiempo para coquetear… No deberían dar esa imagen, ¡es mucho más duro!

—Sobre todo con una compañera como la tuya —se burló Derek.

—No me provoques, por favor. Cualquier día le paso el rodillo por la cara, aunque claro, con tanto pompón es probable que ni lo note.

Frunció el ceño al ver que los dos reían, pero después se relajó y acabó por sonreír ella también. Siempre olvidaba que la gente que no la conocía desconocía que era una malhumorada.

Adeline regresó en ese instante y volvió a sentarse.

—Bien, ahora bajan los demás, pero os iré contando qué cosas hay que hacer. Solo espero que no haya peleas para hacer según qué trabajos…

Después del incidente ocurrido el primer día esperaba que no siguieran por aquel camino. Se daba cuenta de lo complicado que era que siete desconocidos trabajaran en armonía, pero la verdad era que estaban todo el día discutiendo. Shawn era una parte importante de la discordia, era cierto: entre las quejas y las tonterías nadie lo soportaba… y Kumiko lo mismo, era tan inútil que de no haber estado Zazzie con ella aún seguiría en la pared del primer día.

Aparecieron Carter y Mary Sue casi al mismo tiempo, así que Adeline se levantó para hacer otra cafetera y metió el pan en la tostadora. Así daba tiempo a que aparecieran los dos que

faltaban.

Pensó si tendría que bajar a rastras a Shawn otra vez, pero al final apareció. Más tarde que el resto y con cara de dormido, pero perfectamente peinado y vestido.

—¿A qué viene este madrugón? —refunfuñó—. ¡Si es sábado!

—Aquí los sábados se limpia. —Adeline le puso el café y la tostada delante sin ningún miramiento.

Desplegó el papel ante las miradas resignadas del personal.

—Pero es fin de sem… —empezó Shawn, aunque cerró la boca al ver la mirada que le lanzaba ella.

—Liv y yo nos dedicaremos a preparar la comida y limpiar la cocina —repuso la chica—. ¿Quién se ofrece para la colada? Hay un montón de ropa, vuestra y de cama.

Alzó la mirada, esperando, hasta que al final Mary Sue carraspeó.

—Puedo ocuparme yo —dijo.

—Perfecto, Mary Sue, gracias. Kumiko, tú la ayudarás.

—¿Yo? ¡Si no he puesto una lavadora en mi vida!

—Qué sorpresa —murmuró Zazzie, jugueteando con su tostada.

Kumiko le lanzó una mirada furiosa, pero Adeline ya había anotado su nombre junto al de Mary Sue para el turno de colada, así que se cruzó de brazos y apretó los labios. Le encantaba la ropa, incluso customizarla a su gusto, pero lavarla, colgarla y plancharla… ¡qué asco!

—Siguiente punto. Lavar mi *pick up* y arreglar el jardín —leyó Adeline—. Eso incluye pasar la cortadora. ¿Voluntarios?

Zazzie alzó la mano.

—Sugiero que de eso se ocupen Derek y Shawn, ya que a los tíos os gustan tanto los coches…

Los dos se miraron, para negar al mismo tiempo.

—No me importa hacer ese trabajo, pero no con él —protestó Derek—. Si pone el grito en el cielo cuando le caen dos gotas de agua, ¿cómo creéis que va a lavar un coche?

Shawn había empezado a negar con su primera frase, pero al escuchar la segunda dejó de hacerlo para moverla afirmando.

—Exacto, yo soy de secano. ¿No puedo hacer papeleo o algo así?

—No. Recuerda, «trabajos manuales» para todos —decidió Adeline—. Mira, creo que Zazzie ha tenido una idea genial en que trabajéis juntos. Puede que entonces os llevéis mejor, así que decidido.

Derek soltó un resoplido, pero no añadió nada más. Era imposible que pudiera llevarse bien con semejante elemento, se limitaría a hacer el trabajo que le tocaba y punto.

Shawn tenía la misma cara disgustada, entre el respeto que le daba aquel tío y que la actividad requería agua, le daban ganas de hacer una bomba de humo. Pero Adeline tenía expresión inflexible, así que no se molestó en discutir más, ya vería cómo se las apañaba para no mojarse el pelo.

—Bien, entonces Zazzie y Carter, os toca pasar el aspirador, quitar el polvo, limpiar los cristales y fregar el suelo. ¿Os parece bien?

—¿Tenemos opción? —preguntó Carter.

—No.

—Entonces nos parece bien.

—Genial. —Adeline usó un imán para pegar la hoja en la nevera—. Como todos los sábados haremos limpieza, colgaré turnos aquí la noche anterior, lo mismo que cualquier cosa que considere que debáis hacer. Supongo que no os apetece, pero vivimos muchos y todos debemos

aportar algo.

Las caras no se animaron con el discurso, pero al menos no se oyeron más quejas.

—Bien. Pues poneos ropa cómoda y adelante. —Adeline dio unas palmadas que dejaban claro que el desayuno había terminado—. Mañana tendréis el día libre, pero ahora a trabajar.

Hubo un rumor de sillas moviéndose y el grupo se disgregó sin mucho entusiasmo, dispuesto a cumplir con las tareas que les tocaban.

—Si quieres yo me ocupo de los cristales y el polvo, y tú del aspirador y el suelo —propuso Carter, siguiendo a Zazzie al piso superior.

—Lo mismo me da.

—Digo lo de los cristales porque llego mejor, nada más. No es que me guste, en realidad no me gusta ninguna de las actividades que nos han tocado —dijo con pesar.

—Seguro que porque nunca has hecho ninguna en tu casa. ¿Limpia tu mamá?

—No, lo hago yo. Vivo solo, mi madre no se relaciona mucho conmigo.

—¿Y eso? —pregunto Zazzie con curiosidad.

—Es una larga historia, supongo que no he hecho nada para que se sienta orgullosa de mí. —Carter se detuvo delante del cuarto de la joven—. En cinco minutos aquí, cuanto antes empecemos antes terminaremos.

Ella asintió, metiéndose en la habitación para buscar una camiseta de manga corta y unos shorts cómodos con los que poder moverse. Kumiko entró un par de minutos después, con la cara congestionada como si fuera a echarse a llorar.

—¿Qué te pasa, chica? ¿No irás a llorar?

—A mí no me gusta lavar ropa.

—Ni lavar ropa ni recogerla, ya. —Señaló su cama, llena de prendas de esa misma mañana—. Pero querrás que esté limpia, digo yo. Siento darte la noticia, pero para eso necesitamos la lavadora y unas manos que la cuelguen.

—Nunca he puesto ninguna, ¿y si es demasiado difícil? Mi madre dice que eso son menudencias que no me servirán para nada en la vida.

—Bueno, la vida da muchas vueltas. Nunca sabes para qué puedes necesitar cualquier información, así que tómatelo como un reto. —Zazzie terminó de atar los cordones de sus deportivas—. Solo serán tres meses, chica, luego podrás volver a los algodones. No te vas a morir por aprender algunas cosas.

La dejó allí, exasperada ante tanta tontería. Cierto que Kumiko era una cría, solo tenía veintiuno, pero le parecía que su cuota de idiotez era muy alta. No le vendría mal espabilar un poco. Carter ya estaba esperándola, así que pasó por delante de él con la barbilla bien alta y el joven la siguió, sin perder ni un detalle de aquellas piernas kilométricas.

Adeline y Liv vaciaron la nevera para limpiarla bien, y después siguieron con la encimera y el horno, aunque quedaba claro que Leeta hacía su trabajo porque apenas estaba sucio.

—¿Cómo has pasado la primera semana? —Adeline llevaba un rato queriendo hacer aquella pregunta y Liv parecía ser una de las más equilibradas para responderla.

—Bien. Un poco aburrido, pero no estamos de vacaciones.

—La gente de ciudad siempre se aburre aquí. Hay pocas emociones, eso es verdad, es un tipo de vida más relajado.

—Echo de menos mi móvil, sí —sonrió Liv.

No mentía, aunque hasta entonces había controlado las ganas de telefonear a Hayden. Por ahora iba bien, pero si le daba uno de sus ataques de ansiedad… temía que ocurriera algo así.

—Tómalo como una desintoxicación, para cuando acabe el verano no lo necesitarás tanto.

Ojalá aquello fuera cierto. Era lo que más deseaba en el mundo: no tener que cogerlo, al menos no para llamar a un contestador telefónico.

Oyeron unas voces fuera, así que ambas se acercaron al fregadero, donde se encontraban las ventanas que daban a la parte delantera de la casa. Derek y Shawn permanecían bajo el sol junto a la *pick up*, al parecer discutiendo.

—Esos dos —suspiró Adeline—, espero que no lleguen a las manos.

Liv afirmó sin pensar, pero entonces se dio cuenta del comentario. Adeline lo había manifestado con cierta inquietud, lo que le hacía pensar que uno de los dos era quien había tenido el incidente con violencia. Y por el modo en que Shawn había retrocedido aquel día frente a Derek, de pronto tuvo la certeza de que esa persona era él. Su compañero de trabajo, el hombre de sonrisa irresistible.

—Me refería a que Shawn puede sacar de quicio a cualquiera —comentó Adeline, tratando de arreglarlo al ver su cara.

—Ya lo creo, sí. Siguen discutiendo, parece que no se ponen de acuerdo.

Shawn gesticulaba y por su rostro parecía desesperado, Derek negaba con la cabeza mientras le tendía la manguera. Pero el rubio no estaba por la labor, porque retrocedía con las manos en alto, como si lo apuntaran con una pistola en lugar de con agua.

Las dos chicas pasaron de estar preocupadas a divertidas al ver aquella escena.

Fuera, con la *pick up* entre ambos, Shawn miraba a su compañero con desconfianza.

—¿Seguro que no me vas a mojar?

—A propósito no, pero joder, tenemos que lavar un coche. Para eso necesitamos agua. Es más que probable que acabemos mojados.

—Pero mi ropa es muy cara…

—Pues te la quitas. Estamos a más de treinta grados, no vas a pillar una pulmonía —dijo Derek, volviendo a alargarle la manguera—. Venga, cógela. Hay que mojar un poco este trasto para poder frotarlo bien después, que tiene barro hasta en las puertas.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? Debería darnos unos guantes antes de subir en él.

Liv y Adeline empezaron a reírse a carcajadas al ver como Shawn rodeaba la *pick up* como si tuviera ante sí un tigre. Abrió la manguera lo mínimo, alejándola lo más posible de su cuerpo, y lanzo dos mini chorros de agua sobre el vehículo.

Derek lo miraba como si no creyera lo que veían sus ojos. Parecía exasperado, enfadado y a punto de perder la paciencia, así que fue hasta él y le arrebató la manguera de las manos. Abrió el agua a toda potencia y comenzó a mojar la *pick up* mientras Shawn arrastraba dos cubos hasta la zona, pero sin acercarse del todo por si le salpicaba.

El rubio dejó un cubo de agua con jabón a cada lado y buscó con la mirada la bolsa con las bayetas y estropajos con los que debían frotar. Se agachó, estirando el brazo para atraerla hacia él, pero como no llegaba se fue desplazando con lentitud hasta que de pronto sintió que una tromba de agua le caía encima.

—¡Joder! —exclamó, perdiendo el equilibrio mientras notaba que se hundía de la cabeza a los pies.

El chorro se detuvo en seco y un segundo después Derek se asomó.

—¡Me has empapado! —protestó Shawn, a punto de entrar en pánico.

—Pero ¿qué haces ahí abajo? ¡No te he visto!

—¡Preparando las cosas esas con las que hay que frotar!

—Oye, no lo he hecho a propósito, de verdad. Pero ya estás mojado y no tiene remedio, quítate la camiseta y terminemos con esto, anda.

—¿Te estás burlando de mí? —Shawn se puso en pie, rabioso.

—No, de verdad. Mira, cuando acabemos aquí puedes ir a secarte el pelo cuatro horas, yo me ocupo de cortar el césped, ¿trato hecho?

Shawn no se fiaba, pero él tenía razón: estaba empapado y no tenía remedio. Luego se pondría una buena mascarilla y un poco de aceite en la barba, pero en ese momento no le quedaba otra opción que aguantarse con la ropa empapada.

Minutos después fue consciente de que hubiera terminado así, aunque Derek no le hubiera enchufado con la manguera era imposible no mojarse mientras se limpiaba aquel monstruoso vehículo. Se deshizo de la camiseta y la dejó caer al suelo, sonriendo con disimulo al ver que Derek hacía lo mismo tras escurrirla.

En la cocina, Liv estuvo a punto de dejar caer el plato que estaba secando al ver aquello. Adeline le tendió otro, pero al ver que la chica no reaccionaba siguió la dirección de su mirada… y notó que se le secaba la garganta. Shawn parecía una persona completamente diferente sin la ropa y el peinado, de hecho, le resultaba muchísimo más atractivo de aquella guisa de lo que nunca hubiera imaginado.

—¡Uh!

Ni siquiera la voz de Zazzie logró que ambas mujeres apartaran la mirada. La chica había entrado en la cocina con el cubo para coger agua, pero al verlas allí corrió hasta donde estaban para echar un vistazo a lo que fuera que las tenía tan interesadas.

—Joder —exclamó—. La próxima vez me pido este turno, ¿eh? Menudas vistas. Para tener casi cuarenta años los dos están tremendos.

Liv logró apartar la mirada y dedicarle un gesto a Zazzie para que esta viera que seguía viva, a diferencia de Adeline, que parecía estar sumida en un trance. Desconocía a cuál miraba, pero sabía que, a ella, esas punzadas tan intensas se las producía Derek. Con incidente violento o sin él, tenía clara la naturaleza de la tensión que sentía. Y aunque la culpabilidad estaba presente, era imposible controlarlo. Él había despertado algo en su interior, algo que llevaba dormido mucho tiempo, algo que pensaba que había desaparecido del todo y que no estaba segura de saber gestionar, ni siquiera de si quería gestionarlo. Su vida se complicaría en exceso, tampoco creía que él se hubiera fijado en ella, no sabía si estaba casado o…

—Al menos no se pelean —observó Zazzie.

Adeline parpadeó al oírla y carraspeó.

—Sí, ejem… —farfulló, terminando de aclarar el plato que tenía en su mano.

—Creo que eso ya está aclarado de sobra, llevas un buen rato… —comentó Zazzie divertida —. Pero vamos, que lo comprendo. Cuando miro a esos dos, la palabra que me viene a la cabeza es sándwich.

Llenó el cubo de agua mientras Liv y Adeline permanecían mudas y luego salió silbando tranquilamente. Ambas volvieron a su ocupación, hasta que Liv alzó la cabeza.

—Se llevan demasiado mal para hacer un sándwich —manifestó, pensativa.

Adeline la observó estupefacta, y de pronto rompió a reír a carcajadas, tanto que se le saltaron las lágrimas y tuvo que doblarse para controlar el dolor. Liv sonrió al escucharla y después volvió a mirar a la entrada, donde Derek y Shawn seguían enjabonando la *pick up* y salpicándose con la manguera mutuamente de vez en cuando.

—Parece que va mejor, llevan un rato sin gesticular ni gritar.

Adeline se frotó los ojos y mejillas, y echó un vistazo.

—Todavía acabarán por hacerse amigos —dijo, divertida.

—Cosas más difíciles se han visto, como Kumiko haciendo la colada, por ejemplo.

—Hablando de eso. —Adeline cerró el grifo—. Voy a echar un vistazo a ver cómo lo llevan, no quisiera que el cuarto de la lavadora terminara convertido en una fiesta de espuma. Enseguida vuelvo.

Salió, mientras Liv continuaba frotando los platos que ya había frotado veinte veces mientras lanzaba miradas furtivas hacia el paisaje que había tras la ventana.

Por suerte para todos los usuarios de ropa de la casa, Mary Sue se había encargado de explicarle a Kumiko cómo poner la lavadora y separar la ropa por colores, por lo que cuando fueron a colgar las prendas blancas, seguían del mismo tono. Satisfecha, Adeline las dejó continuar y echó un ojo a Zazzie y Carter, que también estaban cumpliendo las tareas. Regresó a la cocina, donde se encontró con que Liv seguía en el mismo sitio donde la había dejado.

—¿Todavía quedan platos? —preguntó.

—Ah, bueno, esto… —Apartó la vista de la ventana—. No, ya he acabado. Estaba dándoles otro repaso. ¿Qué hacemos, los guardamos?

—Sí, así terminamos y nos ponemos con la comida.

Recogieron los platos y cubiertos y después Liv acompañó a Adelina a una despensa contigua a la cocina para coger ingredientes. Se pusieron de nuevo junto a la ventana a pelar patatas, lanzando miradas de vez en cuando al exterior.

—Hay que vigilarlos, ya sabes —comentó Adeline.

—Sí, yo te ayudo.

Se miraron lanzando unas risitas y se pusieron manos a la obra.

El día pasó rápido para todos. Trabajaron casi igual que en un día normal, pero al ser un cambio con respecto a las paredes y las lijas, al final resultó más entretenido y no hubo quejas al final de día, a excepción de Shawn por su preciado pelo, que acabó metiéndose dos horas en el cuarto de baño para poder arreglarlo.

Tras servirse un vaso de té frío, Liv salió al porche y se sentó en el balancín. Ya se habían ido todos a la cama o a ver la televisión, pero a ella le apetecía estar un rato allí fuera, contemplando las estrellas. La noche, repleta de sus sonidos característicos, siempre la había relajado. No llevaba más que unos minutos cuando la puerta se abrió y vio que Derek salía. Él encendió un cigarrillo y, al sentarse en los escalones, la vio.

—Vaya, coincidimos de nuevo —comentó, con media sonrisa.

«Malditos hoyuelos», pensó ella.

—Sí, me apetecía tomar el aire.

—La verdad es que se está bien, después del calor que ha hecho hoy.

—Por lo menos vosotros os habéis mojado.

—¿Nos has visto?

—Ehm, sí, claro, bueno. —Carraspeó—. Estaba en la cocina, con Adeline. Habéis dejado el coche impoluto.

—No tanto como el pelo de Shawn, pero casi.

Liv se echó a reír y él se quedó mirándola como hipnotizado. La había visto sonreír, no muy a menudo y, además, sin que el gesto llegara a desdibujar la expresión triste que se adivinaba en sus ojos, pero en aquel momento todas sus facciones habían cambiado. Parecía más joven, más natural, más… no sabía si libre era la palabra, pero era la que le venía a la cabeza. Como si por un segundo se hubiera olvidado de algún peso que cargara sobre sus hombros.

—A veces casi me da pena —comentó ella, aún sonriendo—. Entonces veo lo retrasado que va en su pared y que tendremos que acabar su trabajo y…

—Se te olvida ese «casi». Sí, a mí me ocurre lo mismo. Si no estuviera tan preocupado por el pelo y esa barba, habríamos acabado de limpiar la *pick up* mucho antes. ¿Sabes que Carter y yo tenemos que compartir una mísera balda en el baño? ¡Tiene todas las demás ocupadas!

—Madre mía, si dedicara todo ese tiempo a algo útil… —Lo miró—. ¿Por qué crees que estará aquí?

—¿Asalto a una tienda de champús? —Los dos rieron y él movió la cabeza—. No tengo ni idea.

Liv se quedó en silencio, recordando de pronto su conversación con Adeline. Derek estaba dando una calada a su cigarrillo y no vio cómo ella lo escrutaba con la mirada, como si pudiera atravesarlo con rayos X y así descubrir el misterio del incidente con violencia. Porque la verdad era que no le pegaba nada, no lo había visto perder el humor en ningún momento ni ningún gesto o comentario que escondiera una naturaleza violenta.

—Salgo todas las noches aquí —siguió Derek.

Alzó la vista y ella la apartó a toda prisa para mirar al cielo, como si fuera eso lo que hubiera estado haciendo todo el rato. Se quedó pensativa unos segundos antes de decir nada, porque no sabía si aquella frase era una invitación encubierta o qué.

—¿No fumas el resto del día? —preguntó.

—En la casa no se puede, en la obra tampoco… Vamos, que esto como tratamiento para dejar de fumar no tiene precio.

—Algo bueno tenía que tener.

—Hay más cosas.

Liv lo miró y al segundo apartó la vista tragando saliva. Aquellos ojos… No, mejor se concentraba en las estrellas o los árboles del fondo o… porras, ahí estaba la *pick up,* que le trajo las imágenes de aquella mañana a la mente.

—¿Tienes calor? —preguntó Derek.

—No, ¿por qué? Estoy bien. Aunque al aire es caliente todavía, ejem, ¿aquí nunca refresca?

—En un rato se estará mejor. A veces cambia el viento y es muy agradable.

Liv pensó que no solo el viento era así, todo él lo parecía y la hacía sentir cómoda. Por un lado, le gustaba esa sensación, pero por otro…

«¿De qué tienes miedo?».

Movió la cabeza, apartando la voz. Le gustaba estar ahí sentada, hablando con tranquilidad, sin pensar en nada, pero no quería acercarse demasiado a nadie. Y menos a alguien con esos hoyuelos y al que no podía sentarle mejor la ropa mojada. Entonces notó aquel cambio de viento, que llevaba algo de frescor, y Derek la miró con una sonrisa triunfante.

—¿Lo ves? —dijo él.

—Entonces tendré que salir también todas las noches.

¿Qué? Pero ¿de dónde le había salido eso? Si lo que iba a decir era que se iba a la cama.

—Podemos poner verde a Shawn, si quieres.

—Genial, eso me motiva más aún.

Volvieron a cruzar una sonrisa y, al igual que la primera vez que habían coincidido allí fuera, se quedaron en un silencio cómplice, disfrutando de los sonidos y de la paz nocturna.

Capítulo 8

Shawn entró en la cocina a desayunar, pero al ver a Adeline recortando papelitos, se dio la vuelta a toda prisa. Prefería quedarse sin sus tostadas y café a volver a ir de compras, pero no fue lo suficientemente rápido porque notó una palmadita en el hombro. Se dio la vuelta con gesto resignado y sí, allí estaba su peor pesadilla: Adeline con una mano llena de papelitos, que supuso serían esos cupones absurdos, y con la otra sosteniendo las llaves de la cápsula del infierno. Si ya le parecía un suplicio subirse, desde que había tenido que lavarla lo que sentía por el vehículo era un odio profundo y arraigado hasta lo más profundo de su ser.

—Qué bien, ¿me acompañas? —preguntó ella.

—¿Puedo contestar que no?

—Oh, vaya. —Ella hizo un mohín—. En realidad no, era una pregunta retórica, así que… venga, al coche.

Menos «coche», Shawn lo llamaría de cualquier otra manera, pero se calló y hundió los hombros mientras seguía a la chica hacía la *pick up* como si en realidad se dirigiera al patíbulo.

Cuando aparcaron en la ciudad cerca del supermercado, Adeline le entregó un papel con la lista de la compra y las cantidades de cada cosa. Después de lo ocurrido la primera vez, Shawn había aprendido la lección y ni por asomo se le ocurriría improvisar. Hacerlo solo les haría tardar más y lo que él quería, ya que estaban allí, era un buen desayuno en la cafetería de la vez anterior. Así que puso toda su atención a la tarea frente a sí, entró en el supermercado y, media hora después, estaban cargando las bolsas de papel con la compra en la *pick up*.

—¿Desayunamos aquí? —preguntó ella.

—Sí. —Adeline levantó una ceja y él la imitó—. ¿Qué? Yo también puedo hacer eso.

—Sí, ¿qué?

Entonces Shawn se dio cuenta de a lo que se refería. Resopló fastidiado.

—Sí, por favor, gracias —murmuró.

—Vale, te lo compro, aunque no ha sonado muy sincero.

Shawn fue a cruzar la calle, pero de pronto notó que ella tiraba con fuerza de su brazo haciéndole retroceder y miró asustado a ambos lados, sin ver nada.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Venía algún camión?

—No, que no vamos a esa cafetería.

—Pero… —La miró, confuso—. ¿No era esa la de los sellos?

—Sí, pero hoy es lunes. Y los lunes dan bollos gratis con cada café en la que hay al final de la calle.

—¿Y eso es mejor que dos sellos?

—Claro.

Lo miró como si estuviera loco, algo que parecía gustarle porque a Shawn le daba la sensación de que siempre lo miraba así. Abrió la boca para preguntar si habría hecho los

cálculos, pero se imaginó la respuesta así que volvió a cerrarla. Total, a él le daba igual: lo importante era desayunar, fuera por los sellos, los bollos o lo que la flipada de los cupones pensara. Así que puso la mejor de sus sonrisas y la siguió hasta la nueva cafetería. Tendría que preguntarle si llevaba un registro de aquellas cosas o algún *planning*, lo mismo iban un miércoles y tocaba otro sitio…

Después de desayunar, regresaron a la casa a dejar las cosas y recoger al resto para ir a la mansión. Ninguno iba a gusto, ni delante con Adeline ni en la parte trasera al aire libre. Todos habían probado el calor infernal del interior y el meneo machacón del exterior, así que no había carreras para ver quién se ponía dónde, sino más bien rezos para que Adeline no pillara muchos baches y para que el sol no hubiera recalentado mucho el interior.

En la mansión, habían eliminado el papel y lijado todas las habitaciones que les correspondían, así que lo siguiente que tocaba hacer en ellas era pintar. Tenían las brochas y los botes preparados por colores en cada sitio, indicando en la tapa qué color era para el techo y cuál correspondía a las paredes.

—Yo no puedo hacer eso —dijo Shawn, cuando Adeline les mostró los botes de pintura que había en el suelo.

—¿Eres alérgico a la pintura?

—No, pero mi pelo y mi barba sí. Como me caiga alguna gota, será una catástrofe.

—Pues ponte un gorro para taparte —sugirió Derek, impaciente. Estaba cansado de oír hablar del pelo y barba del Shawn como si se tratara de porcelana china—. Cuanto más protestes, más tardamos. ¿No has pensado en hacerte un corte de pelo?

—Ni hablar.

—Pues no te vendría mal, todo el tiempo que estás en el baño metido seguro que podrías usarlo en algo útil —intervino Carter, también con tono molesto—. Que Derek y yo tenemos siempre que estar esperándote.

—Yo te lo puedo cortar —se ofreció Mary Sue, con tono amable—. Tengo experiencia.

—¿Qué pasa, os habéis puesto todos de acuerdo? —Retrocedió hacia Adeline en busca de protección, a pesar de que esta tenía una brocha en la mano y aquello tampoco le ofrecía seguridad—. Esto es acoso.

Adeline aprovechó su cercanía para darle la brocha y le señaló un bote en el suelo.

—Si no quieres mancharte, ya sabes, trabaja con cuidado. —Con una sonrisa, dio un par de palmadas de ánimo como acostumbraba a hacer antes de comenzar un trabajo—. Venga, chicos, a ver si conseguís hacer dos habitaciones hoy, que lo más duro ya está hecho y pintar es facilísimo en comparación.

Hasta a ella le sonó demasiado optimista, pero en fin, no perdía la fe en ellos y, aunque al final del día solo habían terminado una y media, al menos no habían cambiado los colores del techo por los de la pared ni se habían tirado la pintura por encima, lo cual ya era un triunfo.

Shawn estuvo a punto de arrancarse el reloj de la muñeca cuando lo sintió vibrar al día siguiente. Se había acostado agotado y aquellos madrugones iban a acabar con él. Podía notar en su piel que la falta de horas de sueño comenzaba a hacer estragos, pero no podía descuidar su pelo ni perderse el desayuno, así que no le quedaba más remedio que continuar levantándose antes que los demás.

Le dio un golpe a la pantalla del reloj, se quitó los tapones y el antifaz y se pasó la mano por la cara, bostezando.

Pero el bostezo se quedó a medias al notar su barba. Se incorporó, asustado, pasándose

entonces ambas manos por las mejillas y la barbilla de forma insistente. ¿Estaría soñando todavía? Se pellizcó un brazo, pero el dolor era muy real. Volvió a tocarse la cara, incrédulo.

—Ay, Dios, ay, Dios, ay, Dios —murmuró.

Su barba estaba más corta, al menos en algunos sitios. No tenía la continuidad de siempre, notaba como huecos en algunas partes, zonas en las que casi raspaba como si estuviera muy corta.

Se llevó las manos a la cabeza, comenzando a desesperarse… y entonces notó que su corazón se paraba de pronto. No, aquel no era su pelo. Estaba más corto, por lo menos en el lado que estaba tocando. Bajó la vista a la almohada y se levantó de un salto, gritando al ver mechones rubios sobre ella.

La puerta se abrió de golpe, mientras él seguía gritando, y Adeline entró corriendo.

—¿Qué pasa? —preguntó, mirando a su alrededor—. ¿Shawn? ¿Ha entrado algún animal salvaje?

—¡Peor! —Señaló la almohada—. Mira, lo sabía, ¡mira lo que ha hecho el estrés! ¡Estoy perdiendo pelo!

Adeline siguió la dirección de su dedo. Después, se fijó en su cabeza y barba, y se llevó una mano a la boca, tanto por asombro como para ocultar una incipiente carcajada. Al pobre parecía que le habían dado unos cuantos hachazos en la cabeza o que le hubiera cortado el pelo alguien con una borrachera impresionante.

—Shawn… —empezó, sin saber muy bien cómo calmarlo ante aquel espectáculo—. No creo que sea el estrés…

Escucharon pasos y, al girarse, vieron al resto de inquilinos en la puerta, amontonándose unos sobre otros para ver qué ocurría.

—Vaya, alguien se ha tomado la justicia por su mano —se rio Zazzie.

Los demás, en más o menos medida, la acompañaron con unas risitas.

Asustado del todo, Shawn corrió a mirarse en uno de los espejos de su dormitorio. De nuevo, su corazón se detuvo. Se llevó una mano al pecho, preguntándose si habría por allí algún desfibrilador de emergencia al darse cuenta de que lo que habían querido decir Zazzie y Adeline: no era estrés, no, era algo peor: alguien había entrado en su habitación mientras dormía y lo había atacado. Con nocturnidad y alevosía, además.

Miró hacia la puerta, señalando con el dedo de forma acusatoria a Derek, aunque al ver su mirada, pasó el dedo a Carter.

—¡Tú! —acusó—. ¡Has sido tú, te has vengado por el tiempo que paso en el baño!

—¿Yo? —El chico abrió los ojos, todo inocencia—. Pero ¿qué dices?

—Bien, todo el mundo tranquilo. —Adeline se interpuso entre Shawn y el resto, extendiendo los brazos—. No lancemos acusaciones sin fundamento, ¿de acuerdo? Ha sido una broma, nada más, dejémoslo así y ya está. —Se puso seria y miró a los demás—. Que no se vuelva a repetir nada parecido, ¿de acuerdo?

Todos afirmaron, mirándose entre ellos como si así pudieran saber quién había sido.

—Y tú, vístete. Te espero aquí fuera.

Cerró la puerta para darle intimidad y, unos minutos después, Shawn salió. Adeline le cogió del brazo y se abrió paso con él a través de los demás para bajar al coche. No quería que hubiera problemas en el grupo y si empezaban a acusarse sin pruebas, la cosa podría acabar mal. Además, ella sí sabía quién había sido… pero claro, no podía decirlo sin sembrar el caos.

—¿Dónde vamos? —preguntó Shawn, con gesto derrotado.

—A la peluquería. No te preocupes, te lo van a arreglar, ya verás.

Shawn estaba seguro de que allí no tendrían ninguno de los productos que su pelo necesitaba, pero estaba tan deprimido pensando en lo que le había ocurrido a su preciosa cabellera y a su adorada barba, que no protestó. Simplemente, se pasó el viaje en silencio, sin dejar de tocarse y mirarse en el espejo.

La peluquería a la que Adeline lo había llevado era mixta, lo cual ya era un punto negativo. Él solo acudía a exclusivas y especializadas en el género masculino, para estar seguro de recibir un buen servicio.

—¿No hay barbería? —preguntó, tocándose la barbilla.

—Aquí hacen de todo —contestó Adeline, cogiéndole de nuevo del brazo—. Vamos, verás qué guapo te dejan.

No lo veía nada convencido, casi le daba pena y todo. Pero, por el lado positivo, se acabarían todos los problemas de colas en el baño y sus excusas para no trabajar debido a su pelo, así que el hecho de que el chico estuviera pasando ese disgusto era un mal menor.

Lo empujó al interior de la peluquería, donde había un par de mujeres sentadas mientras las teñían otras dos. Una tercera, con delantal a juego de estas últimas, se acercó a ellos con una sonrisa de oreja a oreja.

Shawn quiso retroceder al verla acercarse, pero Adeline no lo dejó. ¿Aquella mocosa iba a cortarle el pelo? ¡Si no parecía tener ni veinte años! Y por Dios, llevaba el pelo de mil colores, rapado en un lado, con rastas en el otro… Lo iba a dejar peor, ya lo estaba imaginando.

—Vaya, Adeline, vienes pronto para tu corte de puntas —saludó la chica—. ¡No me digas que por fin has decidido hacerte algo!

—No, no tengo tiempo para esas cosas. Vengo por él. —Lo empujó hacia ella—. Ha tenido… un problemilla.

—Uy, ya veo, madre mía. —La chica lo examinó, tocándole los mechones y moviéndole la cabeza de un lado a otro para ver bien—. Poca solución hay aquí. Siéntate, te lo arreglo en un minuto.

Shawn obedeció, confuso por aquella frase. Porque si había poca solución, ¿cómo se lo iba a arreglar en un minuto?

Y entonces su temor más profundo se hizo realidad en forma de máquina eléctrica para cortar el pelo. Intentó levantarse al ver cómo se acercaba la peluquera con ella en la mano, pero la chica lo sujetó con firmeza por el hombro y le pasó la cuchilla por un lateral. Él boqueó como un pez fuera del agua, en *shock*. Quería escapar de allí, pero la chica lo tenía bien sujeto y siguió pasando la maquinilla. Mechón tras mechón, su preciado pelo rubio fue desapareciendo. Los veía caer a su alrededor y con cada uno, notaba tanto dolor como si el cabello tuviera nervios y pudiera sentir cómo los cortaba.

—Ahora está igualado —anunció la chica, con una gran sonrisa.

—Me… has… rapado… al cero… —consiguió articular Shawn, sin pestañear desde hacía unos minutos.

—No, al uno. —Le pasó la mano por la cabeza, frotándola como si fuera una bola de billar—. Has quedado genial.

Se giró, dejó el aparato y cogió otro más pequeño.

—Ahora esa barba.

—Pero…

—No hay nada peor que un calvo con una enorme barba, ¿no crees?

—Pero…

Sin dejarlo protestar más, volvió a sujetarlo y la pasó por toda su cara, moviéndolo como si

fuera un muñeco. Después cogió una cuchilla, le echó jabón (Shawn seguía tan en *shock* que ni siquiera preguntó por su composición) y, diez minutos después, le limpió el rostro con una toalla y giró la silla para que lo viera Adeline.

—¡Tachán! —exclamó.

Adeline se quedó mirándolo, sin saber qué decir. No porque estuviera mal sino porque no parecía el mismo. Con el pelo tan corto y sin barba, sus ojos destacaban aún más y parecía más joven de lo que era.

Mientras el chico se daba la vuelta para mirarse en el espejo, la peluquera se acercó a Adeline y le dio un codazo.

—Vaya, menudo elemento te has buscado —le susurró—. ¿Tienes alguno más como este por ahí escondido?

—¿Qué? —La miró, y luego a él, antes de negar con la cabeza—. No, no, ¡qué dices! Es mi empleado.

—Pues yo sí que le emplearía en algo, sí.

Shawn se levantó, aunque notaba sus piernas algo temblorosas, y pasó a su lado como un alma en pena, sin mirarlas.

—Esperaré en el coche —susurró.

No recordaba haberse visto así nunca. Al menos, no desde que cumpliera los quince y empezara a salirle la barba. Le había costado años conseguir tener el pelo como quería, la barba perfecta… y todo ese esfuerzo se había convertido en nada en una sola noche. Como pillara a Derek… no le haría nada, por supuesto, le daba miedo que le atizara; pero estaba seguro de que había sido él, y, por lo tanto, tenía que buscar la forma de vengarse. Aunque sin que Derek supiera que era cosa suya, eso estaba claro, había perdido su pelo y no quería arriesgar nada más.

Adeline salió guardando un papel en su cartera.

—No me digas que también hay cupones —dijo él, sin extrañarse lo más mínimo.

—Tarjeta de fidelización —respondió ella, acercándose y mirándolo con una sonrisa compasiva—. ¿Estás mejor?

—Bueno, me han atacado mientras dormía, he perdido mi pelo y mi barba… Sí, estoy genial, gracias.

—Seguro que te acostumbras pronto. Además, piensa en lo fresquito que vas a estar ahora sin todo ese pelo.

Vale, en eso quizá tenía razón, notaba menos calor que el día anterior. Pero desde luego no le compensaba el disgusto.

Adeline lo llevó a desayunar a la primera cafetería, donde le plantaron los dos sellos correspondientes. Ni siquiera las tostadas y el café animaron a Shawn, aunque dio buena cuenta de ellas.

Al terminar, regresaron a la *pick up*. Adeline había avisado para que llevaran al resto a la mansión para que no se les hiciera muy tarde, así que se fueron directamente allí.

Los demás estaban trabajando y, al verlo, se quedaron unos segundos quietos, observándolo. Como le había ocurrido a Adeline, les parecía otra persona.

—¿Podríais dejar de mirarme como si fuera un extraterrestre? —protestó él, incómodo ante tanto escrutinio.

—Es que pareces otro —replicó Zazzie—. Si quieres hacemos como que no pasa nada, pero chico, es lo que hay.

—Ven, vamos a la otra habitación que ya está seca —le dijo Adeline, buscando la forma de relajar un poco el ambiente—. Vamos a ir poniendo algunas cosas mientras terminan esta, que ya

les queda poco.

Así se ahorraría las miraditas y los comentarios, ya estaba el tema revuelto y no quería agitarlo más. Recogió su caja de herramientas por el camino y le entregó un martillo junto con unos cuantos clavos.

—Mira, voy a poner unas equis y tú vas clavando.

Cogió el metro para hacer mediciones en la pared, marcó una equis y se movió para seguir marcando.

Shawn cogió un clavo, lo puso en la equis, elevó el martillo… y se golpeó los dedos. Lo soltó con un grito, cogiéndose la mano con la otra.

—¡Llama a una ambulancia! —pidió.

Adeline corrió a su lado, asustada por si se había roto algo.

—Vamos al botiquín —le indicó.

Esperaba que no se hubiera hecho nada, solo le faltaba que se lesionara después del disgusto del pelo. Si encima se rompía un dedo, a saber qué diría el supervisor cuando se pasara por allí.

Lo llevó hasta la entrada de la casa, donde había un botiquín de primeros auxilios. Lo cogió y se sentaron en los escalones del porche.

—Déjame ver —pidió.

Alargó las manos para tocar la de él con delicadeza. Shawn se mordió un labio, dolorido, y extendió los dedos despacio. La observó mientras Adeline le tocaba los dedos uno a uno, se los estiraba con cuidado, comprobaba que se doblaban… vaya, nunca la había tenido tan cerca ni se había fijado en ella, pero la verdad era que la chica no estaba nada mal. Tampoco tenía las manos muy ásperas, algo que había supuesto por su trabajo. ¿Por qué no se había fijado en ella antes? Normalmente tenía un buen radar para las chicas guapas, pero allí le había fallado. Quizá fuera porque estaba fuera de su elemento y por todas las cosas horribles que le habían ocurrido, pero lo cierto era que no le había dedicado ni una buena mirada a la chica y así, sentado junto a ella, descubrió que merecía su atención.

—Tienes una piel muy bonita —comentó.

Ella lo miró sorprendida.

—Vaya, gracias —contestó.

Sus ojos se encontraron. Adeline tragó saliva, sin soltar su mano. Vaya, qué calorcito desprendía… y no era el del ambiente, que era horroroso, sino uno que surgía de su interior. Como cuando lo había visto lavando la *pick up*. Teniendo en cuenta su trabajo, estaba más que acostumbrada a ver a chicos sin camiseta a su alrededor, pero algo tenía Shawn que la alteraba. Además de ponerla de los nervios, que era lo obvio, pero aquella sensación era diferente. Recordó las palabras de Zazzie, de la peluquera… Bueno, si lo pensaba no era más que atracción física, pero eso tampoco le parecía un problema. Se acercó un poco más hacia él al ver que Shawn miraba sus labios, pensando que iba a besarla y que no le importaría lo más mínimo se lo hacía.

Entreabrió los labios y, entonces, Shawn habló:

—Si te maquillaras un poco, seguro que te sacabas más partido. Y tu pelo tiene un color muy natural…

Adeline entrecerró los ojos, echándose hacia atrás. Vaya, y ella que pensaba que la estaba adulando. De pronto, la alteración hormonal pasó de nuevo a sus nervios y tuvo que reprimir las ganas de darle una colleja.

—ES natural —masculló entre dientes.

—Por eso, con una mascarilla y un corte que te haga las facciones más delicadas, estarías

mucho mejor.

—Qué bien, gracias de nuevo. —Le cerró la mano formando un puño y él hizo un gesto de dolor—. Estás bien, no ha sido más que un golpe tonto.

—¿No debería ponerme hielo o algo?

«Sí, en el cerebro», pensó ella.

—No, solo tienes que apuntar mejor.

Recogió el botiquín y se levantó, mientras Shawn la miraba preguntándose por qué parecía enfadada. Encima de que le hacía un cumplido… Estaba claro que las mujeres de campo no tenían nada que ver con las de ciudad.

Siguió a Adeline hasta la habitación, pero ella lo mandó de malos modos a pintar así que se fue con el resto, que, aunque le siguieron lanzando miradas curiosas, al menos no hicieron comentarios al respecto.

Aquella noche, cuanto estaban terminando el postre, Adeline fue a buscar una hoja y un bolígrafo antes de que se marcharan a sus habitaciones a descansar.

—Chicos, tengo aquí una lista de tareas…

—¡¿Otra?! —exclamó Kumiko.

—De tareas —repitió Adeline, ignorándola— para realizar fuera del horario de trabajo obligatorio y que os ayudarán a rebajar las multas o las horas de estancia aquí, dependiendo de la acción que sea.

—¿Por ejemplo? —preguntó Liv.

—Limpiar arcenes de las carreteras, remodelar el parque central de Hendersonville, hacer recogida por casas de ropa, comida o muebles que luego se destinarán a beneficencia, recoger basura, ayudar a…

—¿Cuántas opciones hay? —intervino Zazzie.

—Voluntarias, unas cuantas. Pero hay una que os he apuntado a todos y no podéis faltar. El cuatro de julio vamos a ir de *picnic*…

—¡Qué bien, una fiesta! —Kumiko dio unas palmaditas.

—… a dar comida en un centro social —terminó Adeline, mirándola significativamente.

Kumiko cerró la boca, enfurruñada. Cada vez que parecía que iba a ocurrir algo divertido, Adeline terminaba la frase y era justo lo contrario.

—Pues qué divertido —masculló.

Adeline se levantó con la lista en la mano.

—La voy a dejar en la nevera, junto a la lista de tareas —informó—. Os podéis apuntar cuando queráis y a lo que queráis, incluso he añadido una columna para que pongáis las horas que os gustarían hacer. Ya sabéis: a más horas, más beneficios.

—Anda, como con los sellos —dijo Shawn.

Todos lo miraron. Derek levantó una ceja. ¿Por qué nunca entendía la mitad de lo que hablaba ese chico?

—¿Qué sellos? —preguntó—. ¿De qué hablas?

—De fidelización. O los cupones, o las tarjetas de socio. Cuanto más vas a un sitio, más descuento hacen. —Movió la cabeza—. Ya veo que no sabéis nada de la vida.

Esta vez fue Adeline la que lo miró sorprendida. Parecía que estaba prestando atención a la economía doméstica, después de todo.

Fue a la nevera a dejar la lista, pero entonces se dio cuenta de que faltaba algo en la misma.

—¿Y las tareas? —preguntó. Ellos se miraron, sin contestar—. No está la lista de tareas del

fin de semana, ¿la ha cogido alguien?

De nuevo, el silencio. Adeline se agachó por si acaso para mirar debajo de la nevera, por si se había caído, pero no había nada. Mosqueada, adhirió la lista con un imán a la puerta y se marchó para hacer de nuevo la de tareas. Si se pensaban que iban a librarse solo porque el papel no estuviera a la vista, iban muy desencaminados.

En cuanto terminó el postre, Shawn, como cada noche, subió rápido para ser el primero en llegar al cuarto de baño que compartía con los chicos. Pero cuando estaba a punto de abrir la puerta, se dio cuenta de que había corrido para nada.

Ya no tenía pelo al que aplicar una mascarilla protectora antipolución durante media hora.

Ya no tenía una barba perfectamente recortada e hidratada que era la envidia de cualquier hípster de pro.

Se miró en el espejo del cuarto de baño, ladeando la cabeza de un lado a otro para ver su cara desde todos los ángulos. Al menos las cremas funcionaban: no se veían arrugas, apenas alguna ligera línea de expresión.

En fin, aprovecharía la falta de barba para dedicar más tiempo a sus mejillas y evitar las marcas incipientes. Con esa idea en la cabeza, abrió su neceser de cremas. Sacó varios tarros específicos para el cuerpo, los codos, las rodillas… pero el de rostro para la noche no aparecía por ningún lado.

Vació su neceser de productos para el pelo, abrió los muebles, movió las toallas de sitio… pero nada. Incluso echó un ojo a la balda compartida de Derek y Carter, por si acaso, pero no estaba allí.

Mosqueado, se aplicó la crema de día, aunque no estaba seguro de que funcionara igual. Si no, no diferenciarían entre el día y la noche, ¿verdad?

Salió del baño y, cuando iba a entrar en su habitación, se abrió la puerta de Derek, que lo miró asombrado.

—¿Ya has terminado? —preguntó.

—Sí, ¿qué pasa? ¿Me estabas cronometrando?

—No, he oído la puerta y quería verlo con mis propios ojos. Al final lo del pelo te va a venir bien para ahorrar tiempo.

—Ya. Seguro que tú estás contento.

—Contento por poder ducharme a gusto, sí.

Derek cerró la puerta de su habitación y avanzó por el pasillo en dirección al baño.

—¿Tú te das cremas? —preguntó Shawn, mirándolo con suspicacia cuando llegó a su altura.

—¿Perdona?

—No encuentro mi crema de noche especial para la cara. Si me las has cogido, devuélvemela, que la necesito.

—No, no te he cogido tu crema.

Y se metió en el cuarto de baño con un portazo. Shawn cerró su puerta tras de sí, mosqueado. Vale, Derek no tenía pinta de ser de cremas, aunque sí que seguía sospechando de él en cuanto al tema de su pelo y barba.

Se puso su pijama, pero cuando iba a acostarse, miró la puerta y decidió que no podía dormir tranquilo sin poder cerrarla. No había forma de ponerle una cerradura y seguro que, si le pedía un pestillo a Adeline, o se lo negaba o se lo daba para que lo pusiera él. Y desde luego, esa última opción era imposible. Ya se había dado un martillazo: no pensaba volver a arriesgar su vida.

Así que recorrió la habitación con la vista, buscando algo que pudiera hacer de barricada, y entonces vio sus numerosas maletas amontonadas en una esquina. No harían mucho contrapeso

ni impedirían la entrada a alguien si empujaba con fuerza, pero el ruido le despertaría a pesar de los tapones, de eso estaba seguro.

Las fue llevando de una en una hasta la puerta, poniéndolas en una especie de Tetris hasta que cubrió la mitad de la puerta y comprobó que, al bajar la manilla, se chocaba con una de ellas y costaba abrirla.

Más tranquilo, se colocó su preciado antifaz, los tapones y se acostó.

Pero entonces fue cuando las imágenes de lo ocurrido aquella mañana se aparecieron todas en su mente: el susto de despertarse, el tacto de su pelo y barba, la almohada, cuando había entrado Adeline y…

Un momento. ¿Qué era lo que había dicho? ¿Animales salvajes? ¿Por qué demonios le habría preguntado eso? ¿Es que había alguna posibilidad de que entrara alguno?

Se quitó el antifaz y encendió la luz, mirando asustado a su alrededor. Revisó debajo de la cama, pero aparte de sus zapatos, no había nada más. Se levantó para comprobar la ventana, que estaba bien cerrada, aunque como no sabía de qué animales se podría tratar, tampoco tenía ni idea de si sabrían abrir ventanas.

Y ya no le quedaban maletas para colocar, así que no le quedaba otra que dormir así.

Se metió de nuevo en la cama, colocándose el antifaz. Dio varias vueltas antes de conseguir dormirse por fin, aunque no descansó mucho puesto que la noche estuvo llena de pesadillas pobladas de tijeras cortando pelo y maquinillas que parecían cortadoras de césped, en manos o patas de animales sin forma.

Capítulo 9

—Zazzie… ¡Zazzie!

Kumiko emergió de su litera y se puso a la altura de su compañera, quien hacía rato que se había quedado dormida mientras ella cosía. Solo que llevaba un rato escuchando unos ruidos de lo más extraños y comenzaba a asustarse, ¿y si un extraño se había colado dentro de la casa y ahora planeaba asesinarlos de uno en uno? Por de pronto, solo oía chirridos y golpes, nada de pasos, pero aun así…

Tras esperar a ver si Zazzie se despertaba sola, algo que no ocurrió, decidió levantarse y sacudirla para ver si a ella también le inquietaban los ruidos. Zazzie gruñó cuando la cogió por la muñeca y sacudió el brazo para liberarse, pero Kumiko no cedió.

—¡Zazzie! —siseó en su oreja, tan fuerte que esta pegó un respingo—. ¡Despierta!

La susodicha se incorporó en su cama, somnolienta, mientras se frotaba los ojos y la contemplaba sin comprender por qué la molestaba.

—¿Qué diablos quieres?

—Estoy oyendo unos ruidos muy extraños. Creo que ha entrado alguien en la casa.

—¿Alguien? Pero si somos ocho, lo raro sería no oír nada. Duérmete, pelma.

Se dejó caer contra la almohada, pero Kumiko permaneció en silencio, afinando el oído. Durante unos segundos solo le llegó silencio, hasta que de pronto volvió a escuchar aquel chirrido. Volvió a zarandear a Zazzie, alarmada.

—¿Lo has oído? ¡Créeme, hay un asesino dentro!

—¿Un asesino que mueve sillas u objetos?

—¿Y si entra aquí y nos mata? ¿Y si ya ha asesinado al resto y está esperando a que nos quedemos dormidas para rematar la faena? Tú serías esa chica tonta que dice «No es nada, solo el viento», justo antes de que un hacha se incruste en tu cabeza.

Zazzie frunció el ceño al oírla.

—Me parece que has visto demasiadas películas, chica.

Por su expresión, tuvo claro que no iba a dejarla dormir en paz, así que saltó de la litera y se recompuso el pijama, echando un vistazo a la luz encendida de Kumiko y su mini costurero.

—¿Qué haces?

—Arreglar un poco el mono de trabajo, ¡es tan soso!

—¿Y eso es un costurero?

—La edición para viajes de Michael Kors, sí. ¿Qué vas a hacer? —preguntó, al verla encaminarse hacia la puerta con paso resuelto.

Zazzie se giró, con la mano en el pomo, mirándola como si fuera idiota.

—Pues ir a ver, ¿qué pretendes que haga si no? ¿Quedarme esperando al asesino del hacha?

—Pero no tenemos luz. ¿Tienes alguna vela?

—No, en la mansión del conde no hay velas, querida Kumiko. Pero estoy bastante segura de

que la luz sigue funcionando.

—Si encendemos la luz será como gritar a los cuatro vientos que estamos aquí. «¡Estamos aquí, asesino del hacha, ven a por nosotras!».

—Si eso sucede te pondré delante y yo escaparé.

—No tiene gracia.

—No hace falta que vengas detrás, pero si lo haces no me des la paliza.

La coreana se pegó a su espalda, asomando de vez en cuando la cabeza por detrás de su hombro, atenta por si debía ponerse a correr, gritar o todo al mismo tiempo. Zazzie controló un resoplido. ¿Qué había hecho ella para merecer aquella garrapata? No era suficiente con tenerla de compañera de habitación: también le robaba las horas de sueño.

El pasillo estaba oscuro y en calma; no hacía mucho que todos se habían acostado, incluida Adeline que solía ser la última. Una vez allí, los chirridos se acentuaron y parecían venir del mismo sitio: la zona A.

Las dos chicas se deslizaron en la oscuridad hasta llegar al extremo del pasillo, quedándose quietas delante de la puerta tras la cual parecía estar ocurriendo algo.

—Es el cuarto de Shawn —dijo Zazzie.

—¿Crees que el asesino del hacha lo estará atacando? Porque en ese caso, quizá deberíamos irnos.

—Eres tú la que me ha hecho salir aquí, así que ahora vamos a comprobar qué sucede.

Los golpes regresaron, haciendo que ambas saltaran al mismo tiempo. Kumiko se dio la vuelta con intención de salir huyendo, pero Zazzie la apresó del brazo y tiró de ella hacia sí para que no montara un escándalo.

—¡Cállate!

—¡Tengo miedo!

—¿Se puede saber qué pasa? —La voz de Adeline las interrumpió.

Las dos jóvenes se giraron al oírla, descubriendo que estaba ante su habitación de brazos cruzados y con expresión furiosa.

—Esto no es un campamento de verano por el que corretear por las noches —regañó.

—Hemos oído ruidos —susurró Kumiko.

—Sí. Kumiko cree que hay un asesino del hacha en casa y que está metido ahí —explicó Zazzie, señalando el cuarto de Shawn con la cabeza—. Clavar el hacha no sabemos, pero mover cosas lleva un buen rato.

Adeline permaneció en silencio hasta que, efectivamente, le llegó un ruido como si alguien arrastrara algo. Venía del interior del cuarto de Shawn, así que, preocupada por si estaba ocurriendo algo fuera de lo común, atravesó el pasillo y golpeó la puerta dos veces de manera seca. Dentro, el ruido cesó de golpe.

Las tres se miraron, sin emitir sonido alguno. Aquella puerta no se abrió, pero sí otra a sus espaldas, dando paso a una Liv que se frotaba los ojos con una mezcla de sueño y curiosidad.

Se despejó al ver allí a las tres juntas.

—¿Qué sucede? —susurró.

—No sabemos si pasa algo en el cuarto de Shawn —explicó Zazzie.

—Creemos que tiene un asesino dentro —añadió Kumiko.

Adeline volvió a llamar a la puerta, escuchando con atención. Unos pasos se detuvieron, pero de nuevo no parecían decidirse a abrir. Oyó un clic, pero en este caso se trataba de Derek, atraído por el tumulto que se estaba formando en el pasillo y delante de su cuarto.

—Pero ¿qué hacéis? —preguntó, al verlas a todas allí—. ¿Hay una fiesta y no me he

enterado?

—Déjale a él delante. —Kumiko se apresuró a tirar de él—. Es un hombre, seguro que puede hacer frente al asesino del hacha mejor que nosotras.

Derek la miró como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Asesino del hacha? —preguntó. Miró a Liv, que se encogió de hombros—. ¿Sería mucho pedir que alguien me explicara…?

El chirrido interrumpió su pregunta mientras ellas retrocedían. Golpes, ruedas, otro chirrido… ¿qué sucedía allí dentro? Adeline esperaba que Kumiko no llevara razón y hubiera un hombre arrastrando el cuerpo sin vida de Shawn, ¡lo que le faltaba!

Algo cayó en el interior del cuarto y Kumiko dio un grito, echando a correr pasillo adelante sin que lograran retenerla. Casi se estampó contra Carter, que justo asomaba la cabeza en aquel momento, sin duda despierto ante los cada vez más fuertes ruidos.

Se unió al grupo, esperando que alguien le explicara qué ocurría, pero todos parecían muy intrigados mirando la puerta de Shawn y no se atrevió a interrumpir, así que se acercó para hacer lo propio mientras se preguntaba qué estaría mirando.

Adeline golpeó la puerta por tercera vez.

—¿Shawn? ¿Te encuentras bien?

—Estoy bien. —Oyeron desde dentro.

Hubo un suspiro general al escuchar su voz: aquello descartaba la idea de que alguien le hubiera cortado la cabeza para arrastrarla por la habitación.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? ¡Nos has despertado a todos! Abre la puerta ahora mismo —le dijo Adeline, irritada.

—No.

—¡Te digo que abras ahora mismo! —insistió ella, furiosa.

—No pienso abrir. Es mi cuarto, no puedes obligarme.

Su voz sonaba amortiguada, pero muy tranquila, lo que contribuyó a irritar aún más a la mujer. Sí, vale, era su cuarto, ¡pero la casa no!

Si lo dejaba salirse con la suya, todos le perderían el respeto. Pero, por otro lado, no podía entrar allí sin permiso, ¿no? O no debería, en eso Shawn llevaba razón: mientras estuviera bajo su techo era un invitado y no era correcto entrar en su cuarto violando su intimidad.

—¿Quieres que la abra yo? —se ofreció Derek, con una sonrisa inocente—. Total, ya he violado la ley una vez, puedo hacer esto sin que mi moral sufra.

—Pues adelante.

—¡Un momento! —gruñó Shawn—. Ya abro, ya.

De nuevo estalló un coro de ruidos, golpes y arrastrar de objetos, hasta que al fin la puerta se abrió ante ellos y apareció un Shawn colorado. Los miró, cruzándose de brazos y con gesto ofendido.

—¿Se puede saber qué pasa? ¿Uno no puede estar tranquilo en su habitación?

—No si haces tanto ruido que pensamos que te están matando —respondió Adeline—. ¿Qué es lo que estabas haciendo? Y más vale que sea creíble, no sea que te quite tus privilegios.

Ella estaba decidida a entrar, así que Shawn se hizo a un lado mientras alzaba una ceja repasando aquella frase sobre los privilegios. ¿Qué privilegios? No recordaba ninguno, a menos que matarlo a trabajar y perder su precioso pelo pudieran considerarse como tales.

Adeline pasó y se quedó observando los montones de maletas a ambos lados de la puerta con los ojos muy abiertos. Zazzie hizo lo propio, anonada, y tras ella Liv y Derek.

—¿Es que estáis todos aquí? —protestó él, enfurruñado.

—¿Qué significa esto? —quiso saber Adeline, señalando todas las maletas.

—Es mi manera de que nadie entre aquí sin enterarme. Ya sabes, para evitar otros incidentes como el de mi pelo —explicó él—. No has querido ponerme un pestillo, así que he tenido que buscar otras opciones.

Derek examinó las maletas. Se imaginó lo que debería haberle costado encajarlas todas para poder construir esa especie de muro con el que evitar visitas inesperadas y aquello hizo que sonriera. Estaba claro que sabía agudizar el ingenio cuando era necesario, aunque se preguntaba si después de perder el pelo habría algo más que lo preocupara.

—No tiene gracia —siguió Shawn, al ver su sonrisa.

—No me reía de ti, hombre, solo me ha hecho gracia este invento.

—No tendría que ser necesario si la gente no se colara en los cuartos de los demás para hacerles putadas —recriminó el joven.

—A mí no me mires, no he sido yo el que te ha trasquilado, te lo prometo.

—Sí, claro… —Shawn lo miró con desconfianza—. Primero me tiras un montón de agua encima y después me cortas el pelo como si fuera una oveja.

—Ya está bien —cortó Adeline, en tono firme, y dio dos palmadas—. En fin, misterio resuelto. No hay asesino del hacha, a la cama que mañana se madruga.

Todos salieron con calma menos Adeline, que se cruzó de brazos una vez no quedó nadie.

—¿Qué pasa? —preguntó Shawn.

—Kumiko lleva mucho rato oyendo ruidos. O sea, que has estado poniendo y quitando maletas un par de veces al menos, ¿para qué has salido del cuarto?

—Para ir al baño. ¿Puedo o es otro privilegio que me vas a quitar?

Ella se quedó muda al recibir esa respuesta, pero como no encontró la manera de rebatirla se decidió a salir con un portazo. Una semana después del incidente del martillazo, aún se descubría pensando en el motivo por el que había esperado un beso aquel día. Y le cabreaba recordarlo, le parecía que se hacía cada vez más pequeña en su presencia, algo que un tipo con el ego de Shawn no necesitaba en absoluto.

Shawn le dedicó un gesto de burla a la puerta cerrada. Después, con calma y parsimonia, colocó otra vez las maletas hasta llegar a cubrir media puerta, ya que al parecer funcionaba muy bien su sistema. Claro que había salido, sí, pero no al baño, sino a devolver la pelota a Derek por cortarle el pelo. Un enfrentamiento físico no lo veía, tampoco dialéctico, pero sí podía quitarle algo que seguro lo pondría de mal humor: los cigarrillos.

La oportunidad se le había presentado fácil, ya que Derek nunca se acostaba muy temprano. En cuanto lo había oído entrar al baño, se había colado en su cuarto con el corazón latiendo a mil. No había tenido que rebuscar demasiado: la ausencia de muebles decorativos jugaba a su favor, y en un cajón dentro del armario encontró cuatro cartones. Derek debía haber imaginado que no sería tan sencillo comprar tabaco en aquel sitio.

Shawn guardó el botín bajo su cama, pensando en qué hacer con él mientras amontonaba las maletas otra vez. No pensaba quedárselo, pues si Adeline decidía registrar la casa y lo encontraba se metería en un lío. Y Derek no podía zurrarlo si no estaba seguro de que hubiera sido él, pero si se confirmaba… mejor no pensar en eso, gracias. No, lo tiraría a la basura. ¿Igual allí lo veía Leeta?

Empezó a agobiarse con el tema, ninguna idea le parecía buena. Leeta podía verlo en el cubo de cocina, Adeline en el del jardín, en la papelera de los lavabos no cabía… ¿Qué iba a hacer con el material? Tenía que pensarlo rápido. Derek no notaría nada hasta la noche, por norma general durante el día no solía fumar porque estaban ocupados, pero él tampoco tenía mucho más tiempo

para decidir.

Mierda, al final daría la hora de levantarse y seguiría sin saber qué hacer. Quizás lo mejor fuera dejarlo en su sitio hasta que supiera cómo actuar… y justo estaba quitando las maletas por segunda vez cuando oyó susurros y pasos por el pasillo. De ahí que le hubieran pillado en su sistema de protección, aunque al menos no el botín.

Se tumbó en la cama, devanándose los sesos mientras trataba de no quedarse dormido.

El despertador sonó mucho antes de lo que a Kumiko le hubiera gustado. Estaba claro que el hecho de pasear por la casa de madrugada pasaba factura: ojeras, mala cara y sus preciosas uñas de colorines se habían roto por varios sitios. Vale, eso no era culpa del asesino del hacha/Shawn, sino de los trabajos forzados a los que estaba siendo sometida, pero su mente decidió juntarlo en un mismo paquete. Todo eran desgracias. No hacía más que tachar días en el calendario de la pared esperando que terminara el castigo, pero para su sorpresa y horror, solo llevaban allí cerca de un mes. A ella le habían parecido tres, por lo menos.

Oyó a Zazzie gruñir desde la litera superior, pero aquello no le preocupó. Llevaban compartiendo cuarto el tiempo suficiente para que Kumiko estuviera más que acostumbrada a ese sonido. Zazzie gruñía mucho y todo el tiempo, pero no representaba el menor peligro. Algunas veces, hasta sentía la tentación de charlar con ella como si fueran falsas amigas, pero nunca duraba más de cinco minutos porque la chica se empeñaba en hablar de temas que no entendía. Ni siquiera sabía qué quería decir al oírla quejarse del «patriarcado» o cuando decía que «más sororidad, por favor». ¿Sororidad? ¡Ni que tuviera un diccionario a mano! ¿No podían charlar sobre ropa o música, todo tenía que ser sobre política o violencia machista?

—Gracias por las ojeras, Kumi —refunfuñó Zazzie, al regresar del lavabo—. La próxima vez que escuches ruidos, no me despiertes.

—¿Cómo iba yo a saber que era Shawn apilando y no apilando maletas ante su puerta? ¡Ni que fuera algo muy normal!

—No, eso te lo concedo, normal no es el chico.

Como todos los días, Kumiko miró hacia otro lado mientras Zazzie se cambiaba de ropa interior delante de sus narices. De haberlo sabido, hubiera traído consigo el biombo de su habitación, que parecía que aquella chica no conocía el pudor.

La dejó metiéndose en el mono de trabajo para ir al lavabo, donde se pasó el cepillo de manera apresurada. Agarró un mechón de pelo y lo sacudió, siendo obvio que estaba opaco y sin brillo, además de encrespado. Normal: entre el sol, el agua y la terrible coleta que tenía que hacerse todos los días para que no acabara lleno de pintura o cualquier otra cosa, imposible tener el cabello decente. Era lo único en lo que estaba de acuerdo con Shawn, así no había manera. Con un suspiro, se hizo la consabida coleta y regresó al cuarto para coger su ropa.

—Ay, Dios —exclamó Zazzie al verla—. ¡Mi madre! Pero ¿qué le has hecho a tu mono?

—Me gusta la ropa divertida, este mono no lo era.

—Es lo que tiene la ropa de trabajo, es aburrida para que no creas que te vas a divertir.

Kumiko se echó una ojeada en el espejo diminuto que ambas compartían. Ella no veía nada raro: había puesto dos bolas de lana de color rosa en los hombros, varios parches de unicornio por los pantalones y unas tiras blancas cosidas con hilo rosa en la cintura. Le parecía muy discreto, la verdad, acostumbrada a cosas más llamativas.

—¿Las botas han sobrevivido?

—Uy. —Kumiko miró hacia sus pies—. Ni me acordé. Pero puedo arreglarlo, esta noche pensaré en algo que hacerles.

Zazzie meneó la cabeza y salió del cuarto sin hacer más comentarios. Allá cada uno con su locura, si aquella chalada quería ir a trabajar rodeada de pompones, ¿quién era ella para disuadirla? Si seguro que se echaba unas buenas risas a su costa, algo que no se podía desperdiciar, que aquel mes estaba siendo el más largo de su vida.

—Compañera, buenos días —saludó Carter, con una sonrisa.

—¿Por qué no estás desayunando?

—Sí, ahora mismo bajo, voy al baño y estoy.

—Pues date prisa, ya sabes que no nos dan mucho tiempo para desayunar.

Carter afirmó a toda prisa. Por cercanía, hubiera sido más rápido usar el de ellas, sin embargo, se fue hasta el otro. Entró con cuidado y sin hacer ruido, para después acercarse hasta la estantería donde se encontraban los neceseres de los demás. Justo acababa de abrir la cremallera de uno cuando la puerta se abrió y apareció Derek.

—Lo siento —exclamó, al verlo allí de pie—. Me he dejado esto. —Y cogió sus gafas de sol de encima del armarito para luego mirarlo—. ¿Qué haces?

Carter pareció aturullado y se metió las manos en los bolsillos, aunque era demasiado tarde y Derek ya había visto dónde las tenía puestas cuando había entrado.

—Es que yo… bueno, necesitaba… en fin, cuchillas.

—Cuchillas.

—Cuchillas de afeitar, sí. Se me han terminado los recambios y hasta que Adeline no vuelva a ir al súper pensé que podía pediros alguna.

Derek lo escuchó con expresión escéptica en el rostro. Más que pedir, parecía que hubiera decidido cogerla sin permiso. Aunque podía ser que diera por hecho que estaban todos abajo con el desayuno y pensara comentarlo después.

De tres pasos fue hasta él, abrió su neceser y le entregó una cuchilla nueva.

—Aquí tienes. ¿Sirve para tu máquina?

—Sí, seguro que sí. —Carter la cogió rápidamente—. Perdón por…

—¿Cogerla sin preguntar?

—Tienes razón, lo siento. Pensaba decirlo —se excusó, con el rostro encendido.

—Bueno, no lo olvides la próxima vez. —Derek cerró su bolsa—. Creo que a nadie le gusta que revuelvan sus cosas.

El joven asintió.

—Pues hala, corre a afeitarte. Llegarás tarde.

Carter no tenía intención de afeitarse, pero después de aquello no le quedó otro remedio. No si pretendía que lo que acababa de pasar no pareciera una burda excusa, aunque era consciente de que Derek no le había creído mucho.

Este salió del baño con cara malhumorada, pero eso desapareció al ver que Liv abandonaba su cuarto, ya vestida con el mono de trabajo. A nadie le quedaba bien aquel andrajo excepto a ella, era increíble. Y aún más increíble que, solo con verla, su mal humor se disipara como el humo de sus cigarrillos.

Cigarrillos que no había cogido, por cierto, pero estaba a tiempo. Si terminaba pronto lo que fuera que tocara hacer ese día, a veces rascaba un hueco para fumar.

—¿Vamos? —preguntó ella.

Él miró de reojo su cuarto. Solo tardaría un segundo en cogerlo, pero entonces se dio cuenta de que Liv seguía su mirada y tiraba de su brazo al comprender.

—Ya fumarás por la noche —le dijo.

Y no tuvo más remedio que dejarse llevar, porque no se veía capaz de llevarle la contraria.

Después del desayuno, todos subieron a la *pick up* para encaminarse a una nueva jornada de suplicio en la mansión. Como sucedía a diario, Adeline puso *Don't stop me now*, canción que la ayudaba a motivarse, y que a esas alturas el grupo se sabía de memoria. Hasta la reproducían por partes, como en una perfecta coreografía donde los que iban sentados delante cantaban la letra principal, y los de detrás cacareaban el estribillo.

Al principio, Shawn odiaba la canción, pero desde que se sabía la letra había empezado a cogerle el gusto y gritaba su parte a pleno pulmón, sin preocuparse de que la brisa cálida lo despeinase. Total, ya no había pelo…

Adeline, Derek y Liv lo escuchaban y no podían evitar sonreír. Quizá el chico tuviera sus manías, pero la verdad era que parecía mucho más animado desde que lo habían rapado.

—Todavía habrá que darle las gracias al que lo hizo —comentó Derek.

—¿Quieres decir que no fuiste tú? —preguntó Liv.

—¿Yo? ¿Me crees capaz de hacer una cosa así? A ver, el tío me parece un ridículo, pero ¿cómo iba a meterme en su cuarto de noche a cortarle el pelo? Eso no se hace.

—Creí haber dicho que basta de hablar sobre el tema —repuso Adeline, cogiendo un bache que hizo saltar a los de atrás en sus asientos con los consiguientes gritos—. ¡Lo siento! —vociferó, mientras cogía una curva—. Mierda de carretera, a ver cuándo deciden arreglarla. En fin, hoy tengo una cosa para vosotros aparte, los demás terminarán de pintar las habitaciones del segundo piso.

—¿Qué? —preguntó Derek, no muy seguro de si ese tratamiento especial era motivo de alegría.

—Hay un desván —comentó ella.

—Ajá…

—Ya sabéis, de esos con escalerilla en el techo, todo muy rústico. Creo que quieren poner unas urnas con objetos de decoración antiguos de la mansión dentro. Imagino que si preparan recorridos turísticos querrán aprovechar ese espacio.

—Hasta aquí todo bien —comentó Liv—. ¿Cuál es la pega?

—No sé ni cuándo fue la última vez que se metió alguien allá arriba, ni tampoco en qué estado se encuentra, la verdad. Me dieron la llave al principio de la obra, pero no he mirado.

Ambos permanecieron mudos. Los dos sabían exactamente qué significaba aquello: abrir un desván cerrado desde hacía años suponía polvo, oscuridad, arañas del tamaño de una mano, muñecas de porcelana viejas capaces de provocarte pesadillas y muebles semirrotos que habría que acarrear y sacar, todo eso siendo optimistas. Nunca salía nada bueno de ningún desván viejo y precintado, eso seguro.

A Derek le daba igual el polvo o los bichos, para él era una oportunidad de estar con Liv sin tener la atenta mirada de Adeline sobre él. Cierto que no era el entorno más oportuno, pero mejor eso que nada…

Liv no parecía muy convencida, pero Adeline no la dejó protestar.

—Sois los más productivos y serios —comentó—. Kumiko se negaría en redondo, Shawn tardaría días solo en averiguar cómo bajar la trampilla y Mary Sue está mayor para tenerla subiendo y bajando de un desván. Solo me quedáis vosotros… y prometo que, si os gusta algo de lo que haya allá arriba, os lo podréis quedar.

—¿Incluso una lata abandonada con mil dólares?

—Ja, ja, ja. No, ni hablar, si hay dinero pertenece al Gobierno. Pero cualquier otra chuchería sí.

Liv cruzó una mirada con Derek.

—Arañas —susurró.

—Polvo —asintió él—. Y bombillas de poca potencia, si es que las hay.

—Muñecas de porcelana de película de terror.

—Una mecedora de las que chirrían.

—Una caja de música que en teoría no debería funcionar, pero que seguro que se pone en marcha mientras estamos allí…

Adeline comenzó a soltar risitas al escucharlos. Menos mal que podía contar con ellos, se fiaba por completo, además, estaba segura de que no le darían el menor problema, podría dejarlos solos y sabrían comportarse. Bueno, recordaba la forma en que Liv había mirado a su compañero de trabajo aquel día que lavaron el coche ante ellas, pero siendo sincera, le parecía normal. Ella también había mirado y eso no significaba nada (ejem…). Así que les daba su confianza, porque lo que había explicado respecto al resto de grupos era verdad: no se fiaba de que ninguno pudiera estar solo sin vigilancia.

Aparcó la *pick up* y rebuscó las llaves en su ropa mientras el resto descendía haciendo los aspavientos de todos los días. Qué gente tan perezosa, se dijo, cómo les costaba mover el culo y ponerse a trabajar.

—Voy un minuto con ellos dos para explicarles su tarea y no tardo —explicó al resto—. Seguid donde lo dejasteis ayer, ¿vale?

Se marchó con Derek y Liv, así que los demás entraron a la mansión, dispuestos a repartirse entre las habitaciones. Los «obreros de verdad» andaban por allí, pasándose maquinaria y charlando entre ellos hasta que Zazzie y Kumiko pasaron a su lado.

—Eh, mirad a la chinita —dijo uno, de edad respetable—. ¿Habéis visto su ropa de trabajo? Madre mía, si le ha puesto hasta pompones. Oye, nena, si tanto te gustan las bolas aquí tengo un par para ti… —Y sin el menor reparo, se llevó la mano a los pantalones.

Kumiko miró aquel gesto y enrojeció; estaba claro que no acostumbraba a cruzarse con especímenes de ese tipo. Especímenes que eran la especialidad de Zazzie, visto lo rápido que su compañera se puso delante, haciéndola retroceder.

—Es coreana, imbécil —soltó, sin el menor reparo—. Si no eres capaz de diferenciar un chino de un coreano no creo que puedas hacer mucho con esos huevos que tanto te agarras.

En honor al resto de obreros, había que decir que también rieron con aquel comentario, haciendo que el hombre los mirara irritado.

—Y ahora la negrita se pone en plan defensora de la humanidad —espetó—. Menudo equipo se ha conseguido la jefecilla, mujer tenía que ser.

—Oh, vaya, tus chistes son de nivel universitario —se burló Zazzie—. ¿Has necesitado toda la noche para pensarlos? Porque para ofenderme a mí necesitas artillería más pesada.

—Chica, de verdad, qué poco sentido del humor. Tanto feminismo y ya no se os puede decir nada…

—Exacto, las feministas tenemos un humor terrible, así que te aconsejo que no vuelvas a dirigirte a nosotras para nada, ¿entendido?

El hombre sacudió la cabeza y alzó las manos, para reunirse con su grupo mientras murmuraba algo que parecía sonar a « estrechas » . Zazzie decidió dejar correr ese último comentario. Sabía cuándo debía retirarse de un enfrentamiento y se volvió hacia Kumiko, que la miraba anonadada.

—Gracias por sacar la cara por mí —dijo esta.

—No lo he hecho por ti, delante de mí nadie le habla así a ninguna mujer. Si no peleamos nosotras porque no se nos trate de ese modo, no veo quién va a hacerlo…

Kumiko la siguió a toda prisa, asimilando sus palabras. No era la primera vez que le decían cosas desagradables, como a todas, pero nunca había sabido reaccionar y ahora quería memorizar las respuestas de Zazzie por si podía usarlas.

—Ojalá supiera contestar así —suspiró.

—¿Te sucede muy a menudo?

—¿Tú que crees? ¿Piensas que ser una *decorer* es sencillo? Mucha gente se mete conmigo, aunque tampoco lo entiendo. Solo porque me gusta la ropa de colores vivos y adornos tipo peluche.

Zazzie se detuvo, con la brocha en la mano. Jamás había escuchado eso de *decorer*, aunque Kumiko lo acababa de resumir, pero sí sabía que sus primeras frases dedicadas a la coreana habían sido burlas por su manera de vestir.

Vale, eso no estaba bien, lo veía. Furiosa por tener que compartir su cuarto, por haber sido tan idiota como para haberse dejado coger haciendo las pintadas, por el sudor que estaba dejando allí en los servicios sociales y el cual aún no había terminado… furiosa en general. Y lo había pagado con una desconocida que sí, era extravagante, mimada, infantil y, en ocasiones, ridícula, pero que no merecía esos ataques. Si algo detestaba Zazzie era la gente que acosaba a otra gente, y sin darse cuenta había caído en eso ella también.

—¿Por qué has acabado aquí? —preguntó, alargándole el bote de pintura.

Kumiko estudió su cara y se acercó para coger el bote y la brocha.

—Iba con mi hermano en su coche nuevo. A mí no me gusta mucho la velocidad, pero él estaba como loco y decidió ponerlo a ciento ochenta… Iba esquivando coches como si estuviera jugando con un videojuego o algo así. —Hizo una mueca—. No suelo ir con él, pero ese día me estaban esperando mis amigas en el centro comercial. Había rebajas en mi tienda favorita y quería llegar lo antes posible, antes de que me quedara sin nada.

Zazzie frunció los labios, sin dejar de pintar, pero no hizo comentario alguno.

—Y, en una de estas, resulta que la policía andaba por allí. Pusieron la sirena y nos pararon, con toda la parafernalia… permiso de conducir, prueba de alcoholemia… ya te imaginas.

Su compañera trataba de adivinar por qué motivo había terminado Kumiko allí si la persona que conducía era su hermano, pero no lo lograba.

—Mi hermano contestaba con mucha chulería, como siempre. En casa estamos acostumbrados, pero la policía no, y no les hizo mucha gracia. Metieron la matrícula para comprobar y encontraron que hacía un par de años que Hatsuko no pagaba sus multas, así que decidieron que fuéramos a comisaría. Yo no podía, ¿entiendes? Había quedado y era muy, muy importante, súper importante. No sabes lo rápido que se agota todo allí, es un sitio con cosas muy codiciadas y allí estaba esa gente, estropeándome el día.

Vio como Zazzie arqueaba una ceja y dejaba de pintar.

—No quería ir, pero uno de los hombres me agarró del brazo y le pegué con el bolso.

—¿Qué?

—Fue un acto reflejo. Mi brazo salió disparado antes de que mi cerebro lo procesara. Le pegué con el bolso. Un golpecito de nada, pero menudo lío se montó.

Kumiko tenía cara de pena, como si no pudiera comprender el porqué de tanto follón por tan poca cosa. Zazzie miró al techo y luego resopló.

—¿El bolso es el mismo que has traído? —La coreana asintió—. ¿Ese que parece una bolsa de playa y que pesa cuatro kilos al menos porque llevas maquillaje, planchas, bebida, agua oxigenada, una *tablet*, un móvil, la cartera, varios juegos de bisutería y un unicornio? ¿Te refieres a ese bolso?

La chica asintió de nuevo, cambiando el peso de un pie a otro.

—A ver, fue un golpe diminuto. Solo tuvieron que darle ocho puntos o algo así, no recuerdo bien.

—Entonces, ¿estás aquí por agredir a un policía?

Otra vez Kumiko afirmó, alzando la mirada. No se lo había contado a nadie, ni siquiera a sus amigas, porque sus padres se lo habían prohibido. En lugar de la verdad, se habían dedicado a contar que su hija pasaría el verano perfeccionando sus técnicas de costura en una prestigiosa academia de Viena. Obviamente no era para estar orgullosa, pero el suceso no pecaba de mala fe ni mucho menos, solo fue un accidente. Un accidente que nadie entendió, pero accidente.

—El policía exageró un poco —dijo, en su defensa.

—Así que pegando a un policía, ¿eh? —Zazzie al fin sonrió, sin poder evitarlo. La anécdota de Kumiko, aunque increíble, le resultaba muy graciosa—. No, si en el fondo vas a ser una chica rebelde. Puede que aún tengas remedio y todo.

Y le dio la espalda, poniéndose a pintar mientras Kumiko la imitaba con una sonrisa en los labios.

Adeline había enseñado a Derek y a Liv dónde estaba la escalera y cómo bajarla y, tras entregarles un par de linternas, los abandonó para ver cómo iba el resto.

Todos parecían estar siguiendo sus instrucciones, excepto Shawn, al que no vio en la habitación que debía estar con Carter y Mary Sue.

—¿Dónde está Shawn? —preguntó.

—Ha ido al lado, que quería revisar las maderas que puso ayer en el suelo.

—Pero si estaban bien…

Oyó un golpe y fue corriendo al origen del sonido. En efecto, allí estaba Shawn, recolocando una de las láminas del suelo, que estaban preparadas para encajar entre sí y eran relativamente fáciles de poner.

—¿Qué haces?

—¿Quién? —Se levantó con rapidez y cara de culpabilidad—. ¿Yo? Nada. Trabajar. ¿Qué creías? Porque arreglarme el pelo no.

Aguantó la respiración mientras Adeline lo miraba a él y después al suelo con suspicacia. Esperaba que no se acercara, aunque había recolocado bien la lámina que había levantado para meter un par de paquetes de tabaco debajo. No se le ocurría la forma de deshacerse de las cajas, pero había pensado que poco a poco, escondiendo aquí y allá los paquetes, sería más fácil. Quizá en otros cien años alguien hiciera obras de nuevo, se los encontrara y se quedaría pensando qué misterio era aquel.

Pero ese ya no era su problema.

—Vale, vuelve con los demás —le indicó Adeline, aún sin creer que estuviera trabajando sin más—. Prefiero que estéis trabajando juntos.

—Claro, jefa.

Salió con rapidez. Adeline echó una última mirada a la habitación y a las maderas del suelo, pero todo parecía perfecto y no se le ocurría qué podría haber estado haciendo aparte de lo que él había dicho, trabajar, así que no le dio más vueltas y se fue con el resto.

Derek y Liv subieron al ático, iluminado por un par de pequeñas claraboyas y unas lámparas que apenas daban luz, y se miraron.

Estaba lleno de polvo, con alguna caja aquí y allá y lo que parecían sillas y muebles pequeños

cubiertos por sábanas que en alguna vida anterior habían sido blancas.

—No creo que saquemos nada bueno de aquí —comentó ella.

—Aparte de una buena sudada, porque vaya calor que hace aquí. Prefiero lavar el coche, si te digo la verdad, al menos hay agua de sobra para refrescarse.

Liv tragó saliva, notando la garganta seca y no precisamente por el calor que hacía allí arriba.

—Sí, ya te vi. —Él, que ya estaba apartando una sábana, se giró—. O sea, lavando el coche. No porque estuviera mirando, es que la ventana… Y yo estaba secando platos, entonces… —Carraspeó—. Anda, mira, una mecedora de casa del terror.

Señaló lo que Derek acababa de destapar, una mecedora de mimbre a la que le faltaba parte del respaldo. Él observó el mueble y sacudió la cabeza.

—Nada salvable —comentó—. Creo que vamos a llenar un contenedor con lo que hay aquí.

Quitó otra sábana, debajo de la cual encontraron un par de sillas llenas de agujeros de termitas. Poco a poco, fueron descubriendo todo lo que allí había y amontonándolo en una esquina, ya que nada de lo que había se podía salvar: o estaba estropeado, o comido por termitas, así que el día transcurrió sin ninguna emoción.

—Esos programas de tipos que encuentran tesoros en antiguos garajes y desvanes es un tongo —dijo Liv, cuando volvían en la pick up a la casa.

—Al menos ya está vacío —contestó Adeline—. Habéis hecho un gran trabajo, chicos.

Una vez en la casa, Derek agradeció mentalmente por milésima vez a quien fuera que había cortado el pelo a Shawn, ya que, desde entonces, podía ducharse sin tener que esperar dos horas y justo aquel día, estaba deseando quitarse la capa de polvo que se había llevado después del trabajo en el desván. Se reunió con los demás para cenar y, como casi cada noche, decidió salir al porche a fumar y estar un rato relajado con Liv, con quien cada vez estaba más a gusto. A gusto, aunque inquieto, porque no percibía en ella señal alguna que le diera vía libre para… lo que fuera, incluso un acercamiento breve. El tartamudeo incómodo del desván podía habérselo tomado así, de no ser ella tan dispersa, porque entre que la oía hablar sola de vez en cuando y que muchas veces parecía tener la cabeza en otro lugar… no se sentía nada seguro. Además, su sentido común le recordaba que estaba allí de paso, que carecía de sentido empezar, iniciar o intentar nada. Pero era inevitable: Liv llamaba su atención, se sentía muy atraído por ella. Si estaba animado al comenzar el día era porque sabía que ella estaría a su lado. Y con toda la felicidad del mundo habría cambiado a Shawn por la joven en las parejas de limpieza. Era como cuando te empezaba a gustar alguien y el resto no importaba, solo ese día y esas horas en las que ibas a ver a esa persona.

Vaya mierda, acababa de utilizar la palabra «gustar» y ni siquiera tenía claro si era eso. Ojalá pudiera preguntarle a Kate, ella sería muy clara y le diría si aquello tenía sentido o no.

Subió a su habitación para coger los cigarrillos, pero cuál fue su sorpresa cuando descubrió que no estaban sus cartones de tabaco.

Aunque estaba seguro de no haberlos cambiado de sitio, miró por toda la habitación e incluso en el cuarto de baño, sin éxito.

Entonces, la imagen de Carter vino a su mente. Salió disparado para hablar con Adeline, pero el mismo impulso que lo hizo salir, lo detuvo. Primero, porque no tenía pruebas. Y segundo, porque la última vez que había seguido sus impulsos la cosa no había acabado muy bien. No podía ir acusando a nadie así como así, tendría que hablar con él a ver si conseguía sacarle algo antes de acusarlo. Y si lo negaba, bueno, seguro que encontraba alguna forma de vengarse.

Así que, enfurruñado por quedarse sin fumar, por a saber cuánto tiempo, bajó al porche y se sentó en los escalones a mirar las estrellas mientras esperaba a Liv.

Capítulo 10

— Chicos, tengo buenas noticias — informó Adeline, con una sonrisa.

Había aprovechado que estaban todos juntos desayunando para poder decírselo a la vez. Se quedó expectante, pero no recibió nada más que alguna mirada de poco interés, lo contrario a la respuesta que había esperado. Supuso que podía ser porque la última vez que había dicho eso un sábado, la «sorpresa» había sido un cambio de tareas que no había gustado a nadie, por lo que al final había establecido un orden rotatorio con el que todo el mundo estaba más o menos contento. Aunque la lista seguía desapareciendo, eso sí.

Dio un par de sus acostumbradas palmadas y con aquello sí logró llamar su atención y que levantaran la vista de sus cafés, que parecían todos adictos vista la forma en que agarraban las tazas.

—Os digo de verdad que es algo bueno, no tiene nada que ver con el trabajo ni con voluntariado ni ninguna de esas cosas que tanto os emocionan —explicó—. Hoy podéis hacer una llamada personal.

—¿Nos vas a devolver los móviles? —preguntó Kumiko, emocionada por adelantado.

—No, no, nada de eso. Podéis llamar desde el teléfono del salón.

—¿Qué teléfono? —preguntó Shawn—. No hay ninguno.

—El que está en la pared.

—¿Eso no es un adorno? —replicó Kumiko, igual de confusa que él.

—¿Nunca has visto un teléfono fijo?

—Sí, pero no de esos. No tiene botones.

—Es de disco, como los de toda la vida.

—No sé de qué vida hablas, en la mía nunca ha habido teléfonos así —dijo Shawn.

—¿Hacemos turnos? —preguntó Derek, decidiendo cortar aquella diatriba sobre Shawn y su vida de lujo donde nunca había visto un teléfono antiguo.

—¿Solo podemos hacer una llamada? —preguntó Liv, casi a la vez.

—Sí —contestó Adeline, mirando a Derek—. Y sí también. —Miró a Liv.

Ella se quedó en silencio, mordiéndose el labio. Debería llamar a Maddy. Eso era lo correcto, lo lógico, lo adecuado. Su hermana se alegraría de saber de ella, de escuchar su voz, de saber que le iba bien y de que el castigo no era para tanto… Y ella también, la echaba de menos, pero había otra voz que necesitaba oír.

«Sabes que no te cogeré».

Sí, lo sabía, pero eso no había sido nunca un impedimento.

—Me encargaré de supervisar las llamadas. Dejaré una hoja en la nevera para que os apuntéis a las horas que prefiráis —siguió Adeline, cambiando el tono a uno de advertencia—. Espero que no desaparezca como la de tareas.

Eso ocasionó que todos se miraran entre ellos, pero ninguno dijo nada.

Adeline colocó el papel y el grupo fue pasando para apuntarse. Carter y Zazzie fueron los primeros en escribir sus nombres.

—Espero que hoy que nos tocan los cristales otra vez te esfuerces un poco más —comentó ella, mientras firmaba junto a la hora—. Frota, que yo bien que quito el polvo de todo.

Carter odiaba limpiar los cristales, lo único bueno era la compañía, aunque le volviera loca la cabeza con discursos día sí y día también.

—Lo intentaré —murmuró, dirigiéndose al teléfono con desgana.

A Derek y a Shawn les tocaba de nuevo limpiar el vehículo del infierno y cortar el césped. Fueron al armario donde se guardaban todos los útiles de limpieza para coger todo lo necesario.

—¿Por qué siempre nos toca limpiar la cápsula del infierno? —protestó Shawn.

—Adeline manda. —Se fijó en una balda—. Oye, vete saliendo, que tengo que ir a mi habitación a una cosa.

—Vale, pero no tardes, eh, que no pienso hacerlo todo yo solo.

—No, eso seguro que no.

Shawn salió refunfuñando, aunque se dio cuenta de que iba a estar unos minutos solos y podía aprovechar para desprenderse de otro par de paquetes de tabaco. Siempre llevaba alguno encima, para ir dejándolo donde pillara. Así que en cuanto salió, comprobó que nadie lo miraba y dejó los paquetes debajo de un par de piedras grandes que había junto a las mangueras.

Derek, por su parte, esperó a que Shawn estuviera fuera de la vista para coger un bote de líquido reparador de madera y lo vació en el del limpiacristales. No había conseguido pruebas contra Carter, así que decidió recurrir al antiguo «ojo por ojo». Era una venganza extraña, pero venganza al fin y al cabo: el chico se iba a entretener con la limpieza, sí…

Adeline se reunió con Liv en la cocina para limpiar y secar los platos.

—Todavía no te has apuntado en la lista —comentó, cogiendo un vaso para secarlo.

—Estoy pensando a qué hora hacerlo —contestó Liv.

La realidad era que todavía seguía indecisa e, incluso, se estaba planteando no llamar a nadie. En ese momento, Shawn y Derek comenzaron a lavar la *pick up*, mojándose en menos de treinta segundos.

«Lo estás mirando. ¿Por qué quieres llamarme a mí?».

—¿Qué piensas? —preguntó Adeline, al verla con la mirada perdida.

—¿Yo? —Pestañeó, apartando a Hayden de su mente y volviendo su atención a lo que ocurría en el exterior—. Nada, que las tareas así repartidas están bien, ¿no? Esos dos ya saben cómo lavar el coche.

—Ya. —Intercambiaron una sonrisa—. Sí, no lo hacen mal, no.

Kumiko se asomó a la cocina en ese momento, con cara de angustia.

—Adeline, necesito ayuda. Ese teléfono no funciona.

La chica se secó las manos y la siguió, intrigada. No se había quedado a escuchar las llamadas de Carter y Zazzie. Aunque debía controlar que solo hicieran una le parecía demasiado estar al lado sin darles privacidad, pero sí que había visto a cada uno marcar y saludar a la persona al otro lado de la línea con normalidad. Le extrañaba mucho que se hubiera estropeado el teléfono justo después.

—Mira, esto no va.

Kumiko cogió el auricular y comenzó a pulsar con un dedo los números a través de los agujeros circulares.

—¿Ves? ¡No pasa nada!

Adeline puso los ojos en blanco.

—¿Nunca has llamado de un teléfono así?

—¡Ya te dije que no! Y le he preguntado a Shawn antes de que se fuera a lavar el coche y me ha dicho que seguro que era así.

«No, si… vaya par, como para sobrevivir en un apocalipsis», pensó ella.

—Mira, es sencillo —le dijo.

Cogió el auricular y le mostró cómo girar la rueda para ir marcando los números, mientras Kumiko la contemplaba como si estuviera haciendo magia. Tras unos cuantos, Adeline dejó el auricular en su sitio y la miró.

—¿Comprendido? —preguntó.

—Vaya, qué cosas más curiosas. ¡Gracias!

Adeline esperó a ver si conseguía llamar y, una vez hecha la conexión, regresó a la cocina. Vio que Liv ya había apuntado una hora para ella y que el único que faltaba era Shawn, así que salió al exterior.

—Shawn, ven un segundo —lo llamó.

El chico dejó la manguera y se acercó, sin camiseta y con agua goteando por el pecho. Adeline había pensado que el corte de pelo le quitaría parte de su atractivo, pero nada de eso. Se obligó a ponerse seria y mantener la vista en su cara… lo cual tampoco ayudaba demasiado a mantenerse concentrada.

—No te has apuntado en la lista de llamadas —dijo, centrándose en lo que había ido a decir.

—No.

—¿Por qué?

—No puedo llamar a nadie.

—¿Y eso?

—No tengo mi móvil y ahí están todos los números guardados. No me sé de memoria el teléfono de nadie.

Adeline abrió la boca para replicar, pero no lo hizo al darse cuenta de que en realidad aquello no era tan extraño. Ahora que lo pensaba, ella solo se sabía cuatro, cinco a lo sumo, y para alguno tendría que pensarlo mucho.

—¿Quieres que mire el número de alguien en tu expediente o que lo pida al supervisor? No tienes por qué quedarte sin hacer tu llamada.

Shawn se quedó pensativo unos segundos. De llamar a alguien, sería a su padre, claro, pero por un lado, no estaba seguro de que lo cogiera después de su última conversación, y por el otro, tampoco le apetecía escuchar lo que fuera a decirle si lo hacía. No era una llamada que estuviera deseando hacer, desde luego. Así que agitó la cabeza de forma negativa.

—No, déjalo, gracias.

Regresó junto a Derek, mientras Adeline se quedaba mirándolo unos segundos, pensativa. ¿Qué clase de vida tenía una persona para no tener a nadie a quien llamar, después de semanas de aislamiento? Tenía que ser muy solitaria. Le resultaba extraño pensarlo, sobre todo de Shawn, que parecía tenerlo todo… ¿Y si ese «todo» era solo material, solo eran cosas como sus miles de maletas, cremas y neceseres, nada que realmente importara?

Quizá no lo conocía tanto como pensaba, las fichas solo eran datos y su imagen exterior y actitud daban a entender cosas que llevaban a conclusiones equivocadas. Pensó que debería conocerlo mejor… y al momento lo desechó. No, cada uno en su lugar era lo correcto, ¿para qué complicarse?

En la planta superior, Carter cogió el bote de líquido de limpiar y lo pulverizó en una de las

ventanas, esparciendo bien por toda la superficie para que Zazzie viera que se estaba esforzando de verdad. Pasó el trapo… y frunció el ceño. Algo estaba haciendo mal, porque no parecía que estuviera más limpio.

Volvió a echar, frotar, y retrocedió. Se frotó los ojos por si acaso pero no, algo pasaba porque el cristal parecía borroso.

—¿Cómo vais por aquí? —preguntó Adeline, apareciendo en la puerta.

—Yo casi he acabado con los muebles —contestó Zazzie, girándose con el trapo para el polvo en la mano.

—¿Qué pasa con los cristales?

Adeline se acercó, observando las ventanas con atención.

—No sé, estoy usando lo de siempre. —Carter le pasó el bote para que lo comprobara—. Algo pasa.

—Tiene un color raro —comentó Adeline.

—A lo mejor lo que pasa es que tienes que frotar más, Carter —intervino Zazzie.

El entrecerró los ojos, suspicaz. A ver si había echado algo en el bote para que tuviera que esforzarse… No se llevaban mal, pero la veía capaz de hacer alguna maniobra extraña para salirse con la suya.

—Voy a traerte otro, este tiene un aspecto extraño.

Adeline se marchó al cuarto de limpieza para coger un bote de limpiacristales nuevo. Colocó uno al lado del otro para compararlos y vio que, efectivamente, el que Carter le había entregado era algo más oscuro y, además, olía raro. Como a…

Su vista tropezó con el bote de reparador de muebles, que estaba a medio cerrar colocado en la balda de debajo. Se lo acercó a la nariz y lo dejó de nuevo en su sitio con el ceño fruncido. ¿Qué, estaban haciéndose bromitas? Pues no le hacía ninguna gracia. Había pensado dejarlos hacer una llamada a la semana, pero visto aquello, no pensaba hacerlo. Se limitaría a lo estrictamente establecido por el supervisor.

Tiró el bote estropeado y llevó uno nuevo a Carter, que parecía enfadado. Estaba claro que él no lo habría hecho, con algo así solo conseguiría perjudicarse a sí mismo, pero no sabía quién podría haber sido.

Volvió a la cocina, donde Liv había terminado de recoger, limpiar y secar toda la vajilla.

—Perdona, mañana movida —se disculpó—. Ya me encargo de empezar con la comida mientras haces la llamada.

Liv dudó de nuevo. Se había apuntado a esa hora, sí, pero todavía no estaba segura de lo que iba a hacer. Se dirigió con Adeline al salón a paso lento.

—No te preocupes que no me quedo a escuchar —comentó ella, al verla detenerse junto al teléfono y quedarse mirándolo—. Solo hasta que marques.

Liv tragó saliva. Cogió el auricular y acercó los dedos al disco. Giró una, dos veces… y colgó.

—Perdona —dijo, sacudiendo la cabeza—. Me he equivocado, ¿puedo marcar otra vez?

—Sí, no has llegado a llamar así que no cuenta.

«No cuenta», se repitió Liv, comenzando a marcar de nuevo. Terminó la secuencia de números y esperó, hasta que escuchó la voz de Maddy al otro lado de la línea y respiró aliviada. Su subconsciente se había puesto de acuerdo con su mente y había llamado a quien realmente necesitaba.

—Hola, Maddy —saludó.

Adeline la dejó sola y ella suspiró mientras hablaba con su hermana. No había esperado lograrlo, pero sentía que había dado un gran paso.

Al día siguiente era cuatro de julio, por lo que se quedaron sin día de descanso y, tal y como Adeline había avisado, tenían que ir a un centro social a dar la comida. Pero cuando llegaron allí, se encontraron con que no solo era repartirla: también tenían que hacerla.

—¿Voluntarios para la cocina? —preguntó Adeline.

Mary Sue levantó la mano.

—Tengo experiencia en cocinar para mucha gente —dijo.

—¿Y por qué nunca te toca cocinar en la casa? —preguntó Zazzie.

—Si quieres puedes supervisar —contestó Adeline, que no sabía qué excusa poner sin levantar sospechas. Ella afirmó—. Bien, pues hay que hacer dos grupos: uno para cocinar y otro para preparar las mesas.

—¡Yo! —Kumiko levantó la mano—. Yo quiero hacer eso, sé cómo hacer figuras con servilletas, quedarán preciosas.

—Lo importante es que cada uno tenga un plato, vaso y cubiertos —recalcó Adeline.

—¿Y no pueden tenerlo, pero bonito? Zazzie me ayuda, ¿a que sí?

La aludida no había tenido ninguna intención de poner la mesa, pero tampoco le llamaba la atención cocinar, así que afirmó con la cabeza. Lo mismo ponerse a hacer pijerías de esas era más entretenido. Desde el incidente con el mono, su relación con Kumiko no era tan tensa y la chica no la sacaba tanto de sus casillas. Incluso le había enseñado cómo arreglaba sus cosas y, aunque le seguían pareciendo muy exageradas, e incluso horteras, apreciaba el esfuerzo e ilusión que ponía detrás y no podía menos que respetarlo.

Carter se apuntó con ellas, mientras que Derek y Liv acabaron ofreciéndose voluntarios para cocinar, visto que a nadie parecía atraerle esa parte.

Adeline miró a Shawn que, para no variar, se había quedado solo en el reparto y estaba enfurruñado por ello en un lado.

—Tú conmigo —le dijo—. Nos encargaremos de ir sacando las cosas que hacen falta para todos, ¿de acuerdo?

—O sea, mozo de carga.

—Más o menos. Vamos al almacén.

Lo llevó primero a la zona donde estaba la comida para sacársela a los cocineros y después se encargaron de las cajas con lo necesario para las mesas. Después, mientras los dos grupos iban haciendo sus tareas, ellos dos se encargaron de colocar adornos para alegrar un poco el local y acumular bandejas en una esquina.

Los encargados del centro aparecieron un par de horas antes de la hora de apertura y se mostraron encantados al ver el trabajo que habían hecho.

—Es increíble —comentó una mujer, cogiendo una servilleta con forma de cisne—. Esto es una obra de arte, nunca se nos había ocurrido hacer algo así.

Kumiko les había enseñado a hacer cosas sencillas con las servilletas de papel, como barquitos y flores simples, y ella había ido haciendo cisnes, unicornios, rosas… Entre aquello y los adornos de las paredes, el lugar parecía preparado para una fiesta.

—Está muy bien —dijo el encargado, estrechando la mano de Adeline en agradecimiento—. Mejor que cualquier otro año.

—Gracias, ha sido todo un esfuerzo —contestó Shawn, adelantándose para estrecharle la mano también.

Adeline lo dejó hacer, el hombre había estado cargando cosas de un lado al otro y se merecía el mismo reconocimiento que los demás. Le presentó a los encargados y después hizo lo mismo

con el resto.

Una vez todo cocinado y preparado, se prepararon detrás de la barra para repartir, donde también se metieron Shawn y ella.

Carter, Kumiko y Zazzie se quedaron fuera para ir recibiendo a la gente y sentándola en las mesas. Después se encargarían de ir llenando los vasos según hiciera falta.

Derek y Liv se colocaron en la zona de postres, preparados para la hora del comienzo. Cuando los encargados abrieron las puertas, los dos se quedaron asombrados mirando el número elevado de personas que había estado haciendo fila y que avanzaban hacia ellos.

—Madre mía, sí que hay gente necesitada por aquí —comentó Liv.

—Sí, te hace plantearte cosas, ¿verdad? Nos quejamos por tantas tonterías… y toda esta gente no tiene ni para comer.

—Supongo que no sabemos lo que tenemos hasta que lo perdemos —susurró.

—Eso es. Esto debería servirnos de lección y para mí es la segunda vez, pero se ve que soy cabezota.

—¿A qué te refieres? —Liv ladeó la cabeza en su dirección.

—Ah, nada. Hace unos cuatro años tuve un infarto.

—Lo siento —le dijo ella, mirándolo sin poder creerlo.

Le parecía increíble que un hombre con ese aspecto tan saludable hubiera podido sufrir algo así.

—¿No deberías trabajar un límite de horas o algo así? —preguntó, preocupada al pensar en las horas que pasaba en la obra.

—No, estoy bien. Hice varios cambios en su momento.

Liv no podía evitar sentir cierta preocupación, pero se dijo que aquel tampoco era el momento ni el lugar para hablar de ello. La gente había hecho una fila y avanzaba hacia ellos, así que dejó el tema para otro momento. Quizá en alguna de sus charlas nocturnas, por ejemplo.

Una mujer mayor llegó a su altura, con la bandeja llena de comida, y le sirvió una ración de tarta con una sonrisa. La que recibió a cambio fue tan natural, agradecida y brillante que solo por eso pensó que el esfuerzo del día y las horas que iban a estar de pie merecían la pena.

Tras entregar y servir todas las cenas, tuvieron que ayudar a limpiar y recoger, por lo que cuando llegaron a la casa estaban agotados y la mayoría se fue directamente a la cama.

Todos, menos Derek y Liv, que salieron al porche a disfrutar de la noche estrellada.

Con una mirada de complicidad, Derek extendió la mano y le mostró la palma a Liv, donde había un pequeño cigarrillo liado de forma casera. Ella emitió un ruido de sorpresa y alzó la mirada hacia él.

—¿Es lo que creo que es?

—Esto nos dará un respiro. El mejor final para un día largo —comentó Derek, con una sonrisa perezosa en los labios.

Ay, madre, Liv no estaba segura de que fumar marihuana con aquel hombre a su lado fuera la mejor idea del mundo. Ya le resultaba bastante atractivo sin sustancias desinhibidoras por medio; le preocupaba que su lengua se soltara y hablara más de la cuenta, que acabara por decir alguna tontería… o mostrarse tal cual era. Si un hombre había salido huyendo de ella en el pasado, ¿por qué no podía suceder lo mismo en el presente? La historia siempre se repetía, ¿no?

—¿De dónde lo has sacado? —quiso saber, sacudiendo la cabeza para ver si así los pensamientos negativos se desvanecían.

—Me lo ha regalado Zazzie. Dice que a veces fuma para relajarse.

—Dios, no fumo marihuana desde el instituto.

—Yo tampoco. Bueno, no, también en la universidad… ¿Qué dices, rompemos las normas? —preguntó él, con una sonrisa provocadora.

Qué combinación tan mala: la noche estrellada y fumar marihuana. Solo le faltaba estar colocada para perder el norte por completo.

«¿Estás segura de que esto es lo que quieres hacer?».

La voz de Hayden en su cabeza dándole lecciones de moralidad la irritó sobremanera. ¿Cuál era el problema si se soltaba un poco? Tampoco era un crimen abandonar la angustia durante un rato, aquella voz podría ser más comprensiva.

—Para eso están, para romperlas de vez en cuando —murmuró.

—¿Seguro?

—Además, si nos pillan siempre podemos decir que nos añadan un par de días a la condena.

Derek se echó a reír.

—O mejor, diremos que es medicinal y así no habrá condena.

—¿Colaría? —preguntó Liv, alzando una ceja.

—Si hace falta jugaré la baza del infarto, no te preocupes.

La morena permaneció callada mientras él encendía el cigarrillo. Aunque el comentario había sido en tono jocoso, no podía pasar por alto la seriedad del mismo. Tan joven y con un infarto a sus espaldas, la vida podía ser tan hija de puta a veces…

—Estoy bien, de verdad —comentó él, al alzar la mirada y ver su expresión—. Fue una época dura de mi vida, trabajaba demasiado y mi corazón me dio un pequeño aviso, eso es todo. No he vuelto a tener problemas de ese tipo.

Ella afirmó. No quería hacerle sentir incómodo hablando de temas que quizá resultaban demasiado personales, aunque fuera Derek quien lo hubiera comentado por segunda vez aquel día de forma natural. No era ese tipo de persona cuya necesidad de saberlo todo se anteponía al sentido común.

Derek le alargó el cigarrillo después de encenderlo y Liv lo cogió. Ese breve roce entre ellos de nuevo provocó cierta electricidad en su piel, pero no dejó que le afectara. No debía, no estaba allí para pensar en esas cosas.

«Y no debes porque…».

Liv ignoró la voz en su cabeza. No podía responder, no como quisiera, y menos en presencia de Derek.

«Creo que deberías rehacer tu vida. Lo veo bien. Aunque no tengo claro que hacerlo durante una condena en servicios comunitarios sea la mejor manera».

—¿Por qué? —preguntó, sin poder contenerse.

«Además, casi no conoces a este tipo. ¿Por qué está aquí? ¿Y si es peligroso?».

—¿Por qué, qué? —pregunto Derek, observándola con atención.

—Perdón, estaba hablando sola. Lo hago a menudo —explicó la joven, con una sonrisa a modo de disculpa.

—Algo me había parecido ver, sí…

Ella encendió el cigarrillo de marihuana. De inmediato, el olor la transportó a muchos años atrás, trayendo infinidad de recuerdos y momentos. Era una sensación agridulce; por un lado, se sentía feliz, pero por otra… ¿qué había pasado con su vida? ¿Cuándo y en qué momento habían pasado todos esos años? ¿Por qué siempre tenía la sensación de que no había aprovechado el tiempo todo lo posible? El último año y medio obviamente no contaba, estaba en una pausa como espectadora, pero los cuatro o cinco anteriores tampoco habían sido los mejores del mundo. Tenía treinta y cuatro años y se sentía como si tuviera el doble: su energía durante los

últimos meses era equiparable a la de su abuela.

Exhaló el humo con serenidad y dejó que hiciera efecto. Al menos, aquello la iba a relajar. Era posible que hasta le diera un respiro a su cerebro, bien sabía que necesitaba algo que apagara el interruptor durante un rato.

—Vaya, fumas como una experta. No te has atragantado ni nada —comentó él.

—¿Por qué Zazzie te ha regalado esto? —murmuró, recostándose contra la mecedora.

—Dice que estoy de peor humor desde que mi alijo desapareció.

Liv soltó una risita sin malicia y le alargó el cigarrillo. Derek le había contado que alguien había cogido su tabaco y, aunque seguía buscándolo y tenía sus sospechas sobre quién había sido, no había aparecido por ningún lado ni había podido ir a comprar.

Derek cogió el cigarrillo sin añadir nada más y le dio una calada con cautela. No quería pasarse, que aquello no era lo mismo que el tabaco normal, y aunque había fumado en su momento, nunca le había gustado perder el control. La marihuana se abrió paso hasta sus pulmones, relajando la tensión que llevaba encima desde que Kate lo dejara en la entrada de la casa. Parecía que hubiera pasado una eternidad desde entonces, casi lo tenía borroso.

—Qué recuerdos —dijo Liv, dejando vagar sus ojos por el cielo—. Lo felices que éramos de adolescentes y ni siquiera lo sabíamos, ¿verdad?

Él dejó salir el humo con una mueca de placer y luego se acomodó en la misma postura que Liv. Puede que Kate no estuviera muy desencaminada, desde luego la mecedora colgante era una gozada… El movimiento era tan ondeante que no molestaba, era como seguir con la mirada el cauce de un río, muy relajante.

—¿Qué le dirías a tu yo de aquellos años, si pudieras hablar con ella? —preguntó.

Era una idiotez de pregunta, además de rara, pero justo así se sentía Derek en ese momento: raro e idiota.

—Muchas cosas —contestó Liv, después de meditar unos segundos—. Le diría… «presta más atención en clase, Liv, es importante». Le diría que no debe acomplejarse por sus pecas, que no son un defecto. Que no permita que le importe tanto lo que piensen los demás… que viaje, explore y conozca mundo en lugar de… casarse tan pronto.

Derek la miró de reojo. Bueno, ahí estaba: casada. Pero no llevaba anillo, ni lo había visto en ningún momento desde que empezaran los servicios comunitarios.

Si estaba divorciada como él sería perfecto, pero si estaba separada… eso era más complicado. Con lo de las pecas estaba de acuerdo, eso sí, a él le gustaban. Igual que el resto de su cara, que empezaba a estar más que presente en sus pensamientos.

—Pero, sobre todo, le diría que estuviera atenta. Un montón de cosas malas pasan cuando no estás atento, ¿sabes? Luego echas la mirada atrás y piensas: «¿cómo no me di cuenta?».

—Ya, te entiendo. A veces estamos distraídos mirando hacia otro lugar.

—¿Sabes? Cuando era cría, mis padres nos llevaban de acampada a mi hermana y a mí a Twin Lakes, aunque por esa época no era el resort lujoso en el que se ha convertido ahora. Estaba solo el *camping*, el lago y el resto era naturaleza. Me encantaba pasar el verano allí porque dejabas atrás el agobio de la ciudad.

—¿Ya por esa época sentías el estrés de la ciudad? —bromeó él.

—Supongo que no tenía clara la manera de definirlo, pero allí me sentía más libre, sí. Y siempre me acuerdo de que todas las noches salíamos a recorrer la zona de los lagos. Mis padres decían que la naturaleza de noche merece mucho la pena, y tenían razón. Por el camino veía cientos de luciérnagas y era un espectáculo, créeme. Mi cabeza no procesaba cómo aquella luz podía salir de un insecto, pero sé que me parecían mágicas. Luego dejamos de ir.

—¿Por qué?

—Quizá empezábamos a ser mayores, no lo sé. No recuerdo haberme negado, solo sé que un año cambiamos de destino y ya no volvimos allí. A mí me parecía bien cualquier sitio al que nos llevaran, pero echaba de menos aquella magia, no sé…

No había nada que Derek pudiera decir que quedara bien en ese momento, así que decidió permanecer callado. Dio otra calada y le pasó el cigarrillo.

—Cuando cumplí los veinticinco me acordé de ese sitio al ver unas fotos y siguiendo un impulso, cogí mi coche y fui hasta allí. No sé bien qué pretendía, si recuperar la ilusión o algo por el estilo, pero el caso es que lo hice —comentó ella con una mueca de disgusto—. Si hubiera visto una, una sola de aquellas luciérnagas, creo que habría sido suficiente para hacerme feliz. Pero no había ninguna.

—¿Por qué no?

—Porque convirtieron el sitio en un *camping* resort de lujo y los alrededores también. Todos los lugares por donde paseábamos estaban edificados, así que no quedaba mucha naturaleza que digamos. Menuda bofetada de realidad fue… No le damos importancia a las cosas que la tienen hasta que es tarde y no tiene remedio.

—¿Esto es una metáfora de algo que no quieres contarme?

—Tal vez.

—Puedes contarme cualquier cosa, ya lo sabes.

Liv fumó de nuevo, sopesando la idea por un minuto. Sí, ¿por qué no? Sabía que la entendería, cualquier persona lo haría. Pero ¿quería compartir su carga? ¿Y si Derek se asustaba al darse cuenta de que estaba medio loca y salía huyendo? ¿O a lo mejor era ella, que no se atrevía a verbalizar el problema en voz alta? Ahora estaba relajada, a gusto, cómoda… No quería estropearlo.

—Creo que ya he dicho bastantes tonterías por hoy…

—Por eso no te preocupes, mañana las habremos olvidado —sonrió él.

Liv le pasó el cigarrillo, pero no dijo nada. Quizá él tuviera razón y al día siguiente olvidarían las tonterías que habían dicho, pero también por eso, precisamente, prefería no añadir nada más.

Si le contaba algo, quería que la escuchara y la comprendiera sin obstáculos químicos ni falsas sensaciones de relajación.

Capítulo 11

Cuando Derek bajó el sábado por la mañana a desayunar, después de una semana infernal en la casa donde les había tocado batallar con cientos de ventanas, se encontró con que había más malas noticias, en forma de papel y sujetas a la nevera con un imán: la lista de tareas del día.

¡Cómo odiaba los sábados! Estaba obligado a pasar parte del día trabajando con Shawn en lo que fuera, lo que siempre terminaba con él haciendo un setenta por ciento del trabajo mientras su compañero se las ingeniaba para escabullirse con una maestría que lo dejaba atónito.

Por ejemplo, ponía gesto de agobio y le comentaba que tenía que ir al baño de forma urgente, y para cuando Derek notaba su ausencia, había transcurrido media hora. O tenía mucha sed, necesitaba beber agua de la manguera, se mojaba por accidente y después tenía que cambiarse, todo lo cual le llevaba un tiempo estimable. Y Derek conocía lo suficiente a su compañero para saber que nunca se mojaba por accidente.

Así que cuando vio que ese día le tocaba nada menos que cocinar con él, empezó a gruñir antes de que Adeline pusiera siquiera el café sobre la mesa.

¿Y cómo estaba la lista en su sitio? Si él mismo se había ocupado de romperla la noche anterior en un descuido de Adeline. Seguro que la mujer estaba haciendo copias de reserva o algo así, no tenía otra explicación.

—¿Cocinar? —refunfuñó—. Esto es broma, ¿no? —Miró a Adeline, que charlaba tranquilamente con Liv y Zazzie, las primeras en bajar.

—No —respondió esta, con expresión confusa—. ¿Por qué?

—La cocina no es mi especialidad. Y a lo mejor me equivoco, pero me da la sensación de que tampoco será la de Shawn… ¿quién apuesta a que al final del día tienes antes un techo chamuscado que un pollo?

Tanto Zazzie como Liv alzaron la mano, lo que provocó que Adeline frunciera el ceño.

—Venga, no pienses así. No tienes que subestimar vuestro potencial, yo estoy segura de que se os puede dar bien.

Solo recibió una mueca escéptica de Derek, lo que no la tranquilizó demasiado. Pero no iba a dar marcha atrás, quería que todos pasaran por distintos trabajos de la casa. No era justo que fueran siempre las mismas personas quienes se ocuparan de ciertas cosas, no era igual cocinar para nueve que quitar el polvo, por ejemplo. Y Liv necesitaba que le diera un poco el aire y había pensado llevársela al pueblo para hacer compras y tomarse un café juntas.

—No exageres —intervino esta—. Estuviste cocinando en la comida benéfica y te apañas.

Derek agradeció el cumplido, pero hubiera preferido que hubiera ido destinado a ayudarlo en librarse de la cocina. En realidad, no le molestaba eso en sí, sino el compañero que tenía. Lavando la *pick up* al menos estaban a cierta distancia, pero en aquel espacio más reducido… esperaba que no lo sacara de sus casillas.

—¿Nos vamos? —preguntó Adeline, haciendo un gesto a Liv.

Ella asintió, mientras Zazzie las observaba con una mueca de fastidio.

—A ver cuándo me llevas a mí también —dijo—. Que hacer la colada no es nada guay. Tampoco puedo garantizar que, cuando volváis, Carter no haya puesto la ropa del color de los cristales.

—La semana que viene vendrás tú —prometió Adeline, con una sonrisa.

—Suerte —añadió Liv, antes de salir con ella.

Derek se dejó caer en la silla y miró al techo. Zazzie le acercó una taza de café, meneando la cabeza con un mohín.

—Antes, el sábado era mi día favorito. Pero ahora lo detesto.

—Yo también.

—Bueno, no desesperes, lo mismo el señor neceseres nos da la sorpresa y sabe algo de cocina.

—¿Apostamos?

La joven le dio unas palmaditas de ánimo en el hombro y salió, tras coger la cesta con todos los productos que iba a necesitar para hacer las tropecientas coladas pendientes. Kumiko la había puesto al día de lo duro que era, y con las pocas ganas que empleaba Carter…

Cuando Derek se preguntaba si su compañero tendría intenciones de bajar en algún momento, Shawn entró en la cocina silbando la canción mañanera. Abrió la boca para saludar, pero al ver que allí solo estaba Derek, cerró la boca. Volvió a examinar el lugar para cerciorarse que estaban solos, como si no pudiera creer en su mala suerte.

—¿Y los demás? —se atrevió a preguntar, pese al gesto de mal humor que tenía Derek.

—Haciendo cosas, como todos los sábados.

—¿Y Adeline?

—Se ha ido con Liv al centro, supongo que a comprar o qué sé yo.

Shawn miró por la ventaba con tristeza. Seguro que irían a la cafetería de los cupones y los usarían para el desayuno, o cualquier otra cosa. Tenía tan pocas distracciones que hasta un paseo por el supermercado le parecía más apetecible que quedarse allí. Y ya si la otra opción era trabajar con Derek, el supermercado era el plan del siglo, la fiesta de las fiestas, ¡la juerga suprema!

Pero ella había elegido a Liv para acompañarla, así que no tenía remedio. Quizás él hubiera cubierto el cupo de desayunos… ¡qué faena!

Abrió la nevera para coger la leche y entonces leyó la lista. ¿Cocinar? Pero si él no había cogido una cazuela en su vida, ni siquiera para hervir agua. Era incapaz de recordar si la medida del arroz debía ser la mitad que el agua, o cuándo añadir la sal para cocer pasta. Sabía usar la tostadora y el microondas, y gracias.

Miró de reojo a su compañero, exasperado. Como era don perfecto y sabía hacer todo, seguro que también cocinaba. ¿Por qué habían tenido que ponerlo con él y no con otro torpe como Carter, donde no se notara tanta diferencia? Además, estaba el tema del pelo, que aún no se lo había perdonado. Y eso que, pese al esfuerzo de admitirlo, se sentía más feliz desde que se había rapado. Vale que no se veía tan interesante como antes, pero ¿y el tiempo que ganaba?

Sonrió al recordar que se la había devuelto robándole los cigarrillos, y desde entonces, Derek estaba de bastante peor humor, se notaba. Aunque a ese paso dejaría de fumar, lo que era mejor para su salud, así que a lo mejor hasta le daba las gracias y todo.

Se sirvió el café, acomodándose delante de su compañero.

—Vale, nos toca cocinar —dijo.

—¿Sabes?

—¿Bromeas? —mintió Shawn, herido al ver el escepticismo en los ojos de Derek—. Hice un

curso de cocina hace años.

—¿Y lo terminaste?

—No, pero las nociones importantes se quedaron conmigo. Es más, mira. —Se acercó al cajón de la mesa y sacó un libro—. Elegimos cualquier receta de aquí y seguro que me sale. Vamos, te aseguro que tengo buena mano.

Derek no parecía confiar mucho y Shawn se preguntó por qué no paraba de mentir. Estaba claro que en algún momento se iba a ver que no tenía ni idea de lo que hacía, así que pensó que lo mejor sería encontrar un plato poco habitual. Así, Derek no notaría nada hasta más adelante y lo mismo hasta le salía bien. El dicho de la suerte del principiante sería por algo.

Antes de que Derek pudiera decir nada, Shawn abrió el recetario y leyó a toda prisa hasta que encontró algo fuera de lo común.

—Mira, tortilla española —leyó, como si entendiera del tema.

—¿Y no sería mejor no complicarnos con una receta rara y hacer algo más normal? Yo qué sé, ensalada, algo al horno. Sabrás usar el horno, ¿no?

¿El horno? Si parecía una nave espacial.

—Pues claro que sé. Pero esto es más especial, así verán que nos hemos esforzado… Oye, lo mismo Adeline se impresiona y nos deja hacer otra llamada.

Derek miró por encima la receta, pero aquello tenía pinta de ser mucho trabajo: había que pelar y picar patatas, batir huevos, freír por un lado, luego por otro… Y no imaginaba a Shawn lanzando una masa poco compacta al aire y recuperándola sin que esta acabara en las paredes.

—Tú no te preocupes por nada, confía en mí —insistió Shawn.

Ahora sí que extrañaba su móvil, de haber estado en sus manos podría consultar un video sobre cómo se hacía aquella cosa.

Cuando Derek regresó de la nevera con un cartón de huevos, se maldijo a sí mismo, ¿por qué elegir semejante plato? ¡Si él no había frito un huevo en su vida!

—No hacen falta tantos huevos —observó—. Mira la foto.

—Ya, pero es que hay que cocinar para nueve, no lo olvides. ¿Seguro que sabrás hacer una tortilla de ese tamaño?

Shawn empezó a sudar, pero ya no podía echarse atrás. Abrió un armario hasta que encontró la sartén más grande, la cogió y la depositó sobre la cocina, apartándose el pelo con un resoplido… Hasta que recordó que no tenía pelo que lo molestara y dejó de soplar.

—¿Puedes ir pelando las patatas? —preguntó—. Voy a repasar la receta, que lo mismo se me ha olvidado algún detalle.

Derek no puso pegas. Fue a lavar las patatas, se sentó con ellas en la mesa y comenzó a pelar y picar de manera eficaz, no sin dejar de lanzar miradas de reojo a Shawn, aún sin fiarse de sus dotes culinarias.

Este repasó a toda prisa la receta, tratando de memorizarla. No iba a estar consultando todo el tiempo, resultaría sospechoso, pero… ¿batir todos los huevos en un bol? Bueno, eso no podía ser difícil.

Puso el bol de cristal ante sí, cogió un huevo y lo cascó contra el costado, como había visto hacer algunas veces a la mujer que cocinaba en casa de su padre. Pero algo no salió bien, porque no solo cayó el huevo, sino una buena parte de las cáscaras de este. Metió los dedos para quitarlas, pero la textura gelatinosa del huevo hacía que se escurrieran continuamente y apenas pudiera recuperar alguna.

—¿Todo bien? —preguntó Derek, al oírlo soltar una maldición.

—Sí, sí, todo de maravilla. Es que estos huevos son muy frescos, ya sabes, y no es muy

común.

Vio que Derek se incorporaba, así que se apresuró a carraspear:

—¿Puedes traerme la sal?

Aprovechó que iba a por ella para revolver con una espumadera el huevo, observando con satisfacción como las cáscaras quedaban ocultas en el fondo. Cogió la sal, echó una pizca después de simular que calculaba, y sonrió.

—Perfecto, esto ya está.

—Creo que tienes que echar el resto de los huevos. —Derek se acercó para hojear la receta.

—Pero la sal es importante ponerla con el primero, por las propiedades.

—Las propiedades… ¿Seguro que sabes lo que haces?

—A ver, ¿quién ha hecho el curso de cocina aquí, tú o yo? ¡Yo! Sigue pelando patatas, vamos.

No podía ocultar lo mucho que disfrutaba al darle órdenes, eso se imponía al sentido común, de forma que decidió continuar con la farsa. Rompió el resto de los huevos hasta que el bol estuvo a rebosar y él había perdido la cuenta de los trocitos de cáscara que habían caído dentro.

Bah, mezclado con las patatas no se notaría mucho, seguro.

—¿Las tienes? —preguntó, mirándolo con un gesto de superioridad.

—A ver, que tengo que pelar un montón y esto no es lo mío…

—Ya lo veo, ya. —Se acercó para examinar las patatas cortadas, como si entendiera—. Un poco irregulares, pero tendremos que apañarnos.

Volvió hacia la cocina mientras Derek lo fulminaba con la mirada. ¿Sus patatas, irregulares? Irregular le iba a quedar la cara, si seguía acercándose tanto a la sartén, llena de aceite y que empezaba a humear. Volvió a mirar el libro, entrecerrando los ojos.

—No es por fastidiar, pero según esto primero se fríen las patatas…

—Qué va, esto se hace así, mira.

Y vertió el bol con los doce huevos batidos en la sartén. Al momento, la masa se hundió hasta el fondo y comenzó a burbujear y salpicar mientras los dos observaban con atención.

—Creo que no… —empezó Derek.

Partes del huevo explotaron dentro de la sartén, provocando que los hombres se apartaran a toda prisa para evitar ser alcanzados por el aceite caliente. Algunos trozos salieron volando por al aire, así que Shawn y Derek se parapetaron bajo un par de trapos de cocina para tratar de acercarse hasta los fogones y apagar el fuego.

Una vez conseguido, ambos se quedaron en silencio y con actitud derrotada. Shawn esperaba un estallido por parte de Derek, pero cuando pasaron los minutos y vio que este no llegaba, suspiró.

—No sabía hacer tortilla española —admitió.

—No, si ya me he dado cuenta. ¿Por qué has dicho que sabías? Podíamos haber optado por algo más sencillo, pasta y arroz, que sabe hacerlo cualquiera.

Ahí estaba, don perfecto otra vez.

—Pues no, ¡no lo sabe hacer cualquiera! —protestó—. ¡Yo no sé!

—Joder, ¡pues dilo! Podía habértelo explicado.

—¡Pero si no me puedes ni ver! Siempre que nos toca hacer algo juntos no me da la sensación de que vayas a ayudarme demasiado…

Derek se frotó la frente, sin poder creer lo que escuchaba. Cierto que no era la persona más paciente del mundo, pero en ningún momento había visto a Shawn interesado en aprender nada. Por otro lado, después de su flamante comienzo, era lógico que tampoco se hubiera atrevido a

preguntar.

—Por favor, no le cuentes esto a los demás —le pidió Shawn, haciendo que lo mirara sorprendido—. Ya se burlan bastante de mí. No quiero que Adeline piense que soy un inútil en todo.

—¿Y por qué te importa su opinión?

—Es nuestra jefa, podría quitarme privilegios —comentó.

Entre otras cosas, pero no podía decírselas a Derek. Si arrojaba información del mismo modo que tiraba agua a la gente… No, no podía confesarle que quería que ella lo mirara con buenos ojos, no como si no sirviera para nada. Porque allí todos lo trataban como si fuera un inútil empezaba a pensar que quizás fuera verdad. Su vida siempre había sido tan fácil que nunca había pelado una patata: su problema más grave consistía en conseguir cita para recortarse la barba, y de pronto vio clara la distancia que lo separaba del resto. Y comprendió el motivo de que siempre estuvieran contra él.

—Habrá que limpiar este desastre —suspiró Derek, mirando alrededor—. Y seguimos teniendo que hacer la comida, así que vamos a movernos.

—¿Me vas a cubrir? —preguntó Shawn, a la defensiva.

Antes de que Derek pudiera responder, la puerta se abrió y apareció Mary Sue. Examinó a ambos y después el estado en que estaba la cocina. La mujer cerró la puerta, guardó los trapos del polvo en el armario de la entrada y se aproximó hasta ellos.

—Madre de Dios, pero ¿qué ha pasado aquí, queridos? —quiso saber, desplazando su mirada hasta el techo, donde había llegado un trozo de huevo.

Shawn miró a Derek, y este se encogió de hombros.

—Hemos intentado innovar con esta receta —dijo, entregándole el recetario—. Pero… se nos ha caído el huevo en la sartén, ejem.

—Oh, tortilla. Yo sé cocinar esto. —Ella aplaudió, entusiasmada—. Primero hay que freír las patatas, después se añade el huevo… sin cáscaras, por cierto, y luego es vuelta y vuelta. Pero es muy complicado dar vuelta a una tan grande, normalmente se hacen dos o tres, depende de los comensales.

—Cierto, que tú eres cocinera —recordó Derek, decidiendo que aquel era el mejor momento del mundo para hacer funcionar sus hoyuelos con una sonrisa—. ¿Nos ayudarías?

Ella permaneció pensativa unos segundos. Su tarea estaba lista, lo que significaba que tenía tiempo de sobra y mientras los chicos limpiaban el desastre, podía ir friendo las patatas que estaban peladas. Si Adeline preguntaba qué había sido de la docena de huevos que ahora estaba esparcida por las paredes, le dirían que estaba despistada y solo quedaba una.

Cocinar era su actividad preferida y podía preparar una comida maravillosa. Además, ¿quién podía negarse con los hoyuelos de aquel muchacho? Imposible.

—Os ayudo —confirmó—. Será un placer, de hecho. Empezad a limpiar este desastre, que yo me ocupo de preparar una tortilla que no olvidará nadie.

Shawn se mantuvo tenso, no las tenía todas consigo respecto a que Derek no contara por ahí su desastrosa experiencia culinaria, pero cuando vio que se ponía a limpiar el desaguisado sin añadir nada más, supo que estaba salvado y que aquello no saldría de la cocina.

Bueno, igual aquel tío no era tan capullo como pensaba…

En Hendersonville, Adeline y Liv habían terminado las compras y la primera la llevó a la cafetería donde le daban sellos. Cuando Liv la vio sacar la tarjeta, sonrió.

—Ah, ahora entiendo los comentarios de Shawn sobre los sellos —dijo.

—Creo que no había visto nada así antes. —Cogieron los cafés y se sentaron—. No conozco a nadie que haya estudiado tantas cosas y, sin embargo, sea tan…

Dio un sorbo al café mientras buscaba la palabra adecuada, porque lo primero que le venía a la cabeza era «inútil», aunque lo cierto era que el chico al final estaba trabajando con los demás mejor de lo que ella había esperado.

—¿Inútil? —terminó Liv.

—Más o menos. Aunque en su favor diré que parece que está aprendiendo.

—Sí, desde luego lavar la *pick up* lo hace muy bien.

—Como Derek, ¿no? —Se miraron y sonrieron—. Pero no puedo tenerlos haciendo lo mismo todos los sábados, por desgracia.

—Sí, es una pena.

Cogió su taza mientras Adeline la observaba. Le parecía que Liv no tenía un aspecto tan melancólico como cuando había llegado, aunque todavía sentía como si la rodeara un cierto halo de tristeza.

—Os lleváis bien, ¿no? —comentó, haciendo que Liv la mirara—. Derek y tú, me refiero. Sé que soléis estar en el porche por las noches.

—Sí, bueno, es majo. —Tomó un sorbo, pero se dio cuenta de que Adeline seguía observándola, como si esperara algo más—. Se puede hablar con él, es… no sé, supongo que dentro del castigo que supone estar haciendo trabajos sociales, me distrae. Además, me encanta salir a tu porche. Se respira tranquilidad, no sé, pensaba que odiaría estar aquí, pero la verdad es que me gusta.

—Ajá. ¿Y no hay nada más?

—¿Está prohibido intimar o algo así?

—Oh, no, no, no lo preguntaba por eso —se apresuró a corregir—. Es cotilleo puro y duro. Aunque el hecho de que me lo preguntes ya me dice mucho.

Le guiñó un ojo mientras Liv enrojecía ligeramente. Al darse cuenta, se llevó las manos a las mejillas como si así pudiera ocultarlo.

—No quiero intimar con él… —murmuró—. No es… es decir, no es fácil, yo… estoy, o más bien, estaba… —Sacudió la cabeza—. Es complicado.

Adeline alargó una mano para coger la suya y mirarla con cariño.

—Puedes confiar en mí. Lo sabes, ¿verdad?

Liv la miró, indecisa. Le gustaría contarle todo, su pasado, lo que le ocurría con Derek, aunque ni siquiera ella se entendía… Pero el mismo miedo que tenía a abrirse al chico le impedía hacerlo con Adeline.

—Gracias, Adeline —contestó—. Quizá en otro momento. Cuando necesites otro café para sellar.

—Pues eso siempre.

Se echaron a reír. Estuvieron un rato más en la cafetería, hablando sobre cómo avanzaba la obra y compartiendo risas, hasta que se dieron cuenta de que casi era mediodía y debían volver.

Cuando se bajaron del coche y entraron en la casa, Adeline frunció el ceño al husmear el aire. Porque no, no olía a quemado como había esperado, sino más bien todo lo contrario.

—Huele bien —comentó Liv, con tono extrañado.

—Sí, estoy tan asombrada como tú.

Se dirigieron a la cocina a dejar las cosas. Adeline se quedó parada en la puerta al ver a Mary Sue con una sartén en la mano, mientras Derek y Shawn estaban poniendo la mesa.

—Vaya, Mary Sue, huele genial —dijo Liv, acercándose a ella—. Me muero de hambre.

¿Cómo te han engañado esos dos para cocinar tú?

—Oh, bueno, estaban un poco perdidos. —Miró a Adeline—. Ya está casi listo.

Ella tragó saliva, buscando la forma de contestar sin decir nada que no debía… Había intentado mantenerla alejada de las cocinas, pero ya en la cena del Cuatro de Julio había demostrado su valía organizando. Y si aquello que había preparado estaba tan bueno como olía… No podía echarle nada en cara. Así que hizo un gesto que podía significar cualquier cosa, carraspeó y fue a avisar al resto para que fueran a comer.

Unos pocos minutos después, estaban todos sentados a la mesa, comentando entre ellos lo bien que olía todo. En cuanto Zazzie probó la comida, levantó la mano con decisión.

—Voto por que Mary Sue cocine siempre que no esté Leeta —propuso.

—Eso no… —empezó Adeline.

—¡Yo también! —Carter se apresuró a levantar su mano.

Los demás los imitaron. Adeline miró su plato, pinchó un trozo de tortilla para probarla, y no pudo hacer nada más que rendirse… Aquello estaba de alucinar, aunque quizá no era la mejor analogía…

—Está bien —concedió—. Reorganizaré los turnos. —Se comió otro trozo mientras todos aplaudían y Mary Sue le daba las gracias—. Ah, por cierto. Mañana, después de las actividades voluntarias, vendrá el supervisor. Coincide con la salida para horas extras así que os vendrá bien para el expediente, pero de todas formas no quiero tonterías, ¿de acuerdo? —Miró a todos, de uno en uno—. Nada de bromitas ni de llegar tarde a cenar ni nada parecido.

Todos se miraron entre ellos, pero ninguno dijo nada ni protestó. Sabían que Adeline informaría también sobre sus comportamientos, así que ninguno quería arriesgarse a tener puntos negativos.

La lista de actividades voluntarias, que había estado colgada sin mucho éxito en la nevera, se había ido completando poco a poco después de que Adeline avisara de la próxima visita del supervisor. La cual no había estado segura de cuándo sería, pero como amenaza había servido.

Adeline los iba a llevar al día siguiente, aprovechando el día libre, para hacer algunas horas. Para no tener que hacer varios viajes, había organizado que coincidieran todos en la misma zona: Derek, Liv y Shawn iba a arreglar el parque central, mientras que Carter y Zazzie se encargarían de limpiar la carretera y los arcenes de alrededor. Enfrente había una tienda de saldos donde se recogía ropa y se donaba, pero antes había que revisarla y arreglarla de ser necesario. Y a esa actividad se había apuntado Kumiko, dispuesta a dejar su sello personal en cualquier prenda que necesitara reparación, y Mary Sue, que no quería hacer nada que fuera demasiado físico.

Con su azada en la mano, Shawn se fue a retirar unas malas hierbas que le había indicado Adeline, momento que aprovechó para enterrar unos cuantos paquetes de tabaco que se había llevado escondidos en los bolsillos. Parecía que no se iban a acabar nunca; más de una vez se había arrepentido de quitárselos a Derek, pero ya no podía devolvérselos, no fuera a pillarlo, así que no le quedaba otra que continuar deshaciéndose de ellos como pudiera.

Cogió unos cuantos bulbos de tulipanes y los plantó para terminar de ocultar su trapicheo. Después cogió unas tijeras de podar para recortar los setos.

Adeline, al verlo con aquello en la mano, se acercó con rapidez. Después de la experiencia del martillo, solo le faltaba que se arrancara una mano con eso, porque en manos de él cualquier cosa podía transformarse en un arma de destrucción masiva.

Pero cuando llegó a su altura, se sorprendió al ver que las manejaba con soltura.

—Vaya, no está mal —comentó, mirando también cómo había plantado los bulbos formando

un dibujo—. ¿Te gusta la jardinería?

Él se encogió de hombros.

—Nunca me encargo de eso —contestó—. Pero hice un curso de diseño de jardines hace unos años.

—Por qué no me extraña… —murmuró ella.

—¿Qué?

—No, nada, que se te da bien.

Shawn cerró las tijeras de golpe, sorprendido, y la miró para ver si estaba bromeando. Pero no. Aunque Adeline sonreía, no era de forma burlona, sino apreciativa. Miró el seto y a la parte que había arreglado del jardín de forma crítica. Se había limitado a seguir su instinto y alguna de las cosas que había aprendido en aquel curso, aunque en su momento recordó que le había gustado, había terminado por dejarlo por poco útil. ¿De qué le iba a servir, si en su apartamento no tenía jardín y en casa de su padre había jardineros?

—En la mansión también hay que restaurar los jardines, cuando acabemos dentro —continuó Adeline—. Hay unos cuantos diseños que encargué, yo no soy experta en paisajismo. Pero quizá tú les puedas echar un vistazo.

Shawn seguía mirándola sin saber qué contestar. ¿Sería alguna trampa? Tanta amabilidad le extrañaba… Seguro que lo que estaba haciendo era alejarlo de la casa porque tardaba más que los demás siempre en cualquiera de las tareas que tocaran y no quería retrasar más los trabajos.

—Vale —contestó, sin mucho entusiasmo.

A Adeline le extrañó la falta de entusiasmo, para una vez que le hacía un cumplido, había esperado una respuesta algo más animada. Aparte, al ver que lo hacía bien, pensaba que le interesaría más que la restauración de la mansión en sí y podría sacarle más provecho, pero veía que tampoco.

Eso, y que hubiera estudiado mil y una cosas, le decía que el chico no era de los que acababa lo que empezaba. ¿Acaso no había nada que le gustara hacer?

Al otro lado del parque, Liv terminó de recortar un pequeño arbolito y retrocedió para mirarlo. Le pareció que estaba desigual, así que se acercó y cortó otra rama. Volvió a mirar y repitió la operación al otro lado.

—Si sigues así, el árbol desaparecerá —comentó Derek, que estaba quitando malas hierbas alrededor de un rosal.

—Es que no termino de pillarle el punto.

—Cualquiera diría que es un corte de pelo, no tiene que quedar igualado.

—Ya, como el de Shawn, ¿no?

—Sí, ejem, eso.

Liv levantó una ceja. Seguían sin saber quién había sido el causante de desaguisado, Adeline no había comentado nada ni ninguno de ellos había admitido trasquilar a Shawn, pero ahora que miraba a Derek… ¿tenía expresión culpable o se lo parecía?

—¿Qué crees que hará el supervisor esta noche? —preguntó él, buscando la forma de cambiar de tema.

—¿Hacer? ¿Aparte de cenar, dices?

—Ja, ja, ja. Sí, no sé. Imagino que Adeline le dará un informe, pero no ha dicho si nos hará entrevistas o algo personales.

—Visto lo del primer día… —Se encogió de hombros—. No le vi mucho interés, aparte de tocar las narices y pasearse con aire de superioridad.

—Ya veo que te cayó bien.

—¿A ti sí?

—No, le has retratado a la perfección. No me gustó cómo nos miraba, ni cómo miró los expedientes.

Liv recordó el comentario sobre el incidente violento… y de nuevo se preguntó si se trataba de él. Después de saber que había tenido un infarto ya no lo tenía tan claro, pero la duda seguía estando ahí. En un rincón de su cabeza, pero latente, al fin y al cabo.

—Cuando nos miró de esa manera me sentí como… —empezó—. No sé, como una delincuente. Está claro que conocía bien nuestros expedientes, pero jamás me había sentido tan juzgada. Ni siquiera por el juez que llevó mi caso. ¿Tan malos somos?

Derek se mordió la lengua para no preguntar. Era la primera vez que Liv mencionaba ese tema y lo cierto era que se moría de curiosidad, porque ella en absoluto tenía aspecto de hacer nada que quebrantara la ley. Aunque lo había hecho, obvio, por eso estaba allí.

—En fin —dijo al final, tras pensarlo unos instantes—. Buenos, lo que se dice buenos… tampoco. Ya sabes, todos estamos aquí por algo.

—A veces te metes en un lío por tratar de hacer lo que consideras correcto.

En eso, Derek estaba de acuerdo. Tenía su propio ejemplo para corroborarlo, y le pareció interesante que ella lo mencionara, seguramente su caso era similar.

—Es un poco como estar al otro lado del muro, ¿no? —murmuró Liv.

—Más bien como estar en el lado equivocado del cielo.

—No lo entiendo…

—Es una canción. Sobre alguien que no se siente orgulloso de ciertos actos bandera mediante, y cree que no debe ocupar su lugar en el cielo. Bueno, ya sabes cómo son los músicos, muy dramáticos. —Derek sonrió.

—Es decir, que estamos en tierra de nadie.

—No puedo hablar por los demás, pero yo espero inclinar la balanza en mi favor. Y ruego que la paliza de este verano sea suficiente.

Liv se quedó pensativa, analizando sus palabras, pero antes de que pudiera hacer una observación sobre lo inteligente que le parecía aquel análisis, él sacudió la cabeza de manera negativa.

—Pero yo tampoco soporto a ese imbécil. Al supervisor, digo.

La morena sonrió al oír sus palabras y asintió para dejar claro lo conforme que estaba.

—Es un funcionario —repuso—. Al final se creen mejores porque saben que da igual lo que hagan, tienen el puesto seguro. Y ese tenía pinta de gustarle mandar.

—En fin, esperemos que se vaya pronto o me temo que no podremos salir al porche. Si nos pilla saltándonos el toque de queda, a saber lo que haría.

Liv se dio cuenta entonces de que la mayoría de las noches se quedaban fuera más tarde de las once, la hora límite que había puesto el supervisor. Adeline nunca les había dicho nada, suponía que mientras no se alejaran, no le importaría. Y tampoco quería que, si el tipo se enteraba, le echara la culpa a su encargada, así que afirmó con la cabeza.

—No, hoy nada de trasnochar si está por aquí.

Cambió de árbol para no torturar más al pobre que ya había trasquilado sin remedio, y continuaron con el trabajo en el jardín.

Adeline los llevó a comer a un restaurante cercano que tenía ofertas para grupos, algo que no extrañó en absoluto a Shawn, que se preguntaba si alguna vez iría a algún sitio o compraría algo que no tuviera ofertas, sellos o tarjetas de fidelización.

Ya de vuelta a la casa, hubo discusiones para ver quién entraba primero a la ducha, tanto por

parte de las chicas como de los chicos. Ninguno quería llegar tarde a la cena y quedar mal delante del supervisor, así que al final intervino Adeline poniendo un límite de tiempo dentro de los cuartos de baño y así todos consiguieron estar limpios y puntuales para la cena.

El que no llegó puntual, aunque sí impoluto, fue el supervisor, que apareció una hora más tarde.

—Lo esperábamos antes —comentó Adeline, al abrir la puerta.

—Es domingo. —Fue la seca respuesta.

Adeline se hizo a un lado para hacerlo pasar sin decir nada, aunque el día y la ahora los había puesto él.

El hombre fue hasta el comedor con su carpeta bajo el brazo, pero no se sentó. Se quedó de pie y pasó su mirada de uno a otro, revisando los expedientes.

—¿No quiere sentarse a cenar? —preguntó Adeline.

—No, solo vengo a hacer una revisión rápida. —Sacó unas hojas y las miró—. Veo que siguen todos aquí.

—Obvio. Si se hubiera ido alguno, habría avisado.

—Adeline, las cosas no siempre son tan obvias. —Volvió a mirar los papeles que tenía en la mano—. Estos son los informes que me has enviado por correo, ¿no tienes más?

—No. ¿Falta algo?

—¿No hay ninguna falta por mal comportamiento? Es extremadamente inusual.

Todos miraron a Adeline, preguntándose por qué no había dicho nada del «ataque» al pelo de Shawn ni del «incidente» con el limpiacristales, por ejemplo.

—Está todo ahí —contestó ella, carraspeando.

—Veo algún cambio de imagen. —Miró a Shawn, y todos contuvieron el aliento—. Supongo que por el calor.

Él se pasó la mano por la cabeza, pensando en qué contestar. Podía decir que lo habían atacado vilmente, pero aquello derivaría en más preguntas, Derek podía entonces comentar los de sus cigarrillos, y acabaría mal parado.

—Sí, eso es —contestó.

—Bien, entonces me marcho.

Se dio media vuelta ante la mirada atónita de todos los presentes. Adeline corrió tras él para acompañarlo a la puerta.

—Sigo pendiente de ese café —dijo él, sin cambiar de tono—. Hablaremos pronto.

—Vale…

Y cerró la puerta tras él sin entender para qué había ido, si la visita no iba a durar ni cinco minutos.

Pues vaya supervisión.

Capítulo 12

Tras la cuasi visita del supervisor, Adeline decidió que a partir de entonces haría las cosas a su manera, aunque ello significara salirse un poco del guion. Había tenido pensado comentar con él ciertas recompensas para el grupo, visto lo bien que estaban trabajando, pero como no había tenido ocasión, tampoco había recibido un «no» por respuesta.

Así que, tras una dura semana de trabajo en la que terminaron todas las ventanas de la mansión, habló con ellos y les informó de que ese fin de semana podían tener una visita familiar o de quien quisieran. Pensaba que la noticia les iba a emocionar, pero la mayoría no pareció muy entusiasmada… Supuso que para algunos la situación no sería fácil, al fin y al cabo, todos habían cometido un delito, pero por eso mismo había pensado que una reunión familiar podía ser beneficiosa. Estaban cumpliendo los objetivos, habían realizado actividades voluntarias… Todo eso debía contar para algo.

Cada uno de ellos le dio los datos de la persona que querían que fuera y, cuando realizó las llamadas para organizarlo, recibió confirmaciones de todos excepto de dos: Carter y Shawn.

En el caso del primero, su madre aseguró que lo intentarían pero que no podían afirmar que irían, y así se lo transmitió al chico, que no pareció muy sorprendido.

Y con el padre de Shawn, cuyo nombre había escrito un poco a regañadientes, no consiguió hablar con él hasta el mismo día de la visita, y eso que le había dejado varios mensajes con no sabía ya cuántas secretarias, ayudantes o quienes fueran las que contestaban el teléfono de la empresa cada vez que llamaba. Y todo, para escuchar que no tenía ninguna intención de ir.

—Seguro que Shawn está deseando verlo —había dicho, intentando convencerlo.

—Tengo cosas mucho más importantes de las que ocuparme. —Fue la seca respuesta.

—¿Más importantes que su hijo?

—No debería llevar mi apellido, después de arrastrarlo por los suelos. ¿Sabe usted acaso lo que su estupidez ha hecho con la imagen de mi compañía?

—Pero si no era su empresa la que…

—Eso no importa, la gente escucha «Bennet» y ya no se fía de invertir. Y eso me está llevando muchas horas de trabajo, tengo una reputación que mantener.

—Aun así…

—Mire, solo he llamado por pura cortesía. No vuelva a telefonear.

Y tal cual, había colgado el teléfono.

Al decírselo a Shawn, omitió los comentarios que había hecho sobre el apellido. No creía necesario transmitirle ese tipo de detalles.

—Bueno, tampoco lo esperaba —contestó él, con gesto despreocupado—. Tiene cosas que hacer. Aprovecharé para afeitarme.

Subió al cuarto de baño, donde se cruzó con Carter, que justo salía.

—¿No bajas a esperar a tu familia? —preguntó el chico.

—Mi padre no va a venir.

—Ah. Bueno, Adeline tampoco sabe fijo si vendrá la mía, así que…

—¿Tampoco les ha hecho gracia tu condena?

—No mucha. En fin, voy a ver si aparecen.

Le hizo un gesto de despedida y bajó las escaleras para salir al porche, pasando junto a Liv, que permanecía dentro de la casa.

Ella se miró en el espejo de la entrada, un poco nerviosa por el hecho de reencontrarse con su hermana. Parecía imposible que hubiera pasado tanto tiempo sin verla, sin ver a nadie excepto a sus compañeros de fatigas, pero así era. ¿Iba demasiado arreglada? ¿Poco?

Esperaba que al menos apareciera sola, no se veía con fuerzas de batallar con el marido y los niños. Aunque la relación con su hermana siempre había sido buena, nunca había pasado demasiado tiempo con su familia. Y no estaba segura de que ese fuera el mejor momento para empezar… se preparó mentalmente por si acaso, comprobó que estuviera bien peinada y salió al porche para esperarla.

Algunos miembros del grupo permanecían desperdigados por el jardín y deambulando ante la entrada, en espera de la llegada de sus familiares. Todos excepto Derek, que estaba de pie junto a la entrada, hablando con Zazzie.

Esta se había encontrado con Derek al salir a esperar a su visita.

—¿Vienen a buscarte? —le preguntó, al verlo consultar su reloj,

—Sí, ya debería estar aquí. —Vio que el coche de Kate entraba al camino—. Ahí viene. ¿Y tú? ¿Esperas a tu familia?

—Algo así.

El coche se detuvo y Kate se bajó del mismo. Sonrió a medias y se acercó para abrazarlo.

—Te veo bien —saludó, dejando un brazo sobre sus hombros de forma cariñosa.

—Gracias. —Señaló a la chica—. Ella es Zazzie, una de las chicas del grupo. Zazzie, Kate. Mi exmujer.

—Anda, ¿y te viene a visitar? —Estrechó la mano de la chica—. Sí que os debéis llevar bien.

—Fue un divorcio amistoso —contestó Kate.

—Ya veo, ya. En fin, no os entretengo más. Disfrutad del día.

No se habían dado cuenta pero, desde la distancia, Liv había visto toda la escena. Los estudió unos segundos, tratando de adivinar algo por su lenguaje corporal. Ella tenía el brazo sobre sus hombros, y aunque el gesto era amistoso, delataba un exceso de confianza.

A lo mejor era su hermana. O su prima.

Liv reconoció la sensación al momento, aunque había empezado a salir con Hayden siendo muy joven y él había sido su único novio, pudo vivir a través de sus amigas la molestia de ver a alguien que te gustaba con otra. Y nunca era su hermana. Ni su prima.

Mary Sue se aproximó con lentitud desde algún lugar indeterminado, sobresaltándola.

—¡Hola, cariño! —Sonrió, con una palmadita afectuosa—. ¿Tu familia va a venir?

—Sí. Bueno, en teoría viene mi hermana. ¿Y tú?

Liv decidió devolver la cortesía, de ese modo trataba de distraerse y no examinar con lupa a la mujer que seguía tocando a Derek.

—¿Yo qué?

—Si esperas a alguien.

—Oh. No estoy muy segura. —Mary Sue se encogió de hombros—. Quizás mi hija, si se le ha pasado un poco el enfado conmigo. En fin, por lo de la condena y eso… no lo ha llevado muy bien.

La morena imaginaba que Mary Sue quería escuchar algún tipo de consuelo, pero en realidad, Liv se preguntaba qué esperaba exactamente, ¿una fiesta? Hacer las cosas tan mal como para terminar con tus huesos en servicios comunitarios no era motivo de felicitación.

Pero se guardó el comentario, siempre era mejor callarse si no tenía nada bueno que decir.

—La familia es importante —siguió Mary Sue—. ¿Tú crees que me perdonará algún día?

—Seguro que sí, Mary Sue.

—Yo también soy optimista. Mira, igual que ellos.

Y señaló con la cabeza hacia la entrada, donde Derek y Kate se despedían de Zazzie. Él lanzó una mirada a su alrededor, y al verla le hizo un gesto de saludo que ella devolvió de manera automática. Un segundo después, Derek se metía en el vehículo mientras la mujer desconocida ocupaba el asiento del conductor.

Entonces cayó en la cuenta de lo que Mary Sue intentaba manifestar.

—¿Son familia?

—Su mujer, creo. Y si ella ha podido perdonarlo, todos tenemos esperanza, ¿no? Voy dentro a coger mi bolso por si acaso. Hasta luego, cariño.

Mary Sue repitió sus palmaditas cariñosas y entró en la casa. Liv permaneció con el ceño fruncido, siguiendo con la mirada el coche mientras este se alejaba.

Su mujer. Su mujer, joder.

Tenía mujer, pero bien se había guardado de decírselo. Aunque la verdad, el hecho de que fuera agradable no significaba nada y Liv era consciente de ello, pero no dejaba de molestar. No era su intención intimar con él, cierto. Aun así, molestaba. ¿Por qué? Él no era nadie, ni siquiera volvería a verlo una vez abandonaran Hendersonville, incluso en el hipotético caso de que hubiera tenido algún interés por ella. Cosa que acababa de quedarle claro que no era así. Quizás nunca la hubiera mencionado por el mismo motivo que ella no había mencionado a Hayden: porque no quería. Tampoco podía reprocharle eso.

Se dejó caer en la mecedora, depositando el bolso a su lado. Sabía que no tenía derecho a estar enfadada, que Derek no tenía la culpa de que ella se hubiera interesado más de la cuenta por él, así que tendría que tomárselo bien.

En realidad, notaba cierto alivio. Así era mucho más sencillo, ya no debía batallar con el remolino de emociones contradictorias que se apoderaban de ella cuando se planteaba la posibilidad de tener un acercamiento. En esos momentos, la culpabilidad se desplomaba encima de ella como si de un bloque de piedra se tratara, ahogando aquel cosquilleo en su estómago. Y lidiar con esa culpabilidad era tan complicado, tan doloroso…

Desde ese momento no tenía razón de ser, él estaba casado. Y si lo analizaba en profundidad, jamás había dicho nada fuera de tono ni que pudiera interpretar como un coqueteo. Sí, era agradable, muy buen tío, incluso la había elegido como pareja de trabajo por delante del resto, pero eso era todo.

Una vez Liv recolocó sus sentimientos, se sintió más serena. Estaba bien, pronto acabaría ese verano tan largo y todo iría a mejor, estaba satisfecha porque era consciente de sus avances. Eso era lo importante, el resto se desvanecería tarde o temprano, incluso su pequeño encaprichamiento. Quizá no tan pequeño como se empeñaba en decirle a su parte racional, porque desde Hayden no le había sucedido con nadie, pero… en fin, pequeño. Diminuto, casi inexistente.

Por si acaso, empezaría por reducir sus charlas con él. El trabajo en la mansión aún no estaba terminado y eso no tenía remedio, pero en el resto del tiempo sí podía tomar distancia. Sería mejor, sobre todo para sí misma, que aquello no fuera a más. Ya pensaría alguna excusa, aunque

suponía que él tampoco le daría mucha importancia si ahora estaba más centrado en recuperar la relación con su mujer.

Un pitido la sacó de sus pensamientos, y al alzar la vista encontró que el coche de Maddy acababa de detenerse junto a la verja. Se incorporó a toda prisa para cruzar el jardín en su dirección, notando que verla le producía una inmensa alegría.

—Eh, Liv —saludó Zazzie, al verla pasar—. ¡Diviértete!

Ella le hizo un gesto como despedida, pero sin detenerse. Zazzie se cruzó de brazos mientras Carter seguía a la morena con la mirada.

—Qué rara —murmuró.

—¿Eh?

—Que es rara. Muy dulce, pero rara. Como melancólica.

—A mí me cae bien. Es muy guapa, y parece comprensiva. —Carter le lanzó una mirada de reproche.

—Ja, ja, ja. ¿No piensa venir nadie a buscarte?

—No, estoy convencido de que no. Ya te dije que mis padres no se sienten orgullosos de mí en absoluto —contestó él, encogiéndose de hombros—. No pasa nada, el padre de Shawn tampoco va a venir.

Zazzie no sabía bien qué pensar al respecto, porque Carter hablaba de ello con tono despreocupado, pero la expresión de su rostro al decirlo hablaba por sí sola. Si nadie acudía a visitarlo podría quedarse con Shawn en la casa, pero ese plan tampoco resultaba muy apetecible. Y no por la compañía del señor neceseres, que cada vez era más tratable, sino porque debía doler que todos recibieran visitas excepto ellos dos. Hasta Mary Sue se encaminaba a toda prisa hacia la entrada para encontrarse con una joven que debía ser su hija.

Volvió a estudiar la expresión indiferente de Carter.

—Hombre, orgulloso no creo que esté ninguno de nuestra familia. Pero de ahí a que se nieguen a hacerte una visita…

—Es que lo mío viene de lejos. Y mis padres están muy hartos.

—¿Qué es «lo tuyo»?

—Ja, cuando quieras hacer terapia que sea en igualdad de condiciones, gracias. Yo te cuento lo mío si tú me cuentas lo tuyo.

—¿Te entristece que no vengan, pues?

—Me da igual.

Ella observó a aquel chico alto y desgarbado, y supo que mentía por la manera en que rehusaba mirarla a los ojos.

—A ver —comentó—. Sin que te hagas ilusiones ni ideas raras, ¿quieres pasar el día conmigo y los míos? Al menos te dará el aire y saldrás de aquí, aunque no prometo diversión ni nada por el estilo.

—¿De verdad? —preguntó Carter, como si pensara que pudiera tomarle el pelo.

Ella suspiró, exasperada.

—¡Claro!

—¿Por qué haces esto por mí?

—Somos compañeros —respondió Zazzie en tono paternalista—. No me gusta que te quedes aquí solo. No eres bueno limpiando cristales, pero mereces un respiro, como todos.

Carter continuaba con cara de incredulidad, pero entonces se dio cuenta de que la joven hablaba en serio y su expresión cambió.

—Será genial conocer a tu familia. Y a ti un poco mejor —añadió.

—Bueno, familia lo que se dice familia… tampoco. Mira, ahí llegan.

Señaló un *jeep* pequeño de color amarillo cuya música estruendosa apagó cualquier otro ruido reinante, tanto que Leeta abrió la ventana de la cocina y empezó a hacer todo tipo de aspavientos con cara de malas pulgas.

—Vamos. —Zazzie empujó a Carter hasta el *jeep* con una sonrisa divertida.

Cuando la puerta del copiloto se abrió, apareció la cabeza de una chica rubia con una sonrisa radiante. Detrás había otras dos, una con la piel tan dorada como la de Zazzie y otra de cabello negro azulado.

—¡Eh, tía! —gritaron a coro—. ¿Qué tal te va? ¿Llegamos pronto? ¿Quién es el flaquito?

—Es Carter, mi compañero —contestó Zazzie entre risas—. Mira, te presento, la que conduce es Brooke, feminista radical activista. La que lleva el pelo estilo Cleopatra es Bessie, partidaria de la castración química para los violadores, y el bombón de chocolate es Mona… aunque no te hagas ilusiones, no le gustan los hombres.

Carter parpadeó, confundido. Había esperado una familia con la que pasar un día tranquilo, pero ahora no tenía claro que no fuera a terminar con la cabeza como unas maracas. Si Zazzie en solitario tenía capacidad de sobra para marearlo, ni se imaginaba con tres como ella… pero no tuvo mucho tiempo de pensarlo, porque la joven le dio un empujón con la cadera para que se metiera en el coche, y no tuvo otro remedio que obedecer.

Maddy hizo una mueca cuando el *jeep* pasó junto a ellas, con la música tan alta que ahogaba sus intentos de comunicación. Abrazó a Liv con una sonrisa y después tomó distancia para poder observarla.

—¡Vaya, tienes un aspecto estupendo! —exclamó—. Estás morena y como muy en forma, ¿no?

—Los trabajos manuales —contestó ella con una risita.

—¿Qué? —Maddy puso cara de susto.

—Nada, es una broma. El trabajo en la restauración es bastante físico —aclaró Liv, aún sonriendo—. ¿Has venido sola?

—Sí, me ha parecido que así podríamos hablar con más tranquilidad. Cuando están los niños se vuelve tarea imposible y hoy es tu día. ¿Cómo sienta la libertad después de dos meses? ¿Dónde quieres ir a pasar el día? ¿O hasta dónde podemos ir, más bien?

Adeline no había dado ninguna instrucción al respecto, así que Liv imaginaba que no existían restricciones, siempre que actuaran con lógica. Lo ideal era ir a Henderson, pero dedujo que todos sus compañeros habrían tenido la misma idea y no le apetecía mucho cruzarse con Derek y aquella mujer que de pronto aparecía en escena cual actriz de vodevil.

—Si quieres te enseño la mansión por fuera y después decidimos donde vamos —sugirió.

—Perfecto.

Maddy se puso al volante y, en cuanto Liv se abrochó el cinturón, arrancó. Se detuvieron unos minutos para que la rubia pudiera observar la mansión y aunque no estaba terminada, y mucho menos la parte externa, Maddy no logró contener una exclamación.

—¡Pero si es enorme! ¿Y dices que por dentro casi está?

—Nuestra parte sí, luego hay un equipo de «obreros de verdad» que se dedican a hacer… ya sabes, lo que hacen los «obreros de verdad».

—Entiendo. Pues es una casa preciosa, seguro que cuando esté terminada será de un gran interés turístico.

—Eso dice Adeline, que lo más probable es que la abran al público para visitas guiadas.

Su hermana sonrió, echando un último vistazo a la mansión antes de volver a poner el coche

en marcha para regresar a la carretera. Conectó el navegador y tecleó durante unos minutos.

—¿Hay algo interesante en Hendersonville?

—No mucho.

—Déjame ver… Laurel Park está a solo tres kilómetros, si quieres podemos ir allí a ver qué pinta tiene. Seguro que es tan aburrido como esto, pero al menos será nuevo para ti.

—Buena idea —aceptó Liv, más tranquila al ver que no ponía pegas.

Durante el tiempo que duró el trayecto, Liv era consciente de que Maddy no dejaba de mirarla de reojo y se preguntó qué era lo que tanto llamaba su atención.

—Te veo mejor —comentó la rubia, al final—. Como más animada, no sé. Antes estabas siempre tan triste, ahora sonríes y pareces tranquila.

—Será eso de que el trabajo dignifica.

—También trabajabas antes, aunque fuera en ese antro decadente que fomenta la ludopatía. —Su hermana meneó la cabeza.

—Era un trabajo, punto. Y cuando vuelva tendré que buscarme otro. —Liv hizo una mueca, molesta.

A su jefe no le había parecido aceptable ni que hubiera sido condenada por un juez, ni que tuviera que ausentarse tres meses para cumplir esa condena. Lo remarcó bien al firmar los papeles en el momento de tramitar la baja, aunque como tenía cierta debilidad por ella, accedió a pagarle el finiquito para terminar diciéndole que si regresaba la esperaba con los brazos abiertos.

—No me mates. —Maddy miró por el retrovisor.

—¿Por qué?

—¿Prometes no matarme?

—¿Qué has hecho, Maddy? —preguntó Liv, incorporándose en su asiento.

—Llamé a Celia.

¿A su antigua jefa en la revista?

—¿Hiciste qué?

—Pues eso, la llamé. Le expliqué toda la mierda por la que estabas pasando, ya que tenía claro que tú no lo habías hecho en su día.

—¿Qué?

Pero ¿cómo se había atrevido a hacer semejante cosa? Liv no quería ni pensar en su hermana aireando su vida privada como quien charlaba del culebrón de las tres. Abrió la boca para protestar, pero Maddy la cortó con un gesto.

—Puedes volver.

—¿Qué? —repitió Liv, viéndose incapaz de decir nada más.

—Si quieres tu antiguo trabajo, te deja volver. Tienes una jefa muy maja, Liv, yo en tu lugar no desaprovecharía la oportunidad —explicó Maddy, girando al ver una entrada donde rezaba el cartel del pueblo—. No soporto ver cómo tiras tu carrera por la borda trabajando en esa puta mesa de *black jack* mientras aguantas a un montón de babosos borrachos.

Liv se hundió en el asiento.

—Me gusta el uniforme —murmuró.

—Si quieres corbatas te compraré diez. Pero no vas a volver a ese casino, Liv, como que me llamo Maddy.

La voz de la mujer sonaba tan decidida que Liv no se atrevió a poner más pegas. Siendo sincera consigo misma… estaba aliviada de no tener que volver por allí más. Los dos últimos años entraba y salía del casino como en un trance, como si estuviera atrapada dentro de su cuerpo y lo viera todo desde el interior, pero sin ser realmente ella. Solo repartía cartas y dinero, o se

quedaba con cartas y dinero de los clientes. Sin reaccionar a sus miradas, sin responder a sus comentarios, sin sonreír ante sus bromas. Los encargados de la seguridad se encargaban de los borrachos y de los jugadores de mal perder, el resto era gris. Un compendio de horas que se transformaban en días, a su vez en semanas y meses, hasta hacer que los dos últimos años de su vida estuvieran borrosos.

No podía seguir así. Maddy tenía razón, no regresaría al casino, allí no había nada para ella. De alguna manera, el tiempo pasado en Hendersonville había devuelto algo de brillo a ese velo borroso, y no iba a retroceder. Llamaría a Celia. La posibilidad, por diminuta que fuera, de volver a subirse a un avión, le provocó miedo y excitación al mismo tiempo.

—¿Estás enfadada? —quiso saber Maddy.

—No. —Liv le dedicó una sonrisa—. No, me parece… una buena idea.

—¿De verdad? —Su hermana parecía incrédula—. ¿La llamarás? ¿Volverás a tu trabajo?

—La llamaré —prometió la morena, poniendo la mano encima de la suya.

Maddy se merecía que intentara hacerle caso, al fin y al cabo, llevaba dos años intentando sacarla del pozo. Qué menos que ayudar un poco.

Kate condujo hasta Hendersonville, aparcó en el primer hueco que vio y se metieron en una de las cafeterías que había en la calle. Derek tenía necesidad de disfrutar un poco de aquellos momentos de libertad, pero primero necesitaba un café.

—¿Nos sentamos fuera? —preguntó ella.

—Deja, mejor dentro que hay aire acondicionado.

—¿No vas a querer fumar?

Derek se dio cuenta de que llevaba unos días sin pensar en ello. A decir verdad, con lo ocupado que estaba en la mansión, la casa y las actividades voluntarias, ni lo echaba de menos.

—No tengo tabaco —contestó.

—¿Y eso? —Se sentaron en una mesa con sus cafés—. ¿Os lo han prohibido?

—No, me han desaparecido.

—¿Te han robado? ¿Y qué ha dicho la encargada?

—No se lo he dicho. —Ella frunció el ceño—. Da igual, ya ni me acuerdo de ellos.

Kate parpadeó sorprendida. ¿Derek, dejando de fumar? Vaya, aquello sí que no lo había esperado. Al mirarlo, lo notaba más relajado, más calmado, con buen color y aquella sonrisa que solo había conocido en los comienzos de su amistad… como si en lugar de estar cumpliendo una condena estuviera pasando una temporada en un *spa*. Los motivos que lo habían llevado allí no eran precisamente agradables, pero si le habían quitado todo el estrés que acarreaba, al final había sido algo bueno.

—¿Qué tal con las obras y la gente? Por teléfono parecías contento.

—Lo estoy, la verdad. No sé, esperaba algo más duro o más tipo cárcel, pero el grupo es bastante agradable.

—¿Unos más que otros?

—¿A qué te refieres?

—A que he visto cómo te despedías de la chica de la entrada.

—¿Zazzie?

—Derek, por favor, que nos conocemos.

Él suspiró, sonriendo. Sí, Kate lo conocía. Mejor que nadie, a veces incluso pensaba que mejor de lo que se conocía él a sí mismo. Y por eso, sabía que podía hablar con ella de lo que fuera. Por eso había sido su primera opción de llamada cuando lo habían detenido, su número de

emergencia… y su visita familiar. Como matrimonio no habían resultado, pero como amigos era diferente: sí funcionaban.

—Es Liv. —Suspiró—. No sé por qué está condenada, si es lo que me vas a preguntar, pero ella tampoco sabe lo mío. Y eso que hablamos mucho.

—¿Qué es mucho?

—Durante el trabajo y casi todas las noches. Nos sentamos en el porche, miramos las estrellas… —Kate se atragantó con el café y lo miró, sorprendida—. ¿Qué pasa? ¿No me ves capaz hacer algo así?

—De mirar al cielo, sí. De disfrutarlo… Eso ya es otra cosa. Porque no recuerdo la última vez que te has sentado y mirado lo que tienes a tu alrededor.

—Bueno, pues aquí lo estoy haciendo. Será porque no hay mucho más que hacer.

—¿Y hay algo más?

—No. —Kate levantó una ceja—. Bueno, no todavía. Pero me gusta, Kate. Tiene algo que… — Movió la cabeza—. No sé qué es. Siento que puedo hablar con ella de cualquier cosa, o estar en silencio sin que sea incómodo.

—¿Y se lo has dicho?

—No, pero tiene que saberlo, seguro, aunque he sido sutil.

—Derek, eres mi exmarido y te quiero… aunque suene raro. Pero lo tuyo no es el lenguaje corporal ni los mensajes indirectos. Con la sutileza no se consigue nada. Y mira, tus hoyuelos no van a hacer el trabajo por ti, por muy guapo que seas. —Derek abrió la boca para hablar, pero ella negó con el dedo—. No me pongas excusas. Si esa chica te gusta, lo que deberías hacer es ser sincero y hablar con ella sin tapujos. Que ya no tenemos quince años, no hay tiempo que perder, y tú deberías saberlo mejor que nadie después del susto.

Y ahí estaba, la baza del ataque al corazón que Kate utilizaba cuando quería demostrarle que no tenía razón. Pero lo peor era que Derek no podía rebatir nada de lo que había dicho, porque Kate no solía equivocarse y, si se paraba a pensarlo, quizá si había sido demasiado sutil. Pero es que tampoco había advertido señales obvias por parte de Liv como para tener claro si lanzarse o no…

Tendría que pensar cómo remediarlo, tampoco les quedaba mucho más allí, y siendo sinceros, era la primera mujer que llamaba su atención en bastante tiempo.

En la casa, Adeline había observado con una sonrisa cómo todos se iban con sus familiares y Carter con Zazzie y sus amigas, lo cual le había alegrado. Al menos el chico no estaría solo.

No como Shawn, pensó, al entrar y verlo bajando las escaleras como alma en pena.

—¿Se han ido todos? —preguntó él.

—Sí.

Shawn pasó de largo hacia la cocina con cara de funeral. No había esperado que fuera su padre, pero tampoco ser el único sin visitas. Ya se sentía en general bastante alienado con relación al resto como para encima, quedarse solo en un día que se suponía era especial. Cogió la cafetera, pero estaba vacía y suspiró como si aquello fuera el fin del mundo.

—Y encima no hay café —murmuró.

—¿Quieres que vayamos a Hendersonville?

La oferta le salió sin pensar. Había pensado aprovechar el día sin el grupo para descansar y no hacer nada en absoluto, algo que no recordaba ni lo que era. Pero le daba pena verlo ahí solo, la verdad, y aunque seguía teniendo sus momentos, ya no le parecía tan insoportable como al principio. Y menos, cuando ponía aquellos ojitos de cordero degollado.

—¿No te importa? —preguntó él, acercándose con una sonrisa—. ¿Me llevarás al sitio de los sellos?

—Claro, donde quieras.

—Quiero pedir yo también una cartilla de esas para sellar.

Adeline se lo quedó mirando como si en lugar de eso hubiera dicho alguna cosa romántica o un piropo. Pero para ella, que alguien se uniera a su club particular de sellos y tarjetas era toda una novedad.

—¿Pasa algo? —preguntó él.

—No, nada, vamos.

Se fueron con la *pick up* a Hendersonville y aparcaron junto a la cafetería. Una vez dentro, Adeline selló su cartulina y pidió una nueva para Shawn, la cual también sellaron.

Una vez en la mesa, el chico se guardó la tarjeta en la cartera como si fuera un tesoro y dio un sorbo a su café.

—Vaya, así hasta diría que sabe mejor —comentó.

—Así, ¿cómo?

—Sabiendo que con unos cuantos más, me darán uno gratis.

Adeline ocultó su rostro tras su taza, porque se dio cuenta de que de nuevo lo estaba mirando de una forma que no debería. Ya era suficiente con las veces que lo observaba lavando el coche o aquel día en la mansión, cuando casi la había besado… o eso había pensado ella.

No, mejor cambiar de tema. Aunque en qué momento unos sellos en una cartulina se habían vuelto algo *sexy*, era un misterio para ella.

—Bueno, ya te lo dije. Es economía básica del hogar. ¿No estudiaste eso en la universidad?

—No, hice económicas, casi un curso completo.

Lo dijo como si aquello fuera un logro, lo cual, pensando en todas las cosas que había dicho estudiar durante poco tiempo, debía serlo. Aquello despertó su curiosidad. Conocía su delito, por supuesto, pero no lo que había detrás y no debería interesarle, pero no pudo evitar preguntar.

—¿Por eso te hiciste agente de bolsa? —preguntó.

—Se me daba bien.

—Bueno, bien… ¿No te detuvieron por eso?

Shawn se encogió de hombros y ella, que se había tensado sin darse cuenta, se relajó al ver que el tema no era doloroso para él ni le provocaba enfado. Aunque al pensarlo, frunció el ceño. ¿No estaría arrepentido de estafar a la gente? Porque entonces sí que debería dejar de confraternizar con él de esa forma.

—Fue un error de concepto —dijo él, al fin.

—Un error de concepto —repitió Adeline, incrédula.

—Sí. Yo tenía una idea de negocio y el juez consideró que era una estafa.

—Pero… —empezó, con tono cauteloso—. Todos los sistemas piramidales son estafas, Shawn.

—Porque lo diga una ley no quiere decir que sea lo correcto.

Adeline estuvo a punto de decirle que eso era precisamente lo que pretendían las leyes, pero él continuó hablando.

—Yo estaba pagando a cada uno sus intereses, tarde o temprano tendría beneficios por las acciones y pagaría a todos. —Su tono reflejaba cierto dolor—. Lo que pasa es que no fueron pacientes y se agruparon para denunciarme, sin avisarme ni nada. Con todo lo que me había esforzado y mira cómo me pagaron.

Adeline lo estudió unos segundos. El chico parecía realmente dolido, como si no hubiera

cometido ningún delito y en realidad fuera él la víctima.

—Entonces, lo que me estás diciendo es que no los estafaste a propósito.

—¿Por qué iba a hacerlo? —Se encogió de hombros—. Tengo dinero de sobra. O tenía, si mi padre no me ha vaciado las cuentas.

Puso los ojos en blanco y Adeline no pudo evitar sonreír. Visto así, no era ningún delincuente. Solo un tipo con demasiado dinero y poco cerebro para utilizarlo.

—No me tiene mucho cariño desde eso —siguió Shawn—. Piensa que no tengo ni una neurona.

Ella enrojeció al darse cuenta de que justo estaba pensando lo mismo y carraspeó.

—Bueno, ya sabes, los padres a veces son duros.

—El mío no se contenta con nada. He probado a estudiar mil cosas que le podrían satisfacer y nada. Ninguna lo convencía, o no sacaba notas tan buenas como esperaba o no resaltaba lo suficiente. Para mi padre, o se es el número uno o nada.

—¿Por eso has cambiado tantas veces de carrera?

—Sí.

—¿Y qué harás cuando termines aquí? ¿Empezar otra?

—Todavía no lo sé. Tampoco me quedan muchas opciones, no creas. A no ser que intente algo de la rama artística… pero no sé ni dibujar un monigote.

—Seguro que acabarás encontrando algo que te guste. Y tu padre… bueno, si no le gusta, pues tampoco debería importarte mientras tú estés bien. Y sin estafar a nadie, claro.

Le sonrió guiñándole un ojo y él le devolvió la sonrisa, pensando en lo que había dicho. Aún faltaba un tiempo para terminar de cumplir la condena y volver, pero ya sabía que, desde luego, como agente de bolsa no. Y no solo porque el juez le hubiera prohibido ejercer, sino porque manejar el dinero de otros como si fueran fichas del Monopoly sabía que no era lo suyo.

Tendría que pensar. Algo que era nuevo para él… pero que allí, últimamente, parecía ser el pan de cada día.

Capítulo 13

—Chicos.

Derek alzó la mirada al escuchar la voz de Adeline, saliendo de aquella especie de somnolencia colectiva en la que se hallaban inmersos después del día de visita familiar. La mayoría había llegado bastante tarde, empeñados en aprovechar ese pequeño día de libertad, y la sorpresa apareció cuando, en lugar de dejarlos dormir hasta tarde, como solía ocurrir los domingos, Adeline los hizo levantar temprano.

Dado que el día anterior las tareas de limpieza no habían tenido lugar, Derek tenía bastante claro aquello de que el orden de los factores no alteraba el producto y les iba a tocar hacerlo ese día. Sin embargo, Adeline los sorprendió con una propuesta muy diferente.

—¿Qué os parecería pasar el día fuera?

Los rostros denotaron un poco más de interés, aún sin fiarse del todo. Porque con Adeline «un día fuera» a saber en qué podía convertirse… que uno imaginaba una toalla y una cerveza, y de pronto aquello se convertía en arreglar un jardín o algo parecido que implicaba palas y agotamiento.

—Nada de trabajo —matizó ella—. Descanso y diversión.

—Me apunto. —Zazzie alzó la mano al momento—. No me malinterpretes, me encanta tu casa, pero si tengo que pasarme otro día entero dando vueltas por ella, me suicido. Si tuviera teléfono podría seguir con mis manifiestos feministas, pero ni eso.

—Un privilegio después de otro… —se limitó a comentar Derek, con cierta suspicacia.

No porque la idea no fuera tentadora, pero estaba seguro de que no era el procedimiento habitual. Aunque sí conocía métodos que consistían en premiar para incentivar el trabajo y mejorar el rendimiento, como dueño de una empresa estaba familiarizado con ello.

Adeline sabía que no era lo habitual y que lo lógico era dosificar los privilegios, pero se sentía satisfecha con ellos. Toda la reforma interna que les concernía estaba terminada y su comportamiento resultaba ejemplar, los roces entre ellos no habían llegado a ser serios. Creía que se merecían ese premio, poder desconectar unas horas, charlar sin que hubiera palas, pintura o escobas por el medio, que pudieran conocerse entre ellos. Todo había mejorado un montón desde que estaban mejor avenidos y solo pretendía estimularlos un poco, no veía nada malo en ello.

—Os llevaré a un sitio genial. Hay un lago enorme y conozco al dueño, así que nos prestará una de las habitaciones para dejar la ropa o lo que queramos. Solo tengo que llamarlo, ¿qué me decís? ¿A favor?

Zazzie no había llegado a bajar la mano, así que la mantuvo mientras se terminaba su café de un trago. Uno a uno, todos fueron levantando la mano sin terminar de creerse que tuvieran ante sí un día de relax tomando el sol con un lago junto a ellos. Todos excepto Kumiko, que tenía tal expresión de pena en la cara que provocó curiosidad en Adeline.

—¿Qué pasa, Kumiko? ¿No te apetece?

—Dos cosas —replicó ella—. Uno, no tengo traje de baño. Vamos, nunca pensé que pudiera darse esta situación, no creí que hubiera opciones aquí, ejem. Y dos, no tengo protector solar y yo no voy a ningún sitio destapada sin él. Ya sabéis, cáncer de piel y todas esas cosas.

Hubo un silencio general hasta que Adeline reaccionó.

—Vale, no hay problema. Podemos parar antes de salir de Hendersonville y comprarte un traje de baño, si quieres. Protector solar tengo yo arriba.

—Ah, vale, entonces perfecto.

—Muy bien, genial. Todos a vestirse, meted algo para cambiaros y si alguien quiere llevarse un libro también puede cogerlo. Iré llamando mientras tanto a mi colega, en veinte minutos os quiero aquí abajo.

No había terminado de decirlo y Zazzie ya había salido corriendo escaleras arriba, seguida de cerca por Carter y Kumiko, seguramente en un intento de acaparar el baño antes de que se les adelantaran otros.

Zazzie llegó la primera al baño, así que se duchó la primera y se fue a la habitación a prepararse, donde Kumiko estaba con cara de funeral.

—Anímate —le dijo ella—. Adeline te va a comprar un bañador. Yo te dejaría, pero solo he traído uno.

—No me fío mucho de lo que haya en este pueblo.

Salió sin animar su expresión y Zazzie fue a sacar su bikini. Removió toda la ropa que tenía y revisó la maleta, por si se lo había dejado dentro, pero no lo encontró. Mosqueada, volvió a mirar todas sus cosas, pero el bikini no estaba por ninguna parte. Hizo memoria, recordando sacarlo de su armario para meterlo en la maleta… ¿Se lo habría dejado encima de la cama, en cambio? Supuso que así habría sido, y decidió que se pondría algún conjunto de ropa interior de los que sí había llevado. Estaba segura de que, si se lo decía a Adeline, no tendría ningún problema en comprarle uno como iba a hacer con Kumiko, pero al igual que esta, temía lo que pudiera haber en la tienda. Así que abrió el cajón de la mesilla y buscó hasta encontrar un conjunto negro de satén con relleno en el sujetador que podía pasar perfectamente por un bikini.

Por su parte, Derek fue a su habitación pensativo. Mientras rebuscaba dentro, se dio cuenta de que esa mañana no había conseguido hacer contacto visual con Liv. Lo había intentado, desde luego, porque un día libre le parecía el momento perfecto para hacer el avance que necesitaba, pero ella no había respondido. Hizo memoria sobre el día anterior: había llegado tarde, como casi todos, y el momento nocturno del porche quedó descartado, pero no se le ocurrió nada más.

Encontró un par de bañadores en el cajón y los metió en una bolsa, junto con una toalla. Sugerencia de Kate: a él nunca se le habría ocurrido. Volvió a quedarse pensativo, pero llegó a la conclusión de que sería una casualidad. Simplemente, no podía esperar que Liv estuviera pendiente de él todo el tiempo, ¿no?

¿Quizá lo había esperado por la noche y al no aparecer estaba molesta?

Bueno, existía una razón para esa tardanza, solo que no podía explicárselo. Kate y él se habían acercado a un punto de información sobre una zona concreta en relación a una idea suya. Su exmujer pareció sorprendida ante sus intenciones otra vez, sin duda preguntándose por qué con ella no se le habían ocurrido ese tipo de detalles, pero no pudo ofrecerle ninguna frase de consuelo. Por mucho que estuviera casada y feliz con otro, no veía la necesidad de confesarle que aquel deseo casi doloroso que sentía por Liv nunca lo había tenido por ella. Que tampoco había sido culpa de Kate, lo tenía claro, siempre puso todo de su parte para que el matrimonio funcionara, pero… Derek prefería mantenerla como amiga, así que mejor evitar ese punto en que la sinceridad podía doler. Tampoco hacía falta que Kate supiera cada mínimo detalle sobre sus

asuntos, la verdad.

Se repitió a sí mismo que todo iba bien y terminó de vestirse. Coincidió con Shawn al salir, de modo que bajaron juntos hasta la primera planta, donde el chico sacó un libro de la biblioteca de Adeline. Derek le echó un vistazo y después levantó una ceja.

—¿Jardinería?

—Es por leer algo.

—Claro, sí. Jardinería está el número uno de los libros más interesantes, cierto.

—Sí, tienes razón, el tuyo es mejor. —Shawn se dio un golpecito en la frente—. Ah, no, espera, ¡que no llevas ninguno!

Sonrió, encaminándose hacia la entrada mientras Derek lo alcanzaba con el ceño fruncido.

—¿Y tú desde cuando manejas la ironía?

—Será que lo he aprendido de vosotros —se burló Shawn—. ¿No vas a coger ninguno entonces?

—Lo único que me gustaría leer ahora es ese famoso cartelito que dice «Fumar mata» —refunfuñó Derek, mientras salían al porche.

Adeline esperaba en la *pick up,* mucho más reluciente desde que era mimada cada fin de semana. Pitó para que todos se dieran prisa, sobre todo Mary Sue, que tardaba una eternidad en llegar a cualquier sitio.

Shawn ocupó su lugar habitual en la parte trasera, como siempre, sintiéndose culpable por las palabras de su compañero. Podía decirle al menos diez sitios entre la casa y el jardín donde encontrar el tabaco robado, pero seguía sin querer arriesgarse a recibir un golpe. Parecía que se llevaban más o menos bien y no quería arriesgarse a que eso cambiara.

Derek se colocó junto a Adeline y observó cómo ella buscaba la famosa canción con la que iniciaban todas las jornadas de trabajo. Al menos en el viaje Liv no podría ignorarlo, o eso creía él, pero cuando esta llegó a su altura, hizo una mueca.

—Hace demasiado calor ahí dentro —comentó, como dirigiéndose a todos y a nadie en particular—. ¿Alguien que esté harto del traqueteo quiere ir delante?

Derek alzó la ceja por segunda vez aquella mañana. ¿En serio? ¿Qué era aquello, una puta broma? ¿De verdad tenía calor o solo era una excusa para no viajar a su lado?

Pero entonces Liv mostró una sonrisa de disculpa y se dijo que estaba siendo un gilipollas. No todo tenía que ver con su persona, el hecho de que la chica necesitara aire podía ser solo eso, una necesidad, y no implicaba que estuviera enfadada. Hablaría con ella en el lago.

—Yo encantada. —Kumiko saltó de la parte trasera—. Además, tenemos que parar a comprarme un modelito, así que genial.

Se sentó junto a Derek con una amplia sonrisa mientras él miraba al techo. Si tenía que aguantar el parloteo de Kumiko durante el viaje era más que posible que terminara por tirarse de la *pick up* en marcha. Liv subió a la parte trasera y se sentó junto a Carter, que al momento empezó a darle conversación.

Adeline arrancó para encaminarse al centro del pueblo, donde no tardaron en llegar. Estacionó delante de una tienda típica donde se vendía todo lo necesario para los veraneantes y miró por el espejo retrovisor.

—No tardaremos —dijo—. Sed buenos.

Bajó de la *pick up* mientras Kumiko lo hacía por el otro lado. La coreana caminó a saltitos hasta que llegó al escaparte y observó el rótulo.

—Un momento —dijo—. ¿Qué tienda es esta?

—Una que tiene de todo. —Adeline la empujó hacia el interior—. Para un traje de baño

sencillito nos sirve, ¿no? Total, solo te lo vas a poner hoy.

La empujó para que entrara, notando que la joven intentaba resistirse. Pero Adeline tenía dos cosas claras: no pensaba gastar una millonada en un bañador para un solo día y tampoco iba a tirarse allí tres horas escogiéndolo. La obligó a caminar hasta la zona de ropa de baño, la mayoría en tonos chillones y horteras, y una vez allí se cruzó de brazos.

—Escoge uno.

—¿En serio? ¿Entre esta bazofia hortera?

—Pero si a ti te encanta la ropa de colores, es tu estilo totalmente.

—¡Ja! Si pretendes convencerme de que mis creaciones están a este nivel, estás loca de remate. —Kumiko comenzó a pasar perchas de una en una—. Pasado de moda, antigualla, modelito de la abuela, fuera de onda, porno *boom boom*… ¿qué es toda esta porquería? No pienso ponerme nada de esto, seguro que me provoca una alergia.

—Kumiko. —Adeline la arrinconó—. No seré yo la que explique al grupo que hemos perdido tres horas de su precioso día libre eligiendo un bañador bonito y a la moda para ti. ¿Lo entiendes?

La muchacha se cruzó de brazos, fastidiada por la amenaza implícita que había en las palabras de la jefa. Qué cabrona, no quería que el resto del grupo la odiara por tenerlos tanto tiempo metidos en la *pick up* esperando. Pero es que aquellas mierdas no se las haría poner ni a su peor enemigo…

—Mira, este no está tan mal —comentó Adeline, enseñándole un bikini lleno de piñas—. Tengo entendido que el estampado de piñas está de moda.

Ella le lanzó una mirada feroz, pero agarró la percha de malas maneras y se metió en el probador con un gruñido. Segundos después, Adeline asomó la cabeza sin pedir permiso y la observó de arriba abajo.

—Te queda perfecto.

—¿Qué? ¡Pero si parezco una mofeta disecada! Esto es feo, y ortopédico, y…

—No, estás preciosa. El verde te resalta el color del pelo —se apresuró a decir Adeline—. Te espero en la caja, corre.

Y cerró las cortinas sin darle tiempo a poner pegas, de modo que Kumiko volvió a examinarse en el espejo con mirada crítica. La parte de arriba le sobraba por todos lados, la de abajo solo le tapaba la mitad del culo… ¡Y Adeline diciendo que le quedaba bien! Pero claro, qué esperar de una mujer que se pasaba la vida metida en un peto vaquero. Era obvio que no tenía la menor idea de moda, y la que iba a pagar el pato era ella haciendo un ridículo espantoso.

Sin embargo, al parecer no tenía más opción que las piñas. Con un suspiro, se puso su vestido por encima y guardó la ropa interior en su mochila, decidiendo que no se desvestiría de no ser estrictamente necesario.

Al acercarse hasta la caja, descubrió a Adeline entregando tres cupones.

—Anda, con esto te sale gratis el bañador —comentó la cajera.

—¿Gratis? —repitió Kumiko.

—¿No es genial? —dijo Adeline, cogiendo el *ticket* de manera apresurada—. Hemos matado dos pájaros de un tiro, te queda perfecto y sale gratis.

La chica de la caja sonrió, como si aquello fuera un golpe de suerte. Kumiko siguió a su jefa a la calle con el ceño fruncido, dándose cuenta de la jugada de Adeline.

—Vamos, que no pensabas invertir nada en mí —protestó—. La cosa era gastar tus malditos cupones.

—A ver, hay que ser prácticos, Kumiko. Gastar mucho en una prenda para que solo la uses

hoy…

—¡Pero podía haberme quedado con él y usarlo más adelante! A ver si crees que este es el único día de mi vida que voy a usar bañador… Me pregunto qué pasaría si un día alguien tira tus puñeteros sellos, chica. ¿Se hundirá tu mundo?

Y dicho esto, entró en la *pick up* dando un portazo. Adeline permaneció unos segundos perpleja, preguntándose si había algo de razón en las palabras de la joven y estaba llevando el tema de sus cartillas demasiado lejos. Era genial conseguir cafés o paquetes de cereales gratis, pero tampoco hubiera pasado nada por perder unos minutos más en conseguir un bañador más del gusto de Kumiko. Aunque tampoco le parecía un tema tan trascendente, al menos a ella, que jamás se interesaba por ir bien vestida… pero sí sabía la importancia que tenía la ropa para la coreana y eso le hizo sentir un poco mal.

Fuera como fuera no tenía remedio, de forma que entró en la *pick up* y puso rumbo al lago, que estaba a unos cuarenta y dos kilómetros. Kumiko iba enfurruñada y Derek no parecía estar de mejor humor, aunque en la parte trasera se respiraba un ambiente más distendido. Carter estaba encantado de haber encontrado alguien con quien poder charlar de algo más aparte de alegatos feministas y estuvo entretenido hasta que llegaron.

Adeline aparcó justo en la entrada de Mountain Lakes, un edificio sencillo y bonito en color blanco. Estaban en pleno verano, así que había mucho ambiente de gente que entraba y salía con toallas en los hombros.

Una vez dentro, enseguida apareció un hombre para saludar a Adeline de forma cariñosa.

—¡Mike! —sonrió ella—. Veo que el negocio marcha a las mil maravillas, como siempre.

—Sí. La reforma que hiciste quedó perfecta. —Miró al grupo—. ¿Son tus chicos?

—En efecto. No te darán problemas, prometido.

—Ahora mismo te doy un par de habitaciones para que se duchen y cambien. Lo único, para las ocho tienen que estar libres, esta noche hay reservas.

—Descuida, nos iremos antes. —Ella le guiñó el ojo.

Shawn observaba todo aquel intercambio desde la entrada, preguntándose quién sería aquel tipo. Porque tanta sonrisa y guiño de ojos… ¿quizá un antiguo ligue? A lo mejor los hombres morenos, repeinados y vestidos de pingüino eran el tipo de Adeline.

Ella regresó con ellos, ya con las llaves guardadas.

—Podemos usar las habitaciones para lo que queráis. Duchas, servicios si no queréis ir a los públicos, cambiarse de ropa, secarse el pelo… lo que sea, me la pedís y listo. Una para chicas y otra para vosotros. —Los señaló a ellos con la cabeza.

—Ahora que lo pienso —intervino Mary Sue—. No hemos traído comida. Podía haber preparado cualquier cosa en un momento.

—No, no, comeremos aquí, que estamos invitados.

—Ah, qué bien —dijo Carter—. Y hasta tienen tienda de *souvenirs*. ¿Podremos entrar antes de irnos?

—Sí, claro. Venga, vamos al lago —sugirió Adeline.

—¿Y tenemos que estar todos juntos por obligación? —preguntó Kumiko, que todavía estaba indignada por el tema del bañador.

Adeline se encogió de hombros.

—Cada uno que vaya donde y con quien quiera. Es un día de descanso y desconexión, el que quiera pasarse las horas al sol que lo haga, nadie os controlará hoy.

—Perfecto. —La muchacha se colocó bien la mochila y se marchó sin esperar a nadie.

Ninguno comprendió bien qué le sucedía a Kumiko, pero optaron por dejarla a su aire. El

resto permaneció junto en un primer momento, aunque al final terminaron disgregándose en pequeños grupos que no estaban alejados, pero tampoco pegados.

Derek, que se había pasado los cuarenta y dos minutos de viaje tratando de convencerse de que no pasaba nada raro y que todo era producto de su imaginación, tuvo claro que no era así cuando vio que Carter se acomodaba en su toalla junto a Liv y esta no hacía nada por evitar esa situación. Lo veía cristalino: ella no quería estar junto a él, solo que no entendía el motivo.

Observó a Carter con el ceño fruncido. No era su rival (a menos que se tuviera un gusto peculiar) y Liv no había demostrado tener ninguna conexión con el chico hasta ese momento, así que, ¿qué diablos estaba pasando allí? ¿Por qué emergía de pronto ese diez por ciento de su personalidad «no tan buen tío» que lo único que quería era agarrarla del brazo y besar aquellos labios que lo tenían loco desde el primer día?

Vale, no, eso no podía hacerlo. No le quedaba otro remedio que aguantarse y observar cómo aquel capullo no solo le robaba los cigarrillos, sino también las horas con Liv.

Cogió aire y se dijo así mismo que no tenía quince años. Que no iba a hacer ni decir nada, si ella deseaba estar distante respetaría esa decisión, quizás necesitaba tiempo, estar sola, reflexionar, cualquier cosa.

—¿Quieres otro cigarrillo de marihuana? —Zazzie se sentó junto a él en la toalla, vestida con un conjunto que no dejaba mucho a la imaginación, algo a lo que todos se habían acostumbrado ya, por otro lado—. Lo compartimos, venga. Pareces tenso y cabreado.

Derek miró alrededor.

—Esto está lleno de críos, Zazzie. No parece muy adecuado —comentó—. Acabamos de llegar, es pronto para que nos echen.

—Tienes razón —murmuró ella, meneando su melena rizada—. Además, dejaríamos en mal lugar a Adeline. En otro momento mejor. —Señaló con la cabeza hacia el sitio donde Carter no paraba de dar explicaciones a Liv—. ¿Tenemos cambio de parejas? No es que me importe, ya sabes.

—Eso parece.

—¿Problemas en el paraíso?

—¿A qué te refieres?

—No sé, como compartís porche y tal…

Derek se quedó callado. No sabía muy bien qué contestar a eso sin dar demasiados detalles íntimos que no le apetecía compartir. En cambio, miró a Zazzie y le contestó con otra pregunta:

—Oye, ¿eso es un bikini?

—Sí, claro. ¿Por qué?

—No sé… Parece ropa interior.

—Vaya ojo que tienes —contestó ella, sin parecer preocupada en lo más mínimo—. Sí que lo es, pero da el pego, ¿no?

Derek parpadeó sorprendido, mientras ella se levantaba.

—¿Qué más da? Tapa lo mismo, ¿no? Venga, ¿un baño?

La chica ya iba trotando hacia el agua y Derek, tras dudar unos segundos, la siguió. La verdad era que hacía calor y le apetecía refrescarse, además de que allí sentado lo único que hacía era mirar a Liv de soslayo y mosquearse, lo cual no era muy divertido precisamente.

Al verlos pasar, Liv frunció el ceño y se dio la vuelta para tumbarse bocabajo en la toalla. Aunque se había dicho mil veces que era una tontería, no podía evitar estar molesta con él por haberle ocultado que estaba casado. Y, encima, verlo tonteando con Zazzie tampoco ayudaba.

—¿Te importa si voy a bañarme? —preguntó Carter, con la vista fija en la escultural chica.

Liv le hizo un gesto con la mano para que se fuera, aliviada por no tener que escuchar más su parloteo. Que se pegaran por la morena, a ella le daba igual todo.

—¿No te bañas?

Liv giró la cabeza para encontrar a Adeline, que se había sentado a su lado con una sonrisa.

—No me apetece —contestó.

—¿Estás bien? No quiero meterme donde no me llaman, pero… pensaba que la visita de tu hermana te habría animado.

—Sí, eso estuvo muy bien. —Se incorporó para hablar con ella de forma más cómoda—. Gracias de nuevo, por cierto.

—De nada.

—Es otra cosa.

Liv siguió la dirección de su mirada hacia el lago, donde Shawn acababa de unirse donde estaban bañándose Carter, Derek, Zazzie y Mary Sue.

—No te preocupes por eso —comentó Adeline—. Zazzie se lleva bien con todos, no está tonteando con Derek ni nada.

—No, no es eso.

Aunque un poco también, pero le llamó la atención que Adeline hubiera supuesto que estaba celosa sin tener más datos. Entonces se dio cuenta de que la chica se quedaba callada, mirando cómo Zazzie salpicaba a Shawn y este a ella.

—Tampoco está tonteando con Shawn —comentó.

—No, si ya…

Se calló, al ver que estaba aconsejando a Liv cuando ella estaba sintiendo lo mismo, solo que por un hombre diferente.

—*Touché* —contestó Adeline.

Tras un rato de salpicarse, remojarse y nadar un poco, Derek y Shawn decidieron que habían tenido suficiente y salieron del agua. Adeline había pensado que era una pena que ese día no tuvieran que lavar el coche, pero en aquel momento se le olvidó, porque la escena que se desarrollaba ante sus ojos parecía que transcurría a cámara lenta. La forma de andar de Shawn, cómo le caía el agua por el pecho y estómago, desapareciendo por aquel bañador que no podía quedarle mejor… en aquel momento se imaginó a sí misma quitándoselo a mordiscos y tuvo que sacudir la cabeza.

Pero al apartar la vista se encontró con Liv, que tenía la misma expresión que ella unos minutos antes.

—Creo que necesito un poco de agua fría —comentó.

—Sí, yo también.

Mejor esquivar a Derek, que se estaba acercando a ellas y no le apetecía nada hablar con él. Menos cuando tenía el pelo mojado de esa forma, sonreía marcando los malditos hoyuelos y…

No. Al agua.

Y así consiguió esquivar a Derek: cuando él salía del agua, ella entraba, y al revés. Lo malo fue cuando llegó la hora de la comida y se reunieron todos, que tuvo que darse prisa para coger sitio y que no le tocara cerca de él. Estuvo con Adeline, dado que ambas parecían haber hecho un pacto silencioso para apoyarse.

Kumiko fue la última en llegar, y todos la miraron preguntándose dónde habría estado, siendo Zazzie, con su habitual desparpajo, la que no dudó en preguntar:

—¿Dónde te has metido? ¿Tenías una cita secreta o algo?

Kumiko le hizo un gesto para que se inclinara hacia ella, estiró del cuello de la camiseta para

que Zazzie mirara y volvió a taparse.

—¿A que lo entiendes? He estado escondida por ahí, por si había abejas. Que con esto vendrán todas a por mí.

—Pero si es un bikini monísimo… —intervino Adeline, que la había escuchado.

Kumiko la fulminó con la mirada y ella decidió dejar el tema, no fuera a hablar de los cupones de nuevo y en eso no tenía defensa.

—¿Por qué no te lo pones al revés? —sugirió Zazzie—. La parte de arriba, al menos. Total, el relleno se dobla y el interior es negro, ¿no?

—¡Qué buena idea! —Se levantó para ir a cambiarse y le dio un beso en la mejilla—. Al final vas a influirme en mis diseños, tendré que citarte.

A Zazzie aquello no le sonó del todo bien, porque si la nombraba como coautora de alguna de sus «pomponadas» miedo le daba. Pero también le agradó el comentario, para qué negarlo. Al final la chica se hacía querer.

Después de la comida volvieron a holgazanear en la orilla del lago, con alguna que otra siesta incluida, y demasiado pronto llegó la hora de regresar.

En cuanto la *pick up* se detuvo, Derek salió disparado para llegar el primero al baño y ducharse. Quería bajar al porche pronto por si Liv aparecía, aunque no estaba seguro de que lo hiciera después de no haber conseguido hablar con ella en todo el día.

Se quedó en el exterior esperando un par de horas, hasta que tuvo claro que ella no pensaba aparecer. Alicaído, subió las escaleras preguntándose por millonésima vez qué habría cambiado para que lo esquivara así.

En el pasillo, se quedó unos segundos parado, mirando hacia ambos lados. Al final, cogió la dirección contraria a su habitación y se dirigió a la de Liv. Sin pensarlo más por si se arrepentía y daba media vuelta, levantó el puño y llamó con los nudillos.

Escuchó ruidos dentro y, poco después, Liv abrió la puerta unos centímetros.

—¿Derek? —Miró por encima de su hombro, extrañada, pero no, estaba solo—. ¿Pasa algo?

—Sí, quiero hablar contigo. ¿Puedo pasar?

Liv se quedó quieta en la puerta, sin abrirla más.

—Podemos hablar aquí —contestó.

—Preferiría que no nos oyeran.

Ella suspiró, pensando en si debía cerrarle la puerta en la cara. Pero si hacía eso, Derek podía insistir, y ella tampoco quería llamar la atención. Así que la final se hizo a un lado para que entrara y cerró la puerta tras él.

—¿He hecho algo para que estés enfadada conmigo? —preguntó Derek, sin andarse por las ramas.

Liv, todavía apoyada en la puerta, lo miró mientras meditaba su respuesta. Si era sincera iba a quedar como una tonta porque, de nuevo, no había nada entre ellos y Derek no le debía explicaciones. Pero, por otro lado, odiaba mentir u ocultar cosas, aquello solo lo empeoraba todo, lo sabía bien después de lo ocurrido con Hayden. Así que se cruzó de brazos de forma defensiva.

—Pensaba que con todas nuestras charlas teníamos cierta… confianza —dijo.

Él frunció el ceño.

—Sí —contestó—, yo también.

—Entonces, ¿por qué no me lo contaste?

—¿El qué?

¿De qué estaba hablando? ¿De su delito? Ella tampoco había hablado del suyo, así que pedirle explicaciones respecto a ese tema no tenía mucho sentido.

—Que estás casado.

Derek abrió los ojos, sorprendido. Vaya, aquello sí que no lo había esperado. Sobre todo, porque le había parecido detectar un tono de celos en el comentario. Eso lo animó, porque si Liv se mostraba celosa era porque sentía algo por él, aunque al ver su expresión enfadada no llegó a sonreír. Y entonces se dio cuenta de sus palabras: había utilizado el presente, no el pasado.

—No estoy casado —corrigió.

—¿La que vino ayer no era tu mujer?

—Exmujer. Llevo ocho años divorciado.

Liv dejó caer los brazos, sorprendida. ¿Su exmujer? Bueno, eso explicaba que no le hubiera dicho que estaba casado, pero…

—¿Y te viene a visitar? —añadió, extrañada.

—Nos llevamos bien —aclaró él—. Nuestro divorcio fue de mutuo acuerdo y hemos mantenido la amistad. —Ella seguía con el ceño fruncido—. ¿No me crees?

—Tienes que admitir que es extraño que una pareja de divorciados se lleve tan bien. Y no explica que no me hayas hablado nunca sobre ella.

—No ha sido a propósito, Liv. Tampoco un divorcio es un tema agradable para discutir…

Eso podía entenderlo, sí. Relajó un poco su expresión, lo que animó a Derek a avanzar hacia ella hasta quedarse a solo un paso de distancia.

—¿Por qué pensaste que seguía casado? —preguntó él.

—Me lo dijo… bueno, da igual quién lo hiciera.

—Aunque lo que de verdad me gustaría saber… es por qué te molesta.

Como si no hubiera sido eso lo que Liv se había estado preguntando todo el fin de semana… sin tener una respuesta definitiva, aparte de la obvia: que él le gustaba más de lo que deseaba admitir, y que lo que había sentido el día anterior con su exmujer y en el lago con Zazzie no eran otra cosa que celos.

Estúpidos, sí, pero celos, al fin y al cabo.

—Porque… —Se encogió de hombros—. Pensé que éramos amigos y esperaba que algo así me lo hubieras contado.

Al momento se dio cuenta de que ella también había omitido detalles sobre su vida. Muchos e importantes, si se paraba a pensarlo. Se preparó para que Derek le replicara precisamente eso, pero, en cambio, él colocó las manos a ambos lados de su cuerpo, sobre la puerta y se inclinó hacia ella.

—¿Seguro que es solo por eso? —susurró contra su oreja, erizando su piel—. ¿No serían celos?

—Bueno, ejem, oye… —Intentó sonar ofendida, pero solo logró no perder el equilibrio porque notaba como sus piernas comenzaban a derretirse al sentirlo tan cerca—. Escucha…

Derek no había pensado acercarse tanto, ni mucho menos besarla, pero era lo que más deseaba en aquel momento y lo que su instinto, que parecía haberse cansado de sutilezas, le estaba llevando a hacer. No era experto en enviar señales ni en recibirlas, pero que ella no se hubiera movido ni le hubiera pegado un empujón era bastante esclarecedor.

—Liv, voy a besarte —le soltó.

Ella lo miró, estupefacta. Pero bueno, ¿qué se había creído? Abrió la boca para protestar, pero al momento la cerró, humedeciéndose los labios. Nada, estaba claro que su mente le decía una cosa, su cuerpo otra y su voz… bueno, se había quedado sin voz solo de pensarlo, así que poco sonido podía emitir.

«Al menos te ha avisado».

Sí, claro, como si aquello sirviera de algo. En fin, Hayden no estaba ayudando y escuchar su voz, tampoco. Era la primera vez que deseaba dejar de oírla.

Así que levantó una mano, cogió a Derek de la nuca y lo acercó para besarlo, sorprendiéndole tanto a él como a sí misma.

Derek pegó su cuerpo al de ella aprisionándola contra la puerta, mientras bajaba las manos a su cintura para sujetarla. Vaya, no había esperado que Liv reaccionara así… pero no iba a quejarse, estaba claro. La besó lenta y perezosamente, rozando los labios y el interior de su boca con la lengua. Perdió la noción de todo mientras la oía gemir y dejó de besarla para deslizar los labios hasta el cuello, mientras notaba cómo ella metía las manos por debajo de su camiseta.

Liv tiró de la tela para sacarla del pantalón, subiendo las manos por su espalda y notando cómo la electricidad circulaba entre ellos. Aquella piel desprendía calor, solo pensaba en sentirla contra la suya… pero justo entonces escuchó un fuerte ruido que la sobresaltó.

—Será Shawn —murmuró él, sin apartarse de su cuello—. Con su mudanza nocturna.

Otro golpe y el ruido de maletas siendo arrastradas le confirmó aquello. Liv cerró los ojos, concentrándose en Derek y en sus besos, pero el maldito ruido la había desconcentrado, dando a su mente el segundo que necesitaba para recuperar la cordura y pensar.

Pensar que aquello estaba muy bien, que hacía tiempo, demasiado, que no se sentía así… y precisamente eso la hizo parar y escurrirse de entre los brazos de un asombrado Derek.

Él se quedó inmóvil, viendo cómo la chica se alejaba hasta el centro de la habitación y ponía distancia entre ellos.

—Liv… —empezó.

—Creo que… creo que deberías irte.

Evitaba mirarlo, porque temía que, si lo hacía, volvería a sus brazos y aunque todo su ser le decía que ahí era donde debía estar, el miedo la detenía.

El miedo a sentir de nuevo, a dejarse llevar, a no pensar.

Derek no entendía nada de lo que había ocurrido, pero de lo que sí estaba seguro era de que no era culpa suya. Algo ocurría que no sabía, algo que ella no le había contado. Y aunque quería y necesitaba preguntar, por su reacción estaba seguro de que no obtendría respuestas. No en aquel momento.

Bajó la cabeza y salió, cerrando la puerta con cuidado mientras escuchaba el arrastrar de maletas de Shawn.

Se llevaban mejor, no había duda, pero en aquel momento le hubiera tirado todas las maletas por la ventana.

Capítulo 14

—¡Kumiko! ¡Carter!

La voz de Adeline, bastantes decibelios más alta de lo soportable al oído humano un lunes, hizo que todos se apartaran de ella, cobijándose al otro lado de la escalera.

La mujer comprendía que el día de relax había actuado como un bálsamo, pues casi había tenido que tocar un tambor para que se despertaran, pero tener que esperar más de quince minutos a la coreana le parecía demasiado. Carter seguramente se habría dormido y ahora andaría vistiéndose a toda prisa, pero de Kumiko se fiaba menos.

Nadie osó murmurar la mínima palabra, esa mañana todos parecían sombríos: regresar a la rutina cada vez parecía costar más. Adeline volvió a dar un par de palmadas y el grupo retrocedió de nuevo, hasta quedar junto a la puerta.

—¡Kumiko, baja ya!

—Voy, voy, ni que se quemara algo —protestó la chica, apareciendo en el rellano de la segunda planta.

—¿Se puede saber qué estabas haciendo? ¡Cuando digo una hora espero que se cumpla!

—Jefa, no te enfades. Era una emergencia —explicó ella, saltando las escaleras de dos en dos hasta quedar a su altura—. Tenía el pelo fatal por el agua del lago y he tenido que ponerme mi mascarilla especial todo terreno y luego pasarme las planchas.

—¿Las planchas? ¡Pero si eres de origen coreano y tienes el pelo más liso que una tabla!

—Nunca se tiene el pelo lo suficientemente liso.

—Y, además, ¡vas a trabajar! ¿Qué importa el pelo?

—Importa, importa.

—¡Carter! ¡Si no estás aquí en cinco segundos nos vamos sin ti y eso irá en tu hoja de servicio, no lo dudes!

Oyeron el golpe de una puerta y segundos después apareció el susodicho, saltando sobre una pierna mientras se abrochaba el mono a toda prisa, tanto que se pilló el elástico de los bóxeres.

—Preferiría no haber visto eso —susurró Zazzie a Liv, haciendo que esta soltara una risita.

En realidad, Liv no sentía que su vena humorística estuviera muy activa esa mañana, pero no podía evitarlo, Zazzie siempre le provocaba hilaridad con sus comentarios.

—Estoy intrigada por ver quien recibe sus atenciones hoy —siguió la morena en voz baja—. Si tú o yo. Creo que está jugando una partida imaginaria y va apostando. «¿Quién me soportará las próximas veinticuatro horas?».

—De juegos de cartas sé más que él.

Liv sonrió como si la simple idea de ligar con Carter fuera lo más ridículo que hubiera escuchado en años.

—Uy, a mí me encanta el póquer —dijo Zazzie—. ¿Sabes jugar?

—Un poco.

Carter llegó al trote y se detuvo junto a Adeline, recuperando el aire.

—Perdón, me he adormilado después de tu alarma y me estaba vistiendo, pero no he roto nada, en serio. Todo perfecto allá arriba.

—Venga, todos al coche. —Adeline les metió prisa—. No quiero que lleguemos tarde.

Se encaminaron a la *pick up*, como todos los días. Derek esperaba que la situación volviera a la normalidad con Liv y que esta se sentara a su lado; si quería hacer como si no hubiera ocurrido nada la noche anterior tendría que tragarlo, prefería eso a que se apartara.

Pero la joven parecía tener clara la idea de la distancia, porque se subió detrás sin mediar palabra. Adeline lo miró de reojo, consciente de su rostro resignado, pero no comentó nada.

Shawn fue a sentarse junto a Derek, pero este puso el brazo negando con la cabeza.

—No, tú atrás —le dijo, en tono seco.

—Pero si…

—Que no te vas a despeinar.

Shawn frunció el ceño, preguntándose qué mosca le habría picado porque no recordaba haber hecho nada para enfadarlo, como parecía estar. No había quien lo entendiera. Se subió detrás sin protestar porque Adeline estaba impaciente y no quería molestarla, no fuera a darle algún trabajo horrible… Aunque todos lo eran, si se paraba a pensarlo.

Adeline arrancó el vehículo una vez Kumiko estuvo acomodada junto a Derek y pulsó el botón para que *Don’t stop me now* se escuchara a todo volumen.

Derek desconectó durante del viaje de las distintas charlas que comenzaron una vez terminó la coreografía diaria de la canción. Se sentía muy perdido y no tenía la menor idea de cómo arreglar la situación con Liv, porque era imposible hacerlo sin la información que necesitaba. Le había dado vueltas al tema durante buena parte de la noche, pero no conseguía entenderlo.

Sí, existían dudas coherentes, dudas que también tenía él: el hecho de que el tiempo corriera en su contra porque estaban cerca del final del verano; la distancia; si todo aquello podía volverse algo real o solo era un entretenimiento… que no lo era, al menos por su parte. Ni recordaba la última vez que se había planteado tener una relación, la verdad. Desde el divorcio había tenido algún que otro ligue, pero muchos menos de los que su aspecto podía insinuar, y siempre sin expectativas serias. No porque alguna no se hubiera esforzado, cierto. Pero Derek no necesitaba otro fracaso en su currículo y la sombra de lo sucedido con Kate era muy alargada. No iba a comprometerse con alguien que no captara toda su atención para después darle una relación de mierda, no.

Y ahora, después de ocho años, por fin encontraba alguien que le interesaba… y ella lo rehuía. Estaba claro que entrar en su cuarto y besarla no había sido la mejor idea del mundo, por mucho que Liv le hubiera devuelto el beso. Ahora tenía que pensar cómo solucionarlo.

Le vino a la cabeza la idea que había tenido días atrás, cuando hizo que Kate recorriera las dieciséis millas que llevaban hasta Dupont State Forest, en Cedar Mountain. Tan solo a cuarenta y cinco minutos de Hendersonville, aquella maravilla de la naturaleza poseía justo lo que Derek buscaba. Cuando tuvo la idea, creyó que llevar a Liv a ese lugar ocurriría de manera más espontánea, pero ahora las cosas habían cambiado. Iba a llevarla sí o sí, solo que no tenía la menor idea de si podría convencerla, pero la llevaría. Tenía todo el día para pensar en ello y, con suerte, durante la jornada de trabajo ella le daría alguna pista de hacia dónde se encaminaba su relación actual.

Como el interior estaba terminado, ese día Adeline había preparado trabajos para las zonas externas: había que arreglar y pintar vallas, ventanas, trabajar en el jardín, limpiar la fuente y mil pequeñeces por el estilo.

Acompañó a las chicas hasta el vestuario, echando un ojo a los papeles mientras pensaba a quién destinar cada trabajo.

—Liv —llamó, una vez estuvieron todas preparadas para salir—. ¿Qué tal si os pongo a ti y a Derek con las vallas? Kumiko y Zazzie pueden dedicarse a las ventanas.

—¿Las ventanas? —Kumiko se recolocó bien los pompones del peto con un resoplido—. Qué poco glamur siempre, en serio.

—Ninguno de los trabajos tiene glamur —manifestó Adeline, sujetando la puerta para que salieran—. A menos que quieras limpiar la fuente. Había pensado adjudicárselo a Carter y Mary Sue, pero a lo mejor ella se resbala con el musgo.

Kumiko abrió la boca para protestar, pero entonces se dio cuenta de que el grupo de «obreros de verdad» estaba justo allí, preparándose para comenzar su jornada mientras se terminaban los cafés de termo y comprobaban herramientas. Agachó la cabeza para pasar desapercibida y así poder reunirse con el resto, que aguardan en la puerta de la mansión.

—Eh, nuestras chicas favoritas —dijo el mismo hombre de la otra vez, al que Zazzie había dejado sin palabras—. Oye, guapas, ¿por qué no venís luego a tomaros una copa con nosotros?

—Piérdete —masculló Zazzie, adelantándose también para no tener que escuchar más tonterías.

Adeline frunció el ceño. Cierto que eran obreros y todo el mundo sabía que piropear formaba parte de su cultura laboral, pero aquello no le parecía exactamente eso.

—Bueno, borremos a la que se ha ido, demasiado agresiva —siguió el hombre, que no parecía ver que sus comentarios no agradaban a nadie—. Oye, jefa de obra, si me prestas a esa pecosa un rato, mis chicos y yo te colocaremos las vallas en cinco minutos.

Liv notó que un ligero rubor subía a sus mejillas. Hacía tiempo que no le tocaba escuchar nada por el estilo, pero tampoco tenía la mordacidad de Zazzie para mandarlo a tomar por culo.

—Qué demonios, ven tú también. —El hombre hizo un gesto con el brazo para incluir a Adeline—. Mucho mejor en la cama que aquí sujetando un martillo, ¿no?

La rubia miró de reojo al grupo, que no oía los comentarios, pero notaban que algo pasaba. Conociendo los antecedentes de Derek, Adeline no quiso arriesgarse a que hubiera otra pelea y empujó a Liv hacia delante para que se fuera, cosa que ella hizo después de que insistiera. Después, se cruzó de brazos para enfrentarse a aquel imbécil.

—Esos comentarios están fuera de lugar —dijo, en tono serio—. Ya veo que te tomas muy en serio el tema del piropo a las mujeres, algo que nadie ha pedido y que no voy a tolerar en mis equipos.

—Ya estamos con feminismo de las narices —se quejó él—. ¡Ni hacer un cumplido se puede!

—Eso está muy lejos de ser un cumplido. Es soez y desagradable, y si no te gustaría que se lo dijeran a tu hija, a tu madre o a tu mujer, ni siquiera deberías pensarlo.

—En fin… gracias por el consejo, guapa, pero nadie va a decirme qué cosas puedo o no decir, ¡solo faltaba! A ver si ahora va a ser un crimen ver a una mujer guapa y querer follársela.

—En tu cabeza puedes pensar lo que quieras, pero no voy a tolerar ninguna manifestación verbal al respecto. ¿Entendido?

El hombre se levantó de la escalera donde estaba sentado.

—Tú no me vas a dar órdenes a mí. ¿Quién te crees que eres?

—Tu jefa. La misma que te dice que recojas tus cosas y te largues con viento fresco.

—¿Me estás despidiendo? ¿Por un piropo?

—No era un piropo. Has incomodado a mis chicas y a mí misma con expresiones sexuales y acoso verbal, incluso ahora mismo estás en una posición amenazadora respecto a mí. No quisiera

tener que llamar a la policía.

Shawn había visto levantarse al obrero de la escalera. Consciente de que doblaba en peso y tamaño a Adeline, dio dos pasos en su dirección con intención de acercarse por si necesitaba su ayuda. Entonces observó como el hombre sacudía la cabeza y decía:

—Ya te arrepentirás de esto, guapa. Te lo aseguro.

Arrojó su casco al suelo y se encaminó a la salida, siendo el blanco de todas las miradas al pasar junto al grupo. Shawn se relajó al ver que el peligro había pasado y esperó a que Adeline se uniera a ellos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Derek.

—¿Has despedido a ese puerco? —aplaudió Zazzie—. ¡Bien! Que se vaya a su casa a meneársela en soledad, ¡pervertido!

—Pero ¿qué ha pasado? —insistió Derek, paseando su mirada de una a otra.

—Nada, ya está. —Adeline decidió dar por zanjado el tema mientras lo hacía retroceder por si acaso—. No volverá a molestar y punto. Vamos, ya he asignado los trabajos por parejas y nos queda mucho por hacer.

Salió al exterior agitando el papel para que la siguieran, así que el grupo no tuvo más remedio que dejar el tema. Repartió los trabajos tal y como había comentado en los vestuarios, reservando las zonas del jardín para Shawn y ella, sabiendo que era el único lugar donde el joven parecía disfrutar de verdad.

Derek echó un vistazo al montón de vallas de madera que tenía ante sí. Era obvio que necesitaban ser lijadas antes de poder pintarlas, lo que les iba a llevar una buena parte del día. Se sentó en el suelo y acercó una hacia sí, dando vueltas al mismo tema que lo había tenido concentrado durante el viaje. Sin embargo, dejó de hacerlo al ver que Liv se sentaba a su lado para arrastrar otra valla hacia ella.

Bueno, al menos se decidía a trabajar junto a él, menos era nada.

—Hay que lijar, ¿no? —preguntó la chica y Derek asintió—. Por si no tuvimos suficiente con las paredes, aquí llega la segunda parte.

Él no hizo ningún comentario respecto a eso. Cogió una de las esquinas y comenzó a pasar la lija de forma metódica hasta que sintió que Liv le sujetaba la muñeca.

—Lamento lo de esta mañana en la *pick up* —se excusó—. No te estaba ignorando, es que estaba hecha un lío.

—¿Y aún lo estás?

—Sí. Pero no quiero que dejemos de hablar.

Al menos era sincera. Derek no podía reprochar nada sobre eso, además de que él mismo se sentía parecido, solo que cambiando «lío» por «bomba a punto de estallar».

Le resultaba muy difícil no ceder a la tentación de soltar una retahíla de preguntas, lo que fuera con tal de saber qué secretos escondía y por qué no podía dejarse llevar, pero sabía que esa táctica no funcionaría con Liv.

—No dejaremos de hablar —contestó—. Aunque lo de anoche no funcionara, seguiré aquí.

Bueno, eso de «no funcionar»… Liv no comprendía cómo había llegado a esa conclusión. Lo miró, preguntándose si estaría de broma, pero al ver su expresión se dio cuenta de que lo había dicho en serio. ¿Se pensaría que él era el problema?

«¿Y cómo va a saber que no, Liv? Si no le explicas la verdad…».

—Cállate.

Derek guardó silencio, pese a que intuía que no se lo decía a él. Cuando le pasaba eso la veía tan lejana que le costaba creer que en algún momento pudiera alcanzarla.

«Habla con él. Cuéntale todo, todo lo que se te pasa por la cabeza. Háblale de mí, de cómo fue nuestra relación, del daño que te hice. Sabrá entenderlo, estoy seguro».

—Sí —murmuró ella.

—¿Sí qué?

—No, nada. —La chica comenzó a frotar su lija contra la valla que tenía entre manos.

—¿Piensas volver al porche por la noche? Es que verás, ahora que ya no fumo resulta un poco raro estar ahí solo… —El tono de voz de Derek sonaba más distendido.

Eso necesitaba Liv, eso quería: relajar el ambiente entre ambos. Que las aguas se calmaran para que la conversación pudiera volver a fluir de manera natural, estaba segura de que entonces encontraría las palabras adecuadas para explicarle por qué no estaba lista para tener ninguna relación con nadie.

—Estaré allí esta noche —asintió.

Derek se animó con esa respuesta. Quizá no estaba todo perdido y si tenían un rato a solas, sin influencias externas ni ruido de maletas del tarado de Shawn que interrumpiera, podrían hablar con tranquilidad. Ahí estaba la oportunidad que buscaba, así que decidió probar suerte.

—¿Y qué tal si en lugar de quedarnos ahí sentados salimos a dar una vuelta? —preguntó—. Nada de civilización, no ese tipo de vuelta: solo naturaleza. Podríamos… hablar.

Vio cómo Liv lo taladraba con sus ojos cristalinos, pero no parecía enfadada, sino cautelosa.

—Solo hablar —recalcó, por si no le había quedado claro.

—Pero no tenemos permitido abandonar la casa —susurró ella, preocupada de que alguien los estuviera escuchando, incluida Adeline.

—No creo que nadie lo note —comentó Derek—. Ninguna noche nos esperan despiertos. Y Adeline jamás nos ha obligado a respetar el toque de queda.

—Eso no significa que podamos quebrantarlo.

—Es exactamente lo que significa, que podemos quebrantarlo. Además, como bien dijiste tú en cierta ocasión, si nos pillan les diremos que nos añadan horas a la condena.

Liv sacudió la cabeza, ¿cuándo había soltado semejante cosa? Adeline podía enfadarse si se enteraba… era comprensiva, pero dudaba mucho de que le pareciera bien que decidieran largarse en mitad de la noche a saber dónde.

Sin embargo, la idea no dejaba de resultarle atractiva. Y era una oportunidad para que pudieran hablar, si es que se atrevía. Él había prometido comportarse, aunque no era necesario, Liv se fiaba de todas maneras.

—Está bien. Nos saltaremos el toque de queda —murmuró—. ¿Dónde vamos a ir?

—Es una sorpresa. Solo puedo decirte que es mejor que lleves calzado cómodo.

Liv pensó en insistir, pero él curvó los labios marcando aquellos malditos hoyuelos y sonrió a medias. Hacía tiempo que no tenía una sorpresa. De las buenas, porque desde luego que cumplir una condena había sido una, pero de las peores. ¿La llevaría a cenar? No, había dicho que solo naturaleza… Pues de eso allí sobraba, desde luego.

—Derek, necesito tu ayuda.

Los dos miraron a Shawn, que se había acercado a ellos y permanecía de pie frente a Derek.

—¿No ves que estoy ocupado? —replicó él.

—Es un momento de nada, venga, Adeline dice que tú seguro que puedes ayudarme. Es cavar un poquito de nada y no puedo pedírselo a Carter porque tiene palillos en lugar de brazos.

Liv reprimió una risita, mientras Derek se incorporaba con gesto de fastidio y seguía a Shawn. A la vez, Adeline llegó junto a ella y ocupó el lugar del chico.

—Te ayudo mientras están con la zanja —le dijo.

—¿Zanja? Shawn ha dicho que era cavar un poquito, una zanja son palabras mayores, ¿no?

—Bueno, que se arreglen entre ellos.

Los observaron mientras Shawn llevaba a Derek a un lado del jardín, a unos cuantos metros de ellas.

El primero fue a coger un par de palas y le entregó una a Derek, que lo miró y luego al suelo con desconfianza.

—¿Qué es lo que hay que hacer?

—Una zanja, como de veinte centímetros de ancho y parecido de profunda, porque quiero plantar unos setos que necesitan ese hueco para echar raíces.

Derek alzó una ceja, pero clavó la pala en el suelo. Cuanto antes empezaran, antes acabarían. Pero la tierra estaba más dura de lo que parecía y, cinco minutos después, ambos estaban acalorados y se quitaron las camisetas y la parte superior de los petos.

—Vaya, ¿lo de cavar la zanja ha sido idea tuya? —preguntó Liv.

—No, ¿por qué?

—Para compensar que no han lavado el coche este fin de semana.

Adeline le dio un ligero codazo con una sonrisa. Tampoco podía decir nada, cuando ella era la primera a la que se le iban los ojos.

De pronto, Shawn empezó a reírse, y Derek lo miró como si estuviera loco. Algo que, de todas formas, ya pensaba.

—¿Qué tiene de gracioso?

—Nada, pensaba que podría ser peor.

—¿El qué?

—Podría llover.

Y rio con más ganas mientras Derek miraba al cielo, azul y libre totalmente de nubes, donde el sol brillaba con fuerza.

—¿Cómo va a llover, chalado? —le dijo, clavando de nuevo la pala—. Aquí no debe llover casi nunca, mucho menos en verano.

—Que no, es como en la peli.

—¿Qué peli? —Paró y de nuevo, aquella mirada—. Shawn, de verdad, a veces dices cada tontería…

—Que no, hombre, que es en serio. *El jovencito Frankenstein*, cuando están cavando la tumba. ¿No la has visto?

Derek parpadeó, sorprendido. Primero, porque Shawn la hubiera visto. Y segundo, porque ahora que lo decía, claro que recordaba la escena. Entonces no pudo evitarlo y se echó a reír también.

—Ay, madre, que les pasa algo —dijo Adeline, sin quitar la vista de ellos—. ¿De qué se ríen? A ver si hay algún escape de gas…

—No sé… —Liv olisqueó el aire—. No huelo nada.

Shawn, sin dejar las carcajadas, bajó la pala hacia el suelo, pero en lugar de hundirse en la tierra, el metal tocó algo duro. Intentó recuperarla, pero se había quedado clavada y tuvo que tirar con fuerza, por lo que cuando la liberó, cayó hacia atrás y acabó con el culo en el suelo.

—¿Estás…?

Pero Derek no acabó la pregunta porque escucharon un gorgoteo y, al segundo, un enorme chorro de agua salió del suelo hacia el cielo, calándolos a ambos. Tras un momento de estupefacción, los dos se miraron y les entró un ataque de risa tal que ni se dieron cuenta de que Adeline corría hacia allí mientras llamaba a un par de trabajadores para que la ayudaran.

Después de un rato en el que fue necesaria la visita de uno de los fontaneros, por fin el agua dejó de salir y Adeline miró a los dos chicos cruzándose de brazos con gesto serio, mientras ellos no conseguían dejar de reír. Si uno de los dos lograba parar, el otro empezaba de nuevo, y ni siquiera el ceño fruncido de Adeline podía detenerlo.

—¿Se puede saber qué demonios os pasa?

—Nada, es que podría ser peor —contestó Shawn.

—Podría llover —añadió Derek.

—Estáis como cabras. —Le dio un plano a Shawn—. Toma, ahí están marcadas las tuberías del exterior. No rompáis más.

Los dejó por imposibles y se marchó con Liv, que se había mantenido a una distancia prudente para no mojarse y entendía lo mismo que ella o menos de lo que les pasaba, es decir, nada.

Shawn y Derek tardaron un buen rato en calmarse y, ya con el plano a la vista, cavaron unas cuantas zanjas. Derek no tenía muy claro para qué quería Shawn tantas, pero el chico decía que tenía una idea en la cabeza y que iba a quedar genial, así que no lo discutió.

Después de una mañana movida entre el despido y el accidente del agua, la tarde transcurrió tranquila y, cuando regresaron a la casa, Adeline estaba satisfecha con el trabajo realizado.

Al entrar se sucedieron las carreras habituales para llegar a los cuartos de baño, pero lo que interrumpió esa normalidad fue el grito que lanzó Kumiko al llegar la primera. Todos fueron allí atraídos por el sonido de su voz, y se la encontraron en la puerta del baño con sus planchas en la mano.

—¡Me las has roto! —acusó.

Señaló con el dedo a Adeline, que movió la cabeza sorprendida.

—No he sido yo —le dijo.

—Sí, has sido tú, por tardar esta mañana.

—Te digo que no, Kumiko. Es imposible, si he estado con vosotros todo el día.

Ella achicó aún más los ojos y se metió en el baño con un portazo, mientras los demás miraban a Adeline, que retrocedió levantando las manos en gesto de paz.

—Os lo juro, ¿por qué iba a hacerlo?

—Pues alguien ha sido —comentó Carter, carraspeando.

—Por mucho que me guste el misterio —dijo Derek—, me voy a la ducha, a ver si cenamos pronto.

Y se escabulló al baño ganando a Shawn, que había comenzado a retroceder hacia allí sin que nadie se diera cuenta.

Adeline bajó a la cocina a ayudar a Leeta, molesta por lo que había ocurrido. Ya era malo que se le hubieran roto, algo que estaba segura de que había sido un accidente, pero que la acusara a ella… esa desconfianza no la había esperado. Aunque claro, desde el bikini de las piñas, Kumiko no le tenía mucho aprecio.

—¿Dónde has dejado los imanes? —preguntó Leeta.

—¿Qué imanes?

—Los de la nevera. He ido a poner la lista de la compra y no están.

Adeline miró las puertas metálicas, extrañada al ver que no había ni un solo imán. Se agachó para revisar debajo de la nevera, los muebles y la mesa, pero nada, no estaban por ninguna parte, así que descartó que se hubieran caído. Alguien se los había llevado, pero para qué escapaba a su comprensión. Cuando el grupo bajó a cenar preguntó, pero todos negaron haberlos visto. Todos menos Kumiko, quien se mantuvo todo el tiempo callada, con gesto obstinado y sin dirigirle la

mirada. Adeline decidió dejarla estar, mejor hablar con ella al día siguiente o un par de días después, cuando estuviera más calmada. Y ya averiguaría quién demonios se había llevado los imanes.

Tras el rato de televisión habitual, Derek esperó a que todos se hubieran acostado para salir de su habitación en silencio, con una mochila a la espalda. Cogió las llaves de la *pick up* cuando Adeline se hubo acostado y salió al porche a esperar a Liv. Perdió la cuenta de las veces que miró el reloj mientras esperaba, aunque pensó que también era culpa suya por no haber especificado una hora. Pero por fin, cuando ya pensaba que la chica no iba a aparecer, Liv salió y cerró la puerta tras ella sin hacer ruido.

—¿Llevas mucho esperando? —preguntó, con una sonrisa.

—No, acabo de llegar —mintió descaradamente.

Se miraron unos segundos, hasta que Liv carraspeó y señaló hacia los árboles.

—¿Vamos a ir al bosque? —preguntó.

—No, no es aquí, hay que coger el coche.

—Vaya. —Ladeó la cabeza, sopesando la situación—. Así que no solo vamos a saltarnos el toque de queda, sino que además vamos a robar la *pick up*.

—Robar no, tomar prestada.

—¿Es eso lo que le dijiste al policía que te detuvo?

—No, no creo que hubiera colado.

Desbloqueó el coche y se subieron. Mientras Derek arrancaba, Liv apagó la radio, no fuera a sonar la canción diaria a todo volumen y que no era la banda sonora adecuada para aquel momento. Apoyó el brazo en la ventanilla y la cara en la mano, pensando en eso. ¿Qué canción iría bien? Si supiera a dónde iban… porque no tenía claro nada, si era un momento entre amigos o qué, después de la noche anterior. Así que la dejó apagada.

—¿Está lejos? —preguntó al cabo de un rato, al ver que se metían en una carretera nacional.

—Un rato.

Liv miró por la ventana, intrigada. Pasaron varias señales, pero no le dieron ninguna pista al respecto. Hasta que un rato después, Derek tomó un desvío que llevaba hacia Cedar Mountain y, al poco, vio la señal que marcaba que estaban en el Dupont State Forest. Vaya, así que lo de la naturaleza iba en serio.

Por si tenía alguna duda sobre ese punto, se le pasó cuando Derek dejó el coche junto a un camino, cogió la mochila y le indicó que se bajaran.

—Ahora hay que andar un poco —dijo.

Sacó una linterna, la encendió y se colocó la mochila en los hombros. Extendió la mano y Liv se la cogió. No quería perderse y, por otra parte, descubrió que el gesto le salió natural, como si ir de la mano con él paseando fuera algo normal. Derek entrelazó los dedos con los suyos y alumbró hacia el camino para meterse en él. Según avanzaban, el sendero se fue volviendo cada vez más difuso, hasta desaparecer por completo. Pero él no redujo el paso, así que Liv se dejó llevar, cada vez más intrigada.

Atravesaron árboles y un par de claros, hasta llegar a un río. Derek lo siguió corriente abajo, hasta que llegaron a una zona con menos árboles, donde las piedras habían formado un pequeño estanque natural en el que caía el agua del río en forma de cascada y donde se reflejaba la luz de la luna.

—Vaya… —susurró, mirando a su alrededor con admiración—. Esto es precioso. ¿Cómo lo has encontrado?

—Mirando por ahí.

Sacó una manta de la mochila y la extendió sobre la hierba, junto a la cascada. Liv se sentó y él lo hizo a su lado, aunque manteniendo un poco de distancia, y apagó la linterna.

—¿Vamos a estar a oscuras? —preguntó ella.

—Espera y verás.

Liv pensó que se refería a la luna, que eliminaba parte de la oscuridad en cierta medida, pero entonces vio algo moverse entre los árboles.

Un punto de luz. Brillante, blanco, redondo, y que desapareció de pronto.

Abrió la boca para hablar, pero no lo hizo porque, de repente, el punto apareció de nuevo. Se movió de un lado a otro, veloz, y entonces aparecieron otros. Puntos y más puntos de luz, girando en círculos, formando ochos, subiendo y bajando en una especie de danza hipnótica que la dejó sin palabras.

—Luciérnagas… —musitó.

Derek no dijo nada, limitándose a mirarla. Dios, la expresión de su rostro… parecía estar soñando, perdida en un mundo de fantasía. Sus pupilas brillaban, tanto de emoción como por el reflejo de la luna y las luciérnagas que se acercaban y alejaban de ellos. Nunca la había visto así antes y pensó que no se cansaría de hacerlo, que solo por haber logrado eliminar la tristeza en su mirada durante un rato, todo merecía la pena. Y entonces se dio cuenta de por qué, de qué era lo que le ocurría con Liv, por qué le gustaba estar con ella y por qué se había tomado tantas molestias.

Sí, aquello era amor, estaba seguro. Lo que nunca había sentido por Kate cuando estaban casados, aunque en su momento lo creyera, nunca había sido así, tan intenso y real.

Liv no podía creer lo que estaba viendo. Tantos años deseando volver a ver luciérnagas, aquello le traía mil recuerdos… y también la llevaba al presente, en el que la magia que creía perdida había vuelto porque ahí estaba, representada en el hombre sentado a su lado y que se la había devuelto. Lo miró, encontrándose con su media sonrisa.

Era una combinación perfecta aquella noche: luciérnagas, magia… y hoyuelos.

—Tú… —susurró—. ¿Has buscado este sitio por mí? —Él afirmó con la cabeza—. Cuando te conté mis recuerdos, me escuchaste, me estabas prestando atención de verdad.

Derek se preguntó cuánto tiempo hacía que nadie la escuchaba para que ella lo mirara de esa forma, como si se tratara de algo fuera de lo común.

—He escuchado cada palabra que me has dicho —contestó.

Entonces Liv se rindió. Literal y metafóricamente, decidió que era hora de dejar las dudas a un lado y el pasado atrás. Allí, en ese bosque, estaba el presente, con él. Con Derek. Y bien sabía lo efímero que podía resultar, cómo todo podía desaparecer en un instante. ¿Por qué perderlo sin haber llegado a tenerlo? No, la noche anterior lo había dejado ir… pero no esa. Ese momento era suyo.

Sin pensarlo más, se acercó a él y le cogió la cara entre las manos para darle un beso, largo y profundo. Derek le sujetó las muñecas tras unos segundos y se separó un par de milímetros para mirarla a los ojos.

—No te he traído aquí para esto —le dijo.

—¿No pretendías seducirme?

Su tono era de broma, pero aun así, él negó.

—Sabía que te gustaría este sitio, pero no tenía intenciones ocultas, de verdad. Si no quieres…

Pero ella lo besó de nuevo, interrumpiéndolo. Tiró de su camiseta y se la sacó por encima de la cabeza, mientras lo empujaba para que se tumbara sobre la manta.

—Entonces te seduciré yo —replicó.

Y a eso, Derek no pudo ni quiso protestar. Se quedó tumbado, mientras Liv se inclinaba para besarlo de nuevo y bajaba por su pecho, rozándole con el pelo y los labios. Le desabrochó los pantalones y se apartó para quitarse su propia camiseta, momento que el chico aprovechó para deshacerse de toda su ropa y cogerla de la cintura para ayudarla a desnudarse. Liv se sentó sobre él, rodeándole con sus piernas, y descendió despacio. Una corriente eléctrica recorrió a ambos cuando sus cuerpos se unieron, erizando todos los poros de su piel.

Liv se quedó quieta, abrazándolo, y le acarició el pelo esperando, temía que la maldita voz apareciera y le hablara, que algo ocurriera para estropear aquel momento tan perfecto.

Pero lo único que escuchó fue su propia respiración, tan acelerada como la de Derek, que la estrechó contra sí.

—¿Estás bien? —preguntó él, cerca de sus labios.

—Más que bien.

Se movió contra su cuerpo y gimió, estremeciéndose. Había olvidado lo que era sentirse así, tan cerca de alguien, tan unida como si fueran uno solo… Cerró los ojos, inmersa en las sensaciones que invadían todos sus sentidos, en las caricias de Derek, en sus gemidos en el oído mientras ambos se movían en perfecta sincronía.

No supo cuánto tiempo pasó hasta que el universo explotó a su alrededor en miles de lucecitas brillantes… desconocía si era su cerebro quien las había provocado, si eran las luciérnagas a su alrededor o una mezcla de ambos, pero sintió como si hubiera tocado las estrellas.

Como si, por fin, estuviera en el lado correcto del cielo.

Capítulo 15

Liv se despertó de un sueño profundo y reparador al escuchar gritos en la casa, como si alguien estuviera discutiendo. Mientras se incorporaba para vestirse, se dio cuenta de que estaba sonriendo como una tonta y se obligó a cambiar la expresión. Derek y ella no habían hablado durante el trayecto de vuelta y, al despedirse en la casa, se habían besado… pero sin comentar nada, como si no fuera necesario. Suponía que a él tampoco le apetecería que toda la casa supiera lo que ocurría entre ellos. Y, además, ni ella lo tenía claro. Tenía que pensar… y eso fue suficiente para borrar su sonrisa.

Salió al pasillo y sí, eran voces discutiendo: concretamente, las de Adeline y Kumiko. Se dirigió hacia las escaleras y justo entonces, Derek salió de su habitación y se acercó a ella, aunque no llegó a tocarla al ver que Shawn estaba en las escaleras, bajando hacia la cocina, de donde venían las voces.

—Liv… —empezó.

—Hablamos esta noche, ¿te parece? —contestó ella—. Cuando estemos solos.

A él le pareció bien, no le apetecía que nadie supiera que había algo entre ellos, de modo que se encaminaron a la cocina. Se detuvieron en la puerta junto a Shawn, que observaba una escena indescriptible cuanto menos: Kumiko estaba en un lado de la mesa de la cocina, con unas tijeras en la mano, cupones en la otra y rodeada de trozos de papel por el suelo; al otro lado, Adeline parecía que estuviera a punto de sufrir un infarto, tenía las manos extendidas y le estaba gritando que no cortara más.

—¡Dios mío, tus cupones! —exclamó Shawn, espantado.

—¿Qué está pasando? —Zazzie apareció tras ellos y asomó la cabeza.

—Menudo escándalo —comentó Mary Sue, llegando también.

Carter apareció el último y se quedó también en la puerta, pasando la mirada de una a otra.

—Kumiko, no te lo vuelvo a repetir —dijo Adeline—. Como rompas un solo cupón más…

¡Zas! La chica cortó otro y dejó caer los trozos al suelo. Leeta, que llegaba en aquel momento, también se quedó parada en la puerta sin creer lo que estaba viendo.

—¿Qué está pasando aquí? —exclamó.

—Puedo seguir haciendo confeti todo el día —replicó ella.

—¡Te digo que no te rompí las planchas! —repitió Adeline, sin atreverse a acercarse por si destrozaba más—. Esta venganza tuya no tiene sentido.

—Pues si no fuiste tú, ¿quién? ¿Eh? Porque nadie más me tiene manía.

—¡Que no te tengo manía! Porque un día te haya gritado, no quiere decir nada. Si quisiera castigarte, te pondría más trabajos o una nota negativa en el informe, no te rompería las planchas.

—¡Pues alguien ha sido!

Rompió otro papel ante la desesperación de Adeline y, entonces, Carter dio un paso al frente. Tenía las mejillas rojas y miraba al suelo, avergonzado.

—Fui yo —musitó.

Todos lo miraron.

—¿Qué? —Kumiko frunció el ceño—. ¿Tú?

—Sí, yo las rompí.

—Pero ¿por qué?

—Fue un accidente, de verdad. Estaba…

Se quedó callado, y Adeline se acercó a él con los brazos cruzados y gesto serio.

—¿Qué estabas haciendo en el baño de las chicas? —le preguntó.

—No estaba robando.

—No te he acusado de robar.

—¿Ese fue tu delito? —intervino Zazzie.

Al momento, el chico enrojeció más.

—No lo hago a propósito, no puedo evitarlo. ¡Ni siquiera necesito la mitad de las cosas que me llevo!

Cerró la boca abruptamente, al darse cuenta de que acababa de confesar más de lo que había querido.

—¿Qué cosas? —Zazzie entrecerró los ojos, acercándose.

El chico hundió los hombros y se dio la vuelta, yendo a las escaleras. Tras mirarse entre ellos, los demás lo siguieron y vieron que se encaminaba a su cuarto. Abrió la puerta para que entraran y sacó una maleta que tenía debajo de la cama.

—¡Mi crema de noche! —exclamó Shawn, acercándose para cogerla—. Pero si no la has usado… claro, me habría dado cuenta, porque tienes la piel igual de mal que siempre.

—No la cogí para usarla…

—Anda, los imanes de la nevera —dijo Leeta, señalándolos.

—Y esos son dos de mis pompones —añadió Kumiko.

—Y mi bikini… —Zazzie lo cogió—. Carter, no eres un pervertido que va coleccionando ropa, ¿para qué lo cogiste?

—¡No lo sé! —Suspiró, desesperado—. No puedo evitarlo, cojo cosas de todas partes, es como si tuvieran un imán o un cartel que me dijera «cógeme, cógeme». Me pasa en las tiendas, en casa de amigos… El último juez me dijo que esperaba que esto me sirviera y que debía buscar ayuda, me dijo que creía que era cleptómano… pero mi familia piensa que robo porque me gusta. Lo siento mucho.

Zazzie le rodeó los hombros con un brazo para mostrar su apoyo.

—Tranquilo, no pasa nada. Lo entendemos, aquí todos tenemos nuestros rollos y encima lo tuyo es algo que no puedes evitar… Entonces, cuando rompiste las planchas, ¿estabas cogiendo algo?

—No, eso fue porque… Bueno, que conste que tú tienes la culpa —contestó, sorprendiendo a la chica.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Tú me echaste algo en el limpiacristales, así que estaba buscando alguna cosa en el baño para fastidiarte.

—¿Qué? —Ella sacudió la cabeza—. Primero, menuda defensa de mierda. Y segundo, yo no te eché nada. ¿Para qué iba a boicotearte?

—Porque siempre te quejas de lo mucho que tardo en limpiar los cristales.

—Claro, y por eso voy y te echo yo qué sé qué para que tardes más. —Le dio una colleja—. ¿Qué lógica es esa, atontado?

—¡Pues alguien lo hizo!

Y de nuevo, todos se miraron. Derek carraspeó, dudando, y al final dio un paso al frente con la mano levantada.

—Vale, ese fui yo. Pero solo porque tú me robaste los cigarrillos. No estaba seguro porque no te vi, solo te pillé en nuestro baño, pero ahora que has contado esto…

—Yo no…

—Pobre chico, no puede evitarlo. —Shawn se apresuró a acercarse a él y darle unas palmaditas—. Ya está, ya pasó.

—Pero que no cogí…

—Nada, olvidado, ya no importa dónde los tiraste. Además, Derek, todavía te falta confesar algo, ¿verdad?

—¿De qué hablas?

—¡De mi pelo! —Se señaló la cabeza—. Porque dudo mucho que Carter robe pelo, eso sería demasiado. —Le miró, por si acaso, pero el aludido negó con la cabeza—. Pues venga, estoy esperando.

—Puedes seguir esperando, porque yo no fui.

—Bueno, vamos, que se hace tarde —interrumpió Adeline—. Dejemos el misterio para más tarde, ejem.

—Pero si no hemos ni desayunado… —empezó Kumiko.

—Sí, y gracias a ti, esta semana no habrá café arábica porque te has cargado los cupones para comprarlo, así que menos protestar y vamos, coméis unas galletas por el camino.

Se puso en la puerta y dio unas palmadas para que se movieran. Leeta se adelantó para coger un paquete de galletas y, así, poder repartirlas según iban saliendo, aunque a Derek le entregó un termo pequeño del café que había preparado para ella con un guiño.

En cuanto subieron a la *pick up*, Adeline puso la canción a todo volumen, por seguir la costumbre y también para evitar cualquier tipo de conversación. Al menos se habían aclarado todos los temas extraños que habían ocurrido: los cigarrillos de Derek, los imanes, las planchas de Kumiko… Solo quedaba el corte de Shawn, como bien decía él, pero eso esperaba poder aplazarlo lo más posible.

Ya en la mansión, Carter sacó algunos martillos, clavos y herramientas varias que había ido guardando en su taquilla sin que nadie se diera cuenta para devolvérselo a Adeline y se pusieron a trabajar. El ambiente era incluso más agradable que antes, porque Carter sentía que se había quitado un peso de encima y, además, notaba el apoyo del resto como no le había ocurrido con su familia. El único que todavía seguía algo mosqueado era Shawn, pero suponía que, tal y como había pasado con los demás misterios, tarde o temprano el culpable confesaría. En fin, tendría que continuar bloqueando la puerta todas las noches hasta descubrirlo.

Porque si no había sido Derek, no se le ocurría quién. Se pasó el día observando a todos, buscando alguna señal (aunque no se le ocurría cuál) que le indicara alguna pista, pero cuando regresaron a la casa para cenar, seguía igual que al principio.

Leeta se había marchado a su vivienda y Adeline estaba terminando de recoger la cocina cuando llamaron a la puerta. Fue a abrir extrañada por lo tarde que era, dado que no esperaba a nadie, pero se quedó aún más sorprendida al ver al supervisor al otro lado de la puerta, con el ceño fruncido y una carpeta en la mano.

—¡Señor Morgan! —exclamó—. No lo esperaba. Nadie me ha avisado de que fuera a venir.

—He recibido una información muy preocupante sobre ti y el grupo —contestó él, entrando en la casa sin esperar a ser invitado—. Así que me he visto obligado a venir.

—¿Información?

—Sí. —Abrió la carpeta y sacó una hoja—. No voy a meterme en asuntos de tu empresa, pero desde luego si vas despidiendo gente sin motivo, acabarás mal. Y eso irá también en mi informe, no creo que vuelvas a recibir ayuda del Gobierno para nada.

—¿Cómo?

—Un exempleado tuyo se ha puesto en contacto con nosotros para contarnos su caso y, además, avisarnos de ciertas irregularidades con relación al grupo. ¿Es cierto que los has llevado al pueblo con familiares? —Ella se quedó callada, maldiciendo al imbécil que había despedido —. ¿Y también a un lago?

—Bueno, verá…

—No, no, aquí yo no tengo que ver nada. Tú te callas y yo hablo, ¿entendido? Esas personas son un grupo de delincuentes que están cumpliendo unos servicios sociales, no unos niños que te puedas llevar de excursión cuando te dé la gana. Pensaba que tenías algo más de cerebro, pero también veo que no captaste el tema del café, así que ya te digo que vas muy mal por este camino. —Avanzó hacia ella y Adeline retrocedió—. Veo que tendré que ir al grano. Solo tienes una forma de arreglar esto. Si quieres que me olvide de todas las infracciones, tendrás que tomarte ese… «café» conmigo, toda una noche. De lo contrario, el informe que enviaré a las autoridades será de todo menos bonito y créeme, hundiré tu pequeño negocio de construcción o lo que sea que hagas.

Adeline levantó la mano para darle una bofetada, pero entonces percibió un movimiento por el rabillo del ojo y, de pronto, Shawn estaba delante de ella, enfrentándose al supervisor.

—Será mejor que se vaya —dijo el chico.

—¿El niñato timador? —Miró por encima de su hombro—. Vaya, pensaba que saldría el violento, no este, que no sabe hacer la o con un canuto. ¿Qué vas a…?

Pero Shawn le soltó un derechazo que lo mandó al suelo antes de que terminara la frase. El hombre se llevó una mano a la mandíbula con un quejido, mientras Shawn miraba su puño con la misma expresión de sorpresa con que Adeline lo miraba a él.

—Vaya, hasta ahora solo había golpeado cosas en el gimnasio —comentó él.

—Voy a denunciarte —amenazó el supervisor.

Envalentonado, Shawn se acercó. Le cogió por el cuello de la camisa y señaló la puerta con la cabeza, que Adeline corrió a abrir.

—De eso nada —le contestó, serio—. Porque tengo todo grabado en mi móvil y si alguien escucha lo que acabas de decirle a la encargada, te echarán por acoso. Así que lo que vas a hacer es callarte, presentar un informe positivo y no volver por aquí, ¿entendido?

Lo arrastró fuera de la casa, cerró la puerta y se sacudió las manos como si tuvieran polvo.

—Solucionado —dijo.

—Pero… —Adeline no daba crédito—. Si no tienes móvil… —susurró.

—Eso él no lo sabe. —Se encogió de hombros—. De nada.

Le guiñó un ojo, satisfecho consigo mismo. Nunca se hubiera imaginado que pegaría a alguien pero en fin, tampoco que acabaría plantando rosas y en ello estaba.

Adeline no podía creer lo que acababa de ocurrir. Ella se habría librado del tipo aquel, estaba segura, aunque fuera a sartenazos. Pero nunca se le habría ocurrido lo del móvil y todo habría acabado por perjudicarla. Y, sin embargo, allí había aparecido Shawn a rescatarla. Llevada por un impulso, se lanzó sobre él y lo besó. El chico se quedó quieto un segundo antes de corresponder, sorprendido, pues nunca hubiera imaginado que ella… La abrazó mientras la joven lo iba empujando hacia el salón, hasta que tropezaron con el sofá y cayeron encima.

Adeline se separó un momento para mirarlo.

—Esto no es solo por agradecimiento, no creas que me tiro encima de cualquiera.

Le quitó la camiseta y Shawn la hizo girar, colocándose él encima. Le mordisqueó una oreja, y ella suspiró. Aquello era muy agradable, llevaba fantaseando con él desde que lo vio lavar el coche la primera vez… Y entonces se dio cuenta de dónde estaban.

—Espera, espera —lo interrumpió.

Shawn la miró, sorprendido.

—Si has empezado tú —replicó.

—Sí, pero esto va contra las normas.

—Ni que fuera a enterarse el supervisor.

Pero Adeline estaba moviendo la cabeza, negando. Una cosa era que el supervisor fuera un imbécil y otra que ella intimara con una de las personas a su cargo. Podía volverse en su contra, y no solo por el tema profesional, sino porque si Shawn se enteraba de…

—Mira, mejor lo dejamos. —Lo empujó para apartarlo y se levantó, carraspeando—. Venga, a la cama.

Y salió prácticamente corriendo ante la mirada estupefacta del chico, que no tenía ni idea de qué podía haber pasado. Sin entender nada, Shawn se puso la camiseta y subió a su habitación. Mientras colocaba las maletas para bloquear la puerta, no paraba de pensar en todo lo que había ocurrido. Normalmente, él rehuía aquel tipo de situaciones conflictivas y, conociendo a Adeline, seguro que se habría librado ella sola del supervisor. Pero una parte desconocida de él había salido al exterior, impulsándolo a dar la cara por ella, y se dio cuenta de que la encargada le gustaba más de lo que creía. Aquello le extrañaba, porque no se parecía a las chicas a las que estaba acostumbrado: jamás la había visto con vestido, aunque sí con bañador y desde luego le sentaba genial; tampoco usaba maquillaje, ni se peinaba de forma elaborada. Pero esa belleza natural lo atraía, el hecho de no ser esclava de su físico, y si hubiera sido por él, el momento del salón no se hubiera interrumpido.

Colocó la última maleta con un suspiro de fastidio y, entonces, escuchó que alguien llamaba a la puerta. Frunció el ceño, mirando el montón que hacía de barrera. Ni loco abriría.

—¡Estoy durmiendo! —contestó.

—Soy Adeline, déjame entrar.

La chica había hablado en susurros, pero lo suficiente para que Shawn la escuchara y decidiera que, después de todo, no le costaba tanto quitar las maletas. Así que se puso manos a la obra y las aparó lo más rápido que pudo. Abrió con una sonrisa de oreja a oreja, convencido de que Adeline se había arrepentido y quería continuar con lo que habían empezado en el salón.

Ella entró, pero mantuvo las distancias con él y extendió las manos para que no se acercara.

—Escucha, tengo algo que decirte.

—Lo sé —contestó él, con una sonrisa.

—¿Lo sabes? —Ella lo miró, sorprendida porque estuviera tan contento—. ¿Y no estás enfadado?

—¿Por qué iba a estarlo? Tú también me gustas.

Ella se mordió un labio, moviendo la cabeza.

—No es eso, Shawn.

—¿No te gusto?

—Sí, o sea, mucho, pero no se trata de ti y de mí… o sí, pero es… tu pelo. —Él se tocó la cabeza instintivamente—. No te lo cortó nadie del grupo.

—Dios mío, ¿fue Leeta? ¡Pero si no le he hecho nada!

Ella puso los ojos en blanco. Tan guapo, tan espabilado para algunas cosas… y para otras, no tanto.

—Shawn, fui yo. —Él se quedó con la boca abierta—. No me mires así, que no estoy bromeando. Mira, tienes que entender que cuando lo hice… es que me sacabas de quicio, lo siento, pero era así. Tardabas un montón en el baño, y eso afectaba al funcionamiento del grupo. Así que pensé que lo mejor era cortar por lo sano.

—Literalmente.

—Sí. Pero mira el lado bueno, el tiempo que ahorras y además estás muy guapo así y…

Él avanzó, pasó a su lado sin mirarla y abrió la puerta.

—Creo que será mejor que te vayas.

Adeline suspiró. Suponía que se enfadaría, pero que al final la acabaría perdonando… aunque la cara que tenía en aquel momento era de todo menos de perdón. Así que salió de la habitación y se marchó a la suya, maldiciéndose por haber sido tan sincera. Podía habérselo dicho al día siguiente, que seguro que habría estado de mejor humor después de una noche de sexo… la cual veía que no iba a tener, visto lo visto, y todo por su culpa.

Enfadado, Shawn recolocó las maletas. No podía creer que Adeline le hubiera hecho algo así, sabiendo lo mucho que le importaba su pelo y su barba. Sí, cuando aquello ni siquiera la había mirado dos veces ni se llevaban bien como entonces, pero eso no quitaba que…

Un momento. ¿Qué había dicho ella? Que estaba muy guapo. Y que le gustaba. Mucho. Así que cuando había ido a su habitación para contárselo, seguro que era para que la perdonara. Y él había estropeado el momento enfadándose. Pues nada, tendría que ir a su habitación a aclararlo porque sí, estaba mosqueado, pero no tanto como para dejar de querer estar con ella.

Así que de nuevo arrastró y movió maletas para poder salir de la habitación. Cuando lo hizo, Zazzie, Kumiko y Carter estaban asomados desde sus habitaciones, todos con gesto enfadado.

—Como vuelvas a mover una sola maleta, te las robo todas —amenazó Carter.

—Y yo le ayudaré —añadió Zazzie.

—Pues yo las adornaré a mi gusto —terminó Kumiko.

—Vale, vale, tranquilos. —Avanzó por el pasillo con las manos en alto—. Venga, a dormir, que no voy a volver a hacer una barricada, prometido.

Ellos no parecían muy convencidos, pero acabaron metiéndose en sus habitaciones. Shawn esperó a que se cerraran todas las puertas para dirigirse al cuarto de Adeline y llamar suave a la puerta, no quería hacer mucho ruido y que lo escucharan los demás.

Ella no tardó en abrir y, al verlo, lo cogió del brazo para meterlo dentro después de cerciorarse de que no lo había visto nadie.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó—. Si te llega a ver alguien…

—Mira, he decidido que te perdono.

—Ah. —Parpadeó, sin saber qué decir—. Bien. Gracias.

Shawn se inclinó y la besó, sorprendiéndola, y ella lo miró.

—Las normas me dan igual —aclaró él, por si acaso—. Además, es tu casa. Las cambias y punto, ¿no?

Adeline afirmó y le rodeó el cuello con los brazos. A la porra, total, en eso tenía razón. Y de todas formas, recordó que las normas las habían quitado mil veces de la nevera así que…

Pero dejó de pensar en ellas cuando Shawn la cogió en brazos y la llevó hasta la cama, para desnudarla con una velocidad asombrosa. Ni siquiera había tenido problemas con el broche del sujetador, y eso que no era capaz de usar bien un martillo… en aquello no tenía queja, desde luego que la forma en que la estaba tocando no era nada torpe sino todo lo contrario. Le quitó la

ropa, acariciándolo, y disfrutando de aquellos músculos que tanto había admirado.

Shawn le cogió la cara entre las manos para mirarla a los ojos mientras entraba en ella, besándola cuando gimió, y pensó que no solo le gustaba. Porque lo habitual era que se acostara con las chicas sin apenas haber intercambiado tres frases, en cambio con Adeline había hablado mucho antes de que llegaran a ese momento. Lo cual debía significar alguna cosa, era tal vez el punto que lo diferenciaba de otras relaciones pasadas, «algo» que te susurraba al oído que esa vez igual era distinto.

Entonces se dio cuenta de que con la emoción del momento se les había olvidado lo de ser silenciosos, así que puso la mano sobre la boca de ella para callarla. Joder, se sentía exactamente igual que cuando tenía catorce años y metía a las chicas a escondidas en su habitación, con todo el cuidado del mundo para que su padre no lo pillara…

Liv cerró la puerta de su cuarto con sigilo, pero casi al instante se dio cuenta de que esa noche había poca gente durmiendo en la casa: podía oír las voces amortiguadas de Zazzie y Kumiko, y de la habitación de Adeline… madre mía, ¿aquello era lo que parecía?

Se tapó la boca con la mano para no reírse. Suponía que en ese «momento de calor» ninguno le daba importancia, pero al día siguiente pasarían cierto apuro, seguro. La casa era preciosa, sí, pero con paredes de papel.

Bajó las escaleras, sin preocuparse tanto del ruido como las veces anteriores, y con la cabeza puesta en la conversación que se le venía encima.

Estaba asustada y no sabía qué hacer con Derek. Acostarse con él había sido un impulso, una reacción inconsciente de la que no había calibrado bien las consecuencias, y ahora se encontraba ante una encrucijada. Si se planteaba algo con él, lo que fuera, tenía ante sí un montón de cambios para los que no sabía si estaba preparada, sobre todo a nivel personal.

Y el tema se presentaba complicado: Derek vivía lejos y era pronto para pensar en una relación seria, pero al mismo tiempo, la distancia nunca había servido para fortalecer nada, a menos que tuviera fecha de caducidad próxima. Además de no haber hablado del tema aún, lo mismo él lo tomaba como algo anecdótico, aunque no tenía esa sensación.

Y luego estaba Hayden, al que tendría que dejar marchar.

Ahora que lo pensaba, durante el último mes la voz que escuchaba en su cerebro había ido debilitándose y perdiendo fuerza, tanto que apenas la oía. Cada vez pasaba más tiempo desde que él hablaba y, de hecho, esa semana no había ocurrido más que una vez.

«Estoy aquí, preguntándome qué demonios estás haciendo, Liv. Tienes que reaccionar».

—Sí, claro. Más fácil de decir que de hacer —murmuró ella.

Recordó esa mañana, cuando se había vestido. La ropa de la noche anterior estaba en la silla, y también la camisa que Derek le había prestado justo antes de que regresaran, por si sentía frío. La había apretado contra ella, aspirando su olor, y entonces fue consciente de que aquello lo hacía justo en los inicios de su relación con Hayden. Cuando todo eran risas y besos, y no había sitio para la tristeza y el dolor.

Supo entonces que tenía que encarar el asunto de frente, porque Derek no merecía que lo tratara así. Se había tomado muchas molestias por ella y lo menos que le debía era ser sincera. Y escucharía lo que tuviera que decir, lo mismo le aportaba algo de sensatez y claridad.

La camisa la había guardado en un cajón, sin la menor intención de devolvérsela.

Cuando salió al porche, Derek pareció aliviado al verla. Algo que Liv entendió; visto lo errático de su comportamiento, ni siquiera sabía cómo había conseguido sobrellevarla.

—He olvidado tu camisa —mintió, sentándose a su lado.

—No importa, tengo otra —bromeó él.

La morena estudió su rostro. ¿Por qué cuando estaban juntos los miedos parecían empequeñecerse? La peor parte siempre venía cuando estaba sola y debía batallar consigo misma.

—Esto no es fácil, Derek, pero no tenemos quince años y deberíamos poder hablar las cosas de manera directa, ¿no crees?

—Sí, claro.

—Mi marido se suicidó —soltó ella, sin más preámbulos.

Vio como él la miraba, tan estupefacto que durante unos minutos no fue capaz de emitir el menor sonido.

—¿Qué? —preguntó, cuando al fin se vio capaz.

—Nosotros nos conocimos siendo muy jóvenes, ¿sabes? Éramos solo niños cuando empezamos a ir al colegio juntos. Nos casamos demasiado pronto —murmuró Liv, con la mirada distante—. Hayden nunca me contaba sus problemas. Es decir, me contaba los temas banales, los rollos en el trabajo, si discutía con su hermano, alguna frustración simple… pero no me hablaba de las cosas que lo atormentaban, eso se lo guardaba para él y, en ocasiones, para su terapeuta. ¡Ja! Ni siquiera sabía que tenía un terapeuta.

Derek intentaba organizar sus ideas. Había imaginado que ella estaría divorciada o algo por el estilo, pero no semejante cosa. Lo que acababa de decir había sido como encender una luz potente después de estar horas perdido en un lugar oscuro, todo cobraba sentido.

—Resulta que era una persona depresiva y yo no tenía la menor idea. Por supuesto, había temporadas que me daba cuenta de que algo ocurría, pero cuando le preguntaba, Hayden me decía que todo iba bien. Que él siempre había sido una persona melancólica. Supongo que trataba de disimular para no preocuparme, pero a veces la vida a su lado era un infierno. —Se giró hacia Derek—. ¿Sabes lo que es vivir con alguien a quien no sabes cómo ayudar?

Él negó con la cabeza. Sabía lo que era vivir con alguien a quien no sabías hacer feliz, pero su historia al lado de la Liv no era nada.

—Incluso hablé con sus padres un montón de veces y me dijeron que «Hayden era así». Yo llegué a pensar que era culpa mía, que no sabía hacerlo feliz o algo parecido, no lo recuerdo. Pasaba mucho tiempo fuera por mi trabajo, así que creía que también podía ser eso… porque, al principio él venía conmigo a los viajes, pero los últimos años no quería.

Liv era consciente de que hablaba de forma dolida, pero no podía evitarlo. Ese dolor no solo englobaba la muerte de Hayden, sino también parte de la vida que habían compartido juntos.

Derek puso su mano sobre la de ella, acariciándole el dorso con el pulgar.

—Hasta le pregunté si quería ir a terapia de pareja. —La chica emitió un ruidito escéptico—. Nunca, jamás, pensé que el problema podía tenerlo él. Pero lo quería, ¿sabes? Llevábamos toda la vida juntos y mi existencia estaba salpicada de pequeñas anécdotas a su lado. Cuando hablaba sola, Hayden siempre me respondía. Lo encontraba divertido.

De modo que por eso a veces hablaba sola, se dijo Derek. Se preguntó si aún sentía que su marido muerto respondía. Le parecía bastante probable, conociendo lo extraño que resultaba el cerebro humano en ocasiones, y cómo le costaba despegarse de la rutina.

—Hace dos años, yo estaba en Kuala Lumpur trabajando en un reportaje —siguió Liv—. Era importante, iba a ocupar muchas páginas y llevaba allí dos semanas. Justo acababa de llegar al hotel después de estar todo el día investigando y estaba llenando la bañera de agua cuando su madre me llamó por teléfono. Me dijo: «Querida, tengo una mala noticia».

Se agitó como si tuviera un escalofrío al recordarlo.

—Me dijo: «Hayden ha tenido un accidente» —murmuró—. Yo pregunté: «¿Está bien?», y ella respondió: «No, querida». Creo que nunca se me olvidará ese día… me quedé en *shock*. Por supuesto, no encontré vuelo en ese mismo instante y tuve que esperar unas horas. Por más que telefoneaba a su madre, me resultaba imposible contactar con ella. No entendí nada hasta que mi propia madre me llamó mientras estaba en el aeropuerto esperando para embarcar. Sus palabras fueron: «Cariño, cuánto lo siento. Qué forma más terrible de morir». Así que le pregunté a qué se refería, y entonces ella se dio cuenta de que nadie me había contado los detalles del accidente.

Permaneció unos segundos en silencio, hasta que se vio con ánimos de continuar.

—Ella no quería decírmelo, claro, pero la obligué. Resulta que, en lugar de ir a trabajar, condujo hasta una estación de tren, espero hasta que pasó uno que no hacía parada allí y se tiró a la vía… Yo no me lo podía creer. Le dije a mi madre que era una mentirosa, que aquello era imposible, que Hayden nunca hubiera hecho nada semejante, que últimamente estaba contento. Pero las cámaras lo grabaron, yo misma lo vi… hasta salió en las noticias locales.

Liv sacudió la cabeza, como para alejar aquellos sucesos de su mente. Derek se daba cuenta de que tenía que decir algo, pero no sabía bien qué.

—Los días siguientes fueron una pesadilla. Tuve que ocuparme del entierro y fue la cosa más espantosa por la que he tenido que pasar nunca… mantenerme firme por toda aquella gente que me daba el pésame cuando solo quería gritar. No entendía lo que había sucedido, sobre todo porque él parecía estar mejor.

—A veces… bueno, dicen que cuando alguien ha tomado la decisión de… ya sabes, por eso se sienten más tranquilos. Porque ya lo han decidido —comentó Derek, con cautela.

—Lo sé. Después de lo ocurrido obtuve mucha información al respecto, aunque ya no sirviera de nada. Sus padres terminaron por confesarme que era una persona con episodios de depresión, solo que no esperaban que hiciera algo así porque estaba en terapia. Esa terapia de la que yo no sabía nada. —Liv volvió a negar con la cabeza—. Le grité a su madre cómo podía haberme ocultado algo así y me respondió que la decisión no era suya, sino de Hayden. Que él me quería y no deseaba hacerme sufrir.

—Hombre, dejar la decisión en manos de una persona con depresión no lo veo muy lógico… Me refiero a que necesitaba ayuda, de todos. Sobre todo, tuya.

—Eso mismo pienso yo. Así que esta es mi historia: mi maldito marido se suicidó sin dejar ni una nota y yo caí en una especie de agujero negro del que me resultaba complicado salir. No pude volver a mi trabajo porque solo recordaba aquel día en Kuala Lumpur, cuando contesté a la llamada, pero las horas se hacían muy largas y al final decidí trabajar en cualquier cosa que me obligara a tener la mente ocupada.

—¿Y es…?

—Crupier en un casino —murmuró ella.

—¿Alguien como tú, en un antro de esos?

Derek parecía hasta ofendido, y Liv estuvo a punto de sonreír al ver su expresión.

—Pagaba mis facturas y llenaba mi tiempo. El primer año fue horrible, estaba completamente perdida y no sabía cómo rehacer mi vida… me movía por inercia. Era como estar en el cine viendo una película en la que iba a trabajar, volvía de trabajar y me tiraba en la cama. Lloraba mucho por esa época. Y esto te parecerá de chiflada, pero escuchaba su voz en mi cabeza. De hecho, mantenía conversaciones enteras con él, o llamaba a su teléfono solo para oír su voz. Es absurdo.

—Es un mecanismo contra la tristeza, nada más.

—Mi familia me obligó a ir a terapia. ¿No tiene gracia?

—No. Creo que es un duelo, Liv, eso es todo. Perdiste a tu compañero de un modo traumático, ¿cómo no iba a afectarte?

—Sí, mi doctora me dijo lo mismo. Me fue bien con ella, siendo sincera, aunque en ese momento es posible que yo no quisiera recuperarme, no sé si me explico. Me negaba a aceptar que algo así me hubiera sucedido a mí y el ambiente en el que me movía tampoco ayudaba demasiado. — Él asintió—. Por suerte, tengo la familia más pesada del mundo… entre ellos y la doctora, consiguieron que el siguiente año no fuera tan negro. Seguía siendo gris, aún me sentía desgraciada, pero intentaba recuperarme. Con la ayuda de mi terapeuta dejé de llamar a su buzón de voz, después conocí a una rusa de cuidado en el casino y…

—¿El antro?

Liv sonrió al oírlo. Bueno, estaba claro que, si al final Derek conocía a su hermana, en algo iban a estar de acuerdo.

—No volveré a ese trabajo de todos modos. Mi hermana Maddy se niega y, desde la noche de la detención… bueno, la tengo encima como si fuera mi siamesa.

Miró a Derek unos segundos, pensativa, pero al final decidió llegar hasta el final. Qué importaba ya.

—Helenka me sacaba por ahí. A tomar copas y… yo qué sé. La mitad de las veces ni siquiera recordaba dónde habíamos estado o de qué habíamos hablado.

—El clásico «beber para olvidar» —comentó Derek, sacudiendo la cabeza para dejar claro lo poco que le gustaba lo que oía.

—En cierto modo me ayudó, aunque al final solo significaba navegar entre la anestesia del alcohol y el dolor, pero al menos salía de la cama. Y dejé de llorar. Bueno, hasta la noche que me detuvieron. —Soltó el aire que había estado reteniendo—. Soy tan estúpida que se me ocurrió coger el coche después de tomar tres o cuatro copas. No estaba en condiciones de conducir, me di cuenta al ver pasar un vehículo con niños dentro, ¿y sabes qué hice? Pues aparcar en medio de un túnel, sin luces ni nada. Aunque en mi cabeza era el arcén de la carretera, y solo pensaba cerrar los ojos un par de minutos.

Derek recibió la información sin terminar de creérselo. Aquel comportamiento no le pegaba nada con la Liv que conocía, pero claro… lo mismo podía aplicarse hacia su persona, estaba claro que errores cometían todos.

Le apretó la mano de nuevo, tratando de transmitirle apoyo. Bastante tenía con lo suyo para que nadie se dedicara a emitir juicios de valor respecto a su comportamiento, bien sabía que lo estaba pagando.

—Me llevaron a la comisaría —suspiró ella—. Y tuve que esperar allí hasta que apareció mi hermana, que por suerte es abogada. Podía haber terminado en la cárcel por mi irresponsabilidad, pero no tenía antecedentes y bueno… me tocó esto.

—Y no ha sido tan malo, ¿no?

—No. No ha sido malo en absoluto, pero…

Liv dejó de hablar, sin saber bien cómo explicar sus miedos. ¿Qué le podía decir, que no estaba segura de si algún día podría dejar de escuchar la voz de Hayden? ¿Que tenía miedo de que aquello se quedara en una simple aventura? ¿Qué le daba un miedo atroz la posibilidad, por pequeña que fuera, de volver a amar a alguien?

Aunque eso último ya no era una posibilidad, lo sabía. Nunca se hubiera acostado con un hombre por el que no sintiera nada. Al igual que el hecho de no poder dejar de pensar en él todo el tiempo. ¿Y entonces? No sabía ni por dónde empezar.

—¿Necesitas tiempo? —preguntó Derek.

—No lo sé. Sí. Eso creo.

—No voy a darte ningún ultimátum, Liv. Tú lo has dicho antes, no tenemos quince años —comentó él.

Derek no le daría un ultimátum en ese momento, pero al final del verano, para el que ya no quedaba tanto, sí. Una idea que en principio debería producirle felicidad, de pronto se volvía pesada y dolorosa. Aunque no tuvo tiempo de pensar en esa idea, porque Derek la cogió por el cuello para besarla durante unos minutos, y después apoyó su frente contra la suya.

—Puedes empezar a pensarlo mañana, ¿verdad? —le dijo en voz baja.

Podía haber dicho que no, incluso levantarse para regresar a su cuarto, pero ¿a quién pretendía engañar?… si al final no se sentía lista y decidía dejarlo ir, quizá aquella vez fuera la última.

—Sí. Mañana —murmuró, devolviéndole el beso.

Capítulo 16

Shawn se incorporó en la cama de pronto, sobresaltado al escuchar un pitito que le taladró los oídos.

—Es mi despertador —murmuró Adeline, apagándolo de un manotazo.

—Pues tiene un ruido infernal. —La cogió de la cintura para que no se levantara, acomodándose de nuevo en la cama—. Además, ha sonado demasiado temprano.

—Yo siempre me levanto a esta hora.

Apartó su brazo y encendió la luz. Se levantó para vestirse, mientras él refunfuñaba y se tapaba la cabeza con la sábana.

—Adeline, aquí se está muy bien… —murmuró.

—Ya me lo imagino. Escucha, cuando vayas a salir, asegúrate de que no te vea nadie, ¿de acuerdo?

Shawn asomó la cabeza, frunciendo el ceño.

—¿No quieres que me vean salir de aquí?

—Claro que no, nadie tiene que enterarse de lo de anoche.

Él se quedó mirándola, sin entender nada. ¿Acaso no le había gustado? Porque juraría que sí.

—¿Por qué no vienes y lo hablamos? —propuso, dando unas palmaditas en el colchón.

Ella suspiró, abrochándose el peto vaquero y se giró para mirarlo. Desde luego que no era por falta de ganas, porque en aquel momento lo que más le apetecía era meterse con él allí dentro y repetir la noche anterior. Varias veces.

Pero también era realista, quedaba poco para que se fuera y… lo mejor era cortar por lo sano, como cuando uno se arrancaba una tirita: de golpe y no poco a poco. El chico le gustaba demasiado y ya iba a ser duro despedirse de él sin que hubiera algo serio entre ellos. Si compartían habitación o intimaban aún más…

—Shawn, no hay nada de lo que hablar. Nos hemos acostado, hemos pasado un buen rato y ya está. —Se encogió de hombros—. ¿No crees que es mejor dejarlo así? ¿Para qué darle más vueltas?

Él se quedó estupefacto, sin saber qué contestar. Nunca, jamás, ninguna chica le había soltado aquel discurso, más bien había sido al revés. Y no sentaba nada bien estar en aquel lado de la conversación, desde luego.

Adeline interpretó su silencio como que estaba de acuerdo y se marchó de la habitación, antes de cambiar de opinión. Bajó a la cocina, discutiendo consigo misma para no volver sobre sus pasos, y se encontró con que Liv ya estaba allí, preparando café.

—Vaya, qué madrugadora —comentó—. Buenos días.

—Para algunos más que para otros, ¿no?

Le guiñó uno ojo entregándole una taza y Adeline la cogió, extrañada.

—¿No sabías que las paredes de tu casa son muy finas? —añadió Liv, con una sonrisa.

Adeline, que se había llevado el café a los labios, estuvo a punto de escupirlo. Abrió mucho los ojos, enrojeciendo al máximo.

—¡Oh, Dios, no! —exclamó—. ¿Se nos oyó?

—Un poco.

—Ay, madre, qué vergüenza. —Sacudió la cabeza y se sentó, mirando el café—. ¿Nos habrán oído todos?

—No sé, yo bajaba al porche a hablar con… —Carraspeó, recordando la emotiva conversación—… Con Derek. Quizá el resto estaba dormido.

Ya podría tener esa suerte, pensó Adeline.

—No digas nada, ¿vale? Si nadie lo sabe, mejor. —Dio un sorbo—. Además, ha sido solo una cosa de una noche, nada más.

Liv levantó una ceja, incrédula. Se sirvió una taza y se sentó frente a ella, mirándola con curiosidad.

—Pues deberías trabajar tu tono, porque no me ha sonado muy convincente —dijo.

—Ya, bueno, es lo mejor. Vivimos lejos, somos muy diferentes… No hay futuro ahí.

A eso, Liv no la contradijo. Porque precisamente el punto de la distancia era uno con los que ella misma tenía problemas, así que la entendía. De todas maneras, Leeta llegó en aquel momento a trabajar, por lo que tampoco tuvieron oportunidad de continuar con aquella conversación.

Poco a poco, todos fueron bajando a desayunar, siendo Shawn el último en unirse al grupo. Se había quedado en la habitación de Adeline esperando a que todos bajaran, tiempo que había aprovechado para pensar mil formas de convencerla de que no había nada malo en estar juntos y de que, de hecho, era lo mejor para los dos. Pero también estaba seguro de que la chica tendría respuesta para todas ellas, así que necesitaba más tiempo para buscar alguna de lógica irrefutable para asegurarse de que conseguía su objetivo. Mientras tanto, no le quedaba otra que seguir trabajando como si no hubiera ocurrido nada y dormir en su habitación. Lo único bueno era que ya no tenía necesidad de colocar su barricada de maletas cada noche; también se había dado cuenta de que le debía una disculpa y una confesión a Derek: al fin y al cabo, el chico no había tenido nada que ver con su ataque nocturno y él sí que le había robado sus cigarrillos, pero en el trabajo no encontró el momento adecuado para ello y, con el transcurso de los días, decidió que no merecía la pena remover el tema cuando las aguas estaban calmadas en el grupo.

Al menos, estaba entretenido con los libros de jardinería que había en la casa: se los había leído prácticamente todos, y estaba pensando en que cuando volviera a su piso, podría terminar aquel curso que empezara años atrás o buscar alguno nuevo. Cavar no era su actividad favorita, pero el resto de actividades que implicaba el paisajismo sí: diseñar un jardín, buscar las flores que mejor combinaban, escoger las estatuas y fuentes… Para su sorpresa, todo lo que había ido pensando para el exterior de la mansión estaba quedando muy bien, y estaba seguro de que cuando llegara la floración, el lugar estaría espectacular.

Estaba leyendo un libro sobre minihuertos para tener en cocinas, cuando llamaron a la puerta de su habitación. Suspiró, fastidiado. Se había escaqueado de recoger la mesa después de cenar, seguro que iban a buscarlo para obligarlo a bajar.

—¡Estoy durmiendo! —contestó.

—Tienes la luz encendida, se ve por debajo de la puerta —replicó Adeline—. Además, muy dormido no estarás, que has contestado.

Shawn se levantó veloz como un rayo. Si Adeline iba a buscarlo después de la hora de acostarse, solo podía significar una cosa. Seguro que aquellos días separados la habían hecho

recapacitar. Así que abrió la puerta con una sonrisa de oreja a oreja, pero se le congeló en el rostro cuando ella le entregó un papel.

—Toma, ha llamado tu padre —informó.

—¿Qué?

—Que lo llames a su móvil. Como no te lo sabes, me lo ha dado. Te doy permiso para usar el de la casa, parecía urgente.

Shawn se quedó mirando el papel extrañado. ¿Habría pasado algo grave? ¿A su madre, quizá? No se le ocurría ningún otro motivo por el que su padre lo llamara, y, a pesar de las diferencias que tenían, se dio cuenta de que estaba preocupado por ellos.

—Gracias, voy a llamar ahora mismo.

Bajó al salón con el papel en la mano y cogió el teléfono para marcar, aunque le costó varios intentos porque aquel disco que giraba a un lado y otro no era nada fácil de controlar. ¿Quién demonios lo inventaría? ¡Con lo fácil que hubiera sido poner botones desde el principio de los tiempos! Cuando por fin dio señal de llamada, estuvo a punto de lanzar un grito de alegría.

—Papá, soy yo —dijo, en cuanto escuchó la voz de su padre.

—Vaya, qué rápido.

—¿Estáis bien?

—Claro, ¿qué pregunta es esa? El que tiene problemas eres tú, te recuerdo.

—Ya no, casi he terminado los servicios sociales y…

—Eso no importa, el daño ya está hecho y, además, te llamo precisamente por eso. No sé cuáles serán tus planes de futuro, pero hay ciertas cosas que debes tener en consideración.

—Si quieres que haga alguna declaración en un medio desvinculándote de todo, lo haré. He estado pensando en mi futuro, y ya sé lo que quiero hacer. No te preocupes, no será nada de finanzas ni relacionado con tus negocios.

—Ni yo te lo permitiría.

—¿No quieres saber lo que es?

—No, a estas alturas me da igual, has empezado tantas cosas que otra más que no termines me importa poco.

A Shawn le dolió aquella frase. Tenía razón, sí, había comenzado demasiadas carreras, cursos y trabajos en su vida, pero no pensaba volver a hacerlo. Había empezado la restauración de la mansión e iba a terminarla, no solo porque estuviera obligado a ello, sino porque sentía que debía hacerlo. Y así era como pensaba respecto a la jardinería.

—Esta vez va en serio —replicó.

—Mira, no tiene sentido alargar esta conversación, estoy muy ocupado y solo te aviso porque si no, no sabrías dónde están tus cosas.

—¿Perdona?

—He vaciado tu piso y lo he llevado todo a un trastero. Cuando vuelvas, revisaremos todo con mi abogado para ver qué es tuyo realmente y qué no y te lo podrás llevar.

—Pero… ¿me echas de mi piso?

—No es tu piso, lo he pagado yo y voy a venderlo para recuperar la inversión y ganar un beneficio.

—¿Y dónde voy a vivir?

—Ese no es mi problema. Cuando vuelvas, habla con mi secretaria, ella te dará los detalles. También he vendido tu coche y cogido el dinero de la cuenta que te abrí para pagar a los publicistas que se están encargando de arreglar la imagen de mi empresa, después de que tú la mancharas.

—¿No tengo dinero?

—Nunca lo has tenido, siempre has gastado el mío, Shawn. —Suspiró con impaciencia—. Mira, ya he perdido demasiado tiempo con esta conversación. Adiós.

Y sin más, colgó. Shawn se quedó mirando el auricular, sin poder creer todo lo que había escuchado por ahí. ¿Tan decepcionado estaba su padre con él como para dejarlo en la calle y quitarle el coche? ¡Su adorado deportivo! Aquello no podía ser legal, tendría que hablar con un abogado… pensamiento que desechó al momento, al recordar que no tenía dinero para pagarlo.

Colgó el teléfono con el ceño fruncido, dándole vueltas a toda la conversación. ¿Qué iba a hacer, sin dinero ni piso ni coche? De su anterior empresa, no quedaba nada, había tenido que liquidarla para pagar las deudas con los denunciantes. Y si su padre estaba en ese plan, mucho temía que no lo tendría tan fácil para encontrar clientes en su nueva aventura paisajística. ¿Tendría que verse forzado a cambiarse al apellido? Su situación se complicaba cada vez más.

Deprimido, salió del salón con paso lento, para encontrarse con que Adeline estaba esperando al pie de la escalera y lo miraba con preocupación.

—¿Malas noticias? —le preguntó.

—Horribles.

Adeline le pasó una mano por un brazo para darle ánimos.

—¿Les ha ocurrido algo a tus padres?

—No, están bien. Es… es otra cosa.

Se apartó y subió corriendo las escaleras, sin mirar atrás. No quería contarle la charla porque le parecía demasiado humillante confesar que no tenía nada, nada en absoluto. Necesitaba un plan, y solo le quedaban un par de semanas allí para que se le ocurriera.

El trabajo en la mansión estaba prácticamente terminado, por lo que aquella semana Adeline decidió que podían alargar las mañanas y volver a la casa para comer, aunque fuera algo tarde, así los días no se les harían tan largos.

Mientras esperaban a que todos se ducharan y bajaran al comedor, Derek y Liv, que habían conseguido llegar a los baños los primeros, salieron al porche a sentarse como solían hacer por la noche. No habían hablado mucho últimamente, cada uno inmerso en sus pensamientos, pero el tiempo se agotaba y Liv pensó que aquel momento era tan bueno como cualquier otro.

—Entonces, ¿tu relación con tu exmujer es cordial? —quiso saber, soltándoselo de pronto.

Liv tenía dudas respecto a eso, pero si se planteaba seguir adelante con esa relación prefería aclarar el tema cuanto antes. Por lo que conocía a Derek no le resultaba tan extraño, había demostrado ser una persona muy comprensiva, pero aun así, él había escatimado un montón de detalles sobre su vida. Y la morena quería esa información.

—Es mi amiga —respondió él. Fue escueto, como de costumbre, pero entonces se dio cuenta de cómo lo miraba Liv y de que solo con eso no iba a bastar, de modo que carraspeó—. A ver, siempre fue mi amiga en realidad. No es la amistad lo que no salió bien, sino esa relación que quizá no debimos tener.

—¿Por qué no?

—¿Quién lo sabe? A veces confundimos las cosas.

—¿Y cómo te diste cuenta de que era el fin y querías divorciarte?

—Más que darme cuenta, me explotó en la cara. —Derek sonrió, sin parecer molesto—. Ella me engañó con otro tío.

Liv pareció perpleja de que aquello no lo molestara.

—Eso no importa, Liv, porque yo también la engañé a ella. No en la cama, pero sí cuando le

hice creer que podía hacerla feliz. Fui un marido pésimo que apenas encontraba un minuto que dedicarle, así que no me extraña que hiciera lo que hizo. Claro que podía haberme pedido el divorcio antes de ponerme los cuernos, pero bueno, se lo perdono.

A ella le seguía resultando extraño que se tomara el tema con tanta deportividad, pero también era cierto que hacía ocho años de eso y el asunto debía tenerlo más que olvidado. Y, de todos modos, si siempre había visto a su exmujer como una amiga, suponía que el dolor no era el mismo.

—Está claro que no le guardas rencor. ¿Y ella a ti?

—No. Siempre se ha preocupado mucho —contestó Derek—. Estuvo pendiente cuando el infarto y fue ella la que me abrió los ojos para que bajara el ritmo. Antes tenía una empresa, ¿sabes? Era muy estresante.

—¿Y ahora qué haces? Porque me acabo de dar cuenta de que sé muy poco sobre ti…

—Llevo una limusina.

—Anda, o sea que te pones un uniforme muy similar al mío —sonrió la morena, divertida ante la coincidencia. Al ver su cara, se apresuró a añadir—. Ese que no voy a volver usar.

—Sí. No creas, a veces me da pena, porque yo levanté esa empresa y me dejé los cuernos para llevarla arriba… y la vida me lo recompensó con un puto infarto. Tuve que vender la mayor parte de las acciones, así que ahora tengo un veinticinco por ciento.

—Mejor eso que ser un simple asalariado.

—Poca responsabilidad y más dinero, cierto. Echo un poco de menos ese ajetreo, pero mi trabajo es cómodo.

Derek no tenía aspecto de estar especialmente satisfecho, pero se veía que había terminado por aceptarlo. Liv había conocido antes a otras personas con adicción al trabajo, de repente se encontraban con un montón de tiempo libre que no sabían cómo ocupar.

—Me recuerdas a esos hombres que llevan toda la vida trabajando y cuando se jubilan están perdidos.

—¿Los que no hacen más que molestar en casa hasta que su mujer los manda a la calle a dar vueltas, dices? —Él sonrió al decirlo.

—Justo, eso.

—No te negaré que al principio fue duro. Cuando trabajas todo el tiempo y te quedas sin ello, eres consciente de que no había mucho más en tu vida, sí. Pero han pasado años, me he adaptado.

Justo lo que ella había pensado. Estaba muy familiarizada porque lo conocía de primera mano debido a su profesión; ella en concreto no, pero un montón de corresponsales dedicaban años al trabajo en sitios extranjeros y cuando lo dejaban debían empezar de cero. Y a todos les costaba.

—Seguro que habrá alguna afición que te guste.

—Lo normal en un tío, gimnasio, amigos, alguna cena o copa… —Su rostro se tornó sombrío.

La chica percibió ese cambio, pero no hizo ningún comentario.

—Mira, tú fuiste muy sincera conmigo el otro día —repuso él—. Así que haré lo mismo y te contaré por qué estoy aquí. Es lo justo.

—Vale —aceptó ella.

—¿Recuerdas la primera visita del supervisor? Cuando llegó con las gafas de sol y portándose como un gilipollas.

—Imposible olvidarlo —murmuró Liv, recordando cómo le había sujetado la mano más tiempo del necesario mientras examinaba su expediente. Asco de hombre, una pena que se dedicara a ese trabajo.

—¿Y te acuerdas de que dijo que en este tipo de programas no se aceptaba a personas cuyo

incidente incluyera violencia, aunque en el grupo había una pequeñísima excepción porque el juez consideró que no era peligroso para nadie?

—Ese eres tú.

—Ese soy yo, sí. ¿Ya lo suponías?

Derek pareció preocupado por el hecho de que ella hubiera supuesto que era él, ¿acaso había dado algún indicio?

—Solo por descarte, Derek —aclaró ella—. Pero me cuesta creerlo.

—Pasé por la primaria, la secundaria y la universidad, todo eso sin pelearme con nadie ni una sola vez en mi vida —comentó Derek—. Ni en el trabajo, nunca, y mira que había algunos que se hubieran merecido un par de collejas. No le pegué ni al amante de mi exmujer, joder.

Liv valoró apretar su mano, pero lo pensó mejor y no lo hizo. Bastante difícil resultaba ya mantener la distancia para poder «pensar», debía reducir el contacto a cero. No podría lograr la claridad que necesitaba si no paraba de buscar sus brazos, así era imposible.

«Si tienes que estar todo el rato recordándote eso, no entiendo bien qué tienes que pensar».

Ella apretó los labios para frenar el impulso de responder en alto. La voz de Hayden había aparecido de forma inesperada, sobre todo porque hacía bastante que no lo escuchaba. ¿Quizás para darle un empujón? Solo que no sabía hacía dónde iba ese empujón.

Volvió a prestar atención a Derek, que tenía cara culpable. ¿Para tanto habría sido el incidente? ¿Cómo había terminado alguien como él detenido y condenado?

No deseaba insistir, así que siguió callada. Quería que, si se lo contaba, fuera porque le apetecía y confiaba en ella, no por obligación.

—Además, esa noche casi no había bebido —dijo él, de pronto, rompiendo el silencio—. Acababa de llegar al local y estaba en la barra esperando a un amigo. Había dos crías en una mesa que no tenían edad de estar allí, recuerdo haberlo pensado. —Se encogió de hombros—. Tampoco tenía intención de liarme porque trabajaba al día siguiente, un par de copas y a lo mejor un par de partidas de póquer.

La morena continuó escuchando, sin querer interrumpir.

—Aparecieron esos tres chavales, que no llegarían a los veinte. Vamos, que tampoco podían beber en teoría, aunque pidieron cerveza y se la sirvieron… Armaban bastante escándalo, no sé, el típico grupo molesto en el que te fijas. Mi colega llegaba tarde, yo estaba cansado y aburrido de esperar, y en fin… bueno, me dediqué a pensar en mis cosas un rato hasta que una de las adolescentes se puso a mi lado en la barra.

Liv alzó la ceja, pensando por qué derroteros terminaría aquella historia.

—Era una maldita niña, pero se me acercó con todo el descaro del mundo y me preguntó si la invitaba a algo. Podría ser su padre, joder, y es lo que le dije: «¿Por qué no vuelves con tu amiga?». Y me dio por mirar a la mesa donde debería estar su amiga, pero resulta que no estaba allí. La chica se encogió de hombros y dijo: «Hace siglos que fue al baño y yo me aburro». Bueno, no sé si esas fueron sus palabras exactas, pero algo así… Entonces me di cuenta de que hacía un rato que no escuchaba alboroto y miré hacia la mesa donde se habían sentado los tres críos. Tampoco estaban. Y, en fin, no sé, pero tuve una mala sensación.

—¿Qué?

—Tuve una mala sensación, así que me levanté y fui a los lavabos. Quería asegurarme de que esa chica estaba bien, ¿entiendes? Aquellos tres habían bebido, parecían unos gilipollas y ya sabes cómo son a veces los chicos… ¡Yo qué sé! Solo quería asegurarme.

Liv notó una sensación extraña. Por un lado, le preocupaba el relato que iba a escuchar, que ya imaginaba que no sería nada agradable, pero por otro… cierta calidez la recorría de arriba

abajo, porque, ¿un desconocido, hombre para más señales, preocupándose de ir a comprobar que una jovencita que no conocía se encontraba bien? En una época en la que, si te pasaba algo, era más fácil que te grabaran a que te ayudaran, aquello le tocó el corazón.

—En el lavabo de chicas no llegué a entrar, pero tampoco hizo falta, porque estaban en el de hombres… y allí la tenían. Acorralada en uno de los baños, porque ni se molestaron en cerrar la puerta: tres hijos de puta quitándole la ropa a la fuerza y ella llorando como una magdalena. Ni moverse podía.

Llegados a ese punto, a Liv le daba igual lo que hubiera hecho Derek, para ella estaba bien hecho. Mucho se oía sobre la violencia y no justificarla, y hasta cierto punto podía mostrarse de acuerdo, pero cuando había abuso o violación por parte de tres energúmenos… en fin, solo esperaba que hubiera muchos puñetazos y dientes por el suelo.

—Pero ¿no llamaste a la policía? —preguntó, consciente de que la pregunta era una tontería.

—Mira, no. No lo pensé. ¿Qué, me marcho y me tomo algo mientras la patrulla de turno se decide a venir? ¿Y mientras?

Sí, claro, tenía toda la razón del mundo.

—Fue algo instintivo, Liv, no estaba pensando nada en aquel momento. Agarré al que estaba delante y lo quité del medio de un empujón. A ese no tuve que pegarle, ya se dio él solito contra la pared.

—Pero eran tres. ¿Cómo…?

—No eran más que críos. A lo mejor, si me hubiera limitado a pegarles un grito se habrían asustado lo suficiente como para desaparecer… lo he pensado muchas veces, sí. Es lo que tendría que haber hecho, llamar primero a la policía y después gritarles para que se largaran con viento fresco. Pero no sé… es extraño a veces como reaccionamos, ¿no? No dejaba de pensar en que podía ser mi hija. Tenía dieciséis años, me lo contó tiempo después en una visita que me hizo para darme las gracias con sus padres. Dice que a veces tiene pesadillas con esa noche. Total, que ya no tiene sentido pensar en qué pude hacer, solo cuenta lo que hice. Que lo volvería a hacer, si tengo que ser sincero.

—¿Y qué sucedió? ¿Cómo terminaste detenido?

—Bueno, es simple. Les pegué a los dos. A uno en la boca y al otro en el estómago, creo… hubo una costilla de uno rota por ahí. Acababa de devolverle la ropa a la chica cuando alguien me puso una mano en el hombro y bueno…

—Le pegaste también.

—Sí, pensé que sería alguno de ellos, pero era un hombre ya mayorcito. Después me dijeron que se trataba de un policía fuera de servicio, que había oído el jaleo y se acercaba para ver si podía ayudar. ¿Cómo demonios iba a saberlo? Acercarse por detrás a alguien que se está peleando no es muy inteligente. Podía haber dicho algo, «soy policía» o qué se yo.

Ella lo miró, estudiando su rostro alicaído. Vale, ciertamente una pelea no era algo de lo que sentirse orgulloso, pero de todos los delitos que podían haberlo conducido allí, aquel era el más limpio. Bastante peor era el suyo, que ahora le daba vergüenza recordarlo.

—Así que me detuvieron. Por suerte, la chica y sus padres pusieron una denuncia y fueron a hablar con la jueza, así que esta fue benevolente dentro de sus posibilidades. En realidad, mi condena es por agredir a un policía, y ya ves que el desconocimiento no sirve.

—Hiciste lo que tenías que hacer.

—Yo era el adulto ahí. Estoy seguro de que podía haber encontrado otra manera.

—Hiciste lo que tenías que hacer y hasta la jueza lo sabía. Por eso solo fuiste condenado por lo del policía, porque eso no lo podían dejar pasar.

—Pues las familias de esos gilipollas pretendían denunciarme a mí por agresión. Pero el caso fue sobreseído casi al momento… por la misma jueza. —Derek sonrió.

—Y a la chica nadie la violó aquella noche. —Liv sonrió también y meneó la cabeza—. Tú ni siquiera deberías estar aquí, es una locura.

—No me quites mérito, que pegué a un agente de la ley.

—Gracias por contármelo…

Liv iba a añadir algo cuando un carraspeo hizo que dejaran la conversación para mirar a una joven que aguardaba a un par de metros de ellos, sin atreverse a entrar en el porche. Era morena y de ojos claros, con un rostro que les resultaba ligeramente familiar.

—Hola, ¿podéis ayudarme? Bueno, ¿es aquí la casa de…? O sea, estoy buscando a Mary Sue Pierce. Soy su hija, Jo Ann.

Los dos se incorporaron, abandonando la mecedora colgante para dar un par de pasos hacia la chica mientras la examinaban con cierta curiosidad. Claro, por eso su cara les sonaba, se parecía mucho a Mary Sue.

—Sí, estará dentro en la cocina —contestó Liv, consultando el reloj—. No queda nada para la hora de comer, ¿quieres entrar? Le diremos a Adeline que estás aquí.

Derek se adelantó para abrir la puerta mientras la muchacha los seguía.

—Vaya, ¿le permitís cocinar? —preguntó, con tono incrédulo.

—Sí, al principio no lo hacía, pero un día nos dio una sorpresa con una comida increíble y desde entonces se ocupa ella.

Jo Ann entró tras ellos, siguiéndolos al interior de la cocina. Mary Sue estaba charlando con Leeta mientras ponían la mesa y, junto a ellas, Adeline organizaba lo que parecía una nueva remesa de cupones.

—Hemos encontrado esto en el porche —bromeó Derek, señalando con la cabeza a la recién llegada.

—Jo Ann, ¿qué estás haciendo aquí? —Mary Sue se apresuró a limpiarse las manos en el delantal para abrazar a su hija, que pareció reticente.

—No pretendía molestar… —empezó ella.

—Soy Adeline —dijo esta, alargando la mano para estrechársela—. Puedes quedarte a comer, si quieres, es un placer conocerte. Mary Sue habla de ti a veces.

—¿En serio? —Miró a su madre con desconfianza.

—Anda, ¿quién es esta? —preguntó Zazzie, apareciendo en la puerta con Kumiko. Se acercó dando saltitos hasta donde Leeta controlaba la sartén, frotándose el estómago—. ¡Me muero de hambre, que lo sepáis! ¿Qué maravilla culinaria nos has hecho hoy?

—Es Jo Ann, la hija de Mary Sue —informó Adeline.

—Oh, nombres compuestos por doquier. Me gusta, me gusta. —Le dio unas palmaditas a la recién llegada de manera amistosa—. Encantada, soy Zazzie y ella Kumiko. Y ese que llega tarde y mal peinado es Carter.

Carter se detuvo en seco al oírla y fue corriendo a mirarse en el espejo de la entrada.

—Siempre pica. —Zazzie le guiñó un ojo a Jo Ann—. ¡Hola, barbitas!

Shawn entró y se sentó junto a Liv, poniendo distancia entre Adeline y él. Una pena que ella no se hubiera tomado en serio lo suyo, podía haberla ayudado a cortar cupones, pero, en fin. Nunca había suplicado nada a ninguna mujer y no iba a empezar ahora, ya tenía bastante en qué pensar sobre su futuro sin tenerla en cuenta a ella… Frunció el ceño, molesto porque se dio cuenta de que sí que la quería tener en ese futuro, que formara parte de sus planes, fueran los que fueran. A ver cómo se lo decía, después de lo claro que se lo había dejado ella.

Mierda. Más cosas en qué pensar. A ese paso le iba a estallar la cabeza.

—No estaba despeinado —refunfuñó Carter, dejándose caer en su sitio habitual mientras hacía un gesto a la hija de Mary Sue—. Hola, por cierto.

Esta se giró hacia su madre.

—¿Cómo es que te permiten cocinar, mamá? —preguntó.

Mary Sue pareció azorada y miró en derredor suyo, enrojeciendo.

—Madre mía, no me digas que no lo saben —siguió Jo Ann, con los ojos como platos.

—¿Saber qué? —preguntó Zazzie—. Tu madre cocina como los ángeles. ¿Qué más hay que saber? Porque si no llegar a ser por ella, no sé yo…

Jo Ann se cruzó de brazos, después de lanzar una mirada severa a su madre.

—Mi madre no tiene permitido cocinar. No hasta que la jueza le devuelva el permiso. —Cruzó una mirada con Adeline—. Se supone que usted lo sabía, ¿no?

—Sí, lo sabía —admitió esta—. Pero decidí darle confianza y hasta ahora no la ha traicionado.

—Pero ¿por qué tiene prohibido cocinar? —insistió Zazzie, terminando de poner la mesa.

—No veo necesario sacar este tema ahora —cortó Leeta, tajante—. Es suficiente con decir que aquí su comportamiento ha sido ejemplar. Venga, vamos a comer, yo misma he supervisado todo.

Incluyó un plato para Jo Ann, que no parecía muy convencida, aunque finalmente se sentó. Estudió la comida con recelo, lo que hizo que todos se preguntaron por qué demonios habría sido detenida Mary Sue, pero terminó por comérsela.

—¿Y para qué has venido? —quiso saber Mary Sue, cuando llevaban un rato charlando y el ambiente se había distendido.

—Ah, sí. Verás, es que la semana próxima tengo turno doble en el hospital. Norma está de baja con un brazo roto y mientras buscan a otra alguien tiene que cubrir… No voy a poder venir a recogerte, y Alan tiene la conferencia en Raleigh.

Miró a Adeline, que dejó el tenedor junto al plato.

—Me preguntaba si podría llevármela hoy. Mi marido y yo tenemos bastantes problemas de horarios.

—Él es médico y ella enfermera —explicó Mary Sue con orgullo mal disimulado.

—Oh, pues… —Adeline se quedó sin saber qué decir.

De tener un supervisor normal, podría haberle telefoneado para preguntar. Pero después de su última «charla», ni loca llamaría a aquel capullo. Por otro lado, ella no era nadie para decidir si Mary Sue podía irse antes de la fecha.

—Tendría que preguntar al supervisor, pero no sé… —empezó.

—¿Y si llamas al coordinador del programa? —sugirió Shawn—. Tiene que haber algún funcionario con el que puedas hablar que no sea… ejem, el cretino.

Adeline sopesó la idea, pensando que la observación era más que razonable. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Debería haber llamado para comentar los problemas con el señor Morgan nada más tenerlos, pero no se le había ocurrido que podía recurrir a los funcionarios responsables del programa de servicios comunitarios.

—Sí, eso haré —contestó aliviada—. Y depende lo que me diga, podrás irte hoy o no, Mary Sue.

—Oh, genial —exclamó ella con entusiasmo—. No es que aquí no se esté bien, pero… en fin, si puedo ahorrarme una semana de trabajo mucho mejor, no vamos a engañarnos.

Tras la comida, Mary Sue se llevó a su hija a dar un paseo para enseñarle los jardines y

alrededores. Todos permanecieron revolviendo sus tazas de café hasta que Adeline regresó del salón, desde donde había telefoneado.

—Pues parece que no hay problema —comentó—. Es una circunstancia especial, pero como ha cumplido el noventa y cinco por ciento del programa y participó en las actividades extras, solo hace falta que firmen un fax y podrá marcharse. Tendré que acercarme al centro para recogerlo, Leeta —comentó.

—Yo me quedo a cargo de la caballería —dijo esta, asintiendo.

—No tardaré.

Una vez Adeline hubo salido, Derek se levantó de su sitio para acercar las tazas vacías hasta el fregadero, donde Leeta se preparaba para fregar.

—Bueno, a ver, ¿no vas a contarnos lo que hizo Mary Sue? Total, se va a marchar dentro de un rato…

Leeta soltó un resoplido, consciente de que la atención de todos los presentes estaba puesta en ella. Pero como Derek era su ojito derecho, no encontró la manera de negarse.

—Está bien —suspiró—. Pero ni una palabra quiero que digáis. —Un montón de ojos la miraron con atención—. Esta mujer era cocinera en un restaurante. Las cámaras la grabaron añadiendo «ingredientes» no deseados a la comida de algunos clientes.

Hubo un momento de estupefacción general mientras el grupo asimilaba la información recibida. Aquello de «ingredientes» era muy ambiguo y, por otro lado, ¿de verdad querían saber a qué se refería?

—¿Qué dices? —preguntó Zazzie—. ¿Escupía en la sopa o qué?

—Cosas por el estilo, sí. Si se encontraba clientes maleducados lo hacía. —De nuevo, el silencio lleno de estupor llenó la cocina—. También hacía pastelitos con drogas.

—Pero ¿qué coño…? —empezó Carter—. ¿Bollos de marihuana?

—Y también de esa cosa que te produce alucinaciones. No recuerdo cómo lo llaman los jóvenes hoy en día. Se enteraron por una intoxicación que sufrió una de las personas, revisaron las cámaras y *voilà*. Ahí estaba esa buena mujer, animando los platos.

El intercambio de miradas fue de lo más significativo. Pasearon los ojos de los platos a sus estómagos, pensando si habrían sido los destinatarios de algún regalito no deseado.

—No os preocupéis —los calmó Leeta—. Yo la he supervisado siempre, excepto el día ese que tuvo que ayudaros a vosotros dos. —Señaló a Derek y Shawn—. No ha hecho nada incorrecto. Hay que comprender también a la mujer, quien trabaja toda la vida de cara al público a veces sufre algún episodio de este tipo.

Leeta cerró el grifo y dio por terminada la conversación. El grupo aún continuaba en *shock*, pero fueron lo bastante comprensivos como para no sacar el tema, ni siquiera cuando Adeline regresó del centro con el fax para que Mary Sue y ella pudieran firmarlo. Una vez hecho, la mujer los abrazó a todos, repartiendo besos y «queridas», para terminar sentada en el coche de su hija mientras Shawn le cargaba el equipaje en el maletero. Después de todas las veces que había acarreado sus maletas para poner y quitar la barricada, aquello no era nada.

Cuando Mary Sue hubo partido y solo quedó de ella el polvo que había dejado el coche, todos se quedaron de pie con una sensación extraña. La mujer no había interactuado mucho con ellos, pero formaba parte del grupo, grupo que empezaba a fragmentarse. Eso hacía que tuvieran más presente que nunca que el final de agosto estaba a la vuelta de la esquina, algo que debería hacerlos sentir felices, pero que, por algún motivo, no era así.

Capítulo 17

Adeline se sirvió una taza de café y observó con una sonrisa divertida cómo su equipo se presentaba en la cocina, vestidos con el uniforme que habían lucido los últimos tres meses. Desconocía el motivo, pero saber que en un día o dos dejaría de verlos le producía una mezcla de pena y orgullo. Orgullo porque habían hecho un trabajo increíble en la mansión, a pesar de lo difícil de los inicios, y pena porque… se había encariñado con todos y cada uno de ellos.

Dejó que se sentaran antes de que Leeta comenzara a repartir tazas y tostadas, y entonces carraspeó para llamar su atención.

—A ver si adiviináis qué vamos a hacer hoy —interpeló, con tono burlón.

—Limpiar —contestó Zazzie, sin dudar ni un segundo.

—Lijar —siguió Liv.

—No, y no —respondió ella, con una carcajada—. ¿Alguien más quiere probar?

—¿Lavar el coche? —sugirió Derek, a lo que ella negó—. Vaya, esto sí que es una sorpresa.

—Chicos, la mansión está terminada. El equipo de limpieza lleva allí desde las ocho de la mañana para dejarla impoluta y lista.

—Pero te entendí que debíamos ocuparnos nosotras de adecentarla. —Carter parecía extrañado.

La joven negó, riendo ante la cara de circunstancia que tenían todos.

—Hoy tenéis el día libre. Y si queréis podéis salir, ir al centro, lo que os apetezca. Mañana termina vuestro servicio a la comunidad de forma oficial y seréis libres, pero por lo que a mí respecta, ya lo sois. Eso sí, tengo una sorpresa para vosotros.

Observó las expresiones aturdidas de todos, extrañada de no escuchar exclamaciones de felicidad.

—¿Mañana? —repitió Kumiko—. ¿Mañana nos vamos, dices?

—Exacto. Y mirad. —Acercó una caja de cartón que había en la encimera de la cocina y la dejó en medio de la mesa—. Vuestros teléfonos. Podéis llamar a quien queráis, a vuestras familias o a quien venga a recogeros. ¿No estáis emocionados?

Alarmada al ver sus caras, Adeline pensó que no la creían.

—Chicos, ¿habéis oído lo que he dicho? ¡Mañana volvéis a casa!

Poco a poco, la información pareció ser procesada por los presentes. Kumiko empezó a aplaudir, entusiasmada, y se abrazó a Zazzie, que la despeinó de manera cariñosa. Shawn mostró una sonrisa reluciente, pese a que su estado de ánimo no se correspondía con ella. Porque esa última semana había deseado cada segundo que Adeline cambiara de idea y le diera la oportunidad de intentarlo, pero ella seguía muda sobre ese tema.

Y Liv… en aquel momento, sintió que el suelo se tambaleaba bajo sus pies. ¿Se marchaban al día siguiente? ¿Cómo no se había dado cuenta de que el fin estaba a la vuelta de la esquina? Ella creyendo que aún quedaban días, y de pronto… Miró a Derek de reojo, que había respetado su

tiempo sin intervenir.

Madre mía, madre mía, madre mía. ¿Qué demonios iba a hacer? ¡Tenía que decidirlo en las próximas horas!

Nadie percibió su incomodidad, ocupados en recoger sus móviles con exclamaciones de felicidad.

—¿Cuál es la sorpresa? —preguntó Kumiko, siempre práctica—. ¿Requiere ropa bonita?

—Sí —informó Adeline—. De hecho, os quiero a todos listos a las ocho. Y poneos guapos.

—¡Bien! —exclamó la coreana—. ¡Tengo un conjunto que pensé que no podría estrenar! Zazzie, necesito que me ayudes a coser unas cosas.

—No, ni loca, yo prefiero tomar el sol…

—A ver, lo hacemos en la mecedora y tomas el sol mientras —sugirió Kumiko.

—Vale, entonces sí. Los demás, ¿os venís?

—Yo creo que voy a arreglar y regar el jardín. —Shawn se incorporó y le dio una palmada a Derek en el brazo—. ¿Me echas una mano?

Este lo miró, alzando una ceja.

—¿Hablas en serio? ¿Quieres mojarte de forma voluntaria? —El rubio asintió—. De acuerdo, pero solo un rato. Tenemos el día libre, seguro que hay mejores cosas que hacer…

Salió con él tras encogerse de hombros, mientras Adeline se quedaba extrañada. ¿Shawn, trabajando sin que nadie lo llevara del cuello?

Los chicos se dirigieron al almacén de herramientas y Shawn le pasó una azada y unas tijeras de podar a Derek, mientras él cogía lo mismo para él.

—Vamos a quitar las malas hierbas —ordenó.

Derek lo siguió al exterior, extrañado también por su tono de tristeza.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, más o menos.

Derek clavó la azada en una esquina y, al momento, el rubio corrió a su lado agitando las manos.

—¡No, no, ahí no, para!

—Pero si hay…

Shawn apartó la azada y le señaló otro lado del jardín.

—Ya quito yo estas, que he plantado unos… —Señaló un par de plantas a un metro de distancia—. Rododendros y son muy delicados.

—¿Unos qué?

—Rododendros.

—Pero si están lejísimos.

—Tienen raíces largas.

Derek lo miraba como si no lo creyera y Shawn aguantó la respiración mientras esperaba que se alejara. Porque como siguiera cavando, no se encontraría solo con raíces o malas hierbas, no, ahí había metido por lo menos cuatro o cinco cajetillas de tabaco. Por fin el chico se movió y se fue a otra esquina, desde donde lo miró antes de hacer nada.

—Ahí perfecto. —Shawn respiró aliviado—. Que no quede ni una hierba.

—Vale. —Arrancó unas pocas mientras Shawn hacía lo propio en su lado—. ¿A qué viene esta preocupación, por cierto?

—Tenías que haber visto cómo estaba cuando llegué. ¡Rosas al lado de margaritas! ¿A quién se le ocurre?

Derek lo tenía claro: a Adeline, que para algo era su jardín y bien que se enorgullecía de él,

pero Shawn ya estaba en modo «experto jardinero», igual que en las otras mil cosas que había estudiado, en teoría, así que sabía que discutir no tenía sentido.

—¿Qué más te da cómo quede, si te vas mañana? —le preguntó, en cambio.

Shawn tardó unos momentos en contestar, pensando en aquello. Derek tenía razón, ¿por qué le importaba? Tendría que darle igual lo que ocurriera con aquel jardín, total, no iba a verlo más… Sacudió la cabeza, fastidiado. Con todas las horas que había metido allí y en la mansión, no le parecía justo que luego se echara a perder. Y tampoco se fiaba de que Adeline lo cuidara o contratara un buen jardinero.

Y ahí, entonces, descubrió su respuesta.

—¡No me quiero marchar! —exclamó, sorprendido.

Derek lo miró, extrañado.

—¿Qué dices? Si tú eres un tío de ciudad.

—Ah, ¿he hablado en voz alta?

—Pues sí.

Shawn arrancó unas cuantas hierbas más. Paró y lo miró de nuevo.

—¿Es raro que me guste estar aquí?

Derek no supo qué contestar a eso, cuando siempre había considerado a Shawn «raro». Pero por suerte, no tuvo que decir nada porque este continuó hablando.

—Es por culpa de Adeline —dijo, en voz baja—. ¿Te puedo contar un secreto?

—Claro, somos… —Lo miró, ladeando la cabeza—. Amigos. O algo así.

Pensaba que le sonaría extraño, pero no, había salido natural y se dio cuenta de que, a pesar de sus diferencias, al final se habían convertido en algo más que compañeros de servicios sociales.

—¿En serio? —Shawn se acercó, aunque con cautela—. Es que… te parecerá una tontería, pero creo que no he tenido amigos hasta ahora. Amigos de verdad, no amigos de fiestas o de negocios, o… ¿me entiendes?

Derek le dio una palmada en un hombro; tampoco se iba a poner a darle abrazos, pero esperaba que aquel gesto amistoso fuera suficiente para animarlo.

—Venga, cuéntame lo que sea que te preocupa de Adeline —lo animó.

—Nos acostamos juntos, hace un par de semanas. Y ella me dijo que solo había sido cosa de una noche.

—Vale, imagino que no te suele ocurrir.

—No, es la primera vez. Siempre ha sido al revés. Pero la cosa es que me gusta, y no sé qué hacer. Me quiero quedar aquí, creo que se me da bien esto de la jardinería y podría dedicarme a eso.

—Pues díselo.

—Así, ¿sin más?

—¿Prefieres irte mañana con tu chófer y quedarte pensando lo qué podría haber sido?

Shawn negó con la cabeza; además, estaba seguro de que no aparecería nadie para ir a buscarlo.

—Tienes razón. Se lo diré en la fiesta. Además, no tengo dónde volver, así que… —Derek abrió la boca para decirle que eso mejor no lo comentara, pero el chico siguió hablando—. ¿Y tú? ¿Tienes ganas de regresar a tu casa?

Derek suspiró, pensando en su propia situación, y negó también.

—Tengo… bueno, algo parecido con Liv.

—¡Vaya, qué casualidad! Pues no se nota nada, o yo no me he enterado. Soy un poco despistado.

—Sí, un poco sí eres.

—Pero hablarás con ella en la fiesta, ¿no? Tal y como me has aconsejado a mí.

Y a eso Derek no le contestó, porque realmente sí tendría que hacerlo, no había mucho más tiempo. Pero eso de seguir sus propios consejos… Suspiró. Sí, hablaría con ella, porque el tiempo que le había prometido llegaba a su fin. Y no sabía cómo interpretar que la chica no le hubiera dicho nada hasta ese momento.

En la cocina, Carter se terminó el café de un trago y dejó la taza en el fregadero.

—Creo que yo prefiero lo del sol con las chicas —informó—. Luego nos vemos.

Adeline se sentó, aún dando sorbos al café, y observó a Liv. No le pasaba desapercibido el pequeño gesto de aprensión que tenía en la cara, de modo que decidió ser directa.

—¿Va todo bien?

—No —murmuró—. No tengo nada bonito que ponerme. Mi hermana hizo la maleta por mí.

A Adeline no le parecía un problema tan grave como para tener esa expresión angustiada, así que dedujo que se trataba de algo más. Pero sabía que no se lo diría delante de Leeta, Liv era bastante reservada incluso en privado.

—Oye, eso tiene solución. ¿Quieres que nos acerquemos a alguna tienda del centro? De esas donde yo no me compro nada. —Sonrió.

—¿Lo harías?

—Claro que sí. Vamos. —Dejó el café en la mesa—. Bueno, puedes quitarte el uniforme de trabajo, no sea que alguien crea que te estoy explotando —bromeó.

—Tardo cinco minutos.

La morena subió a su habitación a toda prisa para deshacerse del terrible uniforme. Lo depositó sobre la cama, sintiéndose extraña al saber que no tendría que volver a ponérselo… qué raro era, se había acostumbrado a usarlo. Todo iba a cambiar, y esa idea no la abandonó mientras se ponía unos vaqueros y una camiseta de manga corta con las que dejar de parecer una reclusa castigada.

«Ese paseo nos vendrá bien. Tenemos alguna cosa por hablar».

Liv sacudió la cabeza para hacer desaparecer la voz. ¿No le hablaba desde hacía tiempo y de pronto aparecía en el momento más inoportuno?

Cogió su bolso y bajó para reunirse con Adeline, que la esperaba en la entrada mientras Leeta guardaba los imanes de la nevera en uno de los cajones.

Una vez instaladas en la *pick up*, Adeline colocó el coche en el carril que las llevaba derechas a Hendersonville y bajó la música lo suficiente como para que pudieran hablar si así lo quería Liv.

—Pareces preocupada —comentó.

—Es que esto… no estaba preparada para irme mañana.

—Pero ¿no te hace feliz? —Adeline parecía sorprendida—. Pensé que todos saltaríais de alegría al saberlo, y me he encontrado con más caras largas que otra cosa. Cualquiera diría que la experiencia os ha gustado.

La miró al ver que no respondía a eso.

—¿Es así? ¿Os ha gustado la experiencia? —Liv se encogió de hombros—. Bueno, no solo la experiencia, ya veo. ¿Estás triste por Derek? Por dejar de verlo, quiero decir.

Oírselo decir en voz alta a Adeline terminó por rematar a Liv. ¿Cómo iba a dejar de verlo, si era lo que más feliz le hacía? Si esos meses habían ido bien, era por él. Casi desde el principio, cuando le había tirado aquella jarra de agua fría por encima. Y ella malgastando el tiempo.

—¿Estáis juntos? —preguntó Adeline directamente—. Por tu reacción, apostaría a que sí.

—No. No lo sé. Hemos estado juntos un par de veces, pero… es que todo es muy complicado, Adeline. No sé si soy lo bastante valiente.

—¿Para qué?

—Para dar el paso.

—Bueno, es lógico dudar antes de arriesgarse, pero si no tienes un marido celoso o algo por el estilo, no veo el problema. ¿Él que dice?

—No hemos hablado de esto, solo le pedí un poco de tiempo para aclarar mi cabeza y me lo ha dado. Pero no esperaba tener que decidir hoy…

Adeline no comprendía muy bien cuáles eran las dudas de aquella chica, Derek le parecía un partido estupendo, y seguro que Leeta estaría totalmente de acuerdo. Así que al final sí que habían tenido algo, por lo visto no andaba desencaminada en sus suposiciones, aunque sin duda habían sido más discretos que ella y Shawn.

Se mordió el labio al recordar al chico, pensando que ella también dejaría de verlo al día siguiente. Podía comprender la molestia de Liv, sentía un pellizco en el estómago, un pellizco que venía a recordarle que lo echaría de menos.

Aparcó delante de la calle principal y bajó, acercándose a Liv.

—Mira, no termino de entender tus miedos, pero es porque no conozco toda tu historia. Puedo aconsejarte algo estándar, o puedo invitarte a un granizado y, si quieres, me haces un resumen para que pueda ser sincera.

Liv estudió su rostro franco durante unos segundos y asintió.

—¿Consejo estándar o granizado de confianza?

—Lo segundo. Lo estándar no me gusta ni para la música de ascensor.

Adeline sonrió, encaminándola hacia la cafetería para la que tenía los cupones adecuados. Liv ya estaba acostumbrada a eso, de modo que ocupó un sitio en la mesa y dejó que la rubia pidiera por ella.

Unos veinte minutos después, Adeline tenía ganas de echarse a llorar. No podía evitarlo, su empatía natural hacía que las desgracias de los demás la afectaran mucho. Lo que le había pasado a Liv era terrible y ahora entendía bien su comportamiento, esa reserva, esa tristeza que llegó con ella el primer día, aunque ahora se había diluido bastante…

—No puedo aconsejarte —dictaminó, negando con la cabeza.

—¿Qué? ¡Pero me prometiste un granizado de confianza! —protestó Liv.

—Lo sé, pero no puedo, Liv. Es demasiada responsabilidad, y no es que yo sea precisamente una experta en recomendaciones sentimentales.

—No, si ya. ¿Qué pasa entre Shawn y tú?

—Nada, eso fue una noche, para divertirnos… —Le apretó la mano, en parte para desviar la conversación sobre Shawn—. Es algo que debes decidir tú, nadie mejor para saber lo que necesitas. Yo solo puedo apoyarte… y ayudarte a elegir un vestido.

—Está bien —aceptó la morena, desilusionado porque había esperado que Adeline diera respuesta a todas sus preocupaciones.

Después de entrar en dos tiendas donde no vieron nada interesante, por fin Liv encontró algo de su gusto en una con cierto estilo *vintage*. Adeline asomó la cabeza en el probador cuando ella terminaba de abrocharse el vestido y la miró, sorprendiéndose de lo cambiada que estaba. Al llegar a Hendersonville, recordaba una mujer guapa, pero pálida y de aspecto débil. En cambio, la que se encontraba dentro de aquel probador tenía mucho mejor aspecto, estaba claro que el trabajo fortalecía, además de darle algo de color. Aunque el brillo de los ojos no venía de lijar paredes, obvio.

—Muy bonito —asintió—. El rojo no le queda bien a todo el mundo.

—¿Es apropiado para la sorpresa que tienes preparada?

—Del todo apropiado. —Adeline sonrió—. Te espero en la caja mientras te cambias.

Cerró la cortina y Liv se miró en el espejo, girando para comprobar desde todos los ángulos cómo le sentaba. No tenía necesidad, la ropa nunca le quedaba mal por muy rústico que fuera el corte de la prenda, pero hacía tiempo que no se ponía algo así. Lo cierto era que su estilo se había reducido a vaqueros y sudaderas, y se sentía rara con aquel vestido ajustado. Pero, de alguna manera, también resultaba liberador. Como si dejando atrás su ropa, dejara también todo lo malo adherido a ella.

Aguardó en silencio, esperando oír la voz de Hayden con uno de sus comentarios. Pero no oyó nada, aunque esa mañana sí lo había hecho, incluso con la promesa de hablar.

¿Quería ella escuchar esas cosas? O, por el contrario, ¿no sería mejor silenciar su voz de una vez por todas?

No iba a olvidarlo, había sido su primer amor y también el más doloroso, y siempre tendría un hueco en su corazón para él. Pero no quería seguir llorando, y por primera vez, comprendía las palabras de Maddy y su familia: no era ella quien había muerto, por duro que fuera. Era el momento de dejar marchar a Hayden.

—Voy a dejarte ir —murmuró—. Creo que es hora de despedirme de ti. ¿Estás de acuerdo?

—¿Sobre qué?

Liv pegó un respingo al escuchar la voz desde el exterior, hasta que vio la cabeza rubia de Adeline aparecer tras la cortina.

—¿Aún estás así? Deja de mirarte, ¡te queda perfecto! —la urgió, cerrando de nuevo la cortina del probador.

La morena no logró ocultar una sonrisa. Joder con Adeline, ¡durante unos segundos casi había pensado que escuchaba la voz de Hayden fuera de su cabeza!

Se quitó el vestido con cuidado de no arrugarlo y se puso sus vaqueros de nuevo, dando tiempo a su cabeza a reajustarse. No sabía el motivo, pero estaba segura de que no volvería a escuchar ninguna voz.

Adeline retrocedió para contemplar cómo había quedado todo. Se había adelantado un par de horas, dejando a Leeta la tarea de llevar al grupo cuando se acercara el momento. Como la mujer estaba de un humor excelente debido al regreso de Jolene, no puso objeción alguna y Adeline pudo ir a supervisar la decoración.

La mansión estaba preciosa. No podía ni debía festejar nada en su interior, puesto que ya no le pertenecía, pero sí había obtenido permiso para preparar la fiesta en los jardines. Todo estaba lleno de unas preciosas luces color champán cuya delicada iluminación creaba un ambiente mágico. Hasta la fuente tenía luces, haciendo que el agua saltara entremezclada con riachuelos dorados. Entre eso y las guirnaldas que los obreros le habían ayudado a colocar, casi estaba mejor que la decoración más excesiva de Navidad.

Fuera había dispuesto mesas con comida y bebida, cortesía de uno de los restaurantes del pueblo, aunque allí sus cupones no habían servido de nada. Pero no importaba, «sus chicos» se merecían el detalle, por portarse tan bien.

La guinda del pastel la ponía la música, también por obra y gracia de los obreros. Sonaba amortiguada y a buen seguro la selección no sería la mejor del mundo, pero no existía una fiesta sin música, así que eso era mejor que nada.

Se aseguró de que su propio vestido no se había movido, porque aquello era la cosa más

incómoda que había llevado nunca. No entendía por qué algunas mujeres decidían soportar semejante martirio de forma voluntaria, pero era la anfitriona y no podía recomendar a sus invitados que se pusieran guapos para luego aparecer ella en vaqueros y zapatillas. Así que había desempolvado un vestido de los que usaba mil años atrás y se lo puso, rezando porque sus caderas no se hubieran ampliado demasiado desde entonces. No se sentía cómoda con el maquillaje, pero decidió quitarse la coleta, con eso fue suficiente para verse diferente por completo. Qué importaba, una noche era una noche, y tenían mucho que celebrar… aunque el pensamiento estaba teñido de cierta tristeza. Les iba a echar de menos, de eso estaba segura, y aunque había mantenido las distancias con Shawn, no había servido para nada porque no se lo podía quitar de la cabeza.

En fin, seguro que el tiempo lo arreglaría, no le quedaba otra. Se obligó a dejar de pensar en eso al ver que llegaban los primeros coches con los obreros y, un rato después, apareció su grupo especial. Se acercó para recibirlos, con una sonrisa al ver sus caras según bajaban y miraban a su alrededor.

—¡Está precioso! —exclamó Liv.

—Yo le habría puesto más guirnaldas —comentó Kumiko, a lo que Zazzie le dio un codazo —. Pero me gusta, sí, está bien.

—Allí hay comida, allí bebida. —Señaló Adeline—. Quería daros las gracias por todo el esfuerzo que habéis realizado, espero que os guste la sorpresa.

—Esto es genial, Adeline —dijo Derek—. Muchas gracias.

Adeline dio un par de sus palmadas habituales, retrocediendo hacia la bebida.

—Venga, vamos, que hay que divertirse —urgió.

Todos se dispersaron por el jardín menos Shawn, que se quedó a su lado.

—¿No vas a tomar nada? —preguntó ella.

Shawn la miró de arriba abajo.

—Vaya, no te imaginaba con vestido —comentó.

—Ahora me dirás que pensabas que no tenía piernas.

—Algo así. Aunque bueno, te las vi en el lago y en tu cuarto. —Ella enrojeció—. ¿Podemos hablar un segundo?

—¿No lo estamos haciendo ya?

Desde luego, con aquel tono no se lo estaba poniendo nada fácil. Shawn se preguntó qué estrategia debería seguir. ¿Ponerse romántico? Ni sabía cómo se hacía eso. Así que al final optó por la sinceridad pura y dura.

—Es sobre nosotros. Ya sé que dijiste que solo fue una noche y todo eso, pero… Yo no lo creo así.

—Shawn, te marchas mañana y…

—No tengo por qué. —Ella enmudeció, extrañada—. He pensado que podría quedarme.

—¿Quedarte?

—Sí, contigo. Puedo dedicarme al paisajismo, mira lo bien que lo he hecho aquí y en tu casa.

—Bueno, el jardín de mi casa no estaba mal.

—Eso es cuestión de opiniones, y ahora que sé del tema más que antes después de todos los libros que he leído, te puedo asegurar que lo he dejado mejor que como estaba.

Ella se cruzó de brazos, mirándolo con cierto fastidio. ¿Así pensaba convencerla, criticando su jardín?

—¿Me estás diciendo que tu plan es trabajar de jardinero?

—Paisajista, sí. Y vivir contigo, claro, porque te recuerdo que me dijiste que yo te gustaba

mucho. No un poco, «mucho». —Se acercó y le cogió una mano, ante la mirada atónita de ella —. Eso tiene que significar algo. Porque tú a mí también, no pensaba que esto me podría pasar, pero… Adeline, no he parado de pensar en ti, no quiero irme y no volver a verte. Si me dices que no te pasa lo mismo, que lo de «mucho» no iba en serio, pues te dejo en paz. Pero si no, no veo por qué no puedo quedarme.

La joven abrió y cerró la boca varias veces, sin apartar la vista de sus ojos. Había muchas razones, ¿no? Él no vivía allí, aunque tal y como había hablado, le daba igual su hogar.

—¿No te importa no volver a casa?

—Ah, es que tampoco tengo casa. —Se encogió de hombros—. Mi padre me ha dejado sin piso, ni coche, ni dinero.

Vaya, así que no era tanto sacrificio, al fin y al cabo. A ver si todo eso era porque no le quedaba otra opción y le estaba contando una película, que a liante no lo ganaba nadie.

—Pero mira, así mejor —siguió él—. Menos problemas, no tengo que pensar en cómo traer aquí mi deportivo, ya me compraré algo más… —Desvió la mirada hacia la *pick up*—. Rústico. No salido del infierno, pero algo parecido. Ya sé que es precipitado y que casi no nos conocemos… aunque he hablado más contigo que con cualquiera de las chicas con las que he salido antes. Y tú conoces hasta mi historial delictivo, así que…

Adeline decidió que ya lo había escuchado suficiente. Levantó los brazos, le rodeó el cuello con ellos y lo abrazó para besarlo. A la porra la lógica. Quizá en un año se arrepintiera, pero su instinto y su corazón le decían que sí a gritos, así que decidió hacerles caso. Shawn le correspondió al segundo, cogiéndola por la cintura como si temiera que fuera a escapar. Notó sus manos por debajo de la camisa, y se separó un poco para mirarla.

—¿No vamos a la fiesta? —preguntó.

—Luego. —Lo empujó hacia atrás—. Ven, te daré motivos para dejar de pensar en la *pick up* como en una cápsula del infierno.

Y ante eso, Shawn no protestó, sino que directamente se dejó llevar. Casi tropezaron con Kumiko, Zazzie y Carter, que iban de camino hacia una de las mesas donde se encontraban las bebidas, después de que en las de comida no encontraran nada demasiado interesante.

—Entonces, ¿qué te parece mi idea? —preguntó la coreana.

—No veo casi alcohol aquí —refunfuñó Zazzie, observando que el único exceso era la cerveza—. Pues menuda fiesta.

—¡Te he preguntado algo!

—¿El qué, esa locura de sacar ropa con pompones cosida por ti? —La chica meneó la cabeza con gesto compasivo—. Nadie va a comprar eso, en serio. Siento ser tan dura, pero más vale caer al suelo pronto que no perder el tiempo levitando.

—¿Eso es un refrán? —preguntó Carter, frunciendo el ceño.

—Es una realidad. —Le dio una cerveza a cada uno—. ¿O es que esta experiencia ha sido una epifanía para vosotros y ahora queréis dar un nuevo sentido a vuestra vida?

Carter le dio un trago a su bebida, y después se encogió de hombros.

—Pues no lo sé. Pero desde luego me ha enseñado que tengo que ir a terapia si no quiero ser condenado de nuevo.

—Por eso sí podemos brindar. —Zazzie chocó la botella con la suya, notando que Kumiko la miraba resentida—. A ver, Kumi, que no te lo digo con mala intención. Estudia diseño o algo, seguro que si hicieras ropa normal te iría bien. Y así no pasarías tanto tiempo planchándote el pelo, que al final te vas a quedar calva.

—¡Ja! Antes te quedas sin pelo tú que yo —se burló ella.

—¿Con esta melena? Lo dudo…

—Vamos a hacernos una foto. —Kumiko sacó el móvil y empezó a hacer gestos para que se apretujaran y así encajar en el encuadre—. Así no nos olvidaremos de lo que hemos vivido. Y dentro de un año, Facebook nos recordará esta foto y nos pondremos sentimentales.

—Por cierto, hablando de Facebook, más vale que me aceptéis como amigo —dijo Carter.

Zazzie puso los ojos en blanco mientras Kumiko disparaba. Como resultado, salió de esa guisa y Carter con la boca abierta.

—¡Perfecta!

—¿Cómo que perfecta…? Espera, ¡haz otra, que salgo fatal!

—Pero yo salgo monísima. —Kumiko guardó el móvil y bebió un sorbo de su cerveza—. Venga, vamos a ver si podemos cambiar esa música y poner algo más marchoso.

Junto a la comida, Leeta le estaba llenando un plato a rebosar a Derek, a pesar de las protestas del chico.

—No hace falta que me engordes —le decía—. De verdad, he comido demasiado estas semanas.

—No sé, cuando vuelvas a ver quién va a cocinar para ti, porque seguro que tú solo comes precocinado o a saber qué cosas.

—Con el trabajo casi no tengo tiempo.

—¡Tonterías! Deberías aprender, así seguro que te llevarías a cualquier chica que quisieras. Que tus hoyuelos funcionan de maravilla, pero para las jovencitas hace falta más.

Derek no puedo evitar sonreír al recordar que algo parecido le había dicho Kate. Pero tampoco la cocina era el factor determinante para Liv, eso seguro. Tenía que hablar con ella, y ya.

Levantó la vista para buscarla, pero justo en ese momento le tocaron el hombro y, al girarse, allí estaba la morena.

—¿Te importa si te lo robo un segundo, Leeta? —preguntó ella, con una sonrisa agradable.

—Claro, claro. Yo te sigo preparando el plato, tranquilo.

—Genial, gracias —contestó él.

Liv lo cogió del brazo y lo llevó hasta las escaleras de entrada a la mansión. No era «su» porche, pero se le parecía y estaba alejado del bullicio. Tampoco se veía muy iluminado, lo cual le daba el ambiente íntimo que necesitaba. Se sentó en el primer escalón y Derek hizo lo propio a su lado.

—Iba a ir a buscarte —comentó él—. Pero Leeta me quería alimentar para un mes.

—Me imagino, te ha cogido cariño y ya sabes, los hijos nunca comen bien.

Se miraron, sonriendo, y Liv se mordió el labio. Dios, ¿qué podía hacer? ¿Qué podía decirle? No quería dejar de verlo, quería intentar… algo, lo que fuera, pero también estaba el tema de la distancia. Y si encima los dos habían tenido malas experiencias, no creía que comenzar una relación con kilómetros por el medio fuera lo mejor.

—Ya no le oigo —susurró, tras un suspiro.

Derek no necesitaba preguntar a qué se refería. Le apretó la mano, indeciso.

—Eso es bueno, ¿no? —Se dio cuenta de que ella tenía los ojos brillantes—. ¿Es malo?

—No. —Se sentó más cerca, poniendo su otra mano sobre la de él—. Era lo que necesitaba. Que se fuera. O que yo lo dejara ir, no sé exactamente cómo ha sido, pero siento… que soy libre. Que lo he dejado atrás, en una esquina de mi corazón donde siempre tendrá un sitio, pero que ya no lo ocupa por completo ni me impide salir de la burbuja que había creado y que me aislaba del

mundo.

—Liv, yo…

—Espera. —Le puso un dedo en los labios para que no hablara—. Déjame terminar. Tú me has hecho sentir de nuevo, salir de ese agujero… Dios, Derek, ¡me trajiste de vuelta las luciérnagas! Y son como una metáfora de todo, ¿sabes? Algo que brillaba y desapareció y que gracias a ti ha vuelto.

Derek quería besarla, abrazarla, decirle cómo se sentía… pero algo en su expresión y en su lenguaje corporal se lo impedía.

—¿Pero? —dijo.

—Sí, hay un pero. No quiero estar en una punta y tú en otra. Creo que volveré a mi antiguo empleo, pero me lo tomaré con más calma. Nada de viajes que me tengan meses fuera, ni reportajes que acaben con mi energía.

—¿No te mudarías?

—¿Tú lo harías? ¿Por mí? ¿Y sería lo correcto para los dos, que uno renunciara a lo que tiene? ¿Y si en unos meses descubrimos que todo esto no ha sido más que una locura de verano?

Derek se quedó pensativo unos segundos. Le cogió la barbilla para que lo mirara y le dio un beso en los labios, corto pero intenso.

—Liv, te quiero —le soltó—. No es una locura de verano, no es algo pasajero. —Se colocó la mano de ella sobre el pecho, sobre su corazón—. Lo sé porque lo siento aquí. No es algo cerebral, no es planeado, pero no va a desaparecer de la noche a la mañana. Y estoy de acuerdo contigo, la distancia no es lo ideal. Creo que lo mejor sería empezar de cero, para los dos. Yo, en Charlotte, solo tengo el trabajo. Y sí, a Kate, pero por algo es mi ex y estará encantada de perderme de vista. —Liv sonrió—. Mi empresa tiene delegaciones en varias ciudades, no hay impedimentos para comenzar una nueva vida. Contigo, claro.

Liv quitó la mano de su corazón y la subió para acariciar su mejilla, mirándolo a los ojos. Empezar de cero… Sonaba aterrador, en cierto modo, pero también emocionante. Y excitante, como el hombre que tenía delante y que, por la expresión expectante que tenía, esperaba una respuesta.

—Sí —contestó.

—¿Sí?

—Podemos coger un mapa y buscar un punto al azar entre Charlotte y Asheville, así estaremos en igualdad de condiciones. —Se acercó para besarlo, pero se detuvo al darse cuenta de que no había dicho lo más importante—. Yo también te quiero, Derek.

Él se inclinó y entonces sí, se besaron. Lenta, profundamente, como si tuvieran todo el tiempo del mundo y así, sellar ese nuevo comienzo para los dos.

Epílogo

Un año después.

—¡Ya están aquí! —exclamó Leeta, mirando por la ventana de la cocina.

Adeline no tuvo que preguntar a quién se refería, porque la mujer había insistido varias veces si estaba segura de que Derek iba a ir a la barbacoa. Hasta le había preparado un termo entero de café para él solo.

Ambas mujeres salieron al porche, donde Shawn estaba dando indicaciones a Derek para que aparcara.

—Un poco más atrás —le dijo, a lo que el chico obedeció—. ¡Pero no tanto!

Demasiado tarde, se oyó un ruido y Derek frenó al notar que había golpeado algo con la rueda. Se bajó para mirar, pero Shawn ya estaba a su lado y se le tiró prácticamente encima para abrazarlo con energía.

—¡Bienvenidos! —le dijo, dándole la vuelta para que no mirara hacia el golpe—. Vamos, que Leeta está desando verte.

—Pero el coche…

—Nada, que no ha sido nada.

Tiró de su brazo para que no viera que había movido unas piedras y que, como consecuencia, un par de paquetes de cigarrillos habían quedado al descubierto. Derek intentó librarse de él, pero Leeta estaba allí y se vio envuelto en otro abrazo efusivo del que sabía que no podía escapar. En fin, ya lo miraría luego.

Por la otra puerta, descendió Liv. Fue a darle un par de besos a Adeline, sonriendo ante la escena entre Leeta y Derek.

—Parece que lo ha echado de menos —comentó.

—No ha olvidado esos hoyuelos. —La miró de arriba abajo—. Estás… te veo muy bien, Liv.

Y era cierto. Sus ojos brillaban, su piel tenía más color… Ya no tenía aquel aspecto melancólico, sino todo lo contrario. Habían estado en contacto a través de mensajes y alguna que otra llamada, pero no se habían visto en persona desde el año anterior y el cambio en ella era evidente.

—Soy feliz —contestó Liv, con sencillez.

—Me alegro mucho por ti.

Se abrazaron y, al separarse, Liv señaló con la cabeza hacia Shawn, que permanecía a un lado con el ceño fruncido mientras veía cómo Leeta le daba la bienvenida a Derek.

—¡Pero si a mí no me preparas nunca café! —Lo escucharon protestar.

—¿Cómo va el jardinero? —preguntó Liv, con una risita.

—Pues mejor de lo que pensaba, qué quieres que te diga. No las tenía todas conmigo, pero ahí sigue. Y según me ha contado, un año haciendo lo mismo es todo un récord para él.

—Veo que no se ha dejado el pelo largo.

—No. —Se echó a reír—. Dice que le gusta así… y que le doy miedo, que como dormimos juntos lo tengo más fácil para cortárselo sin avisar. —Movió la cabeza, mirándolo con cariño—. En fin, sigue siendo él, ya sabes.

—Pero os funciona.

—Sí. Tiene sus propias tarjetas de fidelización, cartillas para sellos…

—Eso es toda una señal. —Se rio.

—Pues no creas, que así me lo he tomado. —Rio también—. No sé por qué, la verdad, pero estamos muy bien, así que… Ni me lo cuestiono.

—Que fluya, ¿no?

—Exacto.

Liv la entendía. Ella misma y Derek, a pesar del sentimiento de amor mutuo y de las ganas de ambos de empezar de cero, habían tenido sus dudas. Pero, en un determinado momento, habían decidido que no merecía la pena perder el tiempo preocupándose por si aquello funcionaba, si acabarían discutiendo o cualquier otra cosa. El tiempo sería el mejor juez, solo había que esperar a que pasara y disfrutar el día a día.

Y les iba muy bien. Vivían en Raleigh y Derek se encargaba de la sucursal, sí, aunque no metía horas como antaño ni dejaba que el trabajo le quitara calidad de vida. Liv, por su parte, escribía sus reportajes desde casa, no cogía más encargos de los que podía hacer sin estresarse y apenas viajaba, tal y como había prometido. No había vuelto a escuchar la voz de Hayden, había borrado su contacto del móvil y en su cabeza todo permanecía en orden.

—¿Somos los primeros? —preguntó.

—Sí. Aunque mira, ahí viene otro coche.

El vehículo llegó hasta la casa y aparcó junto al de Derek. De él descendieron dos chicas, una que no conocían y otra a la que les costó reconocer: Zazzie se había rapado el pelo, lo cual le daba un aspecto muy exótico. Rodeó el coche para coger a la otra chica de la mano, y se acercó a ellos sonriendo, mientras entraba un taxi y paraba cerca de la casa.

—¡Hola! —saludó.

—Vaya corte que te has pegado —dijo Shawn—. ¿Ha sido un «accidente» como el mío?

—No, qué va. —Se echó a reír—. Me lo ha hecho ella. Es mi peluquera, RJ. Y mi novia.

—¡Ya decía yo!

Se giró para ver a Carter tras ella, que se había bajado del taxi y se acercaba a ellas.

—¿Qué decías tú? —replicó ella, con suspicacia.

—Que por algo no conseguí ligar contigo. Claro, si te gustan las chicas, no tenía nada que hacer.

—Sí, claro, fue por eso. —Puso los ojos en blanco—. Este es Carter.

—Encantada, Zazzie me ha hablado de ti.

Le estrechó la mano y él frunció el ceño.

—Pues mucho Facebook y tal pero no sabía nada de ti.

—Porque publico lo justo y necesario —replicó Zazzie, rodeando la cintura de su chica.

Le presentó al resto del grupo y, entonces, llegó un coche elegante y con chófer a la casa. Kumiko se bajó de él, toda pompones y colores chillones, con un bolso con su nombre bordado y dando saltitos de emoción.

—¡Ay, pero qué ganas tenía de veros!

Corrió a abrazar a todos, dejando a Zazzie la última.

—Vaya, vaya, —comentó, con retintín—. ¿Quién ha perdido su melena?

La morena le sacó la lengua, recordando el comentario de la fiesta justo antes de irse.

—Sí, no estuve muy acertada. Ven aquí, tontita.

Se dieron un abrazo. Mientras tanto, el chófer sacó una enorme bolsa del maletero y la dejó en el suelo junto a Kumiko.

—Y aquí tengo la otra prueba de que las profecías no son lo tuyo. —Kumiko abrió la bolsa y empezó a sacar camisetas, vestidos y bolsos para repartir, todo con su firma—. He traído para todos.

Había hecho caso, en parte, a Zazzie, ya que había realizado un curso de diseño. Pero no uno convencional, sino creativo, y con inversión familiar había creado su propia línea de ropa y complementos. Contra todo pronóstico, estaba siendo todo un éxito en internet.

Adeline miró el bolso que le había entregado, que en realidad era como una piña hecha de pompones de colores.

—Vaya… gracias —le dijo.

—De nada, sabía que te gustaría, como no hacías más que hablar maravillas del bikini aquel…

Le guiñó un ojo mientras Shawn, al lado de Adeline, extendía la camisa bordada que Kumiko le había hecho.

—Dios mío, Kumiko, ¡todo un original tuyo! —exclamó, agradecido a más no poder—. Me encanta, voy a ser la envidia en Instagram.

Teniendo en cuenta que la mayoría de sus seguidores eran en realidad de Hendersonville, los diseños de Kumiko no lograrían la expectación que él pensaba. Adeline lo sabía, pero no le dijo nada. Si era feliz con algo tan simple, no iba a desanimarlo.

Carter, por su parte, miró la camiseta que le había regalado, sin saber en qué momento se pondría aquello.

—Tengo más, si quieres —dijo Kumiko, al ver que estaba concentrado en el diseño—. Te las regalo, no hace falta que robes.

Su tono era de broma, y él sonrió.

—Por eso no hay problema, la terapia funciona y ya hace ocho meses que no he robado nada.

Todos lo felicitaron, felices por ver que había superado su problema. En ese momento, llegó el último coche que esperaban: Mary Sue aparcó junto al coche de Zazzie y se bajó, con una tarta de chocolate entre las manos, que todos miraron con ojos golosos, pero también con algo de desconfianza.

—¡Qué ganas tenía de veros a todos! —exclamó.

Y de nuevo una ronda de abrazos y besos. Leeta cogió la tarta para llevarla junto al resto de comida y, poco después, el lugar se llenó del aroma de la carne en el asador, conversaciones entre todos y risas. Sobre todo, esto último. Porque el lugar, a pesar de que debía haber sido un castigo, a todos les traía buenos recuerdos y en mayor o menor medida, lo habían echado de menos. También tuvo que ver la tarta de chocolate con «el ingrediente secreto» de Mary Sue, de la cual dieron buena cuenta y no dejaron ni las migas.

Demasiado pronto, el sol empezó a bajar y comenzaron las despedidas.

—Deberíamos hacer esto todos los años —propuso Zazzie.

—Claro que sí, aquí siempre seréis bienvenidos —contestó Adeline.

Kumiko sacó su móvil y lo colocó en un palo de *selfie*, avisando para que se apretujaran con ella y poder sacar una foto de grupo. Tras varias, solo quedó satisfecha con una en la que ella estaba mejor, se fueron repartiendo en sus coches, quedando Derek y Liv los últimos.

—¿Queréis quedaros a dormir? —ofreció Adeline—. Tenéis muchas horas por delante.

—Oh, no te preocupes. —Derek rodeó los hombros de Liv con el brazo—. Vamos a parar en medio a pasar la noche.

Liv le sonrió, dándole un beso. Llevaban semanas deseando aquella escapada y la barbacoa era la excusa perfecta para detenerse en el camino y visitar sus luciérnagas.

—Sí, también queremos hacer esa parada una vez al año —añadió Liv.

—¿Dónde? —preguntó Shawn.

—Un sitio especial.

Y, de nuevo, se miraron con una sonrisa. Se despidieron para subir al coche y, en ese momento, vieron que llegaba un taxi.

—¿Esperáis visitas? —preguntó Derek.

—La nueva remesa —contestó Adeline.

—Vaya, así que le has cogido el gusto a los delincuentes.

—Solo a uno —replicó Shawn, cogiendo la mano de Adeline por si acaso había dudas—. A estos les voy a dar yo mano dura, ya veréis.

Adeline puso los ojos en blanco. Mano dura… sí, sobre todo las suyas, que las tenía mil veces más cuidadas que ella. Hizo un gesto de despedida a sus amigos, mirando cómo se alejaban con cariño. Y entonces, vio las piedras que el coche de Derek había movido y lo que habían dejado al descubierto.

—Shawn, ¿has visto eso? —le preguntó, extrañada—. ¿No son los cigarrillos de Derek?

—¿Qué? No, no, qué va. —Corrió a poner las piedras en su sitio—. Si lo sabré yo, que me conozco el jardín al centímetro.

—Pero…

—Que no, que no es nada. Mira, los nuevos.

Adeline no estaba muy convencida, pero tampoco entendía qué podían hacer allí los cigarrillos si los había robado Carter. A no ser que no hubiera sido él y por eso Shawn la tenía alejada del jardín…

Pero tendría que pensar en eso en otro momento, porque un chico se había bajado del taxi y otro coche se acercaba. Sí, tenía un nuevo grupo al que poner a trabajar en otro proyecto de lo más interesante… pero nunca serían como el primero.

Ellos ya eran su familia.



SOBRE LAS AUTORAS

Eva M. Soler, nacida en Cruces, Vizcaya, un 7 de junio de 1976, empezó a escribir desde muy pequeña, tras desarrollar un fuerte interés la lectura alimentado por una extensa imaginación.

Idoia Amo, nacida en 1976 en Santurce, durante toda su vida ha escrito relatos, pero siempre de forma personal y para su círculo más cercano.

Ambas autoras se conocieron a los catorce años, volviéndose amigas y lectoras de sus propios escritos, y hace unos años decidieron que sus estilos podían complementarse bien, lo cual ha dado como resultado una treintena de libros publicados. Uno de ellos, *Maldita Sarah*, consiguió el sello Best Selling Books de Amazon.

Han recibido el premio Hemendik que otorga el periódico Deia por su labor como difusión de la literatura romántica. También han recibido una mención de honor como mejor novela de romance en los premios International Latino Book Awards de Los Ángeles (California).

OTROS TÍTULOS

Romántica chick-lit
Amor escarchado
Déjame quererte
Maldita Sarah (Best-selling book)
El año que no dejó de llover
Luna sin miel
Carpe Diem
Cuenta conmigo
Érase una vez las villanas
La teoría del absurdo
Lejos de todo 1 y 2
El lado equivocado del cielo
Inflamable I y II
Alguien tiene que hacerlo
Tormenta de verano
Cowboys & Kisses
Una de las nuestras
Una entre un millón
Una de las dos
La teoría de Kee London sobre amor y moluscos
Dramaboda en alta mar
El ángel de la casa
Ángeles en la ruta 66 (Ediciones Kiwi)
Sin lluvia no hay arcoíris (Colección Mil amores)
Querido Murphy: ¡Déjame en paz! (Colección Mil amores)
Nos vemos en Cherry Hill: Indiana & Elijah
Nos vemos en Cherry Hill: Cinna & Curtis
Navidad en Snowland

Suspense y terror
Anxious
Anxious II
Salvación
Descansad en pedazos y otros relatos
Sígueme al infierno

Paranormal
Centinela 1 y 2

Si te gustan nuestros libros, te pedimos que apoyes nuestra carrera de forma legal y rechaces el pirateo. Es la forma de que podáis seguir disfrutando de cómo escribimos, ya que sin ventas es muy difícil seguir publicando, tanto en Amazon como en editorial.

Apoya a tus escritores de la manera correcta.
¡Gracias!